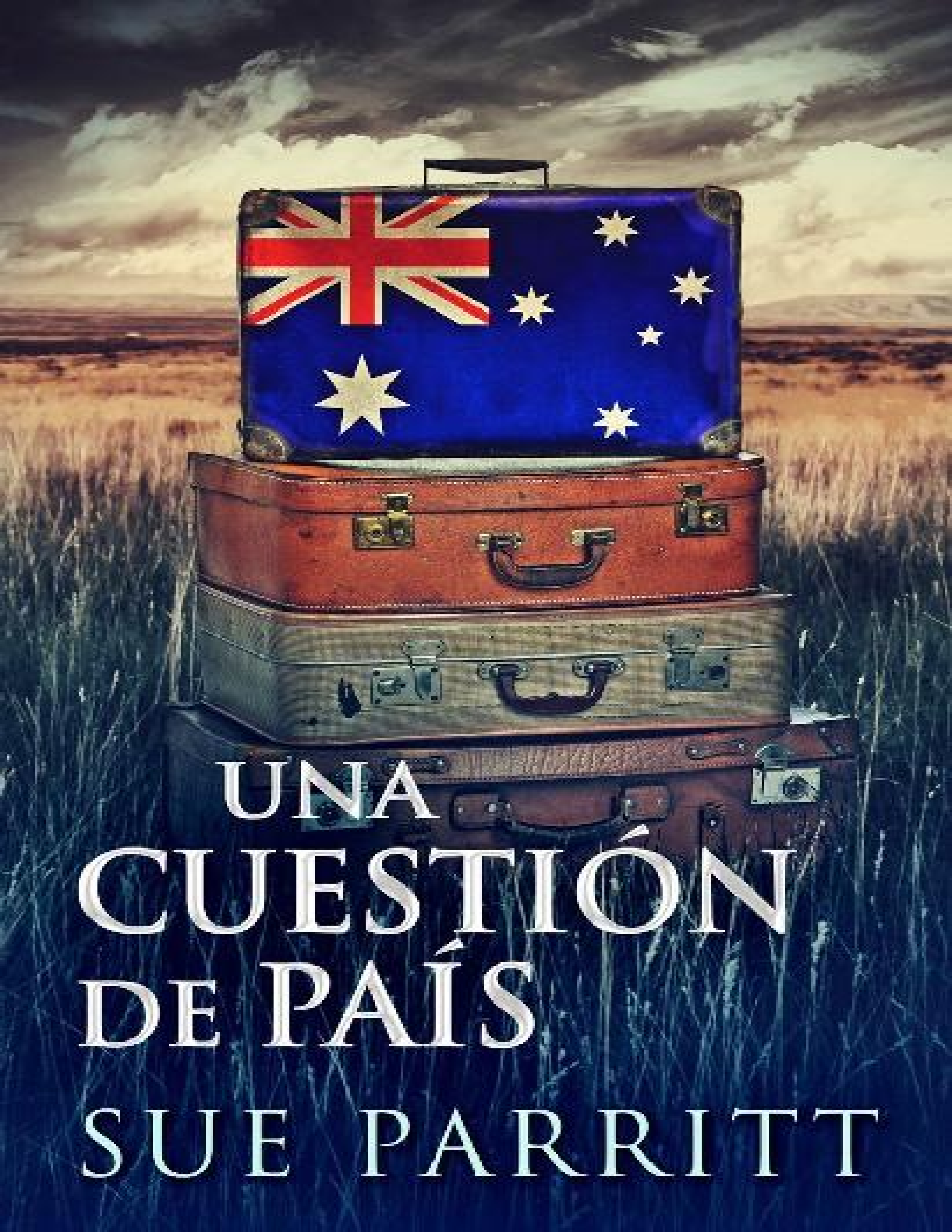
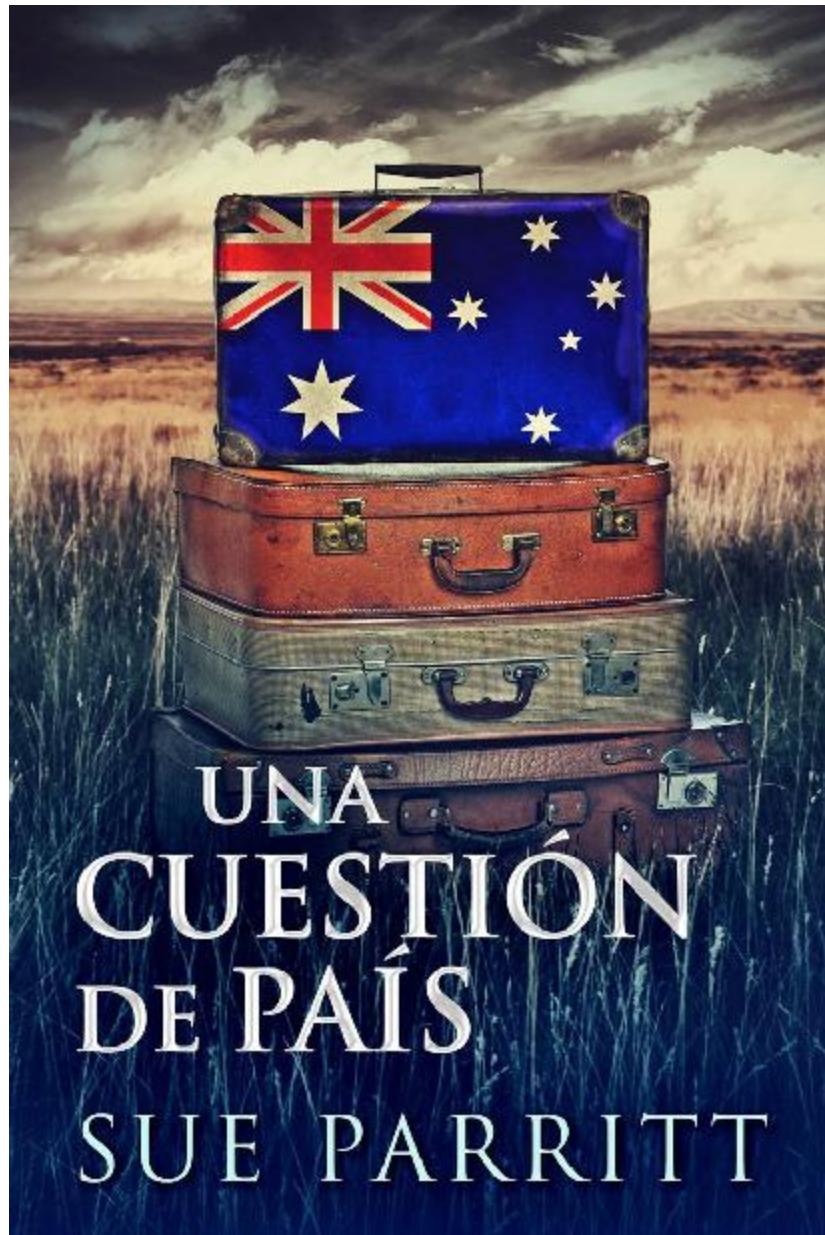
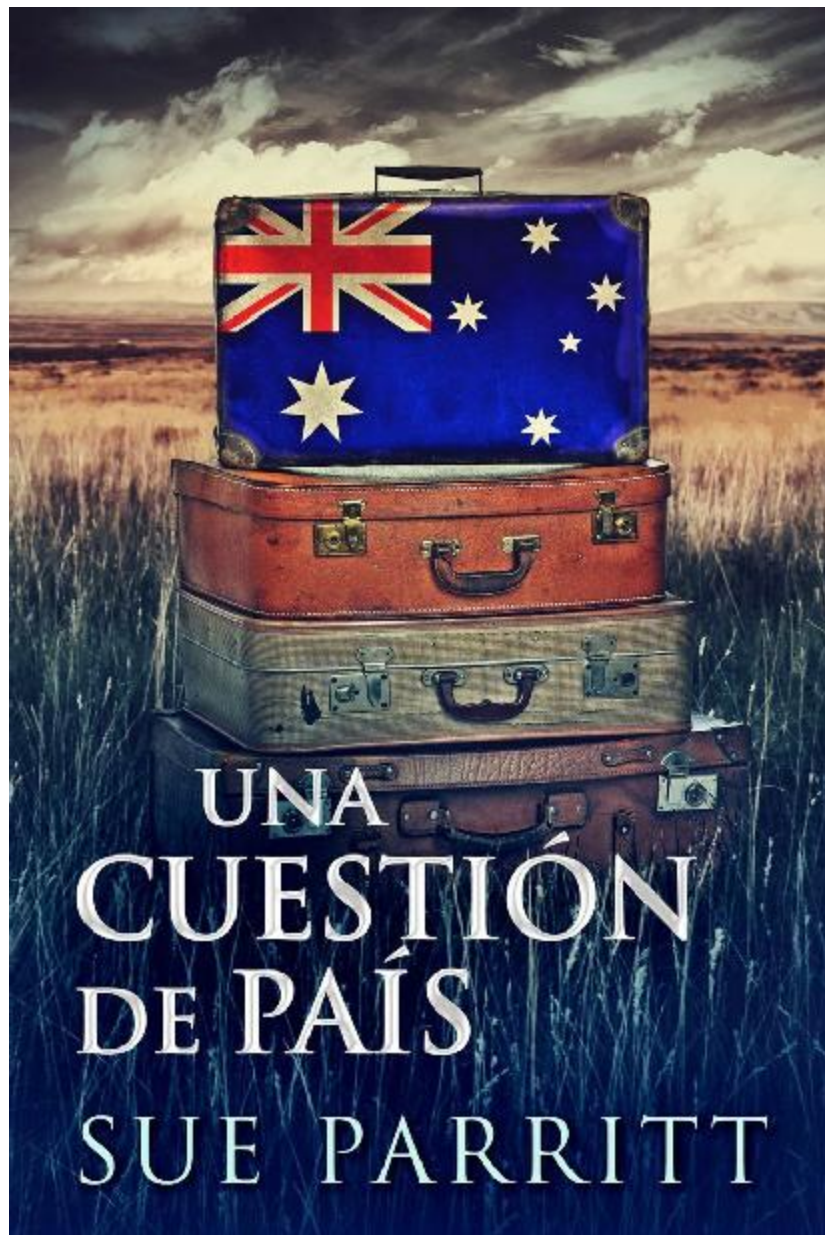




UNA
CUESTIÓN
DE PAÍS
SUE PARRITT



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

UNA CUESTIÓN DE PAÍS

SUE PARRITT

TRADUCIDO POR

ENRIQUE LAURENTIN

OceanofPDF.com

Derechos de Autor (C) 2020 Sue Parritt

Maquetación y Derechos de Autor (C) 2023 por Next Chapter

Publicación 2023 por Next Chapter

Arte de Cubierta por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora.

OceanofPDF.com

A Mark, amado esposo durante más de cincuenta años (noviembre de 1969-) y compañero emigrante (julio de 1970)

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[La Carta](#)

[Sin Retorno](#)

[Aprendiendo las Costumbres Australianas](#)

[El Buen Fin de Semana](#)

[Bush, el Escándalo y los Caprichos del Lenguaje](#)

[Un Almuerzo y un Acontecimiento Inesperado](#)

[Día de Navidad a la Australiana](#)

[Clima Salvaje](#)

[Celebración de Año Nuevo](#)

[Conmoción de finales de verano](#)

[Malestares de Pleno Invierno](#)

[Horizontes Esperanzadores](#)

[Los Planes Mejor Trazados](#)

[.... sobre Ratones y Mujeres que a menudo se Tuercen](#)

[Un Surrealista Regreso a Casa](#)

[Ensayos y Demás Tribulaciones](#)

[Los Peligros de la Eficiencia](#)

[La Calle Harrow](#)

[Conmociones de Shangri-La](#)

Resurgimiento

Rechazo

Lucha o Huye

Aceptación

Consolidación

Conmociones Suburbanas

Un Medio para Lograr un Fin

Una Temporada Limitada

Nueva Década, Nueva Dirección

Cambio de Escenario, Cambio de Ritmo

Progreso Lento

[Éxito y Complicaciones](#)

[Clima Cambiante](#)

[Las Consecuencias del Cambio Climático](#)

[Desentrañando](#)

[Retirada](#)

[Intrusión](#)

[Querido lector](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la Autora](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

LA CARTA

Anna recordaba su llegada a casa aquel triste día de diciembre con toda la claridad de un cristal recién lavado, con los detalles de aquellas horas de antaño grabados en lo más profundo de su sangre y sus huesos. Marcaron el nacimiento de una relación tempestuosa que, después de cincuenta años, aún colorea la paleta de su vida.

Una pila de correo navideño recibió sus zapatos empapados de aguanieve, precipitando un torpe baile desde el felpudo nuevo hasta la moqueta raída. Después de dejar el bolso y la bolsa de la compra en el recibidor, cogió las cartas y hojeó los pequeños sobres, sonriendo ante las direcciones aún desconocidas de amigos y parientes. Al final de la pila, un sobre marrón le llamó la atención y su sonrisa se ensanchó al ver los datos de entrega mecanografiados y el matasellos de Londres. Tomó el sobre con los dedos enguantados y no intentó recuperar las felicitaciones de la temporada que caían como copos de nieve gigantes sobre la descolorida alfombra de flores. Una corriente de aire procedente de la puerta abierta provocó la rápida acción de su pie derecho, mientras su mano izquierda buscaba el interruptor de la luz, situado por alguna razón desconocida a un metro de la puerta. Abierta de piernas, deslizó la felicitación navideña de la tía Maud, emborronando la escritura de araña de la pluma estilográfica, y luego se inclinó hacia el recibidor. Agradecida por los pesados muebles victorianos, se agarró al borde pulido para evitar una caída. A la luz de los pájaros, el sobre marrón bajó revoloteando hasta unirse a las variedades más pálidas de la alfombra.

Una vez recuperado el equilibrio, Anna se quitó los zapatos y se inclinó para recoger el correo esparcido. No tenía mucho sentido sostener el sobre marrón a la luz; el vestíbulo estaba demasiado sucio para ver nada útil a esas horas de la tarde de invierno. Además, habían acordado que uno no debía enterarse antes que el otro; debían abrirlo juntos, compartir las buenas

o malas noticias. Por desgracia, sabía que Joseph llegaría tarde a casa, ya que la visita mensual de su jefe de zona culminaría con unas copas en el pub el viernes antes de Navidad.



Dos horas y diez minutos más tarde, con la cena lista y la cocina caldeada por los fogones de gas y la parafina, seguía esperando para cortar el grueso papel de estraza. Apoyado en el banco de la cocina junto a la sal y la pimienta, el sobre parecía burlarse de su deliberado ajetreo, con la solapa pegada y el contenido desconocido siempre a la vista.

De repente, oyó que la puerta principal golpeaba la pared con un ruido sordo. Un segundo golpe y unos pasos que subían por el estrecho vestíbulo confirmaron la llegada de Joseph.

Estoy en casa, cariño", llamó como de costumbre, entrando en el salón.

Desde la puerta de la cocina, Ana lo vio dejar el abrigo en una tumbona y pasear las hojas de aguanieve por el agrietado linóleo de la cocina. Los labios helados se besaban, el aliento a whisky calentaba, el cabello mojado goteaba sobre su delantal a rayas de caramelo.

¿Qué hay para cenar?", preguntó él, soltándola y acercándose a los fogones.

Ha llegado", respondió ella sin aliento, apartándole de las cacerolas y la sartén.

¿Qué?", preguntó él, y entonces se fijó en el sobre.

Uno al lado del otro, sentados en los taburetes amarillos de cocina que él había hecho unas semanas antes, con las cabezas juntas y la carta tensa entre los dedos pálidos como el invierno.

Sí", gritó él.

Sí", repitió ella.

La levantó suavemente, alejándola de la claustrofobia de la cocina. Eufóricos, bailaron por el salón escasamente amueblado y cruzaron el estrecho pasillo hasta el dormitorio desordenado. En la cocina, las patatas hervidas se enfriaban, las judías cocidas se solidificaban y las salchichas se pegaban al aluminio brillante. La carta de Australia House yacía abandonada sobre el banco de la cocina.

OceanofPDF.com

SIN RETORNO

Un taxi llevó a la joven pareja de la estación al muelle y los dejó frente a una serie de cobertizos de hojalata que se apoyaban unos contra otros para sostenerse. Anna pudo distinguir la palabra Customs (aduanas) en el cartel descascarillado que había sobre una puerta entreabierta. Tras descargar las dos maletas, el conductor les deseó buena suerte y se alejó en medio de una nube de humo negro.

Detrás de la caseta de aduanas, el barco se alzaba sobre un brumoso cielo de verano, con sus elegantes líneas blancas perforadas por ojos de buey. Anna observó la chimenea amarilla, los botes salvavidas colgados como faroles a lo largo de la cubierta de estribor, y tuvo que apartar la mirada, no por el remordimiento de haber dejado su patria, su familia y sus amigos, sino para recuperar su identidad. El barco la abrumó, arrebatándole su insignificante vida, todos sus sueños y temores reducidos a números escritos a máquina en un contrato de transporte azul. Nervios de última hora, supuso, recordando las lágrimas apenas disimuladas de sus padres en la estación, sus sonrisas forzadas cuando el tren se alejó del andén. Habían renunciado a una despedida en el muelle, porque su padre sostenía que sería demasiado doloroso para su madre.

Los padres de Joseph vivían a más de cien millas del puerto y no tenían coche, así que venir a los muelles de Southampton no era una opción. La despedida de los suegros se había producido semanas antes, al final de un difícil fin de semana hacinados en un pequeño adosado junto a los tres hermanos de Joseph y un perro maloliente. Desde su compromiso un año antes, Anna había intentado entablar amistad con Alan y Stella, pero resultó ser una ardua batalla, ya que su suegra en particular no ocultaba que desaprobaba la elección de Joseph.

Al principio, a Anna le habían molestado los comentarios sarcásticos sobre su falta de estilo, su afición a leer literatura seria, el metodismo de sus

padres, pero a medida que se acercaba el día de la boda, se había refugiado en la cita clandestina programada para el segundo día de su breve luna de miel en Londres. Una boda a finales de noviembre ofrecía lugares limitados para unos recién casados deseosos de preservar sus ahorros, por lo que habían reservado tres noches en un modesto hotel londinense, siendo su principal objetivo la facilidad de desplazamiento a Australia House, en el Strand. Meses antes, habían rellenado los formularios de emigración en la intimidad de la habitación de Joseph -que compartía piso con dos amigos- y, tras una rápida respuesta de Australia House, acudieron a la consulta de un médico concreto para someterse al reconocimiento médico. Poco después recibieron una carta en la que se les informaba de que ambos cumplían los requisitos sanitarios australianos. A mediados de octubre, los aspirantes a emigrantes habían superado el último obstáculo, según el alegre joven con el que Joseph había hablado por teléfono para concertar la entrevista obligatoria coincidiendo con su luna de miel.

Anna esperaba un ambiente formal, funcionarios estirados sentados detrás de un escritorio haciendo preguntas, pero los dos funcionarios de inmigración -jóvenes y simpáticos- habían pasado la mayor parte del tiempo entusiasmados con la vida en el "afortunado" país, con un discurso salpicado de atractivas descripciones de playas y arbustos. A las preguntas de Joseph sobre las perspectivas laborales respondieron con un desenfado: "No te preocupes, amigo, hay mucho trabajo para los que estén dispuestos a trabajar duro", seguido de un amistoso consejo: "Aprende rápido las costumbres australianas" y "no te quejes". Al escuchar el diálogo posterior, Anna dedujo que los "quejicas" eran una raza despreciada, destinada al ostracismo social y laboral.

Recuerda que comparar Australia con Gran Bretaña es un ejercicio inútil", declaró el joven oficial hacia el final de la entrevista. En mi opinión, los dos países representan extremos opuestos del espectro. Gran Bretaña es una nación vieja y superpoblada que ya no da más de sí. Un imperio en ruinas, una tasa de desempleo elevada, una industria en declive, gente con cara de pocos amigos que lucha por llegar a fin de mes. Australia, por el contrario, es una nueva y vibrante nación destinada a la grandeza".

Aunque Anna admiraba su entusiasta patriotismo, no podía evitar sentir que sus opiniones eran algo parciales. Puede que miles de británicos se buscaran la vida en otra parte, pero quedaban cincuenta y cinco millones.

Prudentemente, permaneció en silencio, desempeñando el papel de nueva esposa complaciente que los funcionarios parecían exigir. Ya habría tiempo más tarde, en la intimidad de su habitación de hotel, para reflexionar sobre la entrevista, reírse de un lenguaje demasiado rebuscado y, si era necesario, expresar opiniones feministas largamente defendidas. La última pregunta estuvo a punto de ser su perdición y le costó un inmenso esfuerzo mantener la serenidad y responder a lo que consideraba una impertinencia.

¿Cuántos hijos piensa tener?", preguntó el hombre mayor, inclinándose hacia ella.

Anna y Joseph intercambiaron miradas. Los bebés no estaban en sus planes inmediatos. Habían hablado de tener hijos, pero estaban de acuerdo en que formar una familia podía esperar unos años, ya que Anna sólo tendría veintidós y Joseph veinticuatro el próximo cumpleaños.

Tres por lo menos", respondió Anna, en un tono que esperaba fuera convincente.

¿Más pronto que tarde? Una sonrisa arrogante se dibujó en los finos labios del funcionario. Poblar o perecer".

Denos una oportunidad", replicó Joseph. Sólo llevamos dos días casados".



Mientras esperaba en la cola de la aduana, Anna recordó las risas de los funcionarios y pensó en los paquetes de píldoras anticonceptivas guardados a buen recaudo en su espacioso bolso. La semana anterior, una visita a su médico local le había asegurado una receta para tres meses, que cubriría el

periodo de viaje y le daría tiempo a inscribirse en un médico australiano. En casa de los Fletcher no habría embarazos no deseados.

La cola avanzaba, alguna que otra maleta se abría para su inspección, los pasaportes eran examinados o, en algunos casos, los documentos de identidad facilitados por Australia House sin coste alguno para quienes no disponían de pasaporte en vigor. Billeto de ida, pensó Anna mientras Joseph le entregaba el documento, con sus datos escritos a mano y dos caras sin sonrisa pegadas en el interior de unos recuadros de borde negro en la parte inferior. Anna había intentado varias veces conseguir fotografías adecuadas. Hacinada en un fotomatón, su expresión sombría se transformó dos veces en risitas cuando la cámara disparó. ¿Qué demonios haces ahí? preguntó Joseph, al otro lado de la cortina, con su tira de cuatro fotos aceptables.

Diríjanse al barco", le indicó el funcionario de aduanas, señalando una puerta a su izquierda.

Joseph le tendió la mano. Esto es, mi niña".

Anna sonrió. Ya no hay vuelta atrás, estamos firmados y sellados".



Una vez a bordo, se arrastraron por pasillos estrechos y abarrotados, buscando por puertas idénticas los camarotes que les habían sido asignados. En la cubierta B había sobre todo camarotes de cuatro literas; las familias se alojaban en las cubiertas inferiores. Los matrimonios sin hijos iban separados: cuatro esposas en un camarote, cuatro maridos en el siguiente. Un pasaje asistido de diez libras no satisfacía el apetito de los recién casados. En la embriagadora época de las migraciones masivas, se trataba de hacinar al mayor número posible de personas. Cada semana, un barco con cientos de emigrantes partía de Southampton para emprender el largo viaje hacia el sur.

No se demoraban en conocer a sus compañeros de camarote, preferían estar en cubierta cuando el barco zarpaba. Según Maud, la tía de Anna, que había viajado mucho, la partida traía consigo ceremonias y celebraciones.

Serpentinas, una banda de música, el estruendo de la bocina del barco, multitudes saludando en el muelle, gritos que estallaban en el momento en que un pequeño y duro remolcador empezaba a alejar el enorme barco del muelle.

Un marinero apretó una serpentina de colores en la mano libre de Anna mientras Joseph tiraba de ella por la cubierta. Una fila ininterrumpida de pasajeros permanecía junto a la barandilla esperando la señal de lanzamiento. Anna tendría que lanzar la banderola hacia lo alto y esperar que el viento la llevara hasta el muelle y no a las trenzas peinadas hacia atrás de algún extraño.

"¡Aquí! gritó Joseph, empujándola a través de un pequeño hueco.

Ella se agarró a la barandilla y miró las caras que se habían reunido para despedirse. Gracias a Dios, sus padres habían decidido no venir a despedirlos. Desinhibida, podía disfrutar del momento, dar puñetazos al aire en señal de triunfo, saltar de alegría, gritar hasta reventar los pulmones. Adiós, adiós. Australia, allá vamos".

Los yates compartían el paso del transatlántico por Southampton Water, dirigiéndose a la isla de Wight o saliendo al Canal para recorrer la costa. La isla se deslizaba; campos de colchas de retales bordeados de altos acantilados blancos. Aguas abiertas a partir de ahora, primer puerto de escala las Islas Canarias, motas de roca en el ancho Atlántico. El Canal de Suez estaba cerrado a la navegación desde la guerra árabe-israelí de 1967. El viaje a Australia duraba cinco semanas en lugar de las cuatro de antes de la guerra, bajando por la costa occidental de África, rodeando el cabo de Buena Esperanza y cruzando el océano Índico, con sólo dos escalas antes de llegar al puerto de Fremantle, en el oeste de Australia.

Los primeros días transcurrieron bajo un sol radiante, las horas entre comidas ocupadas en nadar en la piscina, jugar en cubierta y explorar el

barco. Durante la breve visita a Tenerife, la mayor de las siete islas Canarias, Anna y Joseph, junto con otros pasajeros del barco, aprovecharon una excursión barata en autocar para ver el Teide, el tercer volcán más grande del mundo. Otros pasajeros optaron por pasear por las calles de Santa Cruz de Tenerife, admirando edificios coloniales bien conservados.

Una semana después del largo viaje, muchos pasajeros seguían mareados y, en varias ocasiones, Anna y Joseph se sentaron solos en su sección del comedor, para decepción de los camareros que intentaban servir cinco platos. Por primera vez en su vida, comieron filete a la parrilla, saboreando cada succulento bocado. Joseph se comió cuatro trozos de una sola vez, haciendo las delicias del camarero italiano. "Troppo sottile", dijo indicando el delgado brazo de Joseph. Come, come".

Anna se ofreció voluntaria para formar parte de la media docena de mujeres jóvenes vestidas con faldas de hierba, bikinis y guirnaldas florales que salieron a cubierta para la ceremonia de "cruce de la línea". Su recompensa fue un ornamentado certificado escrito en latín con Neptuno a horcajadas sobre un caballo y un tridente en la mano.

Pero a los tres días de navegar por el hemisferio sur, el Señor del Mar sacudió su lanza de tres puntas, dispersando a los pasajeros hacia la seguridad del bar y la cafetería. La fría lluvia azotaba las cubiertas vacías y el sol y las estrellas se retiraban tras oscuras nubes de tormenta mientras el barco surcaba enormes mares.

Aparecieron barreras alrededor de las mesas del comedor cuando el barco se acercaba al Cabo de Buena Esperanza, pero la comida, sobre todo la sopa, aún debía consumirse rápidamente para evitar derrames. Una vez más, el frijolero Joseph disfrutó de abundantes raciones.

El puerto de Ciudad del Cabo proporcionó un respiro de dos días a los mares salvajes, pero para Anna, la majestuosa Montaña de la Mesa y el hermoso paisaje costero se vieron empañados por la siempre presente injusticia del apartheid. Desde el momento en que pisó suelo sudafricano, las consecuencias de la segregación racial la asfixiaron como una nube

malévola. Veintidós años de vida en una próspera ciudad costera no la habían preparado para ver niños mendigando por las calles.

En la puerta de unos grandes almacenes, una joven negra vestida con un harapiento vestido de algodón estaba sentada en el suelo y sostenía un bebé envuelto en tela de saco. Detrás de la mujer, las luces fluorescentes iluminaban una estantería tras otra de abrigo a medida, elegantes vestidos de jersey y sombreros alegres. Asombrada, Anna se quedó mirando, incapaz de apartar los ojos de la cara fruncida del niño. El viento subía por la calle desde el puerto, levantando el velo de su ingenuidad juvenil y arrojándolo a las nubes de carbón que cubrían la ciudad y la montaña.

Esta tienda no", dijo Joseph, sin darse cuenta de su angustia. Necesitamos un supermercado para comprar detergente".

Todavía concentrada en la extrema pobreza, le permitió que la guiara calle abajo, recordando demasiado tarde su fracaso a la hora de aumentar las pocas monedas del cuenco de mendicidad de la mujer.

En el supermercado, tardó algún tiempo en encontrar productos para la colada, ya que el primer comprador al que se acercó Anna murmuró: "No hablar mujer blanca", antes de salir corriendo. Joseph dijo que tal vez la mujer no había entendido la pregunta, pero Anna lo consideró improbable.

De vuelta a bordo para comer, la joven pareja de Yorkshire con la que habían entablado amistad no parecía compartir el horror y el desconcierto de Anna. Los niños pequeños que pedían limosna en la calle habían molestado más que disgustado a Clive y Janette, al igual que el cartel de la oficina de correos, que les impedía unirse a la cola más corta de sólo negros.

Más tarde, esa misma noche, la ausencia de un cartel similar causó más irritación cuando las dos parejas intentaron entrar en un club nocturno de la ciudad y un portero de proporciones gigantescas les negó la entrada. A través de las ventanas se veía a una multitud de gente vestida de forma brillante bailando al ritmo de una banda de jazz. Lástima", comentó Joseph mientras se retiraban, "la música sonaba fabulosa".

Malditas normas estúpidas", replicó Clive. Gracias a Dios que no nos mudamos aquí".

Janette le dio una palmada en la muñeca. Baja la voz, no queremos que se enfade".

En cambio, en el local Solo Blancos, situado más arriba, había música grabada, una mala selección, consideraron las parejas inglesas, que habían crecido con los Beatles y los Rolling Stones. Aburridos, se marcharon al cabo de una hora y decidieron volver andando al barco, en lugar de tomar un taxi.

A medida que se acercaban a los muelles, la distancia entre las farolas se ensanchaba, el tráfico disminuía y los escaparates se convertían en formas grises a la tenue luz de la luna. Caminaban a paso ligero, con los cuellos de las chaquetas subidos para protegerse del frío aire nocturno. No muy lejos del barco, un grupo de jóvenes hablaba y fumaba en la puerta oscura de una tienda. Los cuatro ingleses pasaron de largo sin mirarles, ya que en sus respectivas ciudades no era raro ver a media docena de jóvenes reunidos un sábado por la noche. Los pasos que se aceleraban detrás de ellos apenas se distinguían por encima de la charla amistosa; en pocos minutos, estaban rodeados.

Los hombres eran altos y delgados, y sus rostros y ropas oscuros se confundían con las sombras de la calle. Unas manos negras agarraban las solapas de los hombres blancos, tiraban de ellas y las hundían en los bolsillos interiores. Anna vio a Clive tensarse en previsión de un golpe que nunca llegó; Joseph permanecía inmóvil, con el rostro convertido en una máscara de estoicismo. Los improperios rasgaban el cielo nocturno cuando las manos emergían vacías de monedas o billetes. Anna se quedó a un lado, mirando al frente, con el bolso que contenía el dinero y el documento de identidad colgado del pecho. Las maldiciones se intensificaron, convirtiéndose en vívidas descripciones de lo que los hombres querían hacer con los cuerpos de las mujeres blancas. Sólo palabras, se dijo Anna, dejándolas flotar sobre su cabeza. A su lado, Janette palideció y el miedo inundó sus ojos azules como lágrimas al rojo vivo.

Sin dejar de maldecir, los jóvenes se retiraron, dejando a los cuatro inmigrantes británicos conmocionados pero ilesos. Más tarde, apoyada en la barandilla del barco, mirando el cielo estrellado y las centelleantes luces de la ciudad, a Anna le resultaba difícil conciliar la belleza del lugar con la fealdad de los prejuicios y privilegios creados por el hombre. Pero mayor que el miedo, la conmoción o la tristeza fue la sensación de indignación que experimentó durante un viaje en autobús por la ciudad al día siguiente. A mitad del recorrido, el autocar aminoró la marcha para que los turistas pudieran ver bien el hospital Groot Sur, donde el doctor Christian Barnard realizaba las primeras operaciones de trasplante de corazón. Tras contemplar el monolito blanco durante unos instantes, una mujer de mediana edad sentada en el asiento del pasillo frente a Anna hizo varias preguntas al conductor sobre el pronóstico a largo plazo de los pacientes trasplantados. El conductor sólo dio respuestas vagas, sin querer o sin poder desviarse de su discurso.

El autocar pasó por delante de grandes casas rodeadas de altos muros con alambre de espino y descendió por una empinada cuesta hasta un grupo de edificios que recordaban a las aduanas de los muelles de Southampton. El conductor aminoró un poco la marcha y explicó con orgullo: "Este es el hospital que hemos construido para los negros".

La mujer de enfrente se levantó de un salto. Es una choza de hojalata destartalada. Debería darles vergüenza. ¿Cómo pueden tolerar este espantoso apartheid?

Ustedes los ingleses no entienden la situación", replicó el conductor, pisando el acelerador.

La mujer empezó a hablar de nuevo, pero esta vez el hombre que estaba a su lado le puso las manos firmemente sobre los hombros y, empujándola hacia atrás en el asiento, le dijo en voz baja: "Ahora no es el momento de ser una buena cuáquera, Ruth".

Otras palabras ardían en la boca de Ana. Quiso levantarse de un salto y felicitar a la mujer por decir lo que seguramente todos pensaban, pero algo

la contuvo. No era miedo a que el conductor informara a las autoridades de sus comentarios inapropiados o a arriesgarse a tener un accidente por tomar las curvas cerradas, sino más bien la vergüenza de destacar y montar una escena. Así que, en lugar de eso, cogió la mano de Joseph, la apretó y tragó con fuerza para desalojar las palabras impotentes atascadas en su garganta.

Más tarde, mientras tomaban un café en un bar de la cubierta A, Joseph comentó que, si bien era necesario actuar, también había que saber cuál era el momento adecuado para hacerlo. Anna estuvo de acuerdo, sin saber que sus palabras volverían a atormentarla en el mundo post-apartheid de los noventa.



Tras el paréntesis de Ciudad del Cabo, el aburrimiento se apoderó de la tripulación, que tuvo que cruzar el inmenso océano Índico antes de llegar a tierra. Tuvieron que soportar dos semanas de mal tiempo, la piscina cerrada, los paseos por cubierta reducidos a breves incursiones azotadas por el viento. Por la noche, sola en su estrecha litera superior, Anna añoraba los brazos de Joseph, sus besos prolongados, sus dedos acariciando sus suaves pechos.

Una noche, entablaron conversación con una pareja australiana que regresaba a casa tras un año trabajando en Inglaterra. Tras las cortesías habituales y hablar del régimen del apartheid en Sudáfrica, la conversación giró en torno al barco en general y al alojamiento en los camarotes en particular. Como pasajeros de pago, los australianos tenían un camarote para ellos solos y se ofrecieron a prestarlo durante una o dos horas, tras el comentario de Joseph sobre la separación a bordo. Éste aceptó la insólita oferta sin vacilar, obligando a una sonrojada Anna a huir al baño más cercano.



Desnudos en una litera superior -no les gustaba utilizar las literas inferiores habitadas por los australianos-, Anna y Joseph soltaron risitas como adolescentes que practican sexo a espaldas de padres ausentes. Las extremidades se enredaban, los pies de Joseph no dejaban de golpear la pared del camarote y Anna no conseguía ponerse cómoda. No fue una pérdida total de tiempo, pero decidieron no volver a solicitar el camarote. Hacer el amor por encargo en los estrechos confines de una litera superior carecía de atractivo.

A la mañana siguiente, la pareja australiana se les acercó en cubierta. ¿Te lo has pasado bien, colega?", preguntó el marido, clavándole el dedo en las costillas a Joseph.

Mortificada, Anna se miró los pies, deseando que el viento se llevara la respuesta de Joseph.



El puerto de Fremantle proporcionó a los emigrantes su primera visión de Australia. Muelles ajetreados, feos almacenes, gaviotas graznando; podrían haber sido los muelles de Southampton de nuevo, excepto por el cielo azul de un brillo pocas veces experimentado durante un verano inglés, y mucho menos en invierno.

Junto con muchos otros pasajeros, Anna y Joseph tomaron un tren a Perth, atravesando zonas industriales y casas en ruinas hasta llegar al centro de la ciudad. Las tiendas eran similares a las que habían dejado atrás, aunque a Anna le extrañó descubrir que "Manchester" significaba sábanas y toallas.

En Kings Park, se sentaron en un banco y almorzaron sándwiches de huevo y lechuga, un plato sencillo y agradable después de semanas de abundantes comidas a bordo. Anna pasó el resto de la tarde admirando la flora tropical y deleitándose con el exuberante follaje. Tontamente, ignoró los caminos de grava, manchando sus zapatillas de lona blanca mientras corría por el césped recién regado.

De vuelta al reducido espacio del barco, Anna deseó haber desembarcado definitivamente, como los pasajeros que observaban de pie en el muelle con las maletas a sus pies. Impaciente, quería abrazar la vida australiana sin demora. Dos escalas más antes de que podamos empezar nuestra nueva vida", se quejaba a Joseph mientras caminaban por cubierta. ¿Por qué pasan tan lentos los días en el mar?

La paciencia es una virtud", comenzó él, recitando la primera línea de un poema que Anna le había citado una vez. Además, en lo que a mí respecta, nuestra nueva vida comenzó en el momento en que subimos a bordo".

Podríamos haber venido en avión", murmuró ella, recordando que había sido Joseph quien había insistido en que viajar en barco sería la mejor opción porque podrían llevar todas sus pertenencias, en lugar de una maleta cada uno. No es que tuvieran muchas cosas. Su primera casa estaba completamente amueblada, con un juego de taburetes de cocina amarillos como único complemento.

¿Y dejar nuestros regalos de boda?", replicó él.

Pensó en la horrible vajilla que Stella les había regalado por Navidad: porcelana gruesa, colores chillones, tazas y cuencos de formas extrañas. Me alegro de que hayamos podido traer la preciosa mesita que hizo tu tío", dijo, prefiriendo el tacto a la crítica. De todos modos, me alegraré de llegar a nuestro destino final".

Yo también. Joseph aminoró el paso. Mi principal preocupación es el empleo. Nuestros ahorros no durarán mucho si no encontramos trabajo rápidamente".

Anna le toma la mano. No te preocupes, estoy segura de que encontraremos algo en un par de semanas. Había muchas vacantes en el periódico que leímos esta mañana". Durante el desayuno, el sobrecargo había anunciado que en la sala principal había periódicos australianos de varios estados y aconsejó a los pasajeros que ojearan la publicación correspondiente.

Joseph miró por encima de su cabeza hacia el interminable horizonte de agua azul. Lo sé, pero no puedo pedir trabajo en medio del océano".

Anna estuvo a punto de citar el poema de la paciencia, pero se lo pensó mejor y dijo en su lugar: "No olvides que el tipo del mostrador de Australia House dijo que Brisbane es una ciudad en movimiento".

Joseph le apretó la mano. Me encanta tu alegre optimismo, cariño".



Brisbane, situada a medio camino de la costa oriental de Australia, había sido elegida como nuevo hogar de los Fletcher no por el clima o las perspectivas de trabajo, sino porque sus padrinos, Roger y Mary Gittens, vivían allí. En 1970, los matrimonios sin hijos que emigraban a Australia necesitaban un padrino que respondiera de su buena reputación y les proporcionara alojamiento a su llegada. Las familias eran apadrinadas por el gobierno australiano.

Tras completar su aprendizaje de ingeniería eléctrica, Joseph había conseguido un puesto en la pequeña empresa donde trabajaba Roger. Los dos pronto desarrollaron una buena relación laboral, por lo que el anuncio de Roger de que emigraba a Australia con su familia había sido decepcionante. Interesado en trabajar en el extranjero en el futuro, Joseph había preguntado a Roger si podían cartearse. Dos años más tarde, Roger y Mary habían aceptado apadrinar a los Fletcher, aunque no conocían a Anna.

El mal tiempo azotó el barco mientras cruzaba la bahía australiana y el estrecho de Bass, haciendo que todos, excepto los más resistentes, se apresuraran a bajar a cubierta. Los pasajeros respiraron aliviados al dejar atrás el agitado Océano Antártico en la estrecha entrada de la bahía de Port Philip. Los chubascos invernales barrían las cubiertas expuestas, el cielo gris plomo, pero al menos el agua permanecía relativamente tranquila. Para Anna y Joseph, el día en el puerto -la ciudad de Melbourne estaba situada en la cabecera de la bahía- se convirtió casi en una repetición de Perth. Tras tomar un tren desde el muelle hasta la ciudad, recorrieron las tiendas, comieron bocadillos en el Jardín Botánico y regresaron al barco entre fábricas y pequeñas casas de ladrillo. El tiempo resultó ser la excepción, con chubascos y un viento frío que curvaba los árboles de ramas desnudas que bordeaban las calles de la ciudad. Más parecido a Inglaterra que a la soleada Australia, pensó Anna, agradecida de que sus patrocinadores no residieran en Melbourne.

Tras abandonar la bahía de Port Philip, el barco se dirigió hacia el este, en paralelo a la costa de Victoria. Hiciera el tiempo que hiciera, Anna se aventuraba en cubierta durante horas, maravillada por las playas doradas, el oleaje salvaje y los bosques de un verde grisáceo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Cómo ansiaba dejar sus huellas en aquellas playas inmaculadas, zambullirse en olas espumosas, caminar entre árboles desconocidos. Hay que reconocer que sintió un poco de aprensión al ver los inconmensurables bosques de eucaliptos. Roble, fresno, olmo y abedul eran los árboles que ella conocía, el sólido legado de un conquistador normando del siglo X que deseaba un lugar para cazar. El New Forest de los picnics infantiles, los ponis errantes y los ciervos tímidos no le había causado ningún temor, sus carreteras y caminos conducían a casitas con tejados de paja, viejas iglesias de piedra y acogedores pubs. Sin embargo, los densos bosques australianos parecían no tener principio ni fin; un laberinto enmarañado que, estaba segura, frustraría incluso al aventurero más intrépido.

Al poco tiempo, el barco dobló la esquina y subió por la costa este en dirección a Sídney. Pequeñas ciudades y lo que desde la distancia parecían tierras de labranza, diseccionaban los bosques antes interminables. Las

playas seguían siendo las mismas, kilómetros y kilómetros de arena bordeada de olas blancas. De vez en cuando, un promontorio se adentraba en el océano, rompiendo la línea del oleaje. Anna se apoyó en la barandilla, absorbiendo los detalles del inmenso continente al que pronto llamaría hogar.



Dormidos en sus camarotes, Anna y Joseph se perdieron el paso del barco hacia el puerto de Sídney y tampoco habrían visto el puente Coat-hanger si el capitán no hubiera anunciado su llegada mientras desayunaban. Inmediatamente se produjo un éxodo masivo del comedor, todos los emigrantes querían estar en cubierta cuando el barco pasara por debajo del famoso puente.

Justo antes de llegar al puente, la mujer que estaba junto a Anna en la barandilla señaló el controvertido -en su opinión- teatro de la ópera que se estaba construyendo en el Punto Bennelong, un amasijo de andamios, vigas de hormigón a la vista y formas insólitas. Anna asintió y sonrió, reacia a comentar una estructura de la que no sabía nada. Más allá del puente, los bloques de torres se erguían como centinelas mientras los transbordadores se deslizaban sobre el agua azul, transportando a los trabajadores a oficinas y tiendas. Entonces, cuando el barco se acercó a su atracadero en Circular Quay, la misma mujer chilló de alegría y empezó a saludar. Ahí abajo está nuestro Eric", exclamó. Ha venido desde Parramatta para recibirnos".

Mucho después de que los motores cesaran su implacable palpitar, Anna y Joseph esperaron impacientes la señal para desembarcar. Los funcionarios organizaron a los emigrantes en tres grupos: los destinados a los albergues de Sídney, los que iban a ser recibidos por familiares o amigos en el muelle y los que viajaban más allá de Sídney. Los últimos en salir fueron los que iban a Queensland. Tras desembarcar y pasar por la aduana, los hacinaban en un autobús antiguo y los llevaban a un albergue para inmigrantes, donde

pasaban las horas hasta que salía de la estación central el tren nocturno a Brisbane.

Villawood fue un duro despertar. Los sueños románticos de Anna sobre la nueva tierra empezaron a desmoronarse mientras llevaba su maleta al alojamiento para mujeres -la orden de separación a bordo seguía en vigor-, una de la media docena de cabañas Nissen oxidadas que salpicaban el terreno polvoriento. En las paredes había literas con armazón metálico y sillas de metal con asientos de vinilo rotos apoyadas en una mesa de formica en mal estado. La mayoría de las literas estaban ocupadas por mujeres mayores de cabello gris que miraban a los recién llegados con gesto adusto. Nadie habló ni levantó la mano en señal de saludo, así que Anna dejó su maleta en un rincón y huyó de la lamentable escena.

Joseph la esperaba fuera de la cabaña de los hombres, con cara de sufrimiento. Me siento como un extranjero enemigo internado mientras dure la guerra", dijo cuando ella le cogió la mano.

Anna se inclinó más hacia él y le dijo en voz baja: "Acabo de ver a unas reclusas sentadas fuera de un barracón. Mujeres corpulentas de mediana edad con vestidos desaliñados, medias negras gruesas y pañuelos en la cabeza, parloteando en un idioma que ni siquiera reconocí".

"Probablemente de Europa del Este o rusas.

¿Cuánto tiempo crees que tienen que vivir aquí?

No lo sé. Semanas, meses quizá. Supongo que depende del alojamiento disponible y de si tienen trabajo".

Gracias a Dios por tu amigo Roger. Si yo tuviera que quedarme en esta pocilga, me iría directamente al aeropuerto a coger un avión".

Joseph sonrió y le despeinó el cabello con la mano libre. Tenemos que quedarnos dos años, cariño, es parte del trato. Si volvemos antes, tendremos que pagar el billete de ida".

Lo sé, lo sé. Hizo un mohín. Pero creo que podrían habernos llevado a un lugar menos deprimente. Villawood no da precisamente una primera impresión positiva de la vida australiana".

"Anímate, es sólo por unas horas. Joseph le apretó la mano. Vamos a ver esa cabaña grande. Quizá podamos tomar una taza de té".

Deberíamos tener tanta suerte", murmuró Anna.

|El funcionario de rostro rubicundo que había escoltado al grupo salió cuando llegaron al edificio. Justo a tiempo", dijo, abriéndoles la puerta. Ya está la comida. Un poco pesado, pero supongo que los romaníes estáis acostumbrados a ese tipo de comida".

Anna se puso rígida y estaba a punto de responder bruscamente cuando Joseph la empujó hacia delante. Maldito descaró", dijo con los dientes apretados, mientras entraban en el comedor.

Larga y estrecha, con pocas ventanas y amueblada con dos filas de mesas rectangulares separadas por un pasillo, la sala recordaba a Anna la cabaña que había quedado de la guerra donde había soportado las cenas escolares en el instituto. Casi todas las mesas estaban ocupadas, pero, después de recoger su comida de un par de mujeres de rostro adusto que estaban detrás de un mostrador de acero inoxidable, Joseph localizó un hueco al final de una mesa cercana a la cocina.

Varias mujeres con pañuelos en la cabeza asintieron con la cabeza mientras tomaban asiento y un hombre mayor les dedicó una sonrisa desdentada. Anna le devolvió la sonrisa y centró su atención en el revoltijo de comida que se estaba solidificando rápidamente en un grueso plato blanco: puré de patatas teñido de gris, lonchas de carne grasa, guisantes y un plato naranja brillante de origen desconocido. Con cautela, cogió un poco de patata y guisantes y tragó sin probar. La comida era insípida y estaba demasiado hecha; jugueteó con un trozo de carne, pero se resistió al puré de naranja. Pronto, derrotada, dejó el cuchillo y el tenedor y se volvió a sentar en el asiento para esperar a que Joseph terminara de comer.

De repente, una mujer a la izquierda de Anna cogió el plato tirado y esbozó una sonrisa antes de zamparse las sobras. Anna se esforzó por no mirar el tenedor cargado que se metía la comida en unos labios carnosos. Varios sonoros eructos siguieron al último bocado. Afortunadamente, Joseph respondió sin demora a un tirón de la manga de su camisa, asegurando una rápida salida.

A última hora de la tarde, el mismo autobús antiguo transportó a los nuevos emigrantes desde Villawood hasta la estación central de ferrocarril, donde subieron a vagones de madera destartados que parecían piezas de museo. El tren viajó hacia el norte a través de un territorio desconocido e invisible, con asientos incómodos y niños llorando que hacían que la noche pareciera interminable.

El amanecer trajo un poco de alivio, la pálida luz reveló vistas de árboles verde grisáceos, praderas marrones y cintas de carretera grises. A Anna le pareció como si alguien hubiera sacudido un plumero gigante sobre toda la campiña. Desprovista de colores primarios, la tierra parecía desgastada, un continente en ruinas encerrado en costumbres ancestrales. El futuro dorado prometido se desvanecía como una fotografía Polaroid dejada demasiado tiempo al sol.

Llamada al vagón comedor para desayunar, Anna desechó sus pensamientos pesimistas y dirigió sus ojos cansados hacia las tostadas y el té. De pie en una larga cola, empujada por padres cansados con niños díscolos, contó las horas que les quedaban por delante en el monótono tren-camión de ganado y esperó que Brisbane presentara una imagen más brillante. Acababa de llegar al principio de la cola cuando la mujer del mostrador golpeó una jarra en su dirección, haciendo que la leche cayera en cascada sobre su abrigo de lino azul. Casi llorando -el abrigo era nuevo-, Anna se secó la ropa empapada con un pañuelo.

Por favor, ¿podría darme un paño para limpiar esto?

Un paño sucio voló por encima del mostrador sin una disculpa de por medio.

De nuevo en su asiento, Anna trató de ignorar el olor a leche seca, apretó la cara contra el pecho de Joseph y cerró los ojos.



Cuando se dio cuenta, Joseph la estaba despertando. Ya casi hemos llegado, cariño. Echa un vistazo a nuestro nuevo hogar".

Miró el cielo zafiro sin nubes, las palmeras verdes meciéndose, los tejados de hierro rojo, las vallas blancas. Volviéndose hacia él, sonrió aliviada.

La estación de South Brisbane mantenía la vibrante paleta de colores. Cestas llenas de flores exóticas colgaban de un techo de hierro, palmeras en grandes macetas salpicaban el andén, enormes helechos tropicales se aferraban a postes de madera. Encantada y asombrada, Anna se quedó en la puerta del tren, para disgusto de Joseph, que había visto a Roger en el andén.

Los cordiales saludos reanimaron aún más el ánimo de Anna, que siguió a Roger y Joseph, ya inmersos en una conversación, fuera de la estación hasta un gran vehículo familiar que, según supo, respondía a las iniciales HG. Roger, vestido con una camisa brillante de cuello abierto, pantalones cortos a medida y calcetines hasta las rodillas, hizo que Anna se sintiera demasiado abrigada con su abrigo "de verano" de lino. Si éste era el atuendo de invierno de Brisbane, ¿qué llevaba Roger en verano?

El último tramo de su interminable viaje a través del mundo consistió en un trayecto de cuarenta minutos en coche hacia el norte, atravesando el centro de la ciudad y los extensos suburbios. En el asiento trasero, Anna estiró el cuello para observar los caprichos de la arquitectura de Brisbane. La mayoría de las casas estaban elevadas sobre pilares de madera u hormigón, "tocones" en australiano, decía Roger. Algunas eran lo bastante altas como para guardar un coche debajo, mientras que otras se asentaban cerca de la

tierra. Las verandas variaban desde grandes estructuras con elegantes bordes de hierro forjado hasta estrechas franjas apenas lo bastante anchas para sostener una silla. Escalones pintados con pasamanos conducían de los jardines delanteros a las verandas; en la parte superior de las viviendas más antiguas había un par de puertas sostenidas por grandes postes. Cada casa estaba rodeada por una valla, con travesaños de madera pintados de blanco en la parte superior e inferior y malla metálica en medio. De vez en cuando, un muro de ladrillo rompía el esquema.

Los jardines delanteros -no podía ver los traseros- eran un poco decepcionantes después de la flora tropical de la estación. Predominaba el césped, con algunos arbustos dispersos o un solo árbol en el centro. Caminos de hormigón o grava conducían directamente de la puerta a los escalones; en algunos casos, dos franjas adyacentes con césped en medio servían de senderos para un coche aparcado bajo la casa.

El jardín delantero de Roger y Mary era una grata sorpresa: arbustos en flor detrás de un muro bajo de ladrillo; dos cuadrados de césped con varios árboles cada uno y una masa de helechos de un verde brillante que asomaban por debajo de la veranda y los escalones. Mary, delgada y bronceada, estaba apoyada en la barandilla de la veranda, con su sonrisa y su vestido de verano sin mangas radiantes como el follaje del jardín.

Tras unas breves presentaciones -ni José ni Ana conocían a Mary-, los recién llegados fueron conducidos a una gran sala diáfana, que comprendía un salón con un comedor detrás. Pónganse cómodos", dijo Mary, señalando los dos sillones situados frente a un sofá. Voy a preparar el té".

Gracias. No me ha gustado mucho el té del tren".

Mary sonrió y desapareció tras un pequeño muro, en lo que Ana supuso que era la cocina.

Los dos hombres permanecieron de pie, habiendo reanudado la conversación iniciada en la estación, por lo que Ana ocupó la silla más alejada de la puerta principal y se sentó tranquilamente a observar su entorno, como una posible compradora de una casa. A diferencia de la

mayoría de las casas británicas, la puerta principal daba directamente a la sala de estar y, por lo que se oía al preparar el té detrás de la pared, ninguna puerta separaba la cocina del comedor. La distribución le recordaba a Anna la casa de vacaciones en Cornualles que sus padres alquilaban año tras año; una estructura endeble diseñada para vivir en verano. Desde su silla, cerca de una ventana lateral, podía ver un pasillo que conducía, imaginó, a los dormitorios y al cuarto de baño. Recordó que Roger y Mary tenían dos hijos y se preguntó si tendrían un dormitorio libre.

Ya está el té -anunció Mary, interrumpiendo sus pensamientos sobre los planes para dormir.

Anna aceptó la taza y el trozo de tarta que le ofrecían con un agradecimiento bienintencionado.

Te llevaré a tu habitación cuando hayamos tomado esto", dijo Mary, sentándose en la silla contigua después de repartir sus cosas. Está abajo. Seréis los primeros en usar la sala de juegos. Roger acaba de terminarla".

Con la boca llena de delicioso pastel de naranja, Anna sólo pudo asentir.

Menos mal que venías para quedarte", confió Mary, inclinándose hacia su invitada. De lo contrario, la habitación seguiría siendo un suelo de hormigón desnudo cubierto de montones de planchas de fibra y madera".

Los ojos de Anna se abrieron de par en par. ¿Roger ha construido la habitación?

Sí, hoy en día todo el mundo construye debajo de la casa. Es una forma estupenda de ganar espacio sin gastarse una fortuna. La cama es plegable, así que cuando no tenemos visitas, los niños pueden utilizarla como cuarto de juegos".

Qué buena idea.

He construido un banco acolchado en una de las paredes", añade Roger. Levanta el asiento y debajo hay espacio para guardar los juguetes de los

niños".

Brillante", comenta Joseph. No tenía ni idea de que te gustara el bricolaje".

Roger sonrió. He aprendido muchas cosas nuevas desde que vivo en Australia. Aquí, los vecinos colaboran para hacer un trabajo. Todo lo que piden es que compartamos unas cervezas y hagamos una barbacoa".

Suena a verdadero espíritu de comunidad".

Roger asintió. Los australianos son buenos tipos, bastante relajados. Les encanta tomar una cerveza y charlar. No tardan mucho en aceptar a los recién llegados, aunque debes estar preparado para que se burlen de ti, sobre todo por tu acento. Y, por el amor de Dios, no critiques el lugar o te tacharán de "pom quejica".

Gracias por el consejo. Joseph volvió a su té.

Mary palmeó el brazo de Anna. Pareces cansada. Supongo que no dormiste mucho en ese tren tan antiguo'.

No, con los niños llorando, la gente tosiendo y los asientos terriblemente duros'.

¿Estuviste sentado toda la noche? ¿Por qué no pagaron un coche cama?

No sabíamos que se pudiera', respondió Joseph. Además, tenemos que tener cuidado con nuestro dinero. ¿Quién sabe cuánto tardaremos en conseguir trabajo?

Hablaremos de eso esta noche", comentó Roger, poniéndose en pie. Debo volver al trabajo ahora o el jefe estará escupiendo patatas fritas'.

Gracias por todo, Roger. No sé qué habríamos hecho sin ti. El albergue de inmigrantes de Sídney donde pasamos el día era bastante lúgubre".

'No te preocupes, y aquí es Rog, colega. Tú serás Joe, los australianos lo abrevian todo".

Anna sonrió, pero secretamente esperaba no convertirse en Ann. Le recordaría a una chica gorda de sexto curso: manos húmedas, cabello grasiento y un BO horrible. Pobrecita. Nadie quería ser pareja de Ann Levin en las clases de baile.



La habitación recién construida bajo la casa sirvió bien a los visitantes durante su estancia de dos semanas. La única pega fue la falta de mosquiteras -la habitación no estaba del todo terminada-, pero pronto aprendieron a aplicarse un spray llamado Aerogard antes de acostarse. Aparte de algún mosquito ocasional -enjambres en verano, según Roger-, había pocos insectos, para alivio de Anna. Adoptando la afición australiana de tomar el pelo a los que una vez llamaron "nuevos amigos", en los días siguientes Roger contó a sus visitantes historias de serpientes peligrosas que se escondían en montones de madera y arañas enormes que acechaban en los zapatos, a la espera de perforar la piel desprevenida de las mamis. Anna no volvería a ponerse un par de zapatos sin sacudirlos primero.

APRENDIENDO LAS COSTUMBRES AUSTRALIANAS

La primavera llegó el 1 de septiembre, según la radio local, pero para Anna y Joseph la estación seguía siendo la misma: días cálidos y soleados con lluvias ocasionales y noches frescas. Cada mañana, al abrir las persianas venecianas de su piso del primer piso, exclamaban de nuevo ante el cielo azul brillante y la luz dorada del sol.

Los días laborables apenas dejaban tiempo para contemplar el cielo. El amanecer significaba duchas rápidas, un desayuno apresurado y vestirse con ropa adecuada para sus respectivos lugares de trabajo. Sus visiones de recorrer las calles de la ciudad día tras día en busca de trabajo habían resultado erróneas: Joseph ocupó inmediatamente una vacante de ingeniero asociado en la oficina de Roger, y Anna encajó en un puesto administrativo en una universidad de la ciudad dos semanas después.

Encontrar un piso de alquiler también fue fácil. Se estaban construyendo bloques de pisos conocidos como "six-packs" en los suburbios, en un radio de ocho kilómetros alrededor del centro de la ciudad, para dar cabida a la creciente población, y la mayoría eran asequibles. Roger -Ana no se atrevía a llamarle Rog- los había llevado a buscar piso el sábado siguiente a su llegada y, aparte de un lugar decididamente mugriento en un bloque antiguo, todos parecían adecuados.

Eligieron un piso amueblado de un dormitorio en la parte trasera de un bloque recién terminado. La cocina era cutre, con sólo un par de armarios encima y debajo del fregadero, un hornillo y un enorme frigorífico blanco que resultaba ridículo en aquel pequeño espacio. El mobiliario era básico pero sólido: un conjunto de salón revestido de vinilo, una mesa de cocina con tablero de formica y cuatro sillas con patas de metal y un conjunto de dormitorio de formica. Pero para Anna era mucho más importante que el estilo, o incluso la comodidad, el hecho de que todo fuera nuevo. Nadie se había sentado en las sillas ni en el sofá, nadie había dormido en la cama, los

azulejos de la ducha brillaban y las baldosas de linóleo del suelo estaban limpias y relucientes.

De vuelta en Gran Bretaña, su primer hogar juntos, un piso de dos habitaciones en la planta baja de una antigua gran casa del siglo XIX, había apestado a viejo y descuidado. Las paredes del cuarto de baño estaban llenas de condensación, el salón estaba tan sucio y desgastado que la madre de Anna había insistido en comprar fundas sueltas y, debajo del papel pintado descascarillado, un inquilino anterior había pegado tiras de papel de aluminio en un intento de evitar la humedad. El alquiler había sido desorbitado, casi la mitad del sueldo de Joseph, pero no tenían otra opción, ya que las viviendas de alquiler escaseaban en la ciudad. La alternativa de comenzar su vida de casados en casa de los padres de ella había sido descartada por inviable.

Roger pensó que el alquiler del nuevo piso era bastante caro y les instó a buscar un poco más, pero Anna insistió en que valía cada dólar y Joseph estuvo de acuerdo, ya que el gran garaje debajo del piso era una ventaja inesperada para un hombre práctico. A Anna le intrigaban más las dos bañeras de hormigón situadas en la parte trasera del garaje, detrás de una pantalla de bloques de hormigón. El agente de alquiler se refería a este espacio como "la lavandería" e informaba de que estaba prohibido lavar la ropa en el cuarto de baño o tener una lavadora en la cocina. El casero, un alegre y corpulento italiano propietario de todo el bloque, no parecía el tipo de persona capaz de imponer semejante norma. Más tarde, Anna se enteró por un vecino de que la normativa estatal estipulaba un lavadero independiente en cada vivienda. En la parte trasera del bloque, dos grandes tendederos giratorios de metal, un invento australiano conocido como Hill's Hoist, se erguían en medio de una parcela de césped.

Al igual que la casa de los Gittens, la puerta principal del piso daba directamente a un salón de planta abierta y carecía del conocido buzón. El correo se entregaba en un muro de ladrillo con buzones metálicos numerados, situado a un lado del camino de entrada, por un "cartero" en moto. Qué mundo tan diferente el de aquí, reflexionaba Anna mientras tendía la colada o recogía el correo de su buzón.

Aunque la parada del autobús urbano estaba a sólo cinco minutos a pie del piso, Anna y Joseph pronto se dieron cuenta de que el coche, lejos de ser un lujo, era una necesidad absoluta en una ciudad en expansión donde, aparte de los pequeños bloques de pisos, lo normal eran las casas unifamiliares situadas en manzanas de un cuarto de acre. Las pocas tiendas a las que se podía ir andando sólo ofrecían carne, pan y periódicos; el supermercado más cercano estaba a diez minutos en autobús.

El transporte al trabajo también era un problema. Los autobuses, aunque frecuentes, tardaban en llegar al centro de la ciudad, serpenteando por numerosos suburbios en lugar de tomar una ruta directa. Davo, el amable vecino del piso de al lado, les sugirió que utilizaran el tren de cercanías, ya que la estación más cercana estaba a un corto trayecto en coche y el tren les llevaría a la ciudad en la mitad de tiempo. Se ofreció a llevarles y traerles de la estación en su reluciente Holden Monaro hasta que tuvieran coche propio. Anna aceptó agradecida, pero a Joseph no le convenían los horarios, así que siguió tomando el autobús.

Varias semanas después de mudarse al piso, salieron en autobús para visitar los concesionarios de automóviles que exhibían su mercancía a ambos lados de la carretera principal, unos kilómetros al norte. Entusiasmada por la perspectiva de tener por fin un coche y, si era sincera, influida por los paseos en el magnífico Monaro de Davo, Anna quería comprar algo deportivo, preferiblemente rojo, pero como de costumbre Joseph tenía ideas más sobrias, siendo la fiabilidad y la relación calidad-precio sus principales preocupaciones. La primera gran discusión de su vida matrimonial tuvo lugar en la acera de Vehículos Value, con Anna ensalzando las virtudes de un descapotable rojo y Joseph defendiendo la idoneidad de un sedán Holden gris. Al final, después de que ella se largara amenazando con coger el autobús para volver a casa y Joseph le gritara que comportarse como una adolescente malcriada no la llevaría a ninguna parte, ambos se disculparon y, cogidos de la mano, cruzaron la calle hasta Motores Mighty, "sede de las mejores ofertas de coches de Brisbane".

Tras inspeccionar numerosos coches y probar dos, se decidieron por un Vauxhall Viva blanco de dos puertas de 1965 con asientos rojos. Joseph

entregó la fianza de cien dólares y quedó en llevar el saldo de trescientos el lunes siguiente después del trabajo. No es ningún problema tener la oficina abierta hasta tarde", les aseguró el vendedor. Es bueno tener una excusa para perderse la hora del baño de los niños'.

¿No es típico de un hombre? pensó la feminista Anna.

La compra del coche hizo mella en su cuenta de ahorros del Commonwealth Bank, pero al menos sabían que el dinero podría reponerse rápidamente. Sus sueldos iniciales les habían sorprendido, ya que eran casi el doble de lo que ganaban en Inglaterra, y el coste de la vida, sobre todo los alimentos, era barato. El primer domingo que cenaron en el piso, Anna fue a la carnicería local y compró una enorme pierna de cordero por un precio ridículamente bajo. Había tardado toda la semana en comerse los restos de carne asada, así que tomó nota mental de invitar a Roger, Mary y los niños a compartir una comida la próxima vez que comprara un trozo de carne.

Frutas, verduras, carne, pescado, todo crecía en enormes proporciones en Queensland, resultado, supuso, de un clima subtropical. Lo mismo parecía ocurrir con los australianos, ya que la mayoría de los pasajeros del tren, o los que se veían durante el ocasional almuerzo sentados en un banco del Jardín Botánico, estaban muy por encima de lo que Anna consideraba estatura y peso medios. Una tarde, al compartir sus observaciones con Joseph, se sintió bastante tonta cuando él le dio una respuesta racional que debería haber sido obvia. No es el clima, tonta, es la dieta. La carne, el queso y el pescado baratos y de calidad, junto con la fruta y la verdura frescas, garantizan un crecimiento sano. No olvides que crecimos con las raciones de la posguerra". Hizo una mueca. ¿Recuerdas la col demasiado cocida, el puré de patatas y una sola loncha de carne fibrosa si tenías suerte?

Como si pudiera olvidarlo.

Y tuvimos suerte", continuó, señalándola con el dedo como si se dirigiera a un niño desagradecido. Piensa en los miles de desplazados que quedaron

atrapados en campos por toda Europa después de la guerra. Lo que habrían dado por nuestras raciones".

Una familia judía se mudó al piso de arriba cuando yo tenía ocho años", dijo Anna en voz baja. Cuando le pregunté por qué mamá les daba ropa y les llevaba las verduras que papá había cultivado para nosotros, me dijo que habían sobrevivido a años de dura vida en campos, así que necesitaban ayuda. Yo no entendía por qué vivir en un campo era tan malo hasta que papá me lo explicó".

Joseph miró el trozo de filete -un poco duro- que tenía en el plato. Un amigo de la escuela vino de Holanda. Me dijo que sus padres habían sobrevivido a la guerra comiendo bulbos de tulipán. Al principio no le creí".

Anna cruzó la mesa para cogerle la mano. Somos afortunados en dos aspectos. Primero, por haber crecido sin pasar hambre y, segundo, por haber tenido la oportunidad de venir a Australia".

Joseph asintió, pinchó la carne con el tenedor y empezó a masticar pensativo.



El pequeño Vauxhall Viva parecía perdido en un garaje construido para los grandes Ford y Holden de la mayoría de los australianos. Sin embargo, Joseph se lo enseñó orgulloso a Davo e ignoró su comentario de que era un coche de Sheila. Anna bautizó el coche con el nombre de Vivienne en honor a una antigua amiga del colegio, pero Joseph se refirió a ella como Viv, en deferencia a la afición australiana por las abreviaturas.

El sábado siguiente a su llegada, Viv provocó inadvertidamente un embarazoso incidente cuando Joseph decidió que un lavado y pulido mejorarían su aspecto. A las diez, la temperatura ya había subido a

veintiocho grados centígrados, así que se puso unos pantalones cortos conocidos como "stubbies", una etiqueta confusa para un Pom que acababa de enterarse de que las botellas pequeñas de cerveza llevaban el mismo nombre.

Joseph, que ya lucía un bronceado decente, parecía atractivo cuando Anna salió del garaje cargada con una cesta llena de ropa sucia y se dirigió a un Hill's Hoist. Mientras colocaba la ropa y las toallas, observó su cuerpo moreno y firme inclinarse y estirarse sobre el coche blanco, observando cómo el sol había blanqueado su espeso cabello rizado y la línea de piel pálida que se revelaba cuando se inclinaba sobre el capó.

Con el cesto de la ropa vacío sobre las caderas, se acercó al coche. Un beso húmedo en la base de su columna hizo volar la esponja y el cubo de agua jabonosa rodando por el camino de entrada. Al darse la vuelta, su ceño se frunció al ver a Anna de pie cerca de él, vestida con su traje de limpieza de los sábados por la mañana: pantalones cortos y camiseta sin sujetador debajo. Le dedicó una sonrisa seductora, dio un paso adelante y le pasó una cálida mano por el pecho. Debería ir a por la cámara, estás guapísima".

Le cogió la cara con las manos húmedas y le besó la punta de la nariz, la frente, la boca risueña.

No sólo preciosa", murmuró ella cuando él la soltó, "sino como para comérsela". Sus mejillas enrojecieron y ella se preguntó por qué, ya que no había nadie más. Entonces vio la razón de su vergüenza. Los ajustados calzoncillos no disimulaban su erección y el casero se acercaba rápidamente por el camino de entrada.

¿Puedes sujetar esto un momento?", le preguntó, empujando el cesto de la ropa sucia vacío hacia sus brazos. Me acabo de acordar de otra cosa que tenía que lavar". Apenas conteniendo una risita, huyó por el camino de cemento y subió los escalones hasta el piso.

Buon giorno, Joe", oyó decir al Sr. Martelli. Bonito coche, pero la cesta no sirve para limpiar, amigo, tiene demasiados agujeros".

Anna salió sigilosamente del piso y se asomó a la barandilla del balcón, decidida a escuchar la respuesta de Joseph.

Iba a coger el cubo". Joseph dejó la cesta sobre el capó y señaló el cubo que estaba apoyado contra el muro de la entrada, a medio camino.

“Es bello”, comentó el Sr. Martelli.

Sí, no está mal para ser el primer coche". Joseph se alejó de Viv.

El casero soltó una carcajada, un estruendo de garganta profunda que sacudió su vientre redondo, haciendo que se tensara contra los botones de la camisa, ya de por sí tensos. "¡No hay coche, Joe, estoy hablando de esposa!

Anna se retiró al interior, reacia a ser sorprendida espiando.

EL BUEN FIN DE SEMANA

La adquisición de Viv, el Vauxhall Viva, no sólo les permitió viajar más allá de las tiendas locales o del centro de la ciudad, sino que también permitió a los nuevos emigrantes abrazar esa sacrosanta tradición australiana, "el buen fin de semana". La primera pregunta que le hacían a Anna en el trabajo un lunes por la mañana era: "¿Has tenido un buen fin de semana?", y las palabras se confundían en una cadena de sílabas apenas comprensibles. Sin excepción, sus compañeros vivían para el fin de semana, y se pasaban el viernes por la mañana, a la hora del té y de la comida, hablando de lo que habían planeado, y el lunes, en las pausas, relatando lo que habían conseguido. Al parecer, había varias categorías de buen fin de semana: el deporte, sobre todo verlo, ocupaba el primer lugar, y las visitas a la costa, el segundo. "Costa", aprendió pronto Anna, era un término general que se aplicaba tanto a la Gold Coast, al sur de Brisbane, como a la Sunshine Coast, al norte.

Viv, reluciente bajo el sol primaveral, llevó a sus dueños al norte durante su primer fin de semana de vacaciones, a una pequeña isla unida al continente por un puente. Según los colegas de Anna, Bribie Island era un destino popular y no demasiado lejos para una primera aventura en lo desconocido. Cuando cruzaron el puente, Anna apenas podía creer la magnífica vista que se abría ante ellos. El agua turquesa y brillante bañaba una larga franja de arena blanca, mientras que detrás de la playa se alzaba una maraña de árboles, intercalados a intervalos por las líneas lineales de pequeñas casas de vacaciones. Los veleros surcaban las aguas, las lanchas de pesca se balanceaban junto al puente y los niños chapoteaban en las aguas poco profundas.

Anna quería aparcar en cuanto Viv llegara a la isla, pero Joseph tenía otras ideas. Este es el lado de paso", dijo con tono autoritario. Las familias

prefieren este lado, es seguro para los niños. Vamos al otro lado, al océano propiamente dicho. Allí hay buen oleaje".

Espero que no esté muy agitado'.

No te pasará nada. De todos modos, hoy nadaremos entre las banderas. No quiero correr riesgos en nuestro primer día en la costa".

Anna pensó en preguntar qué significaban las banderas, pero se calló, reacia a mostrar su ignorancia. La conversación derivó hacia la crema bronceadora, los sombreros y la necesidad de comprar una sombrilla antes de la próxima visita.

Pronto caminaron por una amplia playa, con la fina arena blanca haciéndoles cosquillas en los dedos de los pies. Sombrillas de distintos tamaños y colores salpicaban la playa; debajo de cada una, una caja de poliestireno o metal, un "esky" en la jerga australiana. Llenos de hielo, los eskies mantenían frías la cerveza y la comida, y se consideraban esenciales para las excursiones a la playa o al monte. Los dueños de las sombrillas se tumbaban en toallas de playa o sillas plegables bajas al alcance de sus eskies, con la cara inclinada hacia el cálido sol primaveral.

Las olas parecían prometedoras, pero, aparte de algunos surfistas, apenas había nadie en el agua. Dos socorristas, sentados junto a una de las banderas, parecían aburridos y se mostraron dispuestos a charlar cuando Joseph les dio los buenos días. Le recomendaron que no se adentrara demasiado en el agua, ya que había una fuerte corriente y el agua estaba muy fría. El lunes, en el trabajo, Anna descubrió que en septiembre sólo nadaban en el océano los visitantes del estado de Victoria y los romaníes.

Sin dejarse intimidar por el agua fría, Anna se quitó los pantalones cortos y la camiseta en cuanto encontraron un trozo de arena cerca de las banderas. Su nuevo bikini negro y naranja, más bien breve, evocó un silbido de lobo y una palmada en el trasero. Esquivando las manos errantes de Joseph, corrió hacia el agua. La espuma se arremolinaba alrededor de sus pies mientras una rompiente golpeaba la arena. Chillando de alegría, se metió en el agua y se zambulló en la siguiente ola. El agua estaba fresca y clara, y la corriente

era fuerte. Cuando salió a la superficie, la playa parecía muy lejana y el agua más profunda de lo que había imaginado. Al darse la vuelta, vio que Joseph se dirigía hacia ella a través de las olas.

¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¿No has oído lo que ha dicho el socorrista?

Soy buena nadadora". Se puso boca arriba.

Unas manos fuertes la agarraron por los hombros y tiraron de ella en un abrazo acuático. En el maldito Canal de la Mancha tal vez, pero deberías tener cuidado con este oleaje".

Ella lo silenció con un beso salado.

Después de nadar, se sentaron en las toallas y dejaron que el sol secara sus frescos cuerpos. Los bocadillos, resacos tras horas en una bolsa de papel en el fondo de la bolsa de playa, se regaron con limonada tibia. Una esky era una prioridad definitiva; una sombrilla de playa tendría que esperar.

El sol de la tarde amenazaba con quemar, así que se vistieron y estaban a punto de marcharse cuando un hombre mayor, que estaba sentado solo bajo una sombrilla vecina, les ofreció sombra. Aceptaron agradecidos, sin sospechar que él y su mujer se convertirían en buenos amigos durante los siguientes veinte años.

Se llamaba Ian. Se había jubilado recientemente y se había trasladado a la costa desde el sur de Victoria. Quería pasar los últimos años de mi vida en el calor", explicó. No podía soportar la idea de otro gélido invierno victoriano".

A Anna le resultaba difícil imaginar un invierno gélido en Australia y se asombró cuando Ian le dijo que a menudo iba a esquiar a los Alpes victorianos.



Cuando entraron en el garaje, su vecino Davo, sentado en el estrecho porche que se extendía frente a los tres pisos del primer piso, saludó con la mano y con un grito, así que, tras dejar la bolsa de playa en la mesa de la cocina, Joseph fue a reunirse con él. Anna supuso que era necesario hablar de hombres; tal vez un problema con el coche. Viv había hecho algunos ruidos extraños durante el viaje de vuelta. Se dirigió al baño, necesitaba una ducha para quitarse la arena atrapada en su bikini secado al sol.

Más tarde, sentada a la mesa y anotando los detalles de la excursión en su diario, Anna recordó las toallas de playa húmedas y el bikini enjuagado que habían quedado goteando en los grifos de la ducha. Abajo, en la lavandería, echó las toallas en la lavadora de doble cuba comprada de segunda mano a una amiga de Mary y colgó el bikini en el tendedero de cuerda que Joseph había instalado a un lado del coche. Mary le había aconsejado que no colgara la colada en el tendedero de noche por si había murciélagos frugívoros en la zona. Los murciélagos son criaturas nocturnas y la fruta que comen pasa a través de ellos en un tiempo récord", había explicado, en respuesta a la expresión de desconcierto de Anna.

Cuántas cosas que recordar, pensó Anna mientras llenaba la lavadora. La vida en Australia distaba mucho de ser la transición fácil que había imaginado. Aunque la población hablara el mismo idioma y fuera predominantemente blanca -había visto un par de indios y chinos en el tren-, el estilo de vida le resultaba casi ajeno. Haz esto, no hagas aquello, aprende coloquialismos o afronta la burla y nunca te quejes. Se permitió un momento de autocompasión y luego se recordó a sí misma que lo que más deseaba era cambiar de aires. Antes de Australia, la vida no había sido difícil, sino todo lo contrario. Sus padres vivían cómodamente, sus hermanas menores eran simpáticas la mayor parte del tiempo y una tribu de simpáticos primos vivía cerca. Sin embargo, desde muy pequeña anhelaba abandonar el mundo que conocía. A los nueve años había

pensado en escaparse al mar, algo que la tía Maud, en quien había confiado tontamente, había considerado una idea tonta. Es mucho mejor ser pasajera de un crucero de lujo", le había aconsejado su tía. Cástate con un hombre rico, como hice yo, y podrás ir de vacaciones a lugares exóticos".

Anna se preguntaba qué habría pasado por la cabeza de su tía cuando Joseph entró en escena. Aunque tenía un buen trabajo, distaba mucho de ser rico, pues había crecido en lo que Anna consideraba en privado "una familia Micawber". Al igual que el personaje de ficción de Dickens, la mayoría de los años sus suegros gastaban más de lo que ganaban y habían pedido prestado a su hijo mayor en varias ocasiones.

Dejó la lavadora a su aire y salió del garaje mirando a Joseph, que seguía apoyado en la barandilla charlando con Davo. Qué suerte tenía de tener un marido tan relajado, algunos dirían complaciente. Joseph había aceptado de buen grado su sugerencia de reunirse con su antiguo colega Roger y su familia al otro lado del mundo, aunque su respuesta inicial la había desconcertado. No había hecho mención alguna a las vibrantes descripciones de la vida australiana que llenaban las cartas intermitentes de Roger, sólo un encogimiento de hombros estrechos y el comentario: "No me importa dónde viva, mientras haya comida en la mesa y una cama cómoda".

Anna, recién comprometida, habría preferido un romántico "mientras estés a mi lado, cariño", pero Joseph hablaba como pensaba, en un lenguaje llano, libre de lo que él consideraba "sentimentalismo sensiblero". Su propuesta de matrimonio había sido inesperada y directa, pronunciada en un tono serio mientras estaban sentados en el comedor de su abuela, esperando a que trajera la tetera y el pastel de frutas que siempre preparaba durante sus visitas de los domingos por la tarde. No sé qué te parece, pero me gustaría que nos casáramos un día de estos".

Anna sonrió al recordarlo, recordando la larga pausa antes de sentirse capaz de darle una respuesta, con la boca abierta como un pez de colores y los ojos fijos como si él acabara de confesar un pasado criminal. Al menos siempre sabía a qué atenerse con Joseph. Testigo de ello era el día en que

había lucido un nuevo traje de verano comprado para el trabajo. Combinado con una blusa azul marino y blanca, lo había considerado elegante, pero cuando le pidió su opinión, Joseph dijo: "Te hace parecer una solterona de mediana edad". Al día siguiente, devolvió la chaqueta y la falda blancas a Marks and Spencers, agradecida por habérselas puesto sólo unos minutos.

En lo alto de los escalones de hormigón que conducen del camino de entrada a la veranda, miró a Joseph, con la esperanza de captar su atención. En cambio, sus ojos se fijaron en la hilera de botellas marrones paralelas a la puerta de Davo. Vacías, supuso, recordando la preferencia de los australianos por la cerveza helada. Olvidó la película que quería ver esa noche; después de varias cervezas, Joseph estaría roncando en el sofá a las ocho. Salón, se corrigió, pensando en lo tonto que era llamar a un mueble con el mismo nombre que la habitación que ocupaba.

OceanofPDF.com

BUSH, EL ESCÁNDALO Y LOS CAPRICHOS DEL LENGUAJE

Los nuevos emigrantes decidieron ir al monte por segundo fin de semana consecutivo, aventurándose más arriba por la autopista Bruce hasta las montañas Glasshouse, un grupo de trece picos volcánicos que se alzaban abruptamente desde la llanura costera. A primera vista, a Anna le parecieron extrañas esas supuestas montañas, con formas y tamaños raros que sobresalían de la maleza como si un gigante hubiera dejado caer sin querer un puñado de rocas. Ansiosos por explorar, se desviaron de la carretera principal por un camino de tierra. El pobre Viv rebotó y patinó sobre las ondulaciones endurecidas por el sol, pero a Joseph le pareció muy divertido y no pareció importarle que el coche estuviera cubierto de polvo rojo cuando llegaron a un surtido de vehículos aparcados al azar entre los árboles.

Una señal cercana indicaba un corto paseo por la maleza hasta Tibrogargan, que significa "anciano" en la lengua aborígen local, así que siguieron un estrecho camino de tierra que se desvanecía en la base de una escarpada losa de roca desnuda. Se veían varios excursionistas en las laderas superiores, pero a Anna le daba miedo la idea de escalar sin la seguridad de las cuerdas y se quedó mirando una pared rocosa llena de sombras de cuevas, mientras Joseph subía al primer saliente.

Después de un almuerzo a base de bocadillos y zumo de limón, que mantuvieron fresco en su nueva cantimplora amarilla, volvieron a bajar por la pista, desviándose antes de la carretera principal por un camino estrecho pero asfaltado que discurría paralelo a una vía férrea. Carretera y ferrocarril atravesaban kilómetros de plantaciones de pinos hasta un pequeño lugar llamado Beerburum antes de volver a unirse a la autopista Bruce. El bosque artificial parecía demasiado reglamentado. Anna prefería los arbustos naturales, eucaliptos que crecían desordenadamente, tiras de

corteza que colgaban desordenadamente de ramas y troncos. La luz del sol no penetraba en los pinos densamente plantados; parecían los bosques profundos y oscuros de los cuentos de hadas de la infancia, árboles sombríos, amenazadores y extraños, fuera de lugar en una tierra abierta.



A los dos días de empezar la nueva semana laboral, Joseph estaba abriendo la puerta cuando la de su vecino Davo se cerró de golpe y el casero se dirigió hacia su piso con el ceño fruncido en su rostro habitualmente alegre. Hola, señor Martelli, ¿le pasa algo?

Se ha ido. Me debe tres semanas de alquiler", dijo indignado.

Un revoloteo a medianoche", comentó Anna desde lo alto de la escalera. ¿Quién lo hubiera pensado? Parecía un tipo tan agradable".

El Sr. Martelli parecía perplejo. ¿Qué es un tipo, por favor?

Guy", dijo Anna rápidamente, ruborizándose al recordar que las chicas del trabajo se partían de risa cuando ella utilizaba el término inglés. Tenía tantas ganas de asimilarse; era duro ser diferente.

Aquella noche, al confesar su error a Joseph, sufrió una nueva humillación cuando éste le aconsejó que se deshiciera de la ciruela que tenía en la boca si quería encajar. Anna se marchó enfadada, bajando los escalones con estrépito para refugiarse en la lavandería. Peor que el comentario despreciativo fue que Joseph no entendiera por qué se había ofendido. No era la primera vez que se había mostrado brusco hasta la grosería en las últimas semanas; véase su comentario a Mary de que su pastel era mucho mejor que el holocausto que Anna le había servido el sábado anterior. ¿No se daba cuenta de lo lejos que llegaba su voz en un salón de planta abierta?

A veces, Anna pensaba que el certificado de matrimonio debería ir acompañado de un manual de instrucciones.



La semana siguiente llegaron nuevos vecinos. A última hora de la tarde, Anna les invitó a una taza de té y un trozo de tarta sin quemar. Eran recién casadas y acababan de volver de su luna de miel. Julie, menuda y de cabello largo y rubio, tenía unos diecinueve o veinte años, pensó Anna. Su marido, Phil, parecía mucho mayor, atractivo y curtido. Hablaba despacio y llamaba a su mujer "hun", que Anna supuso que era la abreviatura de "cariño". Aparte de los saludos iniciales, Julie no contribuyó a la conversación y se quedó sentada en la mesa de la cocina, con la cabeza gacha, comiendo pastel y bebiendo té como una niña de la época victoriana a la que hay que ver y no oír.

Decepcionada - Anna había esperado conocer a alguien más de su edad - esperaba que Julie venciera pronto su timidez y se convirtiera en su amiga. Mary, de treinta y dos años, era amable y agradable, pero Anna no tenía intención de instalarse en un futuro próximo en lo que uno de sus colegas había descrito como "aburrida vida matrimonial suburbana". A ella le gustaban las emociones intensas, descubrir el doble placer de un nuevo marido y una tierra de adopción, ambos parecidos a enamorarse apasionadamente una y otra vez.

El sexo, o hacer el amor, como Anna prefería llamarlo, había mejorado más allá de sus expectativas más salvajes desde su llegada a Brisbane y a menudo se encontraba deseando que llegara el final del día para poder retirarse a la cama y tumbarse desnudos, con los miembros entrelazados. Joseph, un amante atento, siempre anteponía las necesidades de ella a las suyas, asegurándose de que estuviera suficientemente excitada antes de penetrarla y, salvo en alguna ocasión, tomándose su tiempo para asegurarse de que ella también llegara al orgasmo. Era muy diferente de sus

arrebatados escarceos prematrimoniales, cuando la preocupación por el regreso de los padres de ella de una excursión había dado lugar a lo que se describía como "zas, zas y gracias, señora".

Anna seguía convencida de que el clima desempeñaba un papel importante en su floreciente vida amorosa, ya que la falta de ropa de dormir y las pesadas mantas estimulaban un deseo ya de por sí potente. A medida que se acercaba noviembre, las noches se hacían más cálidas, así que invirtieron en un ventilador de pedestal y se tumbaron boca arriba después de hacer el amor, secándose el sudor con cada oscilación. A primera hora de la mañana, la brisa entraba por las persianas entreabiertas y obligaba a Joseph a levantarse, apagar el ventilador y subir la sábana cuando volvía a la cama. Anna, medio despierta, se volvía hacia él y se acurrucaba en su fresca espalda, con una mano alrededor de sus nalgas.

La escasa ropa de verano también contribuía al deseo sexual; los minivestidos sin mangas o los pantalones cortos y la camiseta que se ponía después del trabajo dejaban a la vista durante horas los miembros bronceados y la turgencia de los pechos calientes. No entendía por qué las medias (pantimedias para los australianos) eran obligatorias para el personal administrativo femenino. La oficina de la universidad podía tener aire acondicionado, pero los estudiantes que solicitaban préstamos o alojamiento siempre dejaban la puerta abierta al entrar y salir. En los días especialmente ajetreados, las medias de Anna se pegaban a la silla de vinilo de la oficina, dejándole marcas rojas en los muslos, ya que en Australia las faldas y los vestidos se llevaban más cortos, incluso en un lugar de trabajo donde estaba prohibido llevar las piernas desnudas. La mayoría de sus compañeras preferían los uniformes de algodón grueso aprobados y parcialmente pagados por el colegio: de manga corta, tipo camisa, con botones en la parte delantera y una minifalda plisada que caía desde las caderas. Como no quería llamar la atención, Anna había encargado sus uniformes al mes de empezar a trabajar, aunque ya tenía ropa de trabajo más que suficiente. Los uniformes no eran obligatorios, pero Anna no tardó en apreciar su principal ventaja: la eliminación de la indecisión mañanera sobre qué ponerse.

Por su parte, Joseph abandonó rápidamente la pesada ropa inglesa por los trajes tropicales preferidos por los trabajadores masculinos de cuello blanco: pantalones cortos a medida, camisa de manga corta y los calcetines largos de algodón conocidos como "walk-socks". Las rodillas desnudas de los hombres no eran un problema en las oficinas de Brisbane.

Otra norma de la oficina -las empleadas no podían llevar pantalones bajo ninguna circunstancia-, aunque irritante, resultaba insignificante cuando Anna consideraba las ventajas de su nuevo trabajo. Estaba bien pagado, con un aumento de sueldo automático una vez que hubiera completado los seis meses de prueba, y la ventaja de tener compañeros amables y una supervisora agradable le hacía estar deseando ir a trabajar, algo poco frecuente en su anterior ocupación, donde la directora de la oficina, una adusta solterona de mediana edad, le había hecho la semana laboral miserable. Parecía que la misión de la señorita Johnstone en la vida era patrullar la oficina, señalando los pequeños errores hasta la saciedad, con una voz chillona que garantizaba avergonzar al infractor. También insistía en que los empleados levantaran la mano cuando querían salir de la oficina para ir al baño y prohibía hablar a menos que fuera por motivos de trabajo.

Su colega June había susurrado tras una mañana especialmente difícil: "Le falta sexo, ése es su problema", un comentario que casi le valió una reprimenda mientras Anna luchaba por reprimir un ataque de risa. Cuando la señorita Johnstone se acercó a la mesa que compartían, con el ceño fruncido, June acudió al rescate preguntando: "¿Puedo traerle un vaso de agua a Anna? Creo que le está dando un ataque de asma".

Anna sonrió al recordarlo y cerró el libro de la biblioteca que tenía apoyado en el bolso. Sólo faltaban dos estaciones para llegar a su destino y el beso de bienvenida de Joseph al entrar en el coche. Pobre señorita Johnstone, pensó, empatía posible desde una distancia de doce mil millas; el sexo no era la única actividad que faltaba en su vida. Según June, la supervisora vivía con una madre anciana y exigente que insistía en que su hija pasara todas las tardes en casa y la acompañara en unas vacaciones anuales a Bognor Regis.

Pasando del pasado al presente, Anna observaba el desfile de viejas casas de madera sobre pilotes y largos jardines traseros donde un Hill's Hoist ocupaba el centro de la escena. De vez en cuando, una palmera o un racimo de plataneros rompían la monotonía del césped y el huerto, donde las parras de calabaza se arrastraban entre tomates y calabacines. A pesar de la repulsión experimentada en el comedor de Villawood, Anna había llegado a disfrutar de la hortaliza anaranjada, tanto asada como en puré con patata. Un día prepararía una tanda de bollos de calabaza; Mary insistía en que eran deliciosos y le había copiado la receta. Ingenuamente, Anna no había previsto que en Australia hubiera tantos alimentos diferentes, suponiendo que en un país de habla inglesa se cultivarían productos ingleses. Al principio, la compra de fruta y verdura le había llevado mucho tiempo, ya que la gran variedad dificultaba la elección. Cuando se encontró con productos etiquetados como "chirimoyas" o "Queensland blue", tuvo la tentación de quedarse con lo conocido, aunque el delicioso sabor de los plátanos "lady finger" la animó a probar otras frutas tropicales.

A diferencia de muchos emigrantes británicos, Anna resistió el impulso de hacer comentarios que empezaban con "En casa..." o "En Inglaterra...". Creyendo en el proverbio "El hogar está donde está el corazón", en pocos meses se había mudado, y el pasado se había convertido en otro país que recordaba con cariño, pero que no tenía ningún deseo de comparar con la nueva tierra. La flora y la fauna podían resultarle desconocidas y la lengua vernácula difícil de comprender a veces, pero Australia era ahora su hogar; un lugar donde ella y Joseph podrían construir una vida juntos.

Estaban ahorrando mucho para comprarse una casa, no una de las viejas y a menudo ruinosas viviendas de madera que se veían desde el tren, sino una nueva e inmaculada casa de ladrillo en una de las urbanizaciones que se estaban construyendo en la periferia de la ciudad. Como la mayoría de las parejas jóvenes del Brisbane de los años setenta, Anna y Joseph preferían lo nuevo y consideraban que un trayecto más largo para ir y volver del trabajo era un pequeño precio a pagar por las comodidades modernas. Poco después de su llegada, Anna se sorprendió al enterarse de que muchos suburbios seguían sin alcantarillado, y los residentes se veían obligados a utilizar un retrete exterior conocido como "dunny", situado dentro de un

pequeño cobertizo de madera en el jardín trasero. Qué primitivo", exclamó a Mary. Incluso la casa eduardiana de mis abuelos tenía un retrete interior". Afortunadamente, los pisos de nueva construcción disponían de cañerías adecuadas.

El tren aminoró la marcha a medida que se acercaba a la estación de Wooloowin, la más cercana a su piso, lo que dio a Anna tiempo suficiente para recoger sus pertenencias y forcejear con la ventana situada encima de la puerta. Por alguna razón, no había tiradores en el interior de las puertas. En su lugar, los pasajeros tenían que levantar la ventana con marco de madera utilizando un asa de metal apenas lo suficientemente grande para agarrarla, luego dejarla caer en una ranura sin aplastarse los dedos y estirar la mano para girar el asa del otro lado. Lo que Anna consideraba una maniobra peligrosa, a juzgar por las palabrotas que a veces se proferían, parecía tener una cierta destreza, y durante las primeras semanas de viaje en tren se había preguntado cómo diablos iba a abrir la puerta si se quedaba sola en el compartimento.

Cuando ocurrió lo inevitable, pensó en trepar por el banco de respaldo alto hasta el compartimento contiguo, donde había un hombre de mediana edad sentado con la mirada perdida, pero como no quería arriesgarse a que se le vieran los pantalones ajustados y las bragas negras de encaje, intentó asomarse por la ventanilla.

Lo hice, lo hice", exclamó, corriendo hacia el coche, donde Joseph estaba sentado leyendo un libro de la biblioteca.

¿Qué has hecho?

Abrí la ventanilla del tren".

Maldita idea ridícula. Deberían haber fusilado al ingeniero que la diseñó". Y olvidando el beso de saludo, Joseph giró la llave en el contacto.

UN ALMUERZO Y UN ACONTECIMIENTO INESPERADO

Diciembre trajo consigo calor, alguna que otra tormenta tropical y reuniones prenavideñas en el lugar de trabajo para celebrar el final de un año provechoso o, en el caso de Anna, la marcha de cientos de estudiantes, a menudo irritantes, por las largas vacaciones. La Administración de Estudiantes se unió a la biblioteca del colegio para el almuerzo, y se pidió a cada miembro del personal que "trajera un plato", frase que Anna había aprendido que significaba llevar comida para compartir. Como la masa quebrada era uno de sus éxitos culinarios, preparó un flan de queso y cebolla. Antes de la comida, decoró su "plato" con rodajas de tomate, echó un vistazo a los deslumbrantes platos expuestos y se sintió inadecuada hasta que descubrió que el personal de la biblioteca -unas auténticas Naciones Unidas con diecisiete nacionalidades representadas- era el responsable. Sus propios colegas, todos nacidos y criados en Australia, contribuyeron con una variedad de ensaladas y, en un caso, lamingtons, todavía en su envase del supermercado Coles. Anna aún no había desarrollado el gusto por estos bizcochos bañados en chocolate y coco desecado, sobre todo porque cada bocado le hacía toser.

De vuelta a casa en el tren, con un tupper vacío sobre las rodillas, Anna se sintió aliviada de no tener que preparar la cena, ya que Joseph iba a cenar fuera con sus colegas. Se imaginó un enorme filete, patatas fritas y ensalada en el Breakfast Creek Hotel, regado con grandes cantidades de cerveza. Debía encontrar algo en lo que ocupar la tarde; dormirse con un libro de la biblioteca o delante de la televisión no era una opción cuando tenía que recogerle en la estación a las once.



A media tarde, después de planchar durante una hora, se sentó a la mesa de la cocina con la intención de escribir una carta a sus padres, pero, tras una descripción de la visita del domingo anterior a la playa de Dickie, se sintió incapaz de continuar. El texto parlanchín sobre las delicias culinarias del día le parecía banal comparado con las curiosas frases que rodaban por su cabeza, exigiendo ser liberadas. Dejando a un lado la carta inacabada, inclinó el bolígrafo hacia el bloc de notas que servía para acolchar el finísimo aerograma y se adentró en una esfera olvidada desde los tiempos de la escuela.

A las diez y media, Anna había escrito diez estrofas de lo que prometía ser un largo poema, verso libre en lugar de las coplas rimadas que le exigía un anticuado profesor de inglés. A primera vista, sus líricas líneas ensalzaban el amor romántico unido a la dicha de los placeres íntimos, pero una segunda lectura confirmó una extraña elección de amante. Un continente entero se había convertido en el objeto del deseo de la poetisa; anhelaba explorar cada ondulación y grieta, recorrer con sus manos cada centímetro de inmensidad, penetrar en el alma misma de la tierra, una profundidad de sentimientos que alarmó a la naciente escritora y la hizo correr hacia el dormitorio, decidida a ocultar su extraordinaria creación entre capas de ropa corriente.



Mientras conducía hacia la estación de Woolloowin, Anna centró su atención en las relaciones tradicionales y se encontró reflexionando sobre la angustia experimentada durante el final de su adolescencia, cuando se había precipitado a la intimidad sin tener en cuenta las consecuencias o la idoneidad. ¿Tenía miedo al rechazo o quería rebelarse y desobedecer la norma de una madre decidida a llevar a su hija al altar de una pieza? "Nada de sexo antes del matrimonio" se había convertido en un mantra tan repetido que Anna no lo tenía presente. Por la gracia de Dios, pensó,

agradecida de que el camino del piso a la estación no la llevara más allá del Hogar y Lavandería de la Santa Cruz, donde las madres solteras trabajaban mientras esperaban el nacimiento de sus bebés. Cualquiera que fuese la razón de su desobediencia juvenil, había entrado en razón a los veinte años, procediendo con cautela en la relación que la llevaría al matrimonio.

La lluvia salpicó el parabrisas cuando Anna entró en el aparcamiento de la estación, vacío a esas horas de la noche. Sin encender los limpiaparabrisas, se acercó a la entrada del edificio de la estación y apagó el motor.

Un tren entró en la estación, desechando sus recuerdos incómodos y su autoanálisis crítico. Vio a Joseph salir del edificio en penumbra y echar un vistazo a la lluvia torrencial antes de correr hacia el coche. Hace un tiempo horrible", dijo él, deslizándose en el asiento del copiloto. Nos empapamos camino del pub".

¿Cenaron bien?", preguntó ella, girando la llave de contacto.

Sí, siempre hacen un buen filete en el Brekkie Creek. ¿Qué has hecho esta noche?

No mucho. Planché un poco... empecé una carta para mamá y papá".



Anna llevaba horas sentada a la mesa de la cocina, garabateando en un cuaderno escolar comprado en el quiosco local. Escribía, tachaba, chupaba la punta del lápiz como si fuera una piruleta, se corregía a sí misma, decidida a anular su arraigado vocabulario inglés. El imprevisto tiempo a solas -esa mañana, Joseph había decidido aceptar la oferta de su vecino Phil de ir de pesca- le había brindado la oportunidad de dar rienda suelta a su recién descubierta creatividad sin tener que explicar lo que estaba haciendo.

Había algo intensamente liberador en tener un secreto, sobre todo si se lo ocultaba al marido. No se trataba de una reflexión sobre el estado de su matrimonio de un año -ella adoraba a Joseph y sabía que él sentía lo mismo por ella-, sino más bien del deseo de tener algo totalmente suyo, algo que no tuviera que compartir. Desde su adolescencia, había llevado un diario, anotando pensamientos y sentimientos, esperanzas y temores en una serie de cuadernos de atractivas tapas, aunque tenía que admitir que las anotaciones habían sido esporádicas desde su matrimonio. Escribir un diario podía ser una actividad privada, pero ella no intentaba ocultar los cuadernos y se los habría enseñado a Joseph si éste se hubiera interesado por su contenido.

Los poemas -cuatro en dos semanas- eran un asunto completamente distinto, un auténtico secreto, la manifestación de una gama de emociones experimentadas desde la primera vez que había pisado suelo australiano. Pasión, amor profundo, gratitud, deseo, incluso irritación y ansiedad en ocasiones; esos eran los sentimientos que se esforzaba por articular pero que se abstenía de compartir con Joseph. Sus razones eran muchas, la auto preservación el objetivo principal. Su intensa adoración por este país tenía todos los visos de una relación amorosa ilícita y, como tal, temía que exponerla la llevara a la perdición. Una conclusión extraña, admitió, pero que se sentía incapaz de cambiar.

Por otra parte, no tardó en responder cuando le preguntaron qué opinaba de su nuevo país, haciéndose eco con sus propias palabras de la opinión que había oído expresar en numerosas ocasiones: Australia es el maldito mejor lugar del mundo". Afirmaciones tan sencillas como "me encanta estar aquí" o "Brisbane es un lugar fantástico" parecían satisfacer a sus interlocutores, y la conversación pasaba rápidamente a otros temas. Por lo que había visto hasta entonces, los australianos eran gente fácil de llevar, más dispuesta a disfrutar de la vida que a indagar en la psique de un emigrante. Las conversaciones con las parejas jóvenes de las que Joseph y ella se habían hecho amigos solían girar en torno a las actividades de fin de semana, el tipo de casa que se iban a construir o el deporte. Nadie mencionaba el desempleo, la inflación o se lamentaba del lugar que ocupaba el país en el

mundo, temas de los que se hablaba a menudo en los hogares, pubs o lugares de trabajo británicos.

En la fiesta de despedida ofrecida por tía Maud y tío Edgar justo antes de su partida, un primo lejano había dicho que no les culpaba por abandonar el barco que se hundía, una afirmación que la había sorprendido dada su gran casa de campo y el elegante Jaguar aparcado en el garaje. Anna había pensado inmediatamente en el Titanic, en la banda tocando mientras el barco se deslizaba bajo las heladas aguas del Atlántico norte. La aparición de otro primo había puesto fin a los comentarios sobre la inminente desaparición de Gran Bretaña y ella había seguido adelante, agradecida por el rescate. La negatividad no tenía cabida en una fiesta; además, no había sentido ninguna necesidad de justificar el abandono de su patria. A diferencia de sus padres, que habían vivido toda su vida en la misma pequeña ciudad, ella y Joseph se embarcaban en una aventura, aprovechando la oportunidad de experimentar una forma de vida diferente. En cuanto a la familia de José, sólo podía adivinar sus motivos para llevar una vida tan limitada. Gracias a Dios, Joseph había escapado de aquella casa abarrotada donde las riñas parecían la norma y había aprovechado su inteligencia natural y una educación gratuita para perseguir sus metas.

Una pregunta se abrió paso en su mente, pero poco dispuesta a contemplar un futuro creativo, dejó de mirar al espacio y volvió a sus garabatos secretos. Las aspiraciones a corto y largo plazo de Anna Fletcher podían esperar; ¡debía aprovechar el momento!

DÍA DE NAVIDAD A LA AUSTRALIANA

Las tarjetas navideñas que representaban escenas nevadas parecían fuera de lugar bajo un sol radiante y la brisa matinal que entraba por las ventanas abiertas de par en par las esparcía una y otra vez por el suelo. Cansada de recogerlas y recolocarlas, Anna dejó las tarjetas en un montón sobre la estantería que Joseph había hecho el fin de semana anterior y volvió a preparar la macedonia de frutas, su contribución a la comida de Navidad de Mary y Roger. La invitación a unirse a la familia había sido bien recibida, ya que Anna se había mostrado recelosa de invitarles al pequeño piso durante todo un día. Sus hijos, Judy, de siete años, y James, de cinco, necesitaban espacio para jugar, y un camino de cemento y unos trozos de hierba bajo los tendederos no podían sustituir a un amplio jardín con columpios, arenero y casita de juegos. Mary había dicho que también vendrían otros niños, otra familia inglesa con dos hijas y un hijo pequeño.

“La Navidad es difícil para Maureen”, había explicado Mary. Echa mucho de menos a sus padres y hermanos en esta época del año”.

Anna pensó en su propia familia celebrando las fiestas al otro lado del mundo y, a pesar de que esperaba con impaciencia su primera Navidad australiana, sintió una punzada de nostalgia. Lo comprendo”, le dijo con sinceridad.

Mientras troceaba piña, Anna sintió una oleada de culpabilidad al recordar la comida de Navidad del año anterior con sus padres. ¿Cómo había podido ser tan insensible, tan absorta en sus propios planes que había dicho lo obvio y luego se había preguntado por qué su madre había abandonado precipitadamente el comedor en mitad de la comida? La tía Maud, el tío Edgar y el primo Christopher habían agachado la cabeza, pensando sin duda que la ausencia de Anna, que carecía de tacto, y de su tosco marido sería ventajosa en los años venideros. El ambiente se había deteriorado aún más cuando su madre regresó, secándose los ojos enrojecidos mientras su padre

recurría a leer en voz alta los horribles chistes de las galletas navideñas, a lo que sus hermanas respondían con risas forzadas.

De su dedo índice izquierdo caían gotas de sangre que manchaban la fruta amarilla. Maldita sea", dijo en voz alta, soltando el cuchillo y corriendo hacia el fregadero. La piel cortada le escocía cuando abrió el grifo para enjuagar el resultado de sus pensamientos errantes. ¿Por qué tanta culpabilidad un año después del suceso? se preguntó, entrando en el cuarto de baño para coger un esparadrapo. Esa misma tarde, se había disculpado con su madre por el comentario que debería haber quedado en el aire, con la excusa poco convincente de la ilusión por el futuro. La respuesta había sido inesperada: un fuerte abrazo de una madre poco dada a las muestras abiertas de afecto, seguido de un comentario de que a veces era difícil ser una viajera frustrada. No lo sabía", había dicho Anna en voz baja. Creía que te gustaba alquilar una cabaña en Cornualles todos los veranos".

De vuelta a la cocina, Anna trató de concentrarse en la ensalada de frutas, pero la expresión melancólica de su madre seguía entrometiéndose, un recordatorio de que no se había dicho nada más sobre el tema de los viajes incumplidos ni ese día ni ningún otro. Pero una verdad se había derramado y, en los meses siguientes, Anna no pudo evitar pensar en el matrimonio de sus padres y en si se habían tapado otras grietas para preservar la apariencia de armonía. Presenta siempre una cara alegre al mundo", era otro de los mantras de su madre cada vez que una hija expresaba descontento, algo frecuente durante los años en que las tres eran adolescentes malhumoradas. A falta de explicaciones, Anna y sus hermanas habían asumido que el consejo no era más que una prolongación de la insistencia de su madre en mantener las habitaciones ordenadas, los buenos modales y escribir cartas de agradecimiento a los parientes el día de San Esteban.

El aspecto sombrío de Joseph puso fin a los recuerdos incómodos y a las especulaciones inútiles. Necesito café", anunció, dirigiéndose a la jarra eléctrica.

Feliz Navidad a ti también".

Siento haber llegado tan tarde anoche". Unos labios secos rozaron su mejilla. No tuve más remedio. No podía rechazar la invitación del jefe para celebrar las fiestas".

Anna siguió colocando piña, papaya y melón en el plato de cristal que había comprado en una tienda cercana a su trabajo. Puedo entender un par de copas, pero te desmayaste en el sofá a los cinco minutos de entrar por la puerta". Bufó, recordando la comida desperdiciada y tirada a la papelera. Tras dejarlo tirado sobre el vinilo amarillo, se había retirado a la cama poco después de su llegada y se había solazado con un libro de la biblioteca. Durante la noche, se había revuelto cuando él se deslizó a su lado, pero no hubo intercambio de palabras y ella apartó sus manos acariciadoras.

El problema es la cerveza australiana". Llenó de agua la jarra eléctrica de cerámica y la encendió. Parece mucho más fuerte que la cerveza negra que bebía en Inglaterra. Supongo que me acostumbraré'.

Lo más sensato sería beber menos". Se apresuró a entrar en el cuarto de baño para quitarse de encima el zumo de fruta pegajoso y la irritación aún latente.



El ruido de los niños jugando con los juguetes de Navidad compensa el comportamiento moderado de Joseph y Roger. Aún con resaca, ambos se sentaron uno al lado del otro en un banco del jardín, bebiendo limonada y haciendo muecas de dolor si algún niño se acercaba demasiado. Mary sirvió el almuerzo en la habitación de debajo de la casa: una selección de ensaladas, pollo frío, jamón y panecillos crujientes, seguidos de ensalada de frutas, helado y bizcocho. Los comensales adultos llevaron platos y vasos al jardín, donde se sentaron en sillas de lona protegidas del sol por sombrillas de playa, mientras que los niños se acomodaron en una alfombra de picnic

extendida bajo la sombra de un árbol, con los platos de plástico naranja apoyados en las piernas bronceadas.

La comida al estilo picnic y el espacio ajardinado permitieron a los padres relajarse, sin preocuparse por la limonada derramada o una rodaja de tomate aplastada bajo los pies. Soluciones sensatas para unas Navidades en el subtrópico, pensó Anna, aliviada por no tener que comer pavo asado y verduras calientes, mientras intentaba ignorar el sudor que le corría por el cuello. La ropa reflejaba el ambiente informal: las tres niñas llevaban vestidos de verano, James, pantalones cortos y una camisa de algodón, el bebé Timothy, pantalones de cuadros azules sobre el pañal y una camisa a juego. Los adultos vestían de forma similar, con la única diferencia del calzado. Todos los niños iban descalzos, pues habían desechado las sandalias horas antes.

Anna llevaba un vestido de verano nuevo cosido por su madre: corpiño de algodón blanco, falda de cuadros rojos y blancos adornada con el encaje que una vez había adornado la blusa de los años veinte de su abuela. El regalo había sido bien recibido, ya que Anna había descubierto que los vestidos de verano que había traído de Inglaterra no eran adecuados para el verano de Brisbane. El nailon y el poliéster se pegaban a la piel húmeda por la alta humedad. Había pensado comprarse un par de vestidos de algodón, pero un vistazo a las etiquetas de los precios en las tiendas de la Calle Queen impidió la compra. Los ahorros para el depósito de lo que los australianos llamaban "un paquete de casa y terreno" la hacían más ahorrativa de lo habitual; no podía justificar la compra de vestidos nuevos cuando los que ya tenía apenas se usaban.

Coser era una tarea que siempre había detestado, ya que sus prendas caseras siempre resultaban muy inferiores a las que confeccionaba su madre. No te preocupes, yo lo arreglo, cariño", era el lema de su madre cada vez que Anna modelaba a regañadientes un vestido o una falda. Con sus hermanas menores no había habido problemas, ya que ambas habían heredado la pericia de su madre con la aguja y el hilo.

James tiró de mi vestido nuevo -declaró una voz lastimera- y ahora está todo roto. Odio a los chicos".

Anna levantó la vista y vio a la hija de Maureen, de cuatro años, de pie frente a su madre, sujetando un extremo de un tirante. Un mohín distorsionaba el bonito rostro de la niña y las lágrimas se mezclaban con los restos del almuerzo alrededor de su labio superior.

No te preocupes, cariño, pronto lo arreglaré", comentó Maureen, levantándose despacio para no despertar al bebé que dormía en sus brazos. Se volvió hacia Anna. ¿Te importaría sostener a Timothy mientras lo arreglo?

En absoluto. Anna extendió los brazos para recibir al regordete bebé de seis meses. Se agitó, lanzó un pequeño grito y se acurrucó en unos pechos desconocidos. No hay nada para ti ahí dentro", murmuró, mientras una boquita de capullo de rosa empezaba a morder el algodón blanco. Acarició la cabeza peluda y sonrió a su protegido. Hacía años que no tenía un bebé en brazos, y el recuerdo no era nada agradable, ya que el bebé de su prima, que berreaba con la cara roja, se había retorcido en sus brazos antes de vomitar sobre su falda, el peor escenario posible para una chica de diecisiete años que se había visto obligada a asistir a una reunión familiar en lugar de ir a patinar sobre hielo con sus amigas.

Algo le mordió el tobillo, pero no se atrevió a moverse para que el bebé no se despertara y empezara a llorar de nuevo; Maureen había tenido problemas para calmarlo después de la comida. Tentativamente, se frotó el punto dolorido con la punta de la otra sandalia, con la esperanza de que no fuera una picadura de una de las hormigas gigantes que deambulaban por los céspedes australianos e incluso por el trozo de hierba fina bajo de los pisos Hill's Hoists.

Te ves como en casa", dijo una voz, y ella levantó la vista para ver a Roger acercándose, con una lata de cerveza en el puño.

Sí, la imagen de la maternidad", dijo Joseph, desde algún lugar detrás de ella.

No te hagas ilusiones", replicó ella, recordando su decisión de esperar a mudarse a su propia casa antes de formar una familia.

Joseph le pellizcó la coleta y se inclinó para besarle la nuca.

No lo dejes para muy tarde", le aconsejó Roger, ocupando el asiento vacío a su lado. Es preferible que seáis padres jóvenes, así tendréis más energía para hacer frente a los problemas".

Estoy de acuerdo", respondió Joseph, mientras acariciaba los hombros de Anna. Mis padres parecían haber perdido la cabeza cuando llegó el más pequeño. Es cierto que a veces es un poco caprichoso, pero para mí eso no es excusa para malcriarlo".

Con la cabeza inclinada sobre el bebé, Anna sonrió ante los conocimientos de paternidad de segunda mano de Joseph y, por un momento, sintió lástima por su suegra. No debía de ser fácil encontrarse embarazada de un quinto hijo a la avanzada edad de cuarenta y un años. El momento pasó cuando Anna reflexionó que Stella podría haber evitado un embarazo no deseado, si es que había sido eso, ya que la píldora estaba a disposición de las mujeres casadas desde principios de los años sesenta.

De dentro y de debajo de la casa brotaron fuertes lamentos. Los habitantes del jardín oyeron la voz alzada de Mary regañando a su hijo, seguida de unos pies calzados con sandalias que bajaban los escalones que conducían desde el patio trasero. A mitad de camino, Maureen se inclinó sobre la barandilla para gritar a su marido, que estaba ocupado recogiendo los juguetes esparcidos por el césped. Deja eso, Clive, te necesito aquí arriba. Esa chica me va a matar. He arreglado el maldito vestido, ¡pero no deja de llorar!".

Joseph y Roger intercambiaron miradas mientras el diligente Clive se enderezaba y se apresuraba a reunirse con su acosada esposa. Creo que tres son demasiados", dijo Roger en voz baja. Hoy en día todo está pensado para dos niños: casas de tres habitaciones, coches para cuatro pasajeros. El pobre Clive tuvo que cambiar su precioso Cortina cuando llegó Timothy. No había sitio en la parte de atrás para dos sillitas y un moisés".

Supongo que querían un niño", comentó Joseph.

Roger asintió y centró su atención en la cerveza.

¿Qué tienen de malo las niñas? preguntó Anna, preguntándose si sus padres habían esperado un niño la tercera vez.

Nada", se apresuró a responder Joseph.

Entonces, ¿por qué los hombres siempre quieren hijos?

La pregunta quedó sin respuesta cuando Mary salió de debajo de la casa y gritó: "¿Alguien quiere una taza de té y un pastel de carne?

Roger levantó su lata de cerveza. Me quedo con esto, gracias, cariño".

Yo también", dijo Joseph.

Me encantaría, pero..." Anna señaló al bebé dormido en su regazo.

Ponlo en la alfombra de picnic'.

¿A Maureen no le importará?

Por supuesto que no. Pronto se despertará y disfrutará retorciéndose".



Pero a Maureen sí le importó. Miró a Anna como si hubiera desechado a Timothy como si fuera basura, antes de recogerlo y comprobar cada centímetro de piel expuesta en busca de rastros de esas "malditas y horribles hormigas australianas". Satisfecha de que el bebé siguiera ileso, caminó a paso ligero hacia las escaleras, murmurando algo sobre que el año que viene quería una Navidad como Dios manda.

Ahí va un emigrante infeliz", declaró Roger, colocando su lata de cerveza vacía sobre la hierba. Pobre Clive, le encanta estar aquí".

¿Crees que volverán? preguntó Anna.

Sí. Maureen lleva años hablando de ello".

¿Cuánto tiempo llevan en Australia? preguntó Joseph.

Seis, siete años. Todos los niños nacieron aquí".

Joseph asintió. Uno pensaría que se habría establecido después de tanto tiempo'.

Una casa preciosa y un jardín enorme", añadió Roger. El año pasado, Clive incluso hizo instalar una piscina enterrada porque ella se quejaba constantemente del calor".

Quizá eche de menos a su familia", dijo Anna, haciéndose eco del comentario anterior de Mary. Estoy disfrutando mucho de mi primera Navidad australiana, pero debo admitir que hoy he estado pensando en mis padres y hermanas".

Roger miró su reloj. Eso me recuerda algo. No debo olvidar telefonear a mis padres esta noche". Se volvió hacia Joseph. ¿Cuándo te van a instalar un teléfono?

No estoy seguro de que esté justificado. Los gastos de instalación son elevados y no tenemos intención de quedarnos en el piso más de un año".

¿Va bien el ahorro?

Muy bien. Esperamos tener pronto suficiente para el depósito".

Bien por ti, amigo, no hay nada como tener tu propia casa. Te ayuda a sentirte completamente asentado".

Anna se enfadó. Estamos completamente instalados, Roger. Australia es un lugar maravilloso para vivir, buen clima...

"Querrás decir Brisbane", interrumpió Roger. Es diferente en el sur. Cuatro estaciones en un día en Melbourne e inviernos muy fríos".

Joseph se rió. Eso es lo que dijo un tipo que conocimos en la playa. Él y su mujer vinieron de Melbourne para retirarse en la costa. Han construido una casa con vistas a los cañaverales, no lejos de la playa. No recuerdo el nombre".

Bli Bli", dijo Anna, aliviada de que los hombres hubieran dejado atrás el tema de los defectos de Maureen. Parecía injusto juzgarla sin escuchar su versión de los hechos. Tal vez ella no había querido emigrar; tal vez Clive estaba tan ocupado con su trabajo -él era químico industrial y trabajaba para algo llamado CSIRO- que no se había dado cuenta de que su mujer se sentía sola. Estar en casa con tres hijos menores de edad no sería fácil, sobre todo porque Maureen había dicho que vivían lejos de tiendas o del transporte público.

Los hombres empezaron a discutir las ventajas de retirarse a la costa, dejando a Anna contemplar una vida confinada durante la semana laboral a la casa, el jardín y la compañía de los niños pequeños. De los comentarios de Roger dedujo que la familia sólo tenía un coche y supuso que Clive lo necesitaba para ir a trabajar, ya que el transporte estaba a kilómetros de distancia. Anna nunca aceptaría vivir en una finca en el campo, como la había descrito Maureen. Sería preferible una casa modesta con jardín, vecinos con los que relacionarse, tiendas y transporte a poca distancia si no podían permitirse un segundo coche para cuando llegara el bebé.

El té está listo", anunció Mary desde el patio trasero que daba al comedor. ¿Lo tomamos dentro, Anna? Seguro que los chicos te aburren hablando de coches y fútbol".

Ya voy. Anna se levantó de su asiento y corrió a reunirse con su amiga. ¿Dónde están los demás?", preguntó, sorprendida de encontrar a Mary sola.

Se han ido a casa. Clive dijo que a los niños les vendría bien un baño, ya que hace mucho calor esta tarde". Mary levantó los ojos al cielo. Ellos y su piscina. Sólo tenían que pedirlo y yo habría encendido el aspersor. A nuestros hijos les encanta correr bajo el chorro".

Suena divertido. Lástima que no me haya traído el bikini".

Sigues siendo una niña de corazón, ¿eh?

Anna sonrió y añadió en voz baja, como si los invitados que se marchaban pudieran oírla: "Es un poco grosero no despedirse de la anfitriona".

No importa. Quizá nos inviten a su casa el año que viene, y así podremos bañarnos todos". Mary cogió la tetera, dejando que Anna reflexionara sobre el hecho de que los conflictos siempre surgían en Navidad, una época a menudo descrita como la más estresante del año.

Más tarde, mientras masticaba otro delicioso pastel de carne casero, recordó una comida de Navidad de hacía mucho tiempo en la que sus hábitos alimenticios de niña de seis años habían irritado al tío Edgar hasta tal punto que éste se había metido debajo de la mesa para recuperar los guisantes que ella había intentado clavar con el tenedor sin éxito. Emergiendo con la cara roja, las rodillas de sus mejores pantalones arrugadas, la había fulminado con la mirada antes de llevarse las verduras ofensivas a la cocina. Las lágrimas habían caído sobre su vestido nuevo mientras contemplaba su fracaso a la hora de demostrar que era lo suficientemente mayor como para sentarse en la mesa de los adultos, en lugar de en la pequeña mesa para niños situada sobre el parqué pulido, muy lejos de la inmaculada alfombra beige.



Un hermoso final para un hermoso día", reflexionó Ana a última hora de la noche, apoyando una mano en el firme vientre de Joseph. Él estaba tumbado boca arriba, con las piernas estiradas y los pies colgando sobre el extremo de la cama. Ella habría preferido prolongar su estrecho contacto, pero la última vez que habían hecho el amor, él había declarado que la humedad del verano era demasiado alta para abrazarse durante mucho tiempo.

Me sigue pareciendo raro celebrar la Navidad en un jardín".

Diferente, no raro.

No seas pedante. Joseph se puso de lado y se apoyó en un codo. Esa Maureen era un poco aguafiestas, preocupándose por los niños todo el tiempo y quejándose del calor. Me daba pena Clive".

Lo sentí por ella. La pobre mujer parecía agotada.

¿Y de quién es la culpa? No tenía por qué tener tres hijos tan seguidos'.

Puede que no tuviera elección. Algunos hombres quieren tener un hijo a cualquier precio". Anna le dio la espalda. 'Y la palabra es 'hijos'; 'hijos' son cabritos.'

'Niños, niños, ¿qué importa?'

Anna suspiró. No discutamos".

Una mano se estiró para acariciarle el brazo. Lo siento, cariño.

No soy tu cariñito'. Le quitó la mano. Ni tu querida.

¿Por qué no? Creía que te encantaba todo lo relacionado con Australia".

Todo excepto la tendencia a abreviar", murmuró ella.

Como quieras. Se dio la vuelta y volvió a su posición habitual para dormir. Los ronquidos no tardaron en penetrar en el espeso aire nocturno.

Muy despierta, Anna yacía bajo la sábana, con los músculos tensándose con cada respiración de él. Malditos hombres, no tienen ni idea de lo que supone ser padres para las mujeres, pensó, recordando a Joseph y Roger sentados bajo una sombrilla de playa tomando cerveza mientras Mary y Maureen se ocupaban de los niños. Al menos Clive había ayudado cuando se lo habían pedido, o más bien gritado. Mientras intentaba relajar sus rígidos miembros, tomó nota mental de dejar un espacio decente entre sus propios hijos.

OceanofPDF.com

CLIMA SALVAJE

Se despertaron con una lluvia torrencial que azotaba el tejado de chapa ondulada y golpeaba la ventana del dormitorio con tal ferocidad que Anna estaba segura de que el cristal se rompería. La conversación era imposible, así que se dirigió a la cocina para preparar una taza de té. Mirando a través de las persianas venecianas mientras la jarra hervía, observó los ríos de lluvia que corrían por el camino de entrada, embarrados por la tierra floja que se derramaba por el muro bajo que separaba la hierba calva del hormigón. Abajo, en el jardín vecino, las hojas de las palmeras se habían desmenuzado como flores endebles y los delgados troncos se doblaban en ángulos extraños. Los misiles de mango de un enorme árbol situado detrás de las palmeras volaban por encima de la valla divisoria y salpicaban los Hill's Hoists, que giraban rápidamente, creando remolinos verdes. Hipnotizada, Anna ignoró el frenético traqueteo de la jarra por el escurridor y sólo se dio la vuelta cuando un estruendo anunció su caída en el fregadero.

Las nubes de vapor tapaban el fregadero y los armarios superiores, así que pasaron varios minutos antes de que Anna pudiera evaluar los daños. Fragmentos de cerámica amarilla salpicaban el brillante acero inoxidable; la tapa de plástico negro tapaba un grifo. Estúpido diseño", murmuró, deseando haber seguido utilizando la tetera silbante que habían traído de Inglaterra, en lugar de relegarla al fondo de un armario porque tardaba más en hervir que una jarra eléctrica. Tímidamente, metió la mano en el fregadero para recoger los trozos rotos y observó con consternación que la base estaba agujereada en varios sitios. ¿Debía confesárselo al casero o esperar que no se diera cuenta cuando llegara el momento de marcharse? Indecisa, tiró las pruebas de su negligencia al cubo de los pedales y regresó al dormitorio para confesar.

Joseph parecía imperturbable. Murmuró algo así como "no te preocupes, cariño, los accidentes ocurren" y, cogiéndole la mano, la llevó de nuevo a la cama. Fuera, la tormenta tropical seguía causando estragos en las calles circundantes, pero no logró atraer la atención de unos amantes consumidos por moldear carne maleable. Y cuando estalló su propia tormenta interior, ninguna de las partes dio las gracias por los truenos y la lluvia torrencial que habían impedido que los vecinos cercanos oyeran sus exclamaciones de placer.



Finalmente, satisfechos de que la tormenta hubiera terminado, Anna y Joseph salieron de su piso y se inclinaron sobre la barandilla del porche para contemplar la destrucción que había debajo. Mangos destrozados, hojas y pequeñas ramas cubrían el camino de entrada de cemento; sobre la hierba, un Hill's Hoist yacía de lado, con un brazo doblado y roto. El jardín vecino parecía una zona de guerra, con sus árboles caídos, su mesa volcada, sus sillas tiradas contra la valla y la tierra y las plantas desparramadas por las macetas de terracota derribadas.

Maldita sea, ¡ha sido una tormenta y media! exclama Joseph. Nunca había visto nada igual. Incluso ese enorme árbol de mango ha recibido una paliza".

Toda esa fruta estropeada. Qué desperdicio'.

Tardarán una eternidad en limpiarlo todo". Echó un vistazo a la vieja casa de madera, con la pintura desconchada sobre los tablones caídos y manchas de óxido en el tejado de chapa ondulada. No hay señales de vida por allí. Deberíamos comprobar si la pareja de ancianos está bien'.

Phil dijo el otro día que se habían ido a pasar las Navidades a casa de su hijo, en la costa. Me pregunto si tiene un número de contacto de ellos".

Anna se dio cuenta de que ni siquiera sabía los nombres de la pareja.

Joseph se apartó de la barandilla. Voy a ver si Phil y Julie están en casa".

Todavía de pie junto a la barandilla, Anna le vio llamar a la puerta de sus vecinos y, al no recibir respuesta, pasar a la siguiente.

Iré a ver la fachada", llamó desde la tercera puerta.

A diferencia de muchos de los bloques de apartamentos contemporáneos que salpican los suburbios de Brisbane -cajas rectangulares de ladrillo, dos plantas, seis viviendas encima de seis garajes o aparcamientos abiertos-, su edificio tenía forma de L. Los pisos delanteros, dos arriba y dos abajo, eran de dos plantas. Los pisos delanteros, dos arriba, dos abajo, carecían de espacio para un coche, por lo que los residentes aparcaban sus vehículos en la calle. Anna suponía que estos pisos tenían un alquiler más bajo, pero no quería mudarse a lo que, desde fuera, parecía ser un espacio aún más pequeño que el suyo.

Aunque al principio le había encantado el piso, apreciando sus grandes ventanas, sus líneas limpias, sus paredes blancas sin marcas y sus baldosas sin grietas, seis meses de vida en una caja de zapatos le habían amargado la alegría. Los muebles baratos que le había proporcionado el casero, sobre todo el dormitorio de madera aglomerada recubierta de una fina capa de formica, ya habían perdido su brillo. Las puertas de los armarios no se cerraban del todo y los cajones del tocador se atascaban, sobre todo las mañanas de trabajo, cuando ella tenía prisa. Los intentos de subsanar estas deficiencias habían fracasado, por lo que Joseph se preocupó cuando la fórmica se partió al clavar clavos para darle más apoyo. En cambio, la librería que había hecho con gruesos tablones de pino comprados en la ferretería local parecía capaz de resistir cualquier desgaste. Su segundo proyecto, un robusto armario independiente con puertas corredizas de cristal, se colocó al lado del frigorífico y albergó la vajilla, ya que el espacio del pequeño armario bajo el fregadero era limitado. La librería y el armario se mudarían con ellos a la nueva casa; ya no eran un sueño lejano, sino casi al alcance de la mano.

Al final de cada mes, Anna abría su libreta del Commonwealth Bank y calculaba cuánto tardarían en ahorrar la cantidad necesaria para un depósito en una de las casas que proliferaban en las nuevas urbanizaciones. Durante un paseo en coche el sábado por la tarde por la periferia norte de la ciudad, habían observado numerosas viviendas en distintas fases de construcción. Estas "casas especulativas" eran construidas por constructores que poseían parcelas de terreno y tenían un diseño similar pero no idéntico. Eran predominantemente altas, con tres dormitorios, cuarto de baño y salón, comedor y cocina de planta abierta en el piso superior, con lavandería y espacio para coches debajo. Las viviendas más caras tenían paredes exteriores de chapa de ladrillo, suelos de garaje hormigonados y puertas basculantes. El acceso a la planta superior se realizaba a través de una puerta a nivel del suelo que conducía a un vestíbulo embaldosado y a una escalera interior. En la parte trasera, unas escaleras exteriores conducían a un pequeño patio.

Las casas más baratas estaban revestidas de tablas de madera y se asentaban sobre tocones de hormigón rodeados de tierra compactada, con la excepción de una estrecha franja de hormigón en la parte trasera para las tinas de la lavandería y la lavadora. Las escaleras exteriores conducían a las puertas delantera y trasera. Anna se había decidido por una casa de ladrillo, ya que las económicas parecían endebles y a medio terminar. No podía imaginarse vivir en un edificio encaramado sobre delgados tocones de hormigón, ni aparcar a Viv sobre tierra desnuda.

Por conversaciones con amigos, sabía que algunas parejas jóvenes preferían depositar primero un bloque de terreno, pagarlo y luego utilizar el terreno como garantía de la casa. Una vez aprobada la hipoteca, se contrata a un constructor y se elaboran los planos, teniendo en cuenta el presupuesto y las necesidades de los compradores. Este era el camino que había elegido su vecino, Phil, que había comprado un terreno varios años antes de casarse.

Ya han echado la losa", les había aconsejado recientemente, cuando los dos hombres estaban sentados en el porche compartiendo una cerveza. Deberíamos salir de esta caja de zapatos en doce semanas".

"Con la mitad de suerte, nos espera un año".

No te preocupes, amigo, pronto pasarán doce meses. Además, te llevo años de ventaja. Cumpló treinta el mes que viene, así que tengo que ponerme las pilas, ya me entiendes".

¿Hijos?

"Sí, ¡quiero una tribu de ellos!

¿Qué piensa Julie?

Está acostumbrada a los niños. Una gran familia, ella es la tercera de diez.

Parece que aquí es poblar o perecer", comentó Joseph más tarde a Anna, cuando repitieron la conversación en la intimidad de su piso.

No te hagas ilusiones", dijo ella, compadeciéndose de su vecina. Había descubierto que Julie sólo tenía dieciséis años, prácticamente una niña-novia.

No te preocupes. Estoy de acuerdo con Rog y Mary. Dos es un buen número'.

Pero no hasta que tengamos una casa completamente amueblada. Imagínate un bebé aquí. ¿Dónde diablos pondríamos la cuna?".

Joseph se encogió de hombros y cambió de tema.



Estaban de pie al final del camino de entrada, observando la enorme rama de árbol que bloqueaba la salida y preguntándose cómo iban a desplazarla, cuando alguien gritó: "¿Quieres que te eche una mano, colega?

Al levantar la vista, vieron a un joven delgado apoyado en la valla de enfrente, fumando un cigarrillo.

Gracias, amigo, te lo agradezco mucho", respondió Joseph.

Un segundo hombre, mucho mayor que el primero, apareció en el balcón delantero: "¿Algún problema, Sam?".

"La sucursal de enfrente, papá".

Enseguida voy'.

Padre e hijo caminaron por el asfalto humeante, apartando el follaje caído con los pies descalzos. Cada uno llevaba un par de pantalones cortos conocidos como "stubbies", rematados con una camiseta de algodón. No estaban afeitados y parecían recién levantados.

Anna salió a la acera de hierba -no hay aceras selladas en las calles de los suburbios- y les tendió la mano. Hola, soy Anna Fletcher. Gracias por venir, no podíamos moverlo solos'.

No te preocupes, Anna", respondió papá, estrechándole la mano. Trevor Brown.

Su mano se sintió áspera contra su piel suave; ella lo visualizó blandiendo un pico o poniendo ladrillos durante las horas de trabajo. Encantado de conocerte, Trevor".

Creo que necesitamos una motosierra', comentó Sam. Un poco grande para que tres tíos la muevan de una sola vez".

"Y una mujer fuerte", le recordó Anna.

No es un trabajo para una sheila", comentó Trevor.

Anna resistió el impulso de discutir, pues la conversación y la observación le habían enseñado que a los hombres australianos les gustaba hacer alarde de fuerza bruta, especialmente delante de las mujeres. Este rasgo le parecía

infantil, como si los hombres necesitaran demostrar que eran dignos de ser hombres. Lo más probable es que fuera un resabio de los días de la sociedad fronteriza. Traeré una escoba para barrer las hojas", dijo a nadie en particular.

Trevor se volvió hacia ella. Lo arreglaremos. ¿Por qué no vas a conocer a mi mujer y a mi nuera... a tomar una taza de té y charlar?

Su sonrisa era tan genuina que Anna sintió que sería descortés rechazar la oferta. Gracias, Trevor. Se miró los pantalones arrugados. Me cambiaré primero".

No hace falta, cariño, aquí en Oz no nos andamos con ceremonias'.

Sonrojada, más por su tierra natal que por sí misma, Anna pasó por encima de la madera talada y cruzó la calle.

La casa se parecía a otras de la calle, de tablones altos de los años treinta con tejado de chapa ondulada, pero, a diferencia de otras, parecía bien cuidada, incluso la celosía bajo los escalones de la entrada estaba recién pintada. Vale la pena casarse con un hombre práctico, pensó Anna mientras llamaba a la puerta principal.

Una mano apareció en la ventana contigua, levantando un visillo. Entra", dijo una voz femenina, "no está cerrada".

Anna giró el picaporte y entró en un pasillo fresco y oscuro con puertas cerradas a ambos lados. Hola, soy Anna", dijo tímidamente, deseando que apareciera alguien. Espero no molestar".

Una puerta a su izquierda se abrió y salió una mujer de cabello gris. De ninguna manera, los vecinos siempre son bienvenidos".

Soy de los pisos", dijo Anna, dando un paso adelante con la mano derecha extendida.

Sí, la conozco. Te he visto por ahí con tu guapo marido".

Sin saber qué responder, Anna sonrió.

Vi Brown, la mujer de Trev". Tomó la mano de Anna pero, en lugar de estrechársela, la condujo por el pasillo hasta la parte trasera de la casa. Ven a conocer a Shirl.

¿Tu nuera? preguntó Anna, aliviada por tener algo que decir.

Sí, hace tres meses. Una chica encantadora. Me alegré mucho cuando Sam me dijo que se iban a casar".

Una vez más, Anna sonrió para disimular su falta de respuesta. No podía imaginar a Stella refiriéndose a ella como "encantadora" o expresando alegría por la elección de Joseph. Una cortés tolerancia resumía su relación con la anciana señora Fletcher.

Nos llevamos muy bien", continuó Vi. Shirl es la hija que nunca tuve. Al principio me preocupaba que vivir con nosotros fuera demasiado, pero ella me asegura que no hay problema. Y no será por mucho tiempo, sólo hasta que tengan su propia casa".

Anna se estremeció ante la idea de vivir con su familia política.

¿Te pasa algo, cariño?

No. Debe ser el cambio de temperatura del exterior'.

Sí, estas casas antiguas estaban diseñadas para ser frescas. Vi levantó la vista y sonrió. 'Es aún más fresco en la habitación de Sam y Shirl debajo de la casa.'

¿La construyó Trevor? preguntó Anna, recordando la habitación que Roger había construido como cuarto de invitados y espacio de juegos para los niños.

Trev y Sam juntos. Es una combinación de dormitorio y sala de estar. Me temo que no hay ducha ni baño ahí abajo, no podíamos correr a eso'.

"Estoy seguro de que están encantados con la habitación.

Al menos tienen algo de privacidad. Trev y yo tuvimos que compartir una pequeña casa con mis padres durante más de un año antes de que pudiéramos permitirnos un lugar propio.' Abrió la puerta del fondo del pasillo con la mano libre y condujo a Anna a una cocina larga y estrecha. Dos habitaciones contiguas". Vi se inclinó hacia su invitada y le dijo en voz baja: "Puedes imaginarte las dificultades que tuvimos cuando hicimos el amor".

Un poco avergonzada por las francas y, a juicio de Anna, innecesarias revelaciones de la mujer mayor -aparte del mandamiento de "nada de sexo antes del matrimonio", su madre nunca mencionaba el sexo a sus hijas, y mucho menos a una visitante primeriza-, giró la cabeza y miró por la ventana de la cocina hacia el balcón trasero, donde había una joven sentada en un sillón leyendo una revista.

Ve a ver a Shirl mientras preparo más té -sugirió Vi, soltando el brazo de Anna.

Agradecida por el cambio de tema, Anna asintió.



Tras las presentaciones de rigor, Shirley -un bonito nombre estropeado por la abreviatura, en opinión de Anna- mencionó su trabajo como ayudante de biblioteca, su porte serio y su evidente interés por su trabajo fueron una sorpresa, dada su apariencia de "chica de muñecas". El cabello rubio oxigenado, peinado hacia atrás y recogido en coletas atadas con cintas escarlata, los labios pintados de rojo, la excesiva sombra de ojos turquesa y el llamativo minivestido habían causado una primera impresión poco favorable. Anna había imaginado que Shirley se dedicaría a trabajar hasta

que la maternidad la reclamara, pero parecía decidida a ascender en su carrera y no mencionó que quisiera tener una familia.

Justo cuando Anna estaba a punto de preguntar qué pensaba estudiar Shirley, Vi apareció en la puerta con una bandeja. Aquí tiene. Espero que te guste la pavlova, Anna".

Me encanta.

"Sobras de ayer", explicó Shirley. 'Estábamos demasiado llenos de pavo y verduras asadas como para esforzarnos en el postre'.

"Un maravilloso primer intento", comentó Vi, pasando un plato a su invitada. Es una pena que no le hayamos hecho justicia".

Anna miró la porción de merengue y fruta fresca que casi llenaba el plato. Esperemos que yo pueda.

La conversación cambió de rumbo y los asuntos domésticos sustituyeron a la carrera y los estudios, mientras Anna saboreaba un dulce pegajoso atemperado por el sabor de la piña y el maracuyá. Si Vi se marchara, pensó, ella y su nueva amiga podrían hablar de lo que querían conseguir en sus vidas. Al igual que Shirley, Anna era partidaria de seguir estudiando en algún momento y no tenía intención de limitar su vida a la crianza de los hijos y las tareas domésticas. Hoy en día, las mujeres tienen oportunidades con las que la generación anterior no habría podido soñar y pocos se sorprenden de que una madre vuelva a trabajar o se forme para una nueva carrera una vez que los niños han empezado la escuela.

Anna pensó en su madre, que posponía la vuelta al trabajo hasta que el más pequeño había dejado la escuela, y luego aceptaba un trabajo a tiempo parcial para tener la cena en la mesa cuando el marido y las hijas volvían del trabajo o de estudiar. ¿Por qué mamá no había insistido en que todas ayudaran a preparar la comida? Incluso los fines de semana, Anna y sus hermanas habían sido disuadidas de ayudar en la cocina, pues su madre insistía en que se divirtieran. En consecuencia, cocinar había sido un ejercicio de ensayo y error durante los primeros meses de casados, y Anna

estaba agradecida por un marido que se lo comía todo con gusto y nunca se quejaba.

Delicioso", comentó, dejando el extraño tenedor sobre su plato vacío. Más tarde se enteraría de que el "splayd", una combinación de tenedor, cuchillo y cuchara, era otro invento australiano, supuestamente diseñado porque el hombre que lo inventó observó que las mujeres tenían dificultades para utilizar los cubiertos tradicionales cuando los platos se equilibraban sobre las rodillas en las barbacoas.

Vi sonrió a su nuera. Dentro de unos años, Shirl va a dejar a todos boquiabiertos en el Ekka, ¿verdad, cariño?

Una sonrisa ocultó la ignorancia de Anna. Vi podría haber estado hablando un idioma extranjero, por mucho sentido que pudiera darle a su declaración, pero notó que un rubor se dibujaba en el rostro de Shirley, seguido de una repentina necesidad de recoger platos y tazas vacíos. Deja que te eche una mano con la colada", dijo poniéndose en pie.

Iré a ver cómo están los chicos", anunció Vi a sus espaldas, que se retiraban.

El golpeteo de las correas de goma sobre la madera pintada se desvaneció cuando Vi llegó al jardín, provocando una serie de suspiros que flotaron hasta el techo de la cocina como un exceso de espuma de jabón.

¿Te encuentras bien? preguntó Anna, preocupada porque, al igual que ella, a Shirley le dolía el estómago por haber comido demasiada pavlova.

Tiene buenas intenciones, pero a veces me dan ganas de gritar. Esas tonterías de ganar un premio en el Ekka, como si eso fuera la cumbre de mis aspiraciones".

¿Qué es el Ekka?

Una exposición agrícola que se celebra en Brisbane todos los años en agosto.

Anna frunció el ceño. "Pero ¿qué tiene que ver eso con los premios a los postres?".

Algo para que las señoras muestren sus habilidades culinarias". Shirley golpeó el fregadero con el puño. Prefiero ganar un premio por escribir una redacción excelente".

Yo también. ¿Le has hablado del estudio a Sam?

Claro, me apoya mucho. Empiezo el primero de los trabajos de la biblioteca a finales de febrero".

¿En la universidad?

No. Eso significaría dejar mi trabajo y retrasar la compra de nuestra casa durante años. Así puedo estudiar por correspondencia, una asignatura cada vez. Los exámenes son al final de cada trimestre. '

Suena interesante. Puede que me lo plantee cuando me harte de la administración universitaria'.

¿Dónde trabajas?

Instituto de Tecnología de Queensland, Departamento de Administración. Soy mecanógrafa".

¿Te gusta?

Casi siempre. A veces los estudiantes son un poco pesados, pero me gusta ayudar a la gente".

¿No pensaste en ser profesora o enfermera?

Anna niega con la cabeza. Quería trabajar cuanto antes, ganar mi propio dinero. Dejé la escuela a los dieciséis años, hice un breve curso de secretariado y luego conseguí trabajo en un colegio local. Fui muy corta de miras".

A los dieciséis, no sabes lo que piensas. Me metí en el trabajo de bibliotecaria después de la escuela porque mi tía era bibliotecaria y a mí me encanta leer". Shirley sonrió. No es que me arrepienta, sobre todo ahora que puedo seguir estudiando".

Anna le devuelve la sonrisa. Últimamente escribo poesía. Quizá debería estudiar literatura".

¿Por qué no? Seguro que hay clases nocturnas en la ciudad".

El problema es que no sé qué carrera podría estudiar. No quiero enseñar, al menos no en una escuela".

Shirley hizo una mueca. La idea de intentar controlar un aula llena de niños me horroriza. En menos de una semana me acusarían de asesinato en masa".

¿No te gustan los niños?

Dos estarían bien, muy espaciados y no durante años'.

"Totalmente de acuerdo.

Unos pasos en la escalera interrumpieron la conversación. Con cara de culpabilidad, Shirley puso agua caliente en el fregadero mientras Anna apilaba tazas y platos. Ambas se olvidaron de añadir un chorrito de detergente.

Bajad, chicas -llamó Vi desde el balcón-, los chicos han cambiado la rama y Trev ha preparado la barbacoa para comer".

Ya voy, Vi", respondió Shirley, con una expresión de resignada obediencia. Luego, como si se lo hubiera pensado mejor, una sonrisa malvada se dibujó en su rostro y saludó deliberadamente con la mano a Anna, que estaba a su lado con un paño de cocina en la mano. Las gotas de agua brillaron sobre la piel enrojecida por el verano y ambas mujeres soltaron una carcajada.

Ansiosa por unirse a la diversión, Anna lanzó el paño de cocina a las piernas de Shirley, lo que provocó un regreso al fregadero, seguido de un baile alrededor de la cocina mientras cada una intentaba superar a la otra. Finalmente, con la cara roja y sin aliento, las nuevas amigas se desplomaron en las sillas del balcón, agradecidas de que la suegra hubiera vuelto abajo.



Mucho después de medianoche, Ana seguía sin dormir, con los pensamientos revueltos mientras recordaba el salvaje temporal y sus consecuencias. La tormenta la había excitado y alarmado al mismo tiempo, y había añadido una capa más a su incipiente relación con la nueva tierra. Benigna en un momento y maligna al siguiente, Australia prometía una relación tempestuosa, pero al menos una en la que el aburrimiento raramente aparecería. Los paisajes británicos se habían vuelto demasiado familiares: campos ordenados, setos y senderos que serpenteaban entre árboles centenarios hasta llegar a casitas con tejado de paja de postal, una mera extensión de su ordenada vida. Cielos descoloridos, luz solar apagada por las nubes, un mar gris verdoso e insípido; una paleta de colores que amenazaba con convertir su paleta en una pasta pálida.

Los atrevidos colores de Australia encendieron sus emociones y la dejaron girando de sensaciones, con los adjetivos agolpándose en su mente. Las frases evolucionaban en los momentos de calma: un cielo azul despejado, el brillo dorado de la luz del sol, una noche de terciopelo negro salpicada de estrellas plateadas, un océano turquesa y pálido, una arena blanca y deslumbrante... todo se convertía en líneas de poesía escritas en un cuaderno de ejercicios. Trabajó durante mucho tiempo en estrofas obstinadas, decidida a no recurrir a la rima, pero consciente de la necesidad del ritmo. Cuando Joseph trabajaba hasta tarde o compartía una cerveza con un amigo o un vecino, se retiraba al dormitorio y se ponía frente al espejo

del tocador para leer en voz alta su último esfuerzo, buscando las cadencias y observando las expresiones de su rostro.

Días, o a veces semanas, una vez satisfecha con el lenguaje, la estructura y la fluidez de su trabajo, guardaba el cuaderno entre la caja de plástico de los bocadillos y el libro de la biblioteca, en el bolso grande que utilizaba para trabajar. A la hora del almuerzo, deslizaba una hoja en blanco en la máquina de escribir del despacho de detrás de la recepción. Con los dedos en vilo, transcribía las palabras garabateadas en la permanencia de letras negras sobre papel inmaculado, agradecida de que los compañeros que no estaban en la recepción ya se hubieran ido a la cantina. De vuelta a casa, su último poema, fechado y perforado, se añadía a la carpeta de anillas roja oculta bajo unos jersey raramente usados en un cajón del tocador.

Todavía pensando en la lluvia torrencial y el viento huracanado, Anna echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche, un trozo de plástico barato pegado a una base de madera barnizada junto a una lámpara cilíndrica que emitía una luz insuficiente para leer. El reloj-lámpara era otro de esos regalos de boda que se sentía obligada a utilizar, al menos durante unos años. Esperaba que se rompiera durante el largo viaje a través del mundo, pero salió intacta de la caja, a diferencia de dos tazas favoritas cuyas asas estaban hechas pedazos. Reacia a deshacerse de ellas, las había colocado en el tocador del cuarto de baño, donde estaban los cepillos y la pasta de dientes.

Las nubes cubrían su "noche de terciopelo negro", reduciendo la luz de las persianas entreabiertas a oscuras sombras que enmascaraban las manecillas pseudodoradas que avanzaban inexorablemente hacia el amanecer.

Apartando la vista del reloj y de la ventana, Anna trató de centrarse en asuntos mundanos: si había que cambiar las sábanas, las camisas sin planchar apiladas en un cesto abajo en la lavandería, los pocos Weet-bix que quedaban en la caja de Tupperware. Poco después de mudarse al piso, una desagradable sorpresa una mañana le había enseñado que en Brisbane los alimentos no refrigerados debían guardarse en recipientes herméticos, pues de lo contrario los invadirían enormes cucarachas. Ya despierta, se estremeció al pensar en las viles criaturas que correteaban por su cocina en ese mismo momento.

Los suspiros salían a la superficie y quedaban suspendidos en el aire húmedo como anillos de humo salidos de labios fruncidos. Al apartar la sábana, recordó la reacción de Shirley ante la presunción de domesticidad infinita de su suegra. ¿Acaso su posterior comportamiento juvenil había marcado el inicio de la amistad? Anna esperaba que sí. Necesitaba al menos una buena amiga para reemplazar a las que quedaban atrás. Mary era una compañía agradable, servicial y amable, pero su mundo giraba en torno a las necesidades de los niños y los turnos en la tienda del colegio, y sus amigas eran en su mayoría otras madres. Los compañeros de trabajo presentaban un problema diferente; los dos con los que Anna había entablado amistad o, mejor dicho, que habían entablado amistad con ella - uno, mecanógrafo como ella en Administración, el otro, con el que se había encontrado en la cantina, secretario en el Departamento de Arquitectura- vivían al sur del río, a kilómetros de su piso del suburbio del norte.

Cuando los pálidos dedos del alba se filtraron a través de las persianas, Anna sucumbió finalmente al sueño, abrazada a la imagen de una vecina cuyo aspecto estafalario ocultaba un intelecto serio.

CELEBRACIÓN DE AÑO NUEVO

La víspera de Año Nuevo marcaba el comienzo de otro "fin de semana largo", la expresión que los australianos utilizaban para describir los días festivos que se añadían al descanso habitual de dos días. Como el día de Año Nuevo caía en viernes ese año, los trabajadores como Joseph, que no habían acumulado muchas vacaciones, esperaban con impaciencia otro breve descanso. Anna se había visto obligada a tomarse tres días de permiso porque la universidad cerraba entre Navidad y Año Nuevo. Habían estado intentando decidir cómo celebrar el final de un año trascendental, cuando sus vecinos, Sam y Shirley, les preguntaron si les gustaría unirse a ellos en una acampada de tres días en la costa de Peregian, a unas ochenta millas al norte.

Podemos acampar justo detrás de la playa", explicó Sam, mientras las dos parejas disfrutaban de una copa por la noche -cerveza para los chicos, shandy para las chicas- en el porche frente al piso de los Fletcher. El estrecho espacio significaba que los cuatro estaban sentados en fila como pájaros en un cable de teléfono, con la única diferencia de que los hombres tenían las piernas más largas, que llegaban hasta la barandilla.

Suena muy bien", respondió Anna. El problema es que no tenemos equipo de acampada".

Sam sonrió. No te preocupes. Déjalo en nuestras manos. Mamá y papá me prestarán un par de sacos de dormir. Tenemos el resto del equipo'.

Shirley, situada al final de la fila, se inclinó hacia delante. Será un viaje barato, acampar en Peregian es gratis. Llevaremos nuestro coche, así que podemos compartir el coste de la gasolina, lo que nos deja bloques de hielo para los eskies, comida y algo de champán para celebrar el Año Nuevo".

Cuenta con nosotros". dijo Joseph con entusiasmo, desde su silla más cercana a la puerta.

Anna frunció el ceño. Pero, ¿hay sitio suficiente para los cuatro y el equipo de acampada?

Sam asintió. Tomaré prestado el remolque de papá. Le puso un enganche al Holden antes de Navidad".

Piensa en todo. Le encanta planear viajes", comentó Shirley, volviéndose hacia Anna. Creo que ha perdido su vocación. Debería haberse hecho guía de viajes, no electricista'.

Nuestros amigos John y Judy se reunirán con nosotros allí", continuó Sam, después de agradecer el cumplido de su esposa con una sonrisa. Son buena gente. Te caerán bien".



Abandonando la llamada carretera principal -estrecha, pero al menos asfaltada- Holden y el remolque avanzaron a trompicones por un terreno irregular, zigzagueando entre los árboles hasta llegar al campamento no oficial, que no era más que un trozo de hierba que descendía hacia las dunas de arena. Se nos han adelantado", comentó Sam al ver el Ford de John aparcado junto a un gran eucalipto.

Shirley se asomó por la ventanilla abierta y gritó: "¡Ponte las pilas!" al joven que estaba sacando un contenedor de la parte trasera de su camioneta.

En el asiento trasero, Anna permaneció callada, y su única concesión a la creciente excitación fue un apretón de la mano de Joseph. Durante el largo trayecto por la costa, le había resultado difícil contener su entusiasmo ante

la perspectiva de acampar a pocos metros de una playa y molestaba a sus compañeros de viaje preguntando repetidamente cuándo llegarían.

¿Tienes algo para hacer callar a esa niña impaciente? preguntó finalmente Sam, dirigiéndose a su delgada esposa, que estaba apiñada en el asiento delantero con un montón de toallas de playa. Al rebuscar en la guantera encontraron una bolsa de caramelos de menta, que se repartieron rápidamente.

A las presentaciones precipitadas siguió un frenesí de actividad, ya que Sam estaba ansioso por montar el campamento antes de que el breve crepúsculo diera paso a una noche negra como el carbón.

Una lona atada entre los dos coches servía para protegerse de los elementos. Debajo se colocaron mantas de picnic y sacos de dormir uno al lado del otro, rematados con pesadas eskies para asegurar que la ropa de cama se mantuviera en su sitio. Sam y Joseph cargaron con el enorme bidón de cerveza hasta la playa, mientras que Shirley y Anna llevaban las cajas de bocadillos que habían preparado antes. En la retaguardia iban John y Judy, cargados con toallas de playa, una caja de muslos de pollo frito y botellas de limonada.

Después de depositar el equipo en un trozo de arena lisa, Sam anunció una búsqueda inmediata de madera a la deriva. Siempre hacemos un fuego en la playa por la noche", explicó, observando la expresión de desconcierto de Anna. Cavamos un hoyo y encendemos el fuego. La hierba seca de detrás de las dunas nos sirve de leña".

Anna asintió. Yo cavaré la fosa. ¿Alguien tiene una pala?

Sam sonrió. Las manos desnudas, Anna. La arena aquí es suave como el culito de un bebé'.

Bien. ¿Dónde quieres la fosa?

Señaló una ligera depresión delante del barril de cerveza. "Será mejor que lo aprovechemos.



Un cielo de ébano salpicado de estrellas-diamantes, una luna plateada en ascenso, llamas anaranjadas iluminando rostros bronceados; ni en sus sueños más salvajes, Anna podría haber imaginado una escena así. Tenían la playa para ellos solos, los únicos sonidos, aparte de sus propias voces, eran el golpeteo de las olas sobre la arena y el silbido de un viento cálido. En los árboles detrás del campamento, las cigarras creaban un zumbido agudo y a veces irritante, pero el grupo en la playa permanecía ajeno a la existencia de los insectos. Sentados en círculo alrededor del fuego, las tres parejas no tardaron en devorar los bocadillos y el pollo, regados con limonada y cerveza.

Anna se apartó del fuego y hundió las manos en la arena aún caliente, completamente en armonía con el mundo natural y con unos compañeros que esperaba contar pronto como amigos. Entre Navidad y Año Nuevo, había disfrutado de las horas que había pasado con Shirley, charlando seriamente sobre carreras y construcción de casas, entremezcladas con conversaciones desenfadadas sobre ropa, películas favoritas y discos. Shirley le había enseñado a hacer lamingtons, un proceso desordenado que había dejado la cocina de Vi como una zona de desastre. A cambio, Anna había horneado un sándwich Victoria, rellenando las dos mitades con nata montada y mermelada. Puedes hacer muchas variedades", le había dicho a su ansiosa alumna. El favorito de mamá es el de café y nueces. Glaseado de mantequilla en el centro, cubierto con glaseado de café y nueces".

Mientras lamía la crema de la cuchara, Shirley asintió con la cabeza.

Voy a lavarme las manos", anunció Shirley, poniéndose en pie.

¿Te importa si te acompaño?

Claro que no, Anna. Miró a Judy. ¿Por qué no vienes tú también? Podemos remar un poco".

Claro. Judy se levantó y se quitó los pantalones cortos y la camiseta para ponerse un bikini.

Shirley y Anna siguieron su ejemplo y las tres corrieron por la playa para chapotear en las aguas poco profundas como niñas. El viento les despeinaba la cara, el rocío de sal picaba la piel expuesta y la espuma de las olas se pegaba a las piernas húmedas. Judy se agachó, roció a Shirley con agua fría y se zambulló en las olas para escapar de las represalias. Riendo, Anna roció a Shirley mientras Judy salía a la superficie, con su cabellera de sirena cayendo sobre su piel brillante.

Sal, Jude", llamó John desde su lugar junto al fuego. Sabes que es peligroso nadar de noche".

Ven a buscarme", gritó ella, antes de desaparecer en el agua oscura.

Las camisetas desechadas cubrían la arena, los pies descalzos golpeaban la playa. Reunidas, dos parejas se abrazaron en los bajíos, con los labios salados picando, mientras que la tercera se encontró en una ola rompiente, aferrándose la una a la otra por un momento antes de nadar de vuelta a la orilla.



Hacia medianoche, Judy abandonó la hoguera y regresó al campamento. Volvió con dos grandes cajas de plástico. Gambas cocidas y rebanadas de pan con mantequilla", anunció, colocando su mercancía sobre una toalla de playa. Podemos tomarlas con el champán".

Joseph se puso en pie. Voy a por el champán".

Te echo una mano, colega", se ofreció Sam. Necesito hacer pis'.

Anna observó a los dos hombres trepar por la duna de arena y desaparecer en la noche. Esperaba que tuvieran cuidado de no tropezar con el lecho o las raíces de los árboles; ambos habían bebido una cantidad considerable de cerveza durante la noche. Los gritos de improperios demostraron lo contrario, pero las risas que siguieron le aseguraron que no se habían producido daños duraderos ni en los cuerpos ni en las pertenencias.

Brindaron por 1971 con champán vertido en jarras de hojalata, y luego unieron sus manos para bailar alrededor de la hoguera, cada vez más pequeña. Después de dar numerosas vueltas alrededor de la hoguera, un entusiasta coro de Auld Lang Syne dio lugar a besos por doquier, hasta que las piernas se desplomaron sobre las toallas y las manos buscaron gambas y pan en las cajas.

Una brisa nocturna agitó las hojas de la cercana Wallum Banksia mientras Anna se metía en un ligero saco de dormir. A su lado, Joseph yacía con la boca abierta, roncando y resoplando como un cerdo. Le agarró el hombro derecho e intentó, sin éxito, ponerle de lado. ¿Qué te pasa?", murmuró él, sacudiéndosela de encima.

Estás roncando", dijo ella en un susurro feroz.

Lo siento. Se apartó de ella y enterró la cara en la parte superior del saco de dormir.

La hierba y la tierra resultaron ser un colchón inadecuado, y Anna se retorció para intentar ponerse cómoda. Tumbada de espaldas, con las piernas ligeramente separadas, parecía la mejor posición, aunque seguía teniendo la sensación de que no tardaría en deslizarse hacia las dunas. Contemplando la tranquila belleza del cielo nocturno, sin la luz de las farolas ni de las casas, rezó en silencio para dar las gracias, a pesar de no creer en nada.

Para sus padres, fieles adoradores de la iglesia metodista local, había sido una decepción que a los diecisiete años anunciara que ni el culto ni el pastor

le interesaban. Durante uno o dos años, probó otras confesiones: congregacionista, anglicana, baptista... ninguna le atraía. Después se adentró en el budismo, pero se quedó dormida durante la meditación; la sala estaba acalorada y la respiración tranquila de los demás participantes era soporífera. Desde entonces, había dejado de lado el culto regular, habiendo decidido que las creencias religiosas y todas sus connotaciones no tenían cabida en su vida adulta.

Unos agudos dolores en el estómago acabaron con su somnolencia, alertándola de un vómito inminente. Se llevó una mano a la boca, empujó el saco de dormir hacia abajo y, medio arrastrándose, medio tambaleándose, se alejó del campamento. Al llegar a un pequeño grupo de árboles, tuvo arcadas y vació el contenido de su estómago. Se apartó del apestoso desastre y se apoyó en el tronco de un árbol para recuperar el aliento. Un segundo espasmo se apoderó de ella, pero antes de que pudiera quitarse los calzoncillos, un chorro de diarrea corrió por el interior de sus piernas. Alarmada y avergonzada, bajó a la playa con los ojos fijos en el suelo y la luz de la luna guiando sus lentos pasos. Al llegar a la orilla, se quitó la ropa sucia y se zambulló en el mar. Una vez limpia, volvió a la orilla, recogió su ropa y empezó a enjuagarla.

¿Qué pasa, Anna?", la llamó una voz.

Al darse la vuelta, vio a Shirley a unos metros de distancia. Vómitos y diarrea. Debe de ser algo que he comido".

Shirley se acercó. Probablemente un langostino contaminado. Tienen ese efecto".

"Nunca he experimentado espasmos como estos y tan repentinos. Gracias a Dios que no estaba dormida'. Anna dio un último enjuague a su ropa antes de escurrirla.

'Vamos, te ayudaré a volver a la cama. Ya deberías estar bien. Shirley le tendió una mano y juntas caminaron lentamente de vuelta al campamento.

Durante el resto de la noche, Anna durmió profundamente y se despertó con el ruido de la preparación del desayuno. Su estómago gorgoteaba, exigiendo sustento, pero se sentía sensible al tacto, así que decidió no arriesgarse a que se repitiera. Un desayuno de agua y una rebanada de pan seco sería suficiente. Reacia a gritar, se quedó dormitando hasta que se dio cuenta de que alguien se sentaba a su lado. ¿Joseph?", preguntó sin abrir los ojos.

No, Shirley. ¿Cómo estás esta mañana?

Ella entreabrió los ojos. Un poco dolorida.

No me sorprende. Un langostino contaminado siempre causa una reacción violenta. Me pasó una vez en casa de un amigo. Creía que no iba a llegar a tiempo al retrete y, cuando lo hice, ¡me preocupé de que se desbordara! Por suerte, en mi caso sólo afectó a un extremo".

Anna esbozó una débil sonrisa. ¿Te importaría traerme ropa limpia de la bolsa del coche?

Claro, y le contaré a Joe lo que ha pasado'.

Gracias. ¿Alguien más resultó afectado?

Shirley negó con la cabeza y se dirigió al Holden.



El sábado transcurrió sin incidentes. Anna seguía sintiéndose agotada, pero pudo participar en los juegos de pelota en la playa y nadar. Comió poco, limitándose a una ensalada recién preparada y fruta. Al anochecer, se sentía casi normal, así que aceptó la sugerencia de Joseph de dar un paseo por la playa a la luz de la luna. La conversación siguió siendo esporádica mientras paseaban cogidos de la mano, cada uno consciente de la proximidad del

otro, el sabor de la sal secada al sol en sus rostros calientes, la brisa suave acariciando su piel expuesta. Ambos llevaban bañador y Joseph una toalla enrollada bajo el brazo: "Por si nos apetece bañarnos".

Buena idea", había respondido Anna, comprendiendo sus segundas intenciones. A altas horas de la noche, había oído movimientos familiares en otros sacos de dormir, exclamaciones familiares rápidamente acalladas por los labios húmedos. La intoxicación alimentaria y la inhibición habían mantenido su propia intimidad a distancia.

La playa de Peregian parecía no tener fin, como un borde blanco cosido a una tela azul oscuro que se deshace. El bajo cordón de dunas ofrecía escaso refugio, pero finalmente llegaron a una orilla más amplia, a la sombra de árboles esculpidos por el viento. Necesito descansar", anunció Anna, que por alguna razón no quería mencionar su propósito.

¿Otra vez el estómago revuelto? preguntó Joseph, soltando su mano para acariciar la suave piel bajo su ombligo.

No, estoy bien".

Una sonrisa sustituyó a su ceño fruncido. La guió por la playa hasta la duna y le tendió la toalla.

El acto sexual continuó sin mediar palabra, como si ninguno de los dos quisiera romper el hechizo de la soledad. El viento marino alborotó el cabello tieso por la sal, cantó en las ramas y la hierba, mezclándose con los sonidos del oleaje y el goteo de las olas moribundas sobre la arena mojada.

Después, se tumbaron en la toalla, saboreando la sensación de la brisa fresca de la noche en la carne sobrecalentada, la inhalación de aire salado. Los dedos de los pies se hundían en la arena con polvos de talco; los rostros bronceados se inclinaban hacia un cielo lleno de estrellas.

A pesar de descubrir por la mañana picaduras de mosquito en partes del cuerpo que normalmente se mantienen cubiertas, el sexo en las dunas se

convirtió en el pasatiempo favorito de las siguientes acampadas, con los amantes ansiosos por repetir su mágica experiencia inicial.

OceanofPDF.com

CONMOCIÓN DE FINALES DE VERANO

Enero y la mitad de febrero transcurrieron en una nebulosa de semanas de trabajo, intercaladas con sábados o domingos y algún que otro fin de semana pasado en las playas de Sunshine Coast con nuevos amigos. La falta de tiempo libre hizo que Anna prestara poca atención a los asuntos mundanos: un rápido vistazo bastaba para limpiar el piso, la colada se hacía por las tardes y se colgaba en el garaje para que se secara. Dejaba de planchar, excepto la ropa de trabajo; compraba comida durante las pausas para comer, luego guardaba la carne y sus pocos productos congelados en el frigorífico del comedor y los trasladaba a un pequeño contenedor de poliestireno para el viaje en tren de vuelta a casa.

Sin estar conscientes de los riesgos de una exposición excesiva a los rayos del sol, los dos Fletcher adquirieron un bronceado casi integral, con una piel pálida visible sólo cuando estaban desnudos. Los días en que las tres parejas disponían de una larga franja de playa para ellas solas, Judy y Shirley se bronceaban en topless, pero Anna se resistía a exponer sus pechos. Las otras parejas también se bañaban desnudas al atardecer durante los fines de semana de acampada, pero nunca presionaron a Anna y Joseph para que se unieran. Las largas conversaciones en torno al fuego, las comidas compartidas y los paseos por la playa cimentaron diversas amistades, y seis resultaron ser un número adecuado. Anna y Shirley, ambas propensas a despertarse al amanecer, salían de sus sacos de dormir y corrían a la orilla del agua, chapoteando en los bajíos mientras discutían temas serios o desenfadados. Consciente de que el inminente comienzo de los estudios en la biblioteca ocuparía a Shirley la mayor parte de los domingos, Anna aprovechaba al máximo sus conversaciones mañaneras, encantada de haber encontrado una amiga tan compatible.

Los hombres parecían preferir un trío si se dedicaban a lo que ellos llamaban "asuntos de hombres", como cortar leña o ir a buscar más cerveza

al botellero más cercano, y se alejaban a toda velocidad del camping en la camioneta de John, dejando huellas de neumáticos en la hierba y el asfalto. Las chicas se reían de sus payasadas, más propias de la adolescencia tardía que de la veintena, antes de retirarse a un lugar a la sombra para charlar o leer. Judy, maestra de primaria, a veces tenía que corregir deberes, así que se sentaba aparte de las otras dos, con la cabeza inclinada sobre los cuadernos de tercer curso.

Cuando las previsiones de lluvia frustraron los planes de playa para el tercer fin de semana de febrero, Anna agradeció la oportunidad de ponerse al día con las tareas domésticas y dormir. Dos meses de actividad incesante la habían dejado exhausta y ansiaba una siesta, seguida de un desayuno tranquilo. Como era de esperar, el sábado lo pasó en un torbellino de compras, ya que las provisiones de alimentos se habían agotado, además de lavar y limpiar, por lo que se prometió a sí misma un domingo de descanso.

El cielo nublado hizo que se despertaran tarde, pero Anna seguía sintiéndose cansada, así que Joseph se ofreció a llevarle el desayuno a la cama. Un capricho para mi querida bronceada", dijo, levantándose de la cama y poniéndose unos pantalones cortos antes de dirigirse a la cocina. Tumbada sobre las almohadas, Anna escuchó el ruido de la lluvia, pero le dio pereza levantarse y cerrar la ventana. Si llovía, no dañaría el alféizar de ladrillo ni el suelo de baldosas.

Una ráfaga de viento roció la polvorienta mosquitera; se incorporó y vio manchas de suciedad decorando la sábana encimera recién lavada. Maldita sea", dijo en voz alta, apartando la sábana y levantando las piernas de la cama. Metió una mano por la persiana entreabierta, cerró rápidamente la ventana y se tumbó de nuevo en la cama.

Para preparar la bandeja del desayuno, se sentó y estaba a punto de levantar la sábana cuando vio manchas de sangre en el interior de sus muslos. Abandonó la cama y se dirigió al cuarto de baño. Sentada en el retrete, esperó a que apareciera más sangre, pero no apareció. Automáticamente, se tocó los pechos, sintiendo el ligero dolor y la pesadez que siempre acompañaban a la menstruación. Pensó que en cualquier momento le

dolería el estómago, se levantó y pulsó el botón de la cisterna. Después de lavarse las manos, buscó un Tampax en el tocador y se lo introdujo suavemente.

Cuando volvió al dormitorio, en medio de la cama había una bandeja con dos tazas de té, un bol de cereales y un plato de tostadas. Joseph estaba tumbado sobre la sábana masticando una tostada y las migas le caían sobre el pecho bronceado. Ella se deslizó a su lado y cogió el cuenco.

¿Ya te sientes mejor?", preguntó, cogiendo una taza.

La verdad es que no". Ella hizo una mueca y murmuró 'Punto', antes de mirar hacia abajo en Weet-bix y rodajas de plátano.

No importa, al menos hoy puedes tomártelo con calma".

Ella asintió y levantó la cuchara.



Al despertarse de la lujosa siesta de después de comer, Anna extendió la mano para abrir el cajón de la mesilla de noche y sacar la pequeña agenda que utilizaba para anotar las actividades sociales y otras fechas importantes. Hojeando las páginas, localizó el domingo veintiuno de febrero y buscó la cruz que indicaba la fecha del parto. Nada marcaba la página. Buscó en los siete días siguientes, luego en la semana anterior, pero no encontró el símbolo tranquilizador. Ansiosa, volvió las páginas y descubrió, para su consternación, que le había venido el veinte de enero. Habían pasado siete semanas desde su última regla. No había necesidad de sacar la agenda del año anterior del fondo del cajón; podía recordar la fecha, 27 de diciembre. Agradeció que la menstruación no coincidiera con la acampada en Peregian Beach.

¿Cómo había podido estar tan ocupada con los "buenos fines de semana" que había pasado un mes entero sin darse cuenta de la ausencia de un acontecimiento habitual? Desde que tomaba la píldora, su menstruación siempre había sido regular, de cuatro semanas en cuatro días en lugar de los siete anteriores al matrimonio. Por su mente pasaron imágenes: la espaciosa casa que esperaban construir en un año; los muebles necesarios para convertirla en un hogar; las vacaciones de invierno planeadas conduciendo con Viv hacia el norte, hasta el extremo sur de la Gran Barrera de Coral; acampando en una playa, buceando entre bancos de peces de colores brillantes. Sueños desterrados a una fecha futura, eclipsados por un acontecimiento imprevisto. Pensó en el estrecho piso, tratando de imaginar una cuna metida en un rincón, pañales ondeando en el Hill's Hoist y empujando un cochecito colina arriba hasta las tiendas.

Las especulaciones disminuyeron cuando pensó que podía haber otras razones para no tener la regla: un desequilibrio hormonal, una enfermedad, el estrés. Tendría que visitar al médico y descubrir la verdad sin demora. No tenía sentido preocupar a Joseph por el momento. Fingirá estar enferma el lunes por la mañana y le pedirá que llame al colegio cuando llegue al trabajo.



Una noche casi en vela hizo que Anna no tuviera un aspecto saludable cuando el despertador emitió su sonido metálico. Tenía bolsas bajo los ojos y su bronceado parecía haberse desvanecido de la noche a la mañana, dando a su rostro un aspecto desvaído. Después de traerle un vaso de agua, Joseph se duchó y se vistió para ir a trabajar, y le dijo que le llamara desde casa de Vi y Trev si su estado empeoraba y necesitaba que volviera pronto a casa.

Cuídate, cariño", le dijo, dejando caer un beso sobre su frente húmeda. Esperemos que sólo sea un virus de veinticuatro horas".

Ella esbozó una pequeña sonrisa y se recostó en las almohadas, agradecida de que Joseph siempre durmiera profundamente y no hubiera cuestionado su historia ficticia de vómitos y diarrea durante la noche. De hecho, había ido varias veces al baño, pues el insomnio le había inducido la necesidad de orinar cada dos horas, pero a pesar de su creciente agitación no había habido ninguna otra reacción física, ni siquiera una gota de sangre.

La señal de "todo despejado" -Viv saliendo lentamente del garaje y corriendo por el camino de entrada- se filtró en el piso, provocando una rápida salida de la cama y el dormitorio. Anna no podía arriesgarse a quedarse dormida. La consulta abría a las nueve y quería ser la primera en la cola para asegurarse una cita ese día. Tendría que mantenerse ocupada durante la siguiente hora y media. Nada de sentarse en una silla con un libro o escuchar la radio. La repostería parecía una alternativa adecuada, así que se apresuró a ir a la cocina, abrió el armario que Joseph había hecho y cogió la caja de hojalata pintada que contenía sus recetas favoritas, escritas en tarjetas de 5 x 3 y archivadas en secciones apropiadas.

Pan de jengibre, tarta de frutas, pan integral, ¿cuál elegir? Sus dedos se detuvieron en la sección de Pasteles, antes de decidir que los tres tardarían demasiado en cocinarse y pasar a Galletas. En primer lugar, galletas australianas, la receta de su madre escrita en un aerograma azul, junto con noticias familiares. En lugar de copiar la receta, Anna la había recortado y pegado en una tarjeta, la visión del tipo desigual de la vieja Olivetti de alguna manera tranquilizadora. Las galletas australianas se parecían a las galletas Anzac que había comido en el camino, aunque las de Vi siempre eran más finas y crujientes que las suyas.



De la rejilla enfriadora al fregadero llegaba un olor delicioso, pero Anna ignoró el hambre que le iba entrando y continuó fregando. Quedaba una hora para que abrieran la consulta; tiempo suficiente para terminar de

limpiar la cocina, darse una ducha, vestirse y subir la colina hasta la imponente casa antigua, situada en un gran bloque inclinado que daba a su calle. Desde la puerta de la consulta, a la que se accedía a través de un tramo de empinados escalones de hormigón, era posible ver los pisos y la mayoría de las casas de la calle, aunque el arroyo del fondo permanecía fuera de la vista. Vi había mencionado que el arroyo se desbordaba periódicamente, inundando los jardines y las casas bajas. No es que nos preocupe. A mitad de la colina, estamos sanos y salvos, pero'.

Pero, ¿qué? quiso preguntar Anna, pero recordó que este añadido al final de una frase era frecuente en la jerga de Queensland.

Vestida con una falda veraniega de flores, un top escaso y sandalias, Anna subió la colina, despacio al principio, y luego aumentando el ritmo como si la velocidad fuera a acelerar el resultado de su visita al médico. Cuando llegó, la puerta de la consulta ya estaba abierta, así que se quedó en el pasillo para recuperar el aliento antes de acercarse a la recepcionista, que estaba detrás de un mostrador a la derecha de la sala de espera.

Buenos días", dijo una voz detrás de ella. ¿Todo bien, querida?

Anna giró la cabeza y vio a una anciana apoyada en un bastón. Sí, gracias. He subido demasiado deprisa".

"Son los malditos escalones de esta casa los que me fastidian. Me iría a otro sitio si hubiera otro médico a poca distancia".

Anna sonrió y se apartó para dejar pasar a la mujer.

No, querida, estabas aquí antes que yo'.

De mala gana, Anna entró en la sala de espera y se dirigió al mostrador, donde se quedó de pie con las manos entrelazadas para que no le temblaran.

La recepcionista le dijo que el Dr. Jameson podría verla en media hora. No valía la pena volver a casa, así que Anna cogió una revista del montón que había sobre una mesa baja y tomó asiento. La revista Women's Weekly tenía

meses y estaba hecha jirones. Hojeó las páginas, tratando de ignorar las fotografías de bebés regordetes y niños pequeños sonrientes que participaban en algún concurso y una columna de consejos para madres jóvenes. Desechó la revista y se quedó mirando la pared de enfrente, deseando que pasaran los minutos.

Señora Fletcher", anunció por fin la recepcionista, que se puso en pie con una carpeta en la mano.

Sobresaltada, Anna se levantó rápidamente, tropezó con un juguete infantil y estuvo a punto de perder el equilibrio.

No hace falta que se dé prisa, tenemos tiempo de sobra para cada cita". La recepcionista, una mujer mayor de rasgos afilados y cabello fino recogido en un moño, miró a Anna con el ceño fruncido antes de acompañarla a la consulta.

La Dra. Jameson, de cuarenta y tantos años, ojos amables y expresión afectuosa, escuchó sin interrupción el discurso cuidadosamente elaborado de Anna y luego buscó un frasco de muestras en el cajón de su escritorio. Bueno, señora Fletcher, por las fechas que me ha dado, diría que está embarazada, pero para estar segura, necesitaré una muestra de orina'. Le dio el frasco a Anna. El baño está al final del pasillo. Vuelve enseguida y analizaré tu muestra".

Anna sólo pudo asentir, pues la palabra "embarazada" le impedía hablar.



La Dra. Jameson sonrió. 'Enhorabuena, Sra. Fletcher, va a tener un bebé primaveral'.

Pero eso no es posible. Tomo la píldora. Y nunca he faltado ni un día". Anna miró al suelo, amenazada por las lágrimas.

Una mano se acercó a su brazo. La prueba es concluyente, pero dígame, ¿ha tenido alguna enfermedad en los dos últimos meses, vómitos o diarrea, por ejemplo?

Anna recordó los dolores de estómago y los enjuagues con agua salada. Sí. Tuve una reacción violenta a unas gambas en Nochevieja".

Entonces ésa es la explicación. Si vomitas en las dos horas siguientes a la toma de la píldora anticonceptiva, el cuerpo no la habrá absorbido, así que tienes que tomar otra inmediatamente para asegurarte de que sigues protegida contra el embarazo".

No lo sabía. Anna se secó los ojos y levantó la cabeza. Malditas gambas. No volveré a comer una".

Probablemente sea prudente. Podrías tener alergia al marisco".

Lo dudo. Comí todo tipo de pescado en casa y no tuve ninguna reacción adversa".

La Dra. Jameson asintió. Me gustaría verla dentro de un mes para comprobar que el embarazo transcurre con normalidad".

Anna se estremeció al pensar en la hinchazón de su estómago, prueba concreta de ignorancia y error. Entonces recordó las manchas de sangre. Ayer por la mañana tenía un poco de sangre en los muslos. ¿Algún problema?

¿Y desde entonces?

No.

En ese caso, no hay motivo de preocupación. Es lo que llamamos manchado y ocurre a menudo, sobre todo al principio del embarazo".

Cabizbaja, Anna suspiró con fuerza, eliminada la esperanza de un aborto espontáneo.

No se preocupe', le dijo el médico. Tienes meses para acostumbrarte a la maternidad y estoy seguro de que su marido estará encantado".

Anna negó con la cabeza. Estará furioso. Estamos ahorrando para comprar una casa. Ahora ya no es posible".

OceanofPDF.com

MALESTARES DE PLENO INVIERNO

Anna le estaría eternamente agradecida por la sensible respuesta de Joseph a sus noticias, sus brazos alrededor de su cuello, sus palabras tranquilizadoras mientras ella sollozaba amargamente, su negativa a culparla por el cambio que se avecinaba en sus circunstancias. Concebida en una duna de arena", reflexionó, una vez que cesó su llanto y ella se sentó a la mesa de la cocina, bebiendo la taza de té que él había preparado. Será algo fuera de lo común para revelar en su vigésimo primer cumpleaños".

A pesar del miedo que le inspiraba el futuro, esbozó una sonrisa al reconocer que su devoción no había disminuido; trabajarían juntos para superar los obstáculos que un embarazo imprevisto había creado. El dinero escasearía cuando ella dejara de trabajar, pero mientras tanto podrían ahorrar más, cancelar las vacaciones -al menos no habían reservado nada- y buscar un piso de alquiler más grande. Uno de los colegas de Joseph y su mujer alquilaban un piso de dos habitaciones en Woolloowin. Era un poco cutre y no tenía garaje, pero algo así les bastaría hasta que pudieran permitirse comprar una casa.



Durante los meses siguientes, Anna se abrazó a su estómago en expansión, con la intención de hablar de ello con Joseph cuando llegara el momento oportuno. Él seguía manteniendo que podrían comprar una casa unos meses después del nacimiento del bebé; no era lo que habían planeado, seguro, pero era suficiente para unos años. Mejor que pagar a un casero", declaró, cuando Anna hizo una mueca al pensar en una casa de tablas de madera sobre tocones, con habitaciones minúsculas.

A mediados de julio, Anna se sentía demasiado cansada para visitar a los agentes inmobiliarios locales para informarse sobre pisos más grandes, o las oficinas de venta temporales erigidas a la entrada de las nuevas urbanizaciones en las afueras de la ciudad. El trabajo se había convertido en una tarea, horas que cumplir de lunes a viernes. Estaba impaciente por irse a final de mes. En cuanto empezó a notarse su embarazo, el supervisor recién nombrado, de mediana edad, soltero y muy chapado a la antigua, había ajustado rápidamente la plantilla. Ya no había turnos en la recepción para Anna, que era lo mejor del trabajo. En su lugar, la confinaron a la trastienda, como si la visión de su cuerpo embarazado pudiera ofender a los alumnos y a los ocasionales padres que los acompañaban. La supervisora le había pedido que dejara de trabajar un mes antes - "Es importante que descanses, querida"-, pero Anna se negó, consciente de la necesidad de ahorrar todo lo posible y confiada en seguir siendo productiva. Otros compañeros, sobre todo los de su edad, apoyaron su postura, y uno de ellos incluso amenazó con llamar al sindicato si la supervisora persistía.

Cualquiera diría que vivimos en los años cincuenta", dijo Marie, enérgica y a menudo problemática por decir lo que pensaba, mientras discutían el tema durante el almuerzo en la cantina. Ya es hora de que haya permiso de maternidad en este país. Perder el trabajo por estar embarazada es totalmente injusto. No todas las mujeres pueden quedarse en casa durante años cuidando de sus hijos".

Anna pensó en la adolescencia de Joseph, cuando su madre trabajaba de cuatro a doce de la noche en una fábrica, dejándole a cargo de sus tres hermanos pequeños y preparándoles la cena hasta que su padre volvía del trabajo. Fue un milagro que le fuera bien en la escuela técnica secundaria y que consiguiera un puesto de aprendiz de ingeniero eléctrico. Qué afortunadas habían sido ella y sus hermanas, con su madre siempre en casa cuando volvían del colegio y sin tareas que realizar durante la semana porque los deberes tenían prioridad.

Tienes toda la razón", comenta a Marie. Pero, aunque pudiera quedarme en casa durante años, no creo que pudiera soportarlo. Seguro que hay algo más en la vida que criar a un niño y las tareas domésticas".

No me convendría", responde Marie, "pero no tengo intención de quedarme embarazada".

Yo tampoco", admitió Anna con pesar, dándose palmaditas en el estómago. Al menos, no durante varios años. Quería estudiar, obtener un título para conseguir un trabajo mejor".

No hace falta que renuncies a tu sueño, Anna. ¿Por qué no estudias por correspondencia? Los bebés duermen mucho, ¿verdad?

Supongo que sí.

Anímate. Por lo menos ya no tendrás que tratar con la Srta. Tight-lipped Prude'.

Por fin, Anna sonrió, agradecida por una colega que siempre veía el lado bueno de las cosas, a pesar de lo que debió de ser una infancia difícil, con una madre que se casó tres veces y tuvo siete hijos, y un padrastro que se bebía la mayor parte de su sueldo. A los quince años, Marie había abandonado el hogar y la escuela para vivir con una hermana mayor, y luego había tomado clases nocturnas para completar sus estudios mientras trabajaba a jornada completa en un supermercado.



La posibilidad de estudiar por correspondencia ocupaba la mente de Anna mientras estaba sentada en la cama, terminando la taza de té que Joseph le había traído antes de irse a trabajar. Era el segundo día que pasaba sola en casa y, de momento, el nuevo papel le estaba resultando poco estimulante. La mañana anterior había empezado con buenas intenciones, pidiéndole a José que subiera la máquina de coser, una antigua Singer que le había prestado María, a la mesa de la cocina para poder hacer el dobladillo de las sábanas de algodón que ya estaban cortadas a trozos. Había intentado

generar entusiasmo, pero las sábanas de la cuna seguían sin terminar. Sentarse a la mesa inclinada sobre una máquina había resultado una tarea difícil e incómoda con una enorme barriga de por medio. ¿Por qué había hecho caso a la bienintencionada Mary, que le había aconsejado que hacer la ropa de cama del bebé no sólo le ocuparía tiempo, sino que además le costaría menos de la mitad de la que se vendía en Myer?

A los siete meses de embarazo, Anna aún no se había hecho a la idea de que su figura estaba cambiando. Odiaba su vientre abultado, sus pechos, que habían crecido tanto que parecían melones, y temía la aparición de estrías o varices. Hacía dos meses que había llegado de Inglaterra un paquete de vestidos de maternidad cosidos en casa, prendas voluminosas que, en opinión de Anna, no hacían más que acentuar su estado. Al igual que Mary, su madre tenía buenas intenciones, pero las instrucciones de no llevar pantalones ni pantalones cortos durante el embarazo y de no mostrar ni un centímetro de su incipiente escote la habían irritado hasta tal punto que Joseph pensó que estaba a punto de reventarle un vaso sanguíneo. Obligada a llevar los vestidos sin forma durante sus últimas seis semanas de trabajo - "ya es hora de que dejes de llevar el uniforme, querida, la tela tensa queda bastante antiestética"-, Anna se había deshecho de su vestido-tienda al llegar a casa y se había puesto una de las viejas camisetas de Joseph, añadiendo un par de sus pantalones de pijama cuando refrescó.

En la cama, cada vez más recelosa de exponer su poco agraciado cuerpo a las miradas de Joseph, insistía en ponerse un camisón de talla única comprado en unas rebajas y le daba la espalda en cuanto él se deslizaba a su lado. Hacer el amor se convirtió en algo esporádico, algo que había que soportar en lugar de disfrutar, una transformación radical teniendo en cuenta el placer que había sentido antes. José no mencionó este cambio de actitud, pero expresó su preocupación por su creciente infelicidad y su total falta de interés por el bebé que iba a nacer. Su respuesta de que todo estaba bien para él, que su vida no se había arruinado por completo, sólo intensificó su ansiedad.



Un golpe en la puerta obligó a Anna a abandonar su contemplación y afrontar el nuevo día. No tardaré nada", dijo, levantándose de la cama y cogiendo la bata del armario. Se la puso sobre los hombros -no había forma de que la prenda se ajustara a su estómago- y se apresuró a abrir la puerta.

Buenos días, Ana -dijo Mary alegremente-. No te culpo por descansar mientras puedas'.

"Entra, prepararé un poco de té.

Gracias. Me preguntaba cómo te iba con las sábanas de la cuna".

Anna hizo una mueca y la hizo pasar.

¿Algún problema con la máquina? preguntó Mary, mientras Anna encendía la jarra eléctrica y ponía tazas.

No. Un problema con mi maldito estómago".

No te gusta estar embarazada, ¿verdad?

Lo odio. Reacia a enfrentarse a su amiga, Anna jugueteó con el paño de cocina que colgaba sobre el fregadero. Cuánto antes vuelva a la normalidad, mejor".

¿Y el resultado final? ¿Ya lo has aceptado?

Anna se estremeció y se agarró al borde del lavabo para estabilizarse.

Ven y siéntate, cariño. Una mano acarició su brazo. No te preocupes por el té, lo que necesitas es un oído comprensivo. Comprendo tu situación".

¿Cómo has podido? murmuró Ana, pero permitió que Mary la condujera al sofá, donde se sentaron una al lado de la otra en silencio, mirando las persianas venecianas color crema que cubrían las ventanas del salón y la cocina.

Al cabo de unos minutos, Mary se levantó y se dirigió a la puerta.

Por favor, no te vayas. gritó Ana. Lo siento mucho, no quería ser grosera".

Mary se volvió y le dedicó una sonrisa. Lo sé. Voy a abrir las persianas. Hace un poco de frío aquí'.

Lo siento, no había pensado'.

Un brillante sol de invierno se derramaba sobre las alegres baldosas de vinilo, llenando la habitación de luz. Anna se miró las manos pálidas. El tono cálido del verano había disminuido junto con el buen humor de la estación; se había convertido en una criatura insípida, indigna de una segunda mirada.

Así está mejor", declaró Mary, volviendo al sofá. Es extraño pensar que esto se consideraría un cálido día de verano en Inglaterra.

¿Por eso emigraste, para vivir en un clima más cálido?

No, fue idea de Roger. Pensó que un nuevo comienzo me ayudaría a superar...

"Perdona si te he traído recuerdos tristes".

Deja de disculparte, Anna. No es necesario y, francamente, es bastante irritante".

Anna se mordió el labio para evitar que se le escapara otra disculpa.

"Ahora me toca a mí disculparme por haberte gritado". Mary se volvió y sonrió. Supongo que debería explicarme".

Sólo si quieres.

Mary asintió. Perdí a mi primer bebé por lo que se conoce como muerte súbita".

Anna se quedó perpleja. Nunca había oído hablar de ella".

Se refiere a la muerte inesperada e inexplicable de un bebé menor de un año. Clare tenía nueve meses, un bebé perfectamente sano que se desarrollaba con normalidad. Entonces, una mañana simplemente no se despertó".

Dios mío, qué horror". Anna se acarició el abdomen hinchado, una acción que había evitado deliberadamente hasta ese momento.

Me culpé a mí misma. Vi la muerte de Clare como mi castigo por meses de resentimiento y negatividad". Mary suspiró. Mi primer embarazo fue imprevisto, como el tuyo".

Anna se estremeció ante la descripción exacta de su propio estado de ánimo.

Llevábamos casados sólo tres meses y vivíamos en una caravana en el jardín trasero de mis padres para poder ahorrar y comprar una casa. Sentí que había defraudado a Roger, que había echado a perder todos nuestros planes. Casa, muebles y luego el bebé: ésa era nuestra intención".

Los dedos de Anna tocaron la cresta de un pie diminuto y el asombro corrió por sus venas. La cálida sensación pasó cuando Mary cambió de postura. Tal vez necesitaba distanciarse de los resultados tan evidentes del error de otra mujer.

La muerte de Clare me destrozó", continuó Mary, apretando los dedos con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. Nueve meses a mi cuidado y le había fallado. Nada me quitaría la convicción de que yo era la única responsable de su muerte. A pesar del placer que sentí por ella desde el momento en que la tuve en mis brazos, consideré que los sentimientos

negativos generados durante el embarazo habían condenado a mi bebé desde el principio. Era imposible que sobreviviera a un rechazo tan manifiesto".

Conmocionada y asustada por un futuro fracaso, Anna abrazó a su hijo nonato. Tenía dos meses para enmendar su error e inyectar amor, calidez y alegría al ser humano en desarrollo que ella y Joseph habían creado. Una vida creada con amor; una vida que merecía ser amada a cambio. ¿Bastarían ocho semanas para revertir siete meses de emociones adversas?

La pregunta quedó sin respuesta cuando la voz de María, menos tensa que antes, invadió el espacio mental de Ana. Pasaron dos años hasta que asumí la muerte de Clare y acepté que no era responsable en modo alguno".

¿Fue entonces cuando viniste a Australia?

Poco después. Nos patrocinó un primo lejano de Roger que vive al norte de Brisbane. No estoy segura de la relación exacta, pero creo que comparten los mismos bisabuelos".

¿Primo segundo?

Probablemente. En fin, después de hablar conmigo de la posibilidad de emigrar, Roger se puso en contacto con Louisa y le preguntó cómo era vivir en Australia. Louisa y su marido habían emigrado en los años cincuenta. Ella es mucho mayor que Rog, creo que ahora tiene cuarenta y tantos". La expresión de Mary se iluminó. Me encantaban las cartas de Louisa. Eran tan positivas, tan fascinantes. Sus descripciones de la sabana australiana, de la playa e incluso de su vieja casa de madera que, según ella, se alzaba sobre troncos de árboles, me hicieron darme cuenta de que necesitaba un cambio de aires".

Anna extendió una mano para tocar el brazo de Mary. Me alegro mucho de que hayas venido. No habríamos podido emigrar si Roger y tú no nos hubierais apadrinado'.

Les dije lo mismo a Louisa y Ted'.

Me aterraba la idea de quedarme en Inglaterra, comprando uno de los pequeños bungalows que se construían en las afueras de la ciudad, comiendo los domingos con mamá y papá, sin que nada cambiara nunca. Quería aventuras, paisajes diferentes, un modo de vida distinto. Una nueva tierra con nuevas oportunidades, espacio para moverme y un sol infinito".

Entonces, todo fueron éxitos".

Anna sonrió con pesar y se palmeó el estómago. Ahora no hay muchas posibilidades de vivir aventuras".

¿Por qué no? Tener un bebé no significa el fin de la aventura. Nos llevamos a Judy de acampada a la isla de Stradbroke cuando tenía seis semanas. La bañábamos en una de las piscinas de agua dulce todos los días".

"¡Cielos, te la jugaste!

La verdad es que no. Tenía su moisés para dormir, leche a raudales y mimos de uno u otro progenitor durante toda la semana. ¿Qué más podría querer un recién nacido?

Entiendo lo que quieres decir. Anna jugueteó con los bordes de su bata. El problema es que tengo tanto miedo de no poder soportarlo, sobre todo estando encerrada con un bebé en este piso tan pequeño. No hay sitio donde guardar la ropa y los pañales, y mucho menos una cuna".

Mary echó un vistazo a la habitación escasamente amueblada y luego pareció contemplar el pequeño espacio entre el armario de la ropa de cama y la pared que separaba la cocina del pequeño pasillo.

Difícilmente adecuado", comentó Anna antes de que su amiga pudiera proponer una solución. No hay ventana y no entra la luz del sol ni siquiera en pleno día".

Pero está bien hasta que el bebé necesite una cuna. Puedes comprar un moisés con ruedas y moverlo a tu antojo".

Suena caro.

Miraré en la tienda de segunda mano que hay cerca de casa. Allí compré una cuna portátil cuando Judy tenía seis meses. Estaba un poco destartada y lavarla no mejoraba la suciedad de la red, así que la teñí de azul marino. La usamos durante años. La atábamos al portaequipaje del coche cuando nos íbamos de vacaciones".

Anna trató de imaginarse una gran cuna plegable encima de Viv. De ninguna manera Joseph estaría de acuerdo con que las barras de techo estropearan la apariencia de su amado coche.

Espera un minuto, creo que todavía está en el techo. Lo guardé por si algún amigo necesitaba uno. Es todo tuyo.

Gracias. ¿Quizás podría usarla permanentemente, para ahorrarme la compra de una cuna?'

Depende de ti. Mary se puso en pie. "Basta de hablar de muebles de bebé. Ve a vestirme, quiero llevarte a dar una vuelta".

¿Adónde?

"A un destino sorpresa".

HORIZONTES ESPERANZADORES

Anna pensó en almorzar en una cafetería cercana o en dar un paseo en coche hasta Sandgate, un barrio de la bahía al que Mary y Roger les habían llevado al día siguiente de su llegada. Si no recordaba mal, había una zona llana, cubierta de hierba y salpicada de bancos que discurría paralela al agua. Un paseo seguido de una sentada junto al mar, bajo el cálido sol invernol, le vendría bien para quitarse las telarañas creadas por el letargo reciente. Así que se llevó una gran sorpresa cuando, tras serpentear por las calles de las afueras hasta la carretera principal que llevaba a Sandgate, Mary condujo hacia la ciudad. Al cabo de unos kilómetros, giró a la derecha en una calle ancha con una franja de asfalto en medio, bordeada por amplias franjas de hierba.

¿Vamos a visitar a uno de tus amigos? preguntó Anna, mientras Mary aparcaba frente a una de las viejas casas de madera sobre tocones conocidas como Queenslanders que se alineaban a ambos lados de la calle.

Mary apagó el motor. No, y no te preocupes, es sólo un paseo".

Curiosa, Anna salió del coche con toda la elegancia de que fue capaz y se quedó esperando a que Mary recogiera su bolso del asiento trasero y cerrara el coche. La gruesa hierba se clavó en sus sandalias, arañando la suave piel de la parte superior de sus pies. Miró hacia abajo y vio un ejército de hormigas corriendo por un trozo de tierra desnuda hacia un corazón de manzana desechado y sonrió al recordar el día de Navidad a Maureen horrorizada por si unos insectos australianos gigantes invadían la alfombra donde yacía su hijo.

¿Lista para la sorpresa? preguntó Mary, cogiendo a Anna del brazo y conduciéndola por el sendero de hierba hasta una servidumbre de paso que bajaba por el lateral de la casa hasta una obra en construcción.

Bajo sus pies, los surcos creados por la maquinaria pesada dificultaban un poco la marcha, aunque el calor y el sol habían secado la tierra removida. A su izquierda, una valla recién construida, con sus travesaños superiores e inferiores blancos y relucientes, cerraba la casa delantera y su modesto jardín trasero, donde el obligatorio Hill's Hoist ocupaba el centro del escenario.

Según una amiga mía que vive en esta calle", dice Mary, "los ancianos propietarios no querían mudarse, pero el gran jardín les resultaba demasiado grande, así que decidieron subdividirlo".

Anna se quedó mirando los tocones de hormigón y un suelo de madera a medio colocar que se alzaba sobre la tierra raspada. Delante de la estructura había una hormigonera rodeada de sacos de cemento y un montón de arena. No había albañiles a la vista, aunque había una camioneta oxidada aparcada a un lado.

Probablemente se hayan ido a comer", dijo Mary antes de que Anna pudiera pensar en un comentario apropiado. Supongo que habrán ido a la tienda de la esquina a por pasteles o hamburguesas".

¿Va a ser una casa o un garaje? preguntó Anna, tratando de imaginarse a alguien viviendo en un edificio tan pequeño.

Una casa, por supuesto. Tres dormitorios, baño, cocina, sala de estar arriba, lavandería y espacio para un garaje debajo".

Anna asintió. Es muy pequeña".

De acuerdo, pero sería un comienzo. Todo lo básico, además de una buena ubicación y un patio trasero decente".

Estar escondido en la parte trasera de una casa vieja no era la idea de Anna de una "buena" ubicación.

A poca distancia de las tiendas y de la estación", insistió Mary.

Dudo que podamos permitirnoslo", se apresuró a decir Anna, sin querer ofender a su amiga. No tenemos muchos ahorros".

Pero valdría la pena averiguar el precio. Imagino que esta casa será barata, aquí metida. La mayoría de las parejas jóvenes prefieren comprar en una urbanización nueva, donde las calles tienen bordillos y canalizaciones y un alumbrado público decente".

A pesar de su respuesta inicial, Anna echó un segundo vistazo. Los tocones de hormigón variaban de altura a medida que el terreno se inclinaba hacia la izquierda, lo que suponía una desventaja si se quería construir una sala de juegos más adelante. Sin embargo, los tocones estaban muy espaciados, por lo que Viv cabría entre ellos en el lado alto. ¿Crees que a los constructores les importará que echemos un vistazo por detrás?

No, pero mejor me quedo aquí por si vuelven. Puedo explicarles que están buscando casa".

Gracias, no tardaré. Anna se dirigió a la valla que bordeaba el terreno, pensando que allí el suelo estaría menos revuelto. La hierba larga se entrelazaba con el alambre oxidado y la pintura descascarillada de los travesaños, pero más abajo, una hilera de hibiscos en flor se había plantado paralela a la valla y sus gloriosas y mantecosas flores ondeaban con la brisa. A Ana le encantaban las enormes flores de hibisco con su salpicadura escarlata en el centro, así que continuó siguiendo la valla, deteniéndose cada pocos metros para echar un vistazo al jardín vecino. Un camino pavimentado conducía a árboles cargados de cítricos y a huertos elevados con hileras de hortalizas.

De mala gana, se giró para observar el terreno que había detrás de la casa emergida, anticipando una amplia extensión de hierba cubierta de maleza con los restos de un camino de cemento y un oxidado elevador inclinado, pero en su lugar vio césped cortado y un grupo de árboles maduros que se extendían a todo lo ancho de la manzana. Aparte de algunos destellos de verde entre los árboles, la casa y el jardín que daban a la propiedad estaban ocultos a la vista. La privacidad le atraía. Los terrenos que rodean las casas

de las nuevas urbanizaciones suelen estar desprovistos de árboles o arbustos, y el césped es la única concesión al entorno natural. Se volvió para mirar la casa, intentando imaginar los escalones que conducían a un balcón y las cortinas que enmarcaban las ventanas.

¿Quieres ver los dibujos, cariño?", preguntó una voz desde algún lugar cercano.

Sí, por favor". Miró a su alrededor, pero no vio a nadie y estaba a punto de marcharse cuando un hombre con botas de trabajo y los pantalones cortos y la camisa que había visto anunciados en la televisión como "Hard Yakka", salió de la parte baja de la casa. Sam", gritó, reconociendo a su amigo. ¿Qué haces aquí?

Se le dibujó una sonrisa en la cara y una mano sucia le apartó de la frente un mechón suelto de espeso cabello negro. Trabajando, querido. Es más, ¿qué te trae por una obra?".

Anna le explicó el improvisado viaje y su sorprendente destino.

No está mal para empezar. ¿Joe y tú estáis buscando casa?

Ojalá. El problema es que no creo que tengamos suficiente para un depósito y no hay muchas posibilidades de ahorrar ahora que he tenido que dejar de trabajar.

Creo que vale la pena intentarlo. El director del banco no te arrancará la cabeza".

Anna sonrió y señaló el rollo de papeles que Sam llevaba bajo el brazo derecho. ¿Puedo echar un vistazo?

Claro. Sam se arrodilló en la hierba y desenrolló los planos de la casa, colocando encima las vistas exteriores en lugar del esquema eléctrico que había estado estudiando. Cogió un martillo y unos alicates del cinturón de cuero que llevaba en la cintura y los utilizó como pesos para sujetar el

papel. La zona de estar tiene un tamaño decente, las habitaciones son un poco pequeñas, pero qué más da, sólo se duerme en ellas".

Anna se inclinó hacia delante y observó los alzados frontal, trasero y lateral. Las dimensiones seguían siendo borrosas, pero no quería hacer una exhibición intentando poner su pesado cuerpo de rodillas.

Espera, voy a buscar la silla". Sam se dio la vuelta y desapareció bajo la casa, volviendo con una silla plegable de lona que había visto días mejores. El jefe la usa para fumar", explicó. "Se está poniendo un poco viejo, debe tener sesenta por lo menos.

Gracias. Ahora me cuesta arrodillarme".

Recogió los planos y se los pasó a Anna. ¿Para cuándo estalla la burbuja?

A finales de septiembre.

La casa podría estar terminada para entonces.

Mal momento. No me apetece mudarme y ocuparme de un recién nacido al mismo tiempo".

La fecha de finalización no es inamovible. Depende del tiempo, la disponibilidad de los comerciantes, materiales. Tenemos media docena de casas en marcha en este momento'.

El jefe debe estar contento.

No es el único. Muchas horas extras me vienen bien. Cuanto antes tengamos nuestra propia casa, mejor. Mamá sigue pensando que soy un crío, me pone de los nervios".

Anna asintió, reacia a entrar en una discusión sobre los defectos maternos. El aerograma de la suegra Stella de la semana pasada le había molestado mucho: una página de quejas sobre su desconsideración al mudarse a lo que

ella llamaba el culo del mundo, sobre todo ahora que iba a ser abuela. ¿Hay un dibujo interno?", preguntó, mirándole.

Sí. Él se inclinó sobre ella y hojeó los dibujos. Aquí".

Ella miró un diagrama rectangular dividido en cuadrados, marcados con lo que supuso que indicaban puertas y ventanas. Las dimensiones significaban poco; no podía visualizar el tamaño. Me temo que no tiene mucho sentido para mí".

No te preocupes. Los traeré una tarde para enseñárselos a Joe. ¿Eso es si estás interesada?

Por primera vez en meses, Anna sintió un destello de luz brillando a través de la oscuridad que rodeaba su mundo. "Gracias, Sam, eso sería genial.



Una sucesión de suspiros seguidos del fruncimiento de unos labios finos no auguraban un resultado positivo. Sentados frente al adusto director del banco -que aún no había ofrecido nada parecido a una sonrisa-, Anna y Joseph intercambiaron miradas preocupadas mientras su estilográfica rayaba cifras en un bloc de notas. Su libreta de ahorros del Commonwealth Bank yacía abierta sobre el escritorio, con un escaso registro de transacciones que atestiguaba un depósito insuficiente.

Unos dedos largos y pálidos colocaron la pluma en paralelo al bloc de notas antes de desplazar el formulario de solicitud de hipoteca un poco hacia la derecha. Señor y señora Fletcher -comenzó, mirándolos con ojos azules glaciales.

Instintivamente, Anna rodeó con los brazos el vientre del bebé, un gesto destinado a proteger los oídos del feto de noticias inoportunas. A su lado,

Joseph se tensó, aumentando la rigidez de los pantalones planchados aquella misma mañana. Desde que abandonó Gran Bretaña, su traje de lana de invierno, comprado para su boda por insistencia de Stella, había colgado en el armario junto con su gabardina a medida, ocupando ambos un espacio precioso pero rara vez usados. En Brisbane, una chaqueta ligera bastaba para las reuniones con importantes clientes de ingeniería, mientras que el impermeable, diseñado para la niebla y la llovizna, había resultado totalmente poco práctico. Durante los aguaceros tropicales, la mayoría de los trabajadores de la ciudad desplegaban paraguas o buscaban cobijo bajo los toldos de las tiendas. Una carrera hasta la estación podía acabar empapado, pero la ropa se secaba rápidamente en el ambiente húmedo de un tren abarrotado, con las ventanillas cerradas para evitar que la lluvia entrara en el compartimento.

Me inclino a rechazar su solicitud de una hipoteca de diez mil dólares", continuó el director, cogiendo el bolígrafo y pasándoselo de mano en mano como si se sintiera avergonzado por su decisión. Sin embargo, en vista de", dio un ligero carraspeo, "en vista del estado de la señora Fletcher, estoy dispuesto a pasar por alto sus insuficientes ahorros en interés de una nueva familia australiana. El atisbo de una sonrisa afloró, pero fue rápidamente sofocado por unos labios fruncidos. No podemos permitir que los emigrantes vuelvan corriendo a Inglaterra con uno de los nuestros, ¿verdad?

A Anna le irritó su tono condescendiente. No tenía intención de volver corriendo a Inglaterra, a pesar del reciente ofrecimiento de la tía Maud de pagarles tanto el viaje de ida como el de vuelta si decidían que una red de apoyo familiar sería beneficiosa durante, según sus palabras, este difícil momento. Al leer la carta por primera vez, Anna había supuesto que su tía se refería al inminente nacimiento, pero luego recordó que el tío Edgar, con la aprobación de su esposa, había enviado a su único hijo a un internado a la edad más temprana posible. Tal vez tía Maud se había referido a toda la infancia del bebé. Su primo Christopher, ahora un exitoso corredor de bolsa afincado en Londres, rara vez visitaba a sus padres y se mantenía tan distante como cuando era niño.

Ha nacido de mediana edad", había comentado su madre tras una comida del Boxing Day en la que Christopher pontificó sobre el mercado de valores y se negó a entablar una conversación "normal" en la mesa, para disgusto de su padre.

Gracias por su comprensión, señor -dijo Joseph, desinflándose como un globo pinchado.

Anna apartó de su mente los pensamientos sobre su estirado primo. Le estamos muy agradecidos, señor Bradley. Una casa dará seguridad a nuestra familia".

Por fin, la sonrisa se impuso y una pizca de calidez tiñó un rostro sombrío. El placer es mío, Sra. Fletcher, y le deseo todo lo mejor para el próximo... evento".

Anna le devolvió la sonrisa, imaginando un piso de soltero en la ciudad, muebles pesados y anticuados heredados de parientes ancianos, un gato sobrealimentado que era el único que esperaba a que el señor Bradley volviera del trabajo.



Fuera, en la calle, los candidatos seleccionados se abrazaban y besaban como jóvenes amantes que disfrutaban juntos de unos minutos preciosos, ajenos a la obstrucción que estaban causando a la hora del almuerzo a una multitud ansiosa por aprovechar al máximo una pausa limitada en el trabajo. Una mujer golpeó a Joseph en el hombro con su paraguas, mientras que otra comentó que era repugnante la forma en que los jóvenes se comportaban en estos días, pero ninguno logró desalojar a la exuberante pareja. Al final, el reloj del ayuntamiento dio la hora y Joseph declaró que era mejor volver al trabajo.

Te prepararé tu cena favorita esta noche", le dijo Anna a su espalda que retrocedía, pero él siguió adelante entre la multitud, ignorante de las delicias prometidas.

Hambrienta -no se le había ocurrido traer un bocadillo ni una manzana-, Anna se dirigió a la estación con la intención de comprar una tableta de chocolate en el quiosco del andén. Estaba a mitad de camino por la Calle Ann cuando alguien gritó su nombre. Se dio la vuelta, buscó una cara conocida y casi perdió el equilibrio cuando Marie la abrazó.

Perdona, no quería asustarte", comenta su amiga. ¿Va todo bien? Pareces un poco ruborizada".

Emocionada", respondió Anna, y no tardó en comunicarle la noticia.

Maravilloso. Me alegro mucho por ti. Será mejor que me invites a tomar el té cuando estés instalada".

No será hasta dentro de unos meses. La casa aún no tiene techo".

Marie sonrió. ¿Quieres comer algo? Hay un café a la vuelta de la esquina".

Algo ligero. Últimamente no puedo comer mucho", respondió Anna, insegura de cuánto dinero le quedaba en el bolso. Tendría que pasar por la carnicería de camino a casa para comprar carne para la cena. Habían hablado de un nuevo presupuesto doméstico basado en un único sueldo, pero aún no lo habían puesto en práctica, ya que durante los últimos quince días habían dedicado su tiempo libre a estudiar los planos de la casa, acordar un depósito con el constructor y rellenar formularios para el banco.

LOS PLANES MEJOR TRAZADOS

Las semanas siguientes transcurrieron en un frenesí de actividad: visitas a la obra los fines de semana, compras entre semana con Mary (Ana no podía creer lo mucho que necesitaba un recién nacido) y búsqueda de algunos muebles en tiendas de segunda mano. Aparte de la pequeña librería, el armario de la cocina y el mueble para la televisión que había hecho Joseph, les faltaban cosas básicas como sillas y una cama. Además de llevarla a numerosas tiendas, la práctica Mary también cosía sábanas para la cuna y las curiosamente llamadas "alfombras de conejito", que Anna aprendió que se utilizaban para envolver a los recién nacidos.

Pronto encontraron un pesado y anticuado somier de matrimonio, pero encontrar un colchón decente de segunda mano estaba resultando difícil. Anna arrugó la nariz ante la idea de dormir sobre la evidencia de las emisiones de extraños, lo que provocó que Mary le dijera que no fuera tan sensible, que se limitara a comprar un protector de colchón para disimular las manchas. Anna hizo caso omiso del consejo. Después de pasar los primeros siete meses de casada durmiendo en un colchón asqueroso, había jurado no volver a hacerlo. Un generoso regalo de la tía Maud resolvió el problema, permitiendo la compra de un nuevo colchón de muelles interiores. Anna bendecía a su tía cada vez que entraba en el dormitorio y veía el colchón envuelto en plástico apoyado contra la pared.

Los dólares restantes y la paga de vacaciones de Anna sirvieron para comprar un frigorífico grande, un artículo esencial en el clima subtropical de Brisbane, donde incluso los tarros de mermelada y los frascos de salsa debían refrigerarse para evitar que las hormigas o las cucarachas buscaran el más mínimo derrame que cubriera el cristal. Siguiendo el consejo del repartidor, el nuevo frigorífico Westinghouse, envuelto en una capa protectora de cartón, se colocó en el garaje a la espera de ser transportado a su nuevo hogar.

Con el dormitorio y la cocina organizados, Anna se dedicó ahora a la zona de estar, que abarcaba un salón de tamaño decente y un pequeño comedor. Las sillas plegables de lona compradas para picnics y acampadas bastarían hasta que pudieran comprarse un salón, mientras que los taburetes amarillos -desmontados para que cupieran en una pequeña caja de transporte y guardados en el garaje desde entonces- podrían utilizarse para sentarse en la barra del desayuno durante las comidas. Quedaba la habitación del bebé. Anna se negaba a llamarla guardería, con sus connotaciones de mansiones aristocráticas y niñeras formadas en Norland. Había escapado del rígido sistema de clases que dominaba la vida británica y ahora vivía en un país igualitario, donde el trabajo duro y la ayuda mutua contaban mucho más que la riqueza heredada. Cuando se hubieron instalado, organizó una fiesta -sillas BYO- para dar las gracias a todos los que habían aportado su tiempo, su energía y los innumerables objetos apilados en el garaje para ayudarles con su primer bebé y su primera casa.

El espacio etiquetado como "segundo dormitorio" en los planos y situado en un extremo de la casa, frente al dormitorio principal, tenía un armario empotrado, pero, según Joseph, carecía de estanterías para guardar pañales y demás parafernalia del bebé. Como seguía sin haber escaleras, ni delanteras ni traseras, él subía semanalmente a la escalera de los albañiles para comprobar los progresos, mientras Anna, de pie sobre la tierra empedrada, miraba hacia arriba, deseando poder ver algo más que el hueco donde estaría la puerta principal y quince centímetros de pared de la cocina. A veces, cuando la disminución de los pasos indicaba que Joseph se había trasladado al dormitorio de la casa, subía algunos peldaños para obtener una mejor vista, pero el miedo a ser sorprendida y el consiguiente sermón sobre conducta imprudente, la hacían volver corriendo a tierra. En los últimos meses, Joseph se había vuelto tan sobreprotector que Anna quería gritar. Insistía en llevar hasta el paquete más ligero, o apartaba las cosas de su camino como si caminar por su piso escasamente amueblado sin tropezar estuviera más allá de su capacidad.

A pesar de que acababa de aceptar lo que Mary denominaba el "resultado final", Anna no veía la hora de que su cuerpo volviera a la normalidad. Los artículos del Women's Weekly, leídos en la sala de espera del médico,

podían delirar sobre las alegrías del embarazo, pero ella seguía encontrando todo el proceso, si no totalmente aborrecible, como mínimo desagradable. No se veía ni se sentía radiante. Le dolía la espalda, se le habían hinchado los tobillos y los pechos le crecían hasta tal punto que ya se le salían del nuevo sujetador que se había comprado menos de una semana antes de dejar el trabajo. Dormir durante los nueve meses o ir a un laboratorio a recoger a su bebé completamente formado -una opción que Anna imaginaba que tendrían las mujeres en el futuro- le parecía preferible a su estado actual. En cuanto al parto, le aterraba la perspectiva y solicitaría cualquier intervención médica que se le ofreciera. Gracias a Dios, no se animaba a los maridos a asistir al parto. Odiaría que Joseph la viera en el estado en que aparecía en la película que había visto en una reciente clase prenatal.



El parto estaba lejos de los pensamientos de Anna mientras estaba en el garaje, pintando la cómoda de pino que había comprado unas horas antes. Tras una infructuosa búsqueda de segunda mano, Joseph le había sugerido que probara en la tienda de muebles de pino en bruto situada cerca de la estación. Ayer eché un vistazo cuando el tipo estaba cerrando", añadió mientras cenaban sentados a la mesa de la cocina. Es barato, pero parece bien hecho. ¿Por qué no me llevas mañana a la estación a echar un vistazo? Creo que una cómoda pequeña cabría en el maletero de Viv".

Y así fue, una vez que el regordete y alegre tendero, que le aseguró que él fabricaba todos los muebles, sacó los cajones y los puso en el asiento trasero, antes de coger la estructura y colocarla en el maletero. Incluso le había proporcionado una cuerda corta para atar la puerta abierta del maletero a la barra del parachoques y le dijo que no se preocupara por devolverlo.

Impaciente por empezar a transformar su compra, Anna se desvió de camino a casa para comprar un bote de pintura blanca en la ferretería. De

vuelta al piso, aparcó en la calzada, abrió la puerta del garaje, desató la cuerda y consiguió, aunque resoplando, sacar el armazón del maletero y llevarlo a la lavandería. Al volver a por los cajones, decidió que sería más fácil dejar a Viv en la entrada mientras pintaba. El casero prefería que los coches de sus inquilinos estuvieran en el garaje, pues consideraba que el lugar quedaba desordenado si se dejaban fuera, pero ella consideraba poco probable que fuera a visitarla, con el césped recién cortado y sin nadie en proceso de mudanza.

Casi había terminado la primera mano cuando el ruido de un vehículo dando marcha atrás en el camino de entrada la hizo soltar la brocha y correr hacia la puerta del garaje. El todoterreno del Sr. Martelli se había detenido a escasos centímetros de Viv y su rostro parecía un trueno cuando descendió de la cabina.

“Disordinato, disordinato”, murmuró, y su expresión cambió a una de placer cuando vio que Anna estaba de pie justo dentro del garaje.

“Buon giorno, Sr. Martelli”, dijo ella, añadiendo rápidamente: “Acabo de llegar de hacer la compra”. Demasiado tarde, se dio cuenta de que una camiseta manchada de pintura que le llegaba a las rodillas y los pies descalzos ridiculizaban su afirmación.

“Buon giorno, Signora Anna”. Se acercó a ella. ¿Bambino está bien?

Se acarició la barriga. Crece rápido”.

El Sr. Martelli sonrió. Seguro que es un niño grande, como Joe”.

Anna le devolvió la sonrisa. Tendremos que esperar y ver'. Dio un paso adelante. Moveré el coche en un minuto. Primero, necesito un... -Se apresuró a subir las escaleras, dejando que el casero terminara su frase.

El Sr. Martelli no estaba a la vista cuando volvió con las llaves del coche, así que se acomodó en el asiento del conductor y giró la llave de contacto. Conducir aquella mañana había sido todo un reto, con el estómago casi tocando el volante y los brazos estirados al máximo. Llevaba semanas sin

conducir y reconoció con pesar que dejar a Viv en el garaje sería su último intento durante un tiempo. Al mirar por el retrovisor, se dio cuenta de que había aparcado demasiado cerca del muro que separaba los pisos de la propiedad contigua. El camino de entrada descendía en pendiente y, con la camioneta del Sr. Martelli cerca, tendría que ejecutar un arranque en pendiente impecable.

Con los pies descalzos en equilibrio sobre el embrague y el freno, soltó lentamente el freno de mano. Viv avanzó sigilosamente y se detuvo a los pocos metros. "Maldita sea", murmuró Anna, frenando en seco para evitar que el coche se deslizara hacia atrás. Tras numerosos intentos -por alguna razón, Viv seguía parándose-, consiguió aparcar el coche y se sentó encorvada sobre el volante, con la respiración entrecortada. El volante se le clavaba en el estómago, pero le faltaba energía para empujar el asiento hacia atrás o abrir la puerta.

Cuando por fin volvió a respirar con normalidad, reunió fuerzas suficientes para salir del coche y entrar medio tambaleándose en la lavandería. La segunda mano tendría que esperar hasta mañana, ya que ahora le costaría mucho tapar el bote de pintura y enjuagar la brocha. Cuando levantó la mano para coger el viejo tarro de café que se utilizaba para guardar los pinceles, un líquido caliente le resbaló por las piernas.

"Maldita sea", exclamó, deseando haber ido al baño antes de cambiar el coche. Últimamente tenía que orinar con más frecuencia; el bebé debía de estar presionándole la vejiga. Pero cuando miró el charco que se formaba a sus pies, le pareció que no tenía la consistencia adecuada para orinar. Ansiosa, se hizo a un lado y se agarró al borde del enrejado de hormigón que separaba el garaje de la lavandería. Mano sobre mano, se hundió lentamente en el suelo e, inclinándose hacia delante, olfateó el líquido transparente y ligeramente amarillo.

Definitivamente, no era orina. Los consejos que le habían dado la semana anterior en la clase prenatal cobraron relevancia de repente. Una vez que rompan aguas, señoras, deben acudir rápidamente al hospital para proteger a su bebé de una infección", había declarado la mujer de rostro severo, que

a Anna le recordaba a una maestra de escuela acosada, señalando a sus alumnas con el dedo índice.

Anna se levantó la camiseta y vio con horror cómo brotaba más líquido de entre sus muslos. Mierda, no era una falsa alarma. Tenía que subir a hacer la maleta. Como aún faltaban cuatro semanas para dar a luz, no se le había ocurrido qué llevar al hospital. Cogió la mampara de cemento, se estremeció cuando el borde áspero se clavó en la palma de la mano y se levantó. En la puerta del garaje, se detuvo para comprobar que el Sr. Martelli no estaba a la vista antes de huir al santuario de un piso vacío.

En la ducha, se enjuagó las pruebas pegajosas, intentando no pensar en el calvario que se avecinaba. Se suponía que el primer parto iba a durar una eternidad, así que, aparte de la pérdida de líquido protector, no había prisa por llegar al hospital. Era mejor tomarse su tiempo e intentar mantener la calma. La ausencia de dolor reforzó su decisión de preparar una bolsa para pasar la noche antes de aventurarse a cruzar la calle para utilizar el teléfono de Vi.

Satisfecha por no haber pasado nada por alto, Anna cerró la cremallera y se sentó en la cama para descansar un momento antes de vestirse. Al menos, la pronta llegada del bebé significaría que ya no tendría que llevar vestidos premamá ni sufrir la indignidad de un nuevo aumento del tamaño de su vientre. Las temidas estrías no habían aparecido; con ejercicio diario y una dieta sensata, recuperaría rápidamente su figura habitual y podría ponerse el bikini con la seguridad de tener un vientre plano y sin marcas. El aumento de peso nunca había sido un problema para ella; le gustaba comer de vez en cuando una chocolatina o un pastel pegajoso, pero rara vez comía en exceso y había evitado la tentación de comer por dos durante el embarazo.

Un movimiento interior -el bebé cambiaba de posición, esperaba, y no una contracción- hizo que volviera a centrar su atención en el problema inmediato. ¿Y si Vi había salido? ¿Cómo llegaría Joseph a casa desde la estación sin el coche? No había autobús directo desde la estación y Anna no recordaba si alguna vez había visto un taxi en los alrededores. Aunque a los maridos no se les permitía permanecer en la sala de partos cuando el parto

era inminente, ella quería que Joseph estuviera cerca. La geografía le proporcionó la solución a este último problema. El Royal Brisbane Women's Hospital estaba situado a un corto trayecto en autobús del centro de la ciudad; le pediría a Joseph que se reuniera con ella en la sala de partos. Con una segunda llamada conseguiría un taxi para ella.

Mientras se cubría la cabeza con un vestido de campaña arrugado (¿para qué plancharlo si tenía un aspecto horrible?), Anna decidió no molestar a Vi ni a nadie. - Anna decidió no molestar a Vi ni a ninguna otra vecina. En lugar de eso, llevaría su pequeño bolso a la consulta del médico y pediría a la recepcionista que llamara a una ambulancia. También podría hacer uso del servicio de ambulancias que pagaban, junto con el seguro médico privado. Poco después de su llegada a Brisbane, Roger les había aconsejado contratar un seguro médico y de ambulancia, explicándoles que el sistema sanitario público de Australia dejaba mucho que desear. Joseph y Anna, criados en el NHS, se habían resistido a la cantidad de dinero que suponía, pero accedieron tras conocer la experiencia de Mary en un pabellón público. Ingresada en el hospital por una neumonía durante su primer invierno en Brisbane, Mary había pasado una semana desalentadora en una cama estrecha en un porche cerrado pero con corrientes de aire -que sobraba de la sala pública principal- rodeada de ancianas con demencia.

En el ala de maternidad, Anna ocuparía lo que el folleto del fondo de salud describía como una habitación intermedia, lo que significaba compartirla con otra mujer. Los bebés vivían en la sala intermedia y sólo se les llevaba a las habitaciones a la hora de comer, ya que el descanso se consideraba primordial tanto para los recién nacidos como para las madres.



Durante el lento camino de Anna hasta la consulta del médico, en la ambulancia o durante las primeras horas de estancia en el hospital, no ocurrió nada extraño. Era como si, a pesar de expulsar el líquido amniótico,

su cuerpo hubiera decidido que el bebé no estaba listo para nacer hasta dentro de un mes. Las enfermeras pincharon y pincharon, llamaron al obstetra residente, que escuchó los latidos del corazón del bebé, dijo "no hay de qué preocuparse, el bebé llegará a su debido tiempo", y Joseph llegó tan jadeante como si hubiera corrido desde su consulta.

Al cabo de una hora, Joseph dejó la cama para ir a buscar un bocadillo y un café a la cafetería del hospital. Agradecida por la oportunidad de descansar sin ser molestada por su evidente ansiedad y las interminables preguntas que no podía responder, Anna se recostó en las almohadas y cerró los ojos. Un espeso manto de sueño la protegía de los gemidos de las madres vecinas y el chirrido de los zapatos de las enfermeras sobre el linóleo pulido la transportaba a un mundo alternativo, donde los sueños inundaban cuerpo y alma. Flotando en un surrealista mar escarlata, no intentó nadar hasta la orilla, ni levantar un brazo para llamar la atención o pedir ayuda. Convencida de la benevolencia del océano, esperó a que las olas o un cambio de marea la llevaran a tierra firme.

Cuando algo la rozó, imaginó a una criatura marina perturbada por su presencia y le ofreció una disculpa tan suave que las palabras quedaron sin pronunciar en sus labios pálidos. Buscando un respiro de la luz del sol que calentaba su piel expuesta, se deslizó bajo la superficie y quedó suspendida en su abrazo salado. Su piel seguía ardiendo, así que buscó las oscuras profundidades donde los organismos translúcidos no le hacían caso. En paz con su nuevo entorno, no percibió el inminente final de su viaje.



Una mano palpó la piel inflamada, pero en su lugar tocó un apósito y un pequeño tubo de plástico. Alarmada, Anna retiró rápidamente la mano. Sus párpados se agitaron, provocando un sonido y una acción inoportunos. Una figura blanca se cernió sobre ella; una voz desconocida pronunció su

nombre. Se estremeció, intentó colocar la otra mano bajo la cálida ropa de cama y sintió el tirón de algo incrustado en la piel.

¿Dónde estoy?", preguntó, temerosa de abrir los ojos para no encontrarse con un entorno poco acogedor.

En la sala de recuperación", le respondieron desde algún lugar por encima de ella.

Anna se lamió los labios resecos. ¿Por qué tengo tanta sed?

Una mano cálida le acarició la frente. Enseguida te traigo hielo para que lo chupes".

Agua', suplicó Ana, 'quiero agua'.

Más tarde, querida. Acabas de volver en sí y estabas muy enferma antes de la cesárea".

No, no lo estaba. El embarazo no es una enfermedad". Sus ojos se abrieron, giraron de un lado a otro, no vio más que paredes verde pálido y telas blancas almidonadas. Su voz se entrecortó, como si temiera pronunciar una palabra que antes había intentado ignorar.

En la guardería de premamá. Está bien".

El cerebro de Anna, aún drogado, se esforzó por descifrar la abreviatura. ¿Prennie?

Prematuro, querida. Es pequeño, como la mayoría de los bebés prematuros, así que tiene que pasar unos días en una cuna húmeda. No hay de qué preocuparse".

No, es enorme. Tengo que llevar tiendas de campaña en lugar de vestidos'.

Cuatro libras y seis onzas es pequeño, querida. Ahora relájate mientras traigo el hielo'.

Confundida, Anna cerró los ojos e intentó volver a entrar en un mar tranquilizador.

Aquí estamos, querida.

Anna abrió los ojos y cogió el vaso de plástico que le ofrecían.

Asegúrate de chupar sólo un cubito cada vez".

Obedientemente, Anna se metió un solo cubito en la boca.

Bien hecho. La enfermera sonrió. Volveré pronto para ver cómo te va'.

Se oyeron pasos y se cerró una puerta. Al quedarse sola, Anna saboreó la humedad de bienvenida, pasó el cubito por su boca reseca con la lengua, chupó, tragó. Los cubitos siguientes parecían derretirse más deprisa; añoraba una jarra de agua para llenar el pequeño vaso. Consumida por su tarea, consiguió ignorar los pensamientos inoportunos que se agolpaban como nubes de tormenta en su cabeza, pero cuando el vaso vacío resbaló de su mano sobre la manta blanca, sus temores no pudieron ser negados. ¿Le quedaría sólo una cicatriz abdominal para recordar lo que podría haber sido? Los bebés prematuros a menudo morían o tenían graves problemas respiratorios debido a sus pulmones poco desarrollados. Llorar por el potencial no realizado de un bebé, o ver a un niño inocente luchando por respirar, serían sus tareas futuras; sólo penas para meses de rabia, indiferencia y disgusto. Las lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas y se filtraron en su boca húmeda, su salinidad burlándose de su bienvenido regreso a la orilla.

.... SOBRE RATONES Y MUJERES QUE A MENUDO SE TUERCEN

Al cabo de tres días, aunque Anna seguía sintiéndose agotada y al menor movimiento le brotaban dolores agudos de la herida, reunió el ánimo suficiente para desafiar la insistencia de las enfermeras en que seguía estando demasiado débil para levantarse de la cama. Pasar de la cama a la silla de ruedas exigía energía y fortaleza, y el dolor era casi insoportable cuando intentaba mantenerse erguida. Se mordió los labios, contuvo el vértigo y, agradecida por la ayuda de un brazo que le rodeaba los hombros, se sentó en un asiento de vinilo negro. Rápidamente sacó las zapatillas y la bata de la mesilla de noche. Estaré bien sólo con el camisón", comentó Anna mientras la enfermera la envolvía con una tela gruesa y acolchada. Hace mucho calor aquí'.

Puede ser, pero no podemos tener pacientes vagando por los pasillos a medio vestir'.

Reprimiendo el impulso de dar una respuesta sardónica, Anna levantó cada pie a su vez para recibir las zapatillas de piel de oveja.

El trayecto desde la sala intermedia hasta la guardería de Premmie parecía interminable: un largo pasillo, una larga espera hasta un ascensor que traqueteaba tanto que pensó que se le reventarían los puntos, seguido de otro insípido pasillo verde con linóleo chirriante bajo los pies. Anna esperó con creciente impaciencia a que la enfermera diera unos golpecitos en la puerta para avisar al individuo enmascarado y vestido que se inclinaba sobre una cuna en medio de la habitación. Siguió un intercambio de susurros a través de una puerta que sólo se abría un poco, como si el aliento de los rostros desenmascarados pudiera dañar a los diminutos pacientes encerrados por paredes de plástico. Cuando un dedo enguantado señaló una cuna húmeda medio cubierta con un paño blanco, una oleada de ansiedad

recorrió las venas de Anna. Entonces, cuando estaba a punto de levantarse de la silla de ruedas y exigir acceso a su bebé muerto, llegaron a sus oídos las palabras: "No, enfermera, he dicho bebé Fletcher".

Su aliento exhalado dejó una marca blanca en el cristal, por lo demás impoluto, mientras Anna observaba cómo la enfermera de la guardería acercaba una cuna descubierta a la ventana. Esforzándose por ver a través del grueso cristal, se quedó mirando el trozo de humanidad que un cirujano había sacado de su vientre rajado durante la cesárea de urgencia. Su bebé, tumbado boca arriba y vestido sólo con un pañal, parecía un elfo con sus orejas puntiagudas y su cara delgada. Sus dedos arrugados revoloteaban alrededor de su cabeza, buscando una boca en forma de capullo de rosa, pero en su lugar se conformaban con la piel plegada de la parte superior de sus orejas. Quiso dar un golpecito en la ventana y decirle que tirarle de las orejas sólo agravaría sus rasgos élficos, pero guardó silencio, no dispuesta a arriesgarse a una reprimenda de la enfermera con cara de póquer que había abandonado su puesto de mala gana para transportar a una madre ansiosa a la guardería de Premmie. Al negársele la posibilidad de llevar a su bebé en silla de ruedas a la habitación intermedia que compartía con una exuberante madre primeriza -por fin un niño, gracias a Dios- después de tres días, Anna había amenazado con levantarse de la cama y dirigirse por su cuenta a la siguiente planta a menos que alguien la llevara a ver a su hijo.

Joseph ya había visto a su bebé, hasta ahora sin nombre, pero, cuando le hicieron preguntas durante la hora de visita de la noche anterior, dijo que tenía el mismo aspecto que los demás recién nacidos, piel roja y arrugas. No mencionó los dedos largos de manos y pies, ni el cabello negro que le salía por toda la cabeza.

Se acabó el tiempo", dijo la enfermera después de lo que pareció menos de un minuto.

¿Por qué no lleva el camisón que le he puesto? preguntó Anna, esperando una respuesta larga.

Es más fácil tratar a los prematuros cuando sólo llevan un pañal". Las manos se agarraron a las asas de goma negra, los zapatos blancos de cordones cambiaron de posición y la silla de ruedas se apartó del cristal. Tendrá que comprar ropa más pequeña, Sra. Fletcher. Ese camisón le quedaría nadando'.

El tono implicaba fracaso, haciendo que su confianza cayera en picado. Le pediré a mi amiga que me consiga la talla adecuada cuando venga esta noche', murmuró Anna, recordando que Joseph había mencionado la próxima visita de Mary.

No hay prisa. Tu bebé no saldrá del hospital contigo'.

¿Por qué no?

Un largo suspiro dio a entender una nueva transgresión. "¿Seguro que te das cuenta de que no podemos dar el alta a nuestros prematuros hasta que hayan alcanzado un peso aceptable?

¿Qué es un peso aceptable? preguntó Anna, deseando poder decir lo que realmente pensaba. Nuestros prematuros', en efecto. Le pertenecía a ella, no al hospital.

Dos kilos.

Anna reflexionó sobre el significado de aquel peso en particular, pero le faltó valor para hacer otra pregunta. Ya había sufrido más que suficientes miradas fulminantes de la enfermera Bevan.

La mañana anterior, la siesta de Anna después del desayuno se había visto interrumpida cuando Bloody Beatrice Bevan, a la que Ellen, su compañera de habitación, pronto abrevió como Triple B, entró en la habitación armada con un portapapeles, se acercó a la cama y preguntó: "¿Pecho o biberón?".

Anna, que luchaba por recuperarse del sueño, le pidió que repitiera la pregunta.

He dicho, ¿teta o biberón?

Anna miró los montículos hinchados que amenazaban con salirse del camisón, observó las manchas de humedad que manchaban el algodón rosa y contestó: "Biberón".

Menos mal. Me ahorrarás tiempo enseñándote a usar el sacaleches".

Anna se había estremecido al ver bailar ante sus ojos imágenes de madres primerizas atadas a ordeñadoras. Sin embargo, se sentía culpable por negar a su hijo lo que algunos consideraban "el mejor comienzo en la vida". Las actitudes habían cambiado desde la época de su madre, cuando la mayoría creía que sólo las clases bajas sin educación amamantaban a sus hijos.

En cualquier caso, era una pérdida de tiempo y energía", continuó la enfermera Bevan mientras anotaba la lista en su portapapeles. Damos a nuestros prematuros una fórmula especial. Sólo lo mejor para ellos".

Totalmente confusa, Anna se había dejado caer sobre las almohadas y, cerrando los ojos, ignoró el último comentario sobre una cinta para los pechos que la Triple B se echó al hombro al salir de la habitación.



De vuelta en la cama tras su breve excursión, Anna volvió la cara hacia la pared y lloró. Una sola palabra definía su estado actual: fracaso. No sólo no había logrado que su embarazo llegara a término, sino que había necesitado una intervención médica extrema para dar a luz al bebé prematuro al que tenía prohibido tocar o incluso mirar sin una barrera de grueso cristal entre ambos. También le había fallado a Joseph, ya que, según la Triple B, pasarían seis semanas antes de que pudiera conducir, tender la colada o incluso hacer la cama. Joseph se vería obligado a tomar vacaciones para

atender a una esposa inválida, una esposa que ahora llevaba la desfiguración permanente de una larga cicatriz.

Cada movimiento doloroso evocaba imágenes de la herida aún oculta bajo un grueso vendaje. Le aterraba la idea de mostrar la piel en carne viva y enrojecida; ya era bastante malo ver el vello púbico en punta y las mellas rojas, prueba del afeitado apresurado previo a la operación, en las visitas al baño. Los dolorosos pechos, tan apretados que parecía una momia egipcia, sólo contribuían a su desolación, recordándole otro fracaso más. Las estúpidas normas del hospital podrían negar a su bebé la leche materna durante unas semanas, pero la decisión, tomada casi sin pensar, significaba que nunca amaría.

Inmersa en un estado de miseria absoluta, a Anna no se le ocurrió que la mayoría de lo que ella llamaba "fracasos" eran el resultado de cuestiones que escapaban a su control. En varias ocasiones había preguntado al personal de enfermería cuál era la causa de un parto prematuro o por qué había tenido una hemorragia, pero ninguno le había dado una explicación satisfactoria y la habían engatusado con frases como "A veces ocurre" o "No te preocupes, es poco probable que vuelva a ocurrir".

Durante las ruidosas noches de hospital, en las que los carros de la compra traqueteaban por el pasillo y el tensiómetro entraba en la habitación, Anna analizaba sus acciones durante las horas previas a la rotura de aguas, convencida de que ella era la única responsable de su posterior mal funcionamiento corporal. Había tres posibles explicaciones: levantar un ligero marco de pino del maletero, la dificultad para aparcar el coche o coger un pincel, aunque ninguna había implicado un ejercicio excesivo o extenuante. Intentó recordar si la Dra. Jameson había mencionado la reducción de la actividad al final del embarazo. Sólo recordaba el consejo de seguir con normalidad: ninguna dieta especial, tomar algunas copas, fumar lo menos posible, pero no dejarlo del todo si le ayudaba a aliviar el estrés. Anna nunca había fumado, aparte de probarlo una vez en el patio del colegio por un reto, y rara vez bebía más de dos vasos de vino, por lo que seguir estas directrices había sido fácil. La mujer que daba las clases prenatales se había hecho eco de las palabras del médico, añadiendo en las

últimas semanas la importancia de hacer ejercicio suave, como ir andando a la compra, y no, según sus palabras, "estar tumbada en casa todo el día como una ballena varada".

A los tres días de estar ingresada en el hospital, descubrió que las mañanas traían el alivio de la luz del día y una mayor actividad de enfermería, pero las punzadas de culpabilidad que amenazaban con abrumarla resurgían una vez que Anna quedaba a su aire. La vecina Ellen tenía sesiones periódicas de alimentación para interrumpir su jornada y, aparte del descanso obligatorio después de comer, se le permitía levantarse de la cama y hacer uso de la sala de estar situada al final del pasillo, donde las madres se reunían para charlar o ver la televisión.

Mientras sus lágrimas seguían empapando la funda de la almohada, Anna estaba tan concentrada en su propia miseria que no se dio cuenta de que Ellen se había deslizado fuera de la cama y había cruzado el pequeño espacio entre sus camas. Unos brazos regordetes la rodearon por los hombros y un beso cayó sobre su frente húmeda, fueron los primeros indicios que tuvo de que alguien se preocupaba de verdad y provocaron un nuevo estallido de sollozos en lugar de la calma pretendida.

No hay nada malo en un buen llanto -comentó Ellen-, diga lo que diga Triple B. Está demasiado obsesionada con la rutina. Le da de comer cada cuatro horas en punto, le echa a los veinte minutos diciendo que se hinchará y no dormirá si toma demasiada leche. ¡Qué montón de mierda! No me extraña que mi hijo esté gritando en la guardería. Pesa tres kilos, por el amor de Dios. Necesita mucho más que diez minutos a cada lado".

¿"Cinco kilos"? exclamó Anna, conmovida por las lágrimas. El parto debe de haber sido una agonía".

Ellen se encogió de hombros. No, la cuarta vez fue bastante rápido. Esta es la última, diga lo que diga Pete. Ya he tenido bastante con lavar pañales y ensordecirme con los gritos de los niños. Tampoco me estoy haciendo más joven. Mañana cumpla treinta y uno.

"Feliz cumpleaños para mañana.

Gracias. Dudo que Pete se acuerde. Estará demasiado ocupado celebrando la llegada de su hijo en el pub con sus amigos. Cuando se trata de niños, los hombres tienen un buen trato, ¿no? Divertirse haciéndolos, hacerlos rebotar sobre las rodillas cuando conviene, entregarlos cuando lloran o apestan". Los brazos se soltaron de los hombros de Anna y unos labios carnosos hicieron un mohín. Qué demonios. Olvidémonos de los hombres y riámonos".

¿Cómo?

Es hora de comparar barrigas post-bebé, aunque estoy jodidamente segura de quién va a ganar el chocolate que Pete trajo anoche'. Ellen se apartó de la cama y se levantó el camisón.

Asombrada, Anna sólo pudo mirar la masa de carne suelta que temblaba como un tazón de gelatina de avión.

Vamos, chica, sal de la cama.

Anna pasó las piernas por el borde de la cama y, con cuidado de no estirar el abdomen, se deslizó hasta el suelo. Animada por la total falta de vergüenza de su compañera de habitación, se levantó el camisón.

No hay duda, ¡tú ganas! anunció Ellen alegremente, añadiendo en tono más serio-: Caray, chica, no pareces ni la mitad de delgada. ¿Te estás muriendo de hambre o qué?

Anna miró hacia abajo y, por primera vez, vio, más allá del vendaje de la herida, la pálida piel que se extendía sobre los huesos de su cadera y un vientre plano, casi cóncavo. Tienes razón, Ellen. He perdido algo más que el peso de un bebé".

Debe de ser el shock de la operación. Ellen giró sobre sus talones y se dirigió a su taquilla. Aquí tienes, leche de Cadbury'.

Anna levantó la vista y sonrió. ¿Por qué no la compartimos después de apagar la luz... y hacemos como si fuéramos niños dándonos un festín de

medianoche?

De acuerdo. Creo que deberíamos acompañarlo con una cerveza". Le tiró el chocolate a Anna antes de coger su bata del extremo de la cama. "Llamaré a mamá y le pediré que traiga unas cervezas esta noche".

Buena idea. ¿Puedes pedirle que traiga también una lata de limonada? Me gusta un shandy.

Claro. Ellen salió de la habitación, arrastrando acres de nylon rosa acolchado.

OceanofPDF.com

UN SURREALISTA REGRESO A CASA

Acompañada al piso por un Joseph demasiado atento, Anna quería deambular por las habitaciones en lugar de sentarse en una silla. Durante el trayecto del hospital a casa, él le preguntaba cada pocos minutos si se encontraba bien y se ofrecía a conducir aún más despacio si los baches de la carretera le causaban dolor. Diez días fuera de casa habían engendrado en ella una especie de amor por su pequeño piso, con sus muebles baratos fabricados en serie y sus baldosas insípidas.

¿Una taza de té? preguntó Joseph, soltándola del brazo mientras se hundía en el vinilo amarillo.

Sí, por favor, y una galleta, si hay".

Arnott's Monte Carlo, los compré especialmente".

Anna sonrió. "Gracias, cariño, eres muy considerado".

No más de lo que mereces. Has pasado por un infierno.

"Duro para ti también, preocupándote por mí y el bebé.

Sí. Se levantó cambiando el peso de un pie a otro. No quería decírtelo mientras estabas en el hospital, pero cuando el cirujano salió del quirófano, me vio sentado en el pasillo, se acercó y me dijo: "Enhorabuena, señor Fletcher, tiene un hijo. Sin embargo, le aconsejo que no lo celebre hasta que estemos seguros de que está fuera de peligro".

Anna contenía las lágrimas. "¿Dijo cuánto tiempo pasaría?

Un par de días.

Entonces, ¿no hay problemas permanentes?

No según esa hermana mandona.

"Triple B", murmuró Anna.

¿No es así como llaman a esos camiones enormes?

Anna se encogió de hombros. Ni idea. A mi compañera se le ocurrió el apodo".

Pensando en nombres, deberíamos decidir cómo llamar a nuestro hijo. ¿Se te ocurre algo más?

Prefiero un nombre que no se pueda acortar'.

¿Por qué no me sorprende?

Anna hizo un mohín. No puedo evitar odiar la forma en que los australianos abrevian todo".

Joseph se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla. ¿Y Ian?

Anna negó con la cabeza.

¿Y Adam?

No está mal, pero necesita dos nombres. Siempre me molestó que mis padres sólo me pusieran uno".

Adam Joseph'.

Suena bien.

Decidido entonces.

"¿Estás seguro de que no se abreviará a Ad?

No seas tonta. Le sonrió. "Brindemos por nuestro primogénito con té y un Montecarlo o dos".



Dormido en los confines de la guardería Premmie, Adam Joseph Fletcher, que ahora pesaba casi dos kilos, seguía sin ser consciente ni de su nombre ni de la aversión de su madre a las abreviaturas. Hasta que le dieran el alta cuando pesara dos kilos, sólo se le conocería como "Baby Fletcher", nombre escrito con bolígrafo azul en una pequeña etiqueta de goma atada a su muñeca derecha con un cordel blanco. Como medida de precaución, una segunda etiqueta -un cuadrado de percal sin blanquear con el apellido, el sexo y el peso al nacer- se fijó a su pañal del hospital.



A la mañana siguiente, cuando Joseph se marchó a trabajar, Anna sintió que el tiempo volvía atrás y que los tediosos meses de embarazo no eran más que un sueño prolongado. Un sueño del que había salido con cicatrices pero sin cambios. Con los pechos casi recuperando su tamaño y forma normales y el vientre firme, no se parecía en nada a las nuevas madres que había observado en la sala de estar del hospital durante los últimos días de su estancia. Previendo una lenta recuperación de su figura anterior al embarazo, había pedido a Joseph que le trajera al hospital su minivestido de estilo campesino para el viaje de vuelta a casa. Al final, parecía que se lo había pedido prestado a una amiga mucho mayor, ya que sus brazos y piernas sobresalían del algodón blanco bordado como palitos de paleta.

El piso seguía como lo había dejado, sin rastro de ningún miembro de la familia, aparte de los pañales de rizo, las alfombras de conejito y la ropa de bebé apilada sobre las toallas del armario de la ropa blanca. La cuna plegable ofrecida por Mary permanecía guardada en un polvoriento desván,

Anna ignoraba su aspecto, mientras que los detalles del cochecito visto semanas antes en Myer se habían desvanecido de su conciencia. La compra de otros enseres, como una bañera para bebés y un cambiador, se había pospuesto por falta de espacio más que por el coste. El fregadero de la cocina y la cama servirían para bañar y cambiar al bebé hasta que se mudaran a la nueva casa.

A Anna no le costaba imaginar el progreso de la casa y esperaba con impaciencia el fin de semana, cuando Joseph le había prometido llevarla a las obras. La escalinata y el porche habían sido instalados durante su estancia en el hospital y por fin podría examinar cada detalle del piso de arriba, en lugar de depender de las observaciones de Joseph. El grosor de la madera, la fontanería y el cableado eléctrico no le interesaban. Quería pararse en las distintas habitaciones y planear la colocación de los futuros muebles, alfombras y cortinas. Aún le quedaban cuatro semanas y cuatro días hasta que pudiera conducir. Entonces no habría restricciones para visitar la obra, aunque tuviera que aparcar en la calle unos minutos hasta que los albañiles se marcharan. En Brisbane, la jornada laboral de los comerciantes, según Joseph, empezaba a las siete de la mañana y terminaba poco después de las tres, así que tendría tiempo de sobra para echar un vistazo antes de tener que preparar y cocinar la cena.

Contenta con sus planes de futuro, se sentó en el sofá a soñar con su nuevo hogar australiano, agarrando un plumero empleado anteriormente en un intento de ahuyentar el aburrimiento. Las casas de madera encaramadas a tocones de diferentes alturas le habían parecido tan extrañas cuando había conducido por los suburbios con Roger aquel primer día; ahora, sin embargo, formaban parte natural de su entorno. El diseño abierto y los grandes ventanales de las viviendas suburbanas contemporáneas permitían que la luz y el aire llenaran las habitaciones. Ya no se sentía encerrada como en Inglaterra, donde las puertas siempre estaban cerradas para conservar el calor y las ventanas se abrían sólo un poco, fuera cual fuera la temperatura exterior. Su hermana menor había sido un incordio absoluto antes y después de las comidas, casi cerrando la puerta del comedor en las narices de su madre para evitar las corrientes de aire de la sala sin calefacción.

Temblaba al pensar en un invierno inglés, capa sobre capa de ropa gruesa, un paraguas como compañero constante. Despertarse con los dibujos de escarcha en el interior de la ventana del dormitorio; traer la colada congelada en el tendedero. Otro mundo, un lugar en el que sólo pensaba cuando leía aerogramas azul pálido o echaba un vistazo al calendario que una prima le enviaba por Navidad "para recordarle la campaña inglesa". No necesitaba que se lo recordaran. No le apetecía rememorar los caminos de campo embarrados ni los picnics estropeados por las frías lluvias de verano. Lo único que le importaba era el presente y el futuro; una vida vibrante llena de sol radiante, salvajes tormentas tropicales y un pueblo rebosante de optimismo.

Cómo le gustaba la exuberancia exacerbada del entorno australiano, el énfasis en las dimensiones generosas que encarnan nombres como la Gran Barrera de Coral. La preferencia por el tamaño considerable se extendió a la creación de atracciones turísticas, como la Gran Piña que se había inaugurado en la Costa Sunshine sólo unos días antes. ¿La granja de la ladera producía las piñas más grandes del mundo o se refería el presentador a los enormes helados que se servían en la cafetería contigua? No parecía importar mientras los productos expuestos fueran más grandes de lo normal, como el cartel de una tienda local que proclamaba las coliflores más grandes de Brisbane. Recordó la enorme pierna de cordero que había comprado poco después de mudarse al piso, las porciones estándar que había servido ocasionaron numerosas cenas similares, además de sándwiches para el almuerzo. No es que hubiera repetido el ejercicio. No había tenido necesidad de hacerlo, ya que Joseph había adoptado la afición australiana por las grandes raciones de carne a las pocas semanas de aquel legendario asado. Después de probar muchos filetes en el pub Breakfast Creek, hoy en día se sentía maltratado si la variedad casera no se extendía de un lado a otro del plato.

Recordando la necesidad de preparar la cena, Anna se levantó del sofá -un sustantivo adoptado en lugar del inglés "settee" y el australiano "lounge"- y caminó lentamente hacia la cocina, tratando de mantenerse erguida como una vara según las indicaciones del personal de enfermería para asegurar la correcta cicatrización de las heridas. Obedeció las demás normas casi sin

pensar, dejando la cama sin hacer y la aspiradora sin usar. También había ignorado el cesto de la ropa sucia, que estaba a rebosar; Joseph podría llevarlo abajo más tarde y cargar su contenido en la bañera doble.

El chisporroteo de la carne y el hervor de las verduras ocultaron el sonido de su llegada, así que el sonoro saludo de Joseph la pilló desprevenida. "Hola", contestó ella, agradecida por haber tenido la presencia de ánimo de no darse la vuelta.

"Buenos días", se apresuró a cruzar el salón hasta la cocina y le dio un beso en la nuca.

"Sí, he limpiado un poco el polvo y he soñado mucho con la nueva casa". Se giró lentamente, disimulando una mueca de dolor tras su sonrisa.

"Me alegro mucho. Me preocupaba dejarte sola. Pensé que te sentirías un poco deprimida".

"De ninguna manera. Todo va bien ahora que estoy en casa. Todo ha vuelto a la normalidad".

"¿Cómo puedes decir eso cuando Adam sigue en el hospital?"

"Mierda, ¡se había olvidado del bebé! Está en buenas manos", respondió, adoptando una expresión seria. No tiene sentido preocuparse por la situación'.

"Supongo que esa es la actitud correcta.

"¿Preferirías que me quedara aquí llorando todo el día?"

"No, claro que no. Es sólo que... bueno, pensé que podrías echarlo de menos'.

"¿Cómo puedo echar de menos lo que nunca he tenido? Prefiero no pensar en eso -dijo en voz alta y volvió a la cocina.

El resto de la velada transcurrió sin incidentes, con una conversación distendida en la que no se volvió a mencionar la ausencia del bebé. Somnolienta pero ya no exhausta, Ana se preparó para irse a la cama con grandes esperanzas de que mañana fuera igual. El dolor de la herida disminuía con el paso de los días. Pronto podría doblarse y estirarse como de costumbre. Se había olvidado de la colada, pero no importaba, Joseph podría bajar el cesto de la ropa sucia por la mañana. Si tenía cuidado de levantar sólo unas pocas prendas cada vez, no había razón para que no pudiera cargar y descargar la lavadora. Las camisas podían ponerse en perchas y colgarse en el tendedero del garaje, sin necesidad de estirarlas allí abajo, mientras que la ropa interior podía engancharse en el pequeño tendedero plegable que había en la lavandería. Satisfecha con lo que parecía una solución sensata, se metió bajo las sábanas y cerró los ojos.

Casi había sucumbido al sueño cuando Joseph le anunció que esa misma tarde había telefoneado al hospital para concertar visitas a la guardería de Premmie. Afortunadamente, su reacción inmediata, "¿Por qué perder tiempo y energía visitando a un bebé que no tiene ni idea de nuestra presencia?", no se hizo esperar. ¿Qué te han dicho?

Dos veces por semana está bien, así que mañana saldré pronto del trabajo y vendré a casa a buscarte'.

Anna pensó en la cazuela que había planeado, una cocción lenta para complementar un día lento. Podría coger el autobús y reunirme contigo allí".

Esa no es una opción, tonta.

¿Por qué no? Está a un paseo de la parada".

¿Tengo que explicártelo?

Hizo un mohín. No soy inválida".

No he dicho que lo seas". Él le dio la espalda, una barrera para la resolución del conflicto.

Lo siento, no quería ser brusca", dijo ella tras un largo silencio. No pudo completar la frase, al menos no como él esperaba. Sería fácil culpar a las hormonas -se suponía que causaban estragos después de dar a luz-, pero en realidad ella sólo quería reanudar su vida normal lo antes posible y coger un autobús sin pedir permiso.

No hace falta que me lo expliques, lo entiendo. Se dio la vuelta y le acarició la mejilla.



Al día siguiente, cogidos del brazo, estaban en la puerta de la guardería de Premmie, mirando a través del cristal a su bebé dormido. Recién liberado de los confines de una cuna húmeda, el bebé Fletcher yacía boca arriba en una caja de plástico colocada sobre un soporte metálico con ruedas que, para Anna, se parecía a su carrito de la ropa sucia. Envuelto en una manta blanca, con el cabello negro y las orejas de duende ocultas a la vista, parecía uno de los muñecos con los que Anna había jugado de pequeña, plástico duro producido en serie en una fábrica.

Ojalá abriera los ojos", dijo Joseph. No parece real".

Con la mente centrada en la infancia, Anna estuvo a punto de replicar que los ojos sólo se abren cuando el muñeco se mantiene erguido. Ni siquiera sé de qué color son", dice. Ha estado dormido todas las veces que lo he visitado".

Probablemente sean azules.

¿Cómo lo has averiguado?

Leí en alguna parte que todos los bebés tienen los ojos azules al principio. Al parecer, cambian al cabo de unas semanas".

No puedo decir que lo haya oído.

Joseph le soltó el brazo y miró más allá de las cunas de plástico y las cunas húmedas, hacia la puerta cerrada en la parte trasera de la habitación. No hay rastro de la enfermera. ¿Qué tal si golpeamos el cristal para ver si podemos despertarlo?

Anna se giró ligeramente para echar un vistazo al pasillo. Adelante, atrévete.

Sus dedos golpearon el grueso cristal. Varios bebés se agitaron. 'Tenemos movimiento', susurró Joseph, como si una enfermera estuviera detrás de él.

'Los equivocados. El nuestro no se ha movido'. Una sonrisa traviesa se dibujó en el rostro de Anna. Intentémoslo los dos.

Ocho dedos tuvieron éxito; los párpados se movieron, una boca rosada se abrió.

Mierda, se va a poner a llorar'. Joseph se apartó de la ventana. Eso hará que la enfermera venga corriendo'.

Pero Baby Fletcher seguía callado, ajeno a la cacofonía que se oía a sus espaldas, su única preocupación era fruncir y relajar sus pequeños labios.

Deberíamos irnos. Anna tiró del brazo de Joseph.

No. Ya estoy harta de las normas inhumanas del hospital. Voy a pedirle a la enfermera de guardia que nos traiga a Adam'.

Como si nada, la puerta trasera de la enfermería se abrió para dejar entrar a una enfermera de rostro severo.

Oh, no", gritó Anna, "es la Triple B".

Joseph sonrió y, dirigiéndose a la puerta situada a la derecha de la ventana, cerró el puño con la mano derecha. Sus fuertes golpes provocaron una

carrera olímpica. Tras abrir un poco la puerta, la enfermera Bevan escupió una reprimenda.

Joseph no prestó atención a sus palabras. Buenas noches, enfermera. Soy el padre de Adam Fletcher'.

La enfermera Bevan frunció el ceño. ¿Adam?

Joseph señaló la cuna más cercana a la ventana. Adam nació hace casi dos semanas, pero mi mujer y yo aún no lo hemos tenido en brazos. Me gustaría que nos lo trajera ahora".

"Y me gustaría que se fueran inmediatamente, de lo contrario llamaré a seguridad".

Joseph se mantuvo firme. "Cinco minutos es todo lo que pido.

"Por supuesto que no, Sr. Fletcher. Todavía con el ceño fruncido, la enfermera Bevan miró a Anna, que estaba encogida cerca. Su esposa podrá sostener al bebé cuando venga a probarlo la semana que viene. Dígle que llame y concerte una cita".

La puerta se cerró en las narices de Joseph.

ENSAYOS Y DEMÁS TRIBULACIONES

Falló, Sra. Fletcher. Vuelva dentro de dos días".

A solas en el piso, el pronunciamiento de una enfermera adusta de mediana edad volvía a atormentar a Anna hora tras hora, un recordatorio perpetuo de su continua incompetencia. Su único error había sido cruzar la línea negra dibujada en una botellita. No había posibilidad de permanecer en la habitación contigua a la guardería otras tres horas para volver a intentarlo. Pero, ¿cómo podía saber que Adam se tragaría la leche de fórmula tan rápido, y por qué llenar el biberón si se suponía que sólo debía beber una cierta cantidad?

Las instrucciones de alimentación habían sido dadas en un tono muy serio por una enfermera tan corpulenta que podría haber equilibrado incluso a bebés nacidos a término en su pecho. En casa, calienta la leche de fórmula a temperatura ambiente y comprueba la temperatura dejándote caer varias gotas en la muñeca. Dale pequeñas cantidades cada tres horas. Hazle eructar con frecuencia: no podemos tener al bebé incómodo con gases en la barriga. Cámbiale el pañal después de la toma y vuelve a ponerle en el moisés. Recuerda que los prematuros necesitan descansar mucho en la cuna".

La sucesión de biberones había sido tan rápida que Anna apenas había podido saborear el primer momento de contacto. Esperaba poder aflojar la manta, examinar los deditos, acariciar las mejillas mullidas. En cambio, en su intento de sostener a Adam como le habían indicado, casi se le cae el biberón, lo que provocó una fuerte reprimenda. Luego, con la enfermera al acecho, tapándole la luz de una ventana cercana, Anna no había podido disimular su mano temblorosa y podría no haber visto la boca de su bebé si no hubiera estado abierta de par en par.

A la toma de prueba le siguió una lección de cambio de pañales. Anna estaba tan nerviosa que temía apuñalar el abdomen de Adam con el enorme

alfiler. Al menos había tenido la oportunidad de ver su parte inferior, aunque sus testículos hinchados la sorprendieron. Demasiado asustada para preguntar a la enfermera si era normal, decidió comentárselo a Mary en el viaje de vuelta.

Como de costumbre, Mary le había dado una respuesta tranquilizadora, pero el ánimo de Anna seguía decaído, a pesar de los intentos posteriores de su amiga de mantener una conversación desenfadada y de ofrecerle un desvío para pasar por la obra. Además de cavilar sobre el fracaso de la alimentación, Anna se había preocupado por la presencia de un moisés de mimbre en el asiento trasero y no dejaba de mirar por encima del hombro como si Adam fuera a materializarse de repente. Roger había descubierto el viejo moisés al subir al desván para recuperar la cuna portátil y sugirió a Mary que, limpio, le serviría a Anna durante unos meses.



Anna se había mostrado encantada con el inesperado regalo y efusiva en sus elogios a la obra de Mary -un nuevo forro de algodón blanco y sábanas azul pálido-, pero al día siguiente, sus sentimientos oscilaron entre el placer y el dolor mientras intentaba llenar las horas vacías entre la partida y el regreso de Joseph. El moisés, metido en el pequeño espacio entre el armario de la ropa blanca y la pared trasera de la cocina, parecía un artículo de escaparate etiquetado: Sólo para exposición, por favor no tocar. En el dormitorio, otro recordatorio de su estado indeterminado yacía apoyado en las almohadas. Sam y Shirley habían traído el peluche al hospital, etiquetándolo como bebé sustituto, para diversión de su vecina Ellen. Anna sabía que tenían buenas intenciones, pero un gran perro naranja con pantalones y chaleco de tartán le pareció un regalo extraño.

Otros regalos seguían amontonados en el tocador: un pequeño osito de peluche azul, un móvil aún por montar para colgar encima de la cuna o el moisés, un chal de encaje, ropa de bebé. Los regalos de Inglaterra seguían

languideciendo en medio del océano, su llegada estaba prevista para septiembre, aunque se habían recibido numerosas tarjetas por correo aéreo. Por sentido del deber, Anna leyó cada uno de los sentimientos dulzones de los fabricantes de tarjetas de felicitación, pero no tenía ganas de repetir el ejercicio, así que añadió rápidamente las últimas llegadas a la colección dispuesta en la estantería y en el mueble de la televisión.

Las flores evocaban una respuesta diferente y eran admiradas cada vez que entraba en la cocina o en el salón. El ramo comprado por Joseph a un vendedor situado fuera de los muros del hospital fue el primero en caducar, y Anna experimentó una oleada de tristeza al barrer los pétalos caídos de la mesa de la cocina. Condenados, una vez cortados, a una breve existencia, los tallos quebradizos y las flores marchitas le recordaban los sueños desechados a los siete meses de su primer año en las antípodas. Aunque Australia seguía siendo prometedora -no había ramas desnudas en los árboles plantados a ambos lados de la calle ni en los jardines vecinos, ni hojas crujiendo bajo los pies-, le costaba imaginar el cambio de estación, y se centraba en las floraciones pasadas, brillantes pero transitorias. Pensó en la carpeta roja enterrada bajo la ropa de invierno, intacta desde finales de verano; no había añadidos para engrosar su pequeña colección de poemas, ni inspiración.

Sumida en la autocompasión, había abandonado la palabra escrita, suponiendo que su presente y su futuro inmediato no merecían un esfuerzo creativo. Luego cambió de opinión. ¿Por qué no había utilizado la forma poética para expresar su frustración, su ira, su disgusto? Unas emociones poderosas unidas a un lenguaje potente podrían haber dado lugar a una obra más digna de crédito, digna de ser compartida. Una mujer que arremete contra el cuerpo que la ha traicionado podría ser considerada repugnante o incluso desequilibrada, pero su atrevida franqueza podría resultar atractiva para otras personas en su misma situación. Animada a actuar, Anna abandonó el recogedor y el cepillo y se dirigió al dormitorio, apartando los ojos del moisés vacío a su paso.



De un cajón del tocador salían jerséis; una rebeca escarlata yacía amontonada sobre las anodinas baldosas de vinilo. Apoyada en las cuatro almohadas, con las delgadas piernas dobladas por la rodilla, Ana abrió la carpeta roja y empezó a leer. El lenguaje le hablaba, la atraía profundamente mientras leía sobre su primera visión, su primer regocijo, sus apasionadas respuestas a una tierra elegida. Una vez más, experimentó el ardor exquisito del amor recién encontrado, bailó sobre la arena blanca y brillante, se zambulló en el agua turquesa y resplandeciente, contempló con asombro un cielo de terciopelo negro tachonado de innumerables estrellas de diamante. Con mi cuerpo te adoro", murmuró, sin pensar en los votos matrimoniales repetidos en una iglesia poco frecuentada, sino en un territorio inexplorado que esperaba sus caricias.

Un dolor punzante le atravesó el abdomen; hizo una mueca de dolor y cambió de postura, tratando de ignorar su continuo malestar. Una segunda punzada la cogió desprevenida y tardó unos instantes en darse cuenta de que una esquina de la carpeta se clavaba en su cicatriz, aún sensible. Angustiada, arrojó el objeto contra la pared y lo vio caer al suelo, dejando tras de sí una fina línea roja. Era demasiado tarde para recuperar sus emociones perdidas y transformarlas en un lenguaje con sentido. La joven enfadada había vuelto a metamorfosearse en una madre incompetente y timorata. Apartándose de la pared llena de cicatrices, Anna cogió el perro de color naranja y tartán y lo sujetó con fuerza mientras se deshacía en una maraña de lloriqueos.



Se despertó con el sonido de los ruidosos pájaros myna que se peleaban en el floreciente matorral de botellas que había junto a la ventana y recordó a su madre pidiendo el fin de los conflictos entre hermanos. Su madre, una mujer fuerte y sensata, segura de su capacidad para desempeñar el papel que el destino, o Dios, según el lenguaje preferido de su madre, le había asignado, nunca se había quejado, anteponiendo automáticamente a su marido y a sus hijos, como habían hecho las mujeres desde tiempos inmemoriales. En su adolescencia, Anna había adoptado una ideología diferente, ya que la obediencia a una deidad invisible se consideraba anticuada e irrelevante en un mundo de Swinging Sixties. Cortar las ataduras del delantal había sido una prioridad, ya que Anna estaba decidida a convertirse en una mujer independiente que tomara sus propias decisiones. El matrimonio se había contraído como una unión entre iguales, y la división de las tareas domésticas en función del sexo se consideraba innecesaria e inaceptable. Hasta que una empresa sólo para mujeres le enseñó lo contrario.

Tumbada en su cama en pleno día con un peluche en los brazos, Anna, de veintitrés años, se vio obligada a reconocer que anhelaba una orientación maternal. Tener a su madre cerca marcaría la diferencia o, como mínimo, devolvería el equilibrio a su mente alborotada. La decisión de emigrar había sido fácil y no se arrepentía en absoluto, pero los abrazos maternos serían muy bienvenidos. Ojalá pudiera descolgar el teléfono y mantener una conversación sin prisas. Pero con las llamadas a Inglaterra a un dólar el minuto y sin teléfono en el piso, la perspectiva parecía remota. No había hablado con su madre desde Navidad -Joseph le había transmitido la noticia de la pronta llegada de Adam desde casa de Mary y Roger- y ansiaba oír su voz familiar, que la tranquilizara en lugar de reprenderla, compartir una carcajada si llegaba el momento.



La luz se desvanecía a medida que la tarde llegaba a su fin, trayendo un escalofrío a las casas de los suburbios diseñadas para nueve meses de temperaturas veraniegas, en lugar de tres meses más frescos a los que se daba el mal nombre de invierno. En el interior de la casa vecina -antiguos tabloneros con paredes interiores de madera machihembrada-, los ancianos residentes se ponían la ropa de dormir, los albornoces y las zapatillas tras sus habituales duchas de las cinco, cerraban las cortinas y se acomodaban para tomar un té temprano, agradecidos por el calor de un horno.

Las persianas de uno de los pisos de ladrillo hueco de enfrente permanecían abiertas, pues su ocupante estaba absorto en una tarea iniciada horas antes que no daba señales inminentes de concluir. Sentada a la mesa de la cocina, Anna escribía su corazón en un bloc de papel endeble. El extenso relato, si no era una panacea para los tiempos difíciles, al menos le proporcionaba una sensación de, en palabras de su madre, "alivio al desahogarse". Enterrado debajo de otras páginas ya terminadas, el esfuerzo inicial comenzaba con un saludo deliberadamente abreviado que Anna creía esencial, dado el tema que seguía. Era una carta sólo para los ojos de una madre; una madre que empatizara con los miedos y defectos de su hija. El vínculo entre ellas se había aflojado en lugar de romperse, como Anna había creído necesario. La distancia que las separaba ahora era un hecho, no un motivo de ruptura.



Cuando la carta fue entregada en el buzón de la calle, Ana sintió una ligereza que poco tenía que ver con el hecho de haberse desahogado. Su confianza, maltratada por la prepotente enfermera menos de veinticuatro horas antes, volvió con un vigor inesperado, combinada con la justa determinación de sacar a su hijo de las garras del hospital fuera cual fuera el resultado de una segunda prueba de alimentación. José, y no María, sería su aliado en este empeño, ya que Ana reconoció, en contra de sus principios

feministas, que la presencia de un hombre tendría más peso entre el anticuado personal de enfermería.

Después de cenar, le pide que la acompañe a buscar a su hijo. Le hablaría con calma, de forma meditada, en lugar del estilo lloroso e irracional que había empleado desde el nacimiento del bebé. Por fin controlada, entraría en el hospital con la cabeza alta y la ropa y la mantita de Adam metidas en una bolsa. Sería el modelo de eficiencia maternal, alimentando y cambiando al bebé como si tales tareas le salieran de forma natural, y sería la primera de la clase.



La mejor de una clase, pensó Anna al día siguiente mientras caminaba por los pasillos desinfectados con su bebé dormido. A su lado, Joseph seguía con la expresión y el porte de macho dominante que había adoptado al llegar a la guardería Premmie. El éxito estaba asegurado desde el momento en que una enfermera respondió a la llamada de Joseph a la puerta.

Buenos días, enfermera. Como le expliqué antes por teléfono, venimos a recoger a nuestro hijo, Adam Fletcher", anunció con tono serio. Naturalmente, mi mujer dará de comer a Adam antes de que salgamos del hospital, así que llévelo con su biberón a la habitación contigua sin demora'.

Por supuesto, señor Fletcher", respondió la joven enfermera, y se marchó, sin duda ansiosa por escapar de un padre exigente cuyos ojos parecían clavarse en su cráneo.

Al entrar en la sala de "entrenamiento", Joseph había reaccionado con evidente desagrado ante el espacio tan poco inspirador. Si tenemos en cuenta el dinero que pagamos por el seguro médico privado, uno pensaría que podrían proporcionar sillas decentes y un cuadro o dos en las paredes

para desviar la atención de la pintura verde enfermiza. Dios todopoderoso, es peor que el NHS, querida".

Intentando no reírse de su supuesto acento de clase alta -la enfermera había aparecido en la puerta-, Anna había asentido gravemente con la cabeza antes de tomar asiento.

Aquí tiene, señora Fletcher.

Anna había cogido el bulto que le ofrecían. Observó los ojos cerrados y, asumiendo su papel, declaró: "Ya debería estar despierto y listo para comer. Creo que sigue con un horario de tres horas".

Sí, Sra. Fletcher. Le he despertado, pero se ha vuelto a dormir. Voy a buscar el biberón'.

Gracias, enfermera. Después de ver a la enfermera escabullirse por el pasillo, Anna se volvió hacia su bebé dormido. Escucha, hijo mío. Despierta y haz tu papel".

Adam Joseph Fletcher, de apenas dos kilos, abrió los ojos y la boca al mismo tiempo.

LOS PELIGROS DE LA EFICIENCIA

El papel de madre competente resultaba imposible de descartar. A las ocho de la mañana, Anna había completado la mayor parte de sus tareas matutinas y se preguntaba qué hacer hasta que Adam se despertara para comer. Los pañales estaban colgados en el tendedero de la terraza y la ropa se tendía en un segundo tendedero que Joseph había colocado a menor altura para que ella no tuviera que estirarse. Ansiaba llegar a las seis semanas de postoperatorio para poder conducir y realizar otras actividades actualmente prohibidas. Incluso la idea de comprar más de unos pocos artículos a la vez le parecía atractiva, lo que sabía que era un triste reflejo de su estado actual.

Atada a un pequeño espacio durante la mayor parte del día por un bebé que dormía y se alimentaba sin variación, Anna no entendía por qué las otras madres primerizas con las que se encontró en la cercana clínica de bienestar materno-infantil el martes por la mañana, se quejaban de agotamiento total. Mary le dijo que estuviera agradecida por tener un bebé contento -Judy había gritado sin cesar durante los primeros meses-, pero aunque Anna admitía que era afortunada, eso no disminuía su sensación de horas perdidas. El número de libros que se pueden leer o de galletas y pasteles que se pueden hornear tiene un límite. Podría haber retomado los poemas que había escrito a principios de año, o haber intentado nuevas creaciones, pero la carpeta roja permanecía intacta en su nido de prendas de punto de invierno, su bolígrafo Parker regalo de cumpleaños yacía sin usar en el fondo de un cajón de la cocina. El aburrimiento había ahogado su creatividad, incapaz de escribir otra cosa que no fueran cartas a familiares lejanos, notas de agradecimiento por los regalos del bebé o pequeñas listas de la compra.

A veces, Anna pensaba en su amiga estudiando biblioteconomía en la habitación construida bajo la vieja casa frente a los pisos. Shirley trabajaba

a tiempo completo como auxiliar de biblioteca, pero estaba dispuesta a sacrificar la mitad del fin de semana y varias tardes a la semana para lograr su objetivo profesional. Una vida planificada sin desviaciones, la ruta marcada con hitos que pretendía alcanzar en el orden correcto, con el pleno apoyo de su marido Sam. Trabajar, estudiar, ahorrar para una casa, no pensar en una familia hasta que obtuviera el codiciado certificado y pudieran proporcionar a sus hijos una casa totalmente amueblada en una buena ubicación. No para ellos, una casa diminuta amueblada con una cama de segunda mano, sillas de lona plegables y una cómoda a medio pintar. Sentada en el sofá de vinilo barato, Anna sintió que la envidia se apoderaba de sus miembros. ¿Por qué, por qué, por qué?", bramó, se levantó de un salto y se dirigió a la puerta dando pisotones por el suelo de baldosas.

Abajo, en el garaje, dio rienda suelta a su frustración con las rápidas pinceladas de una brocha, completando la tarea que había empezado semanas atrás. Al detenerse para admirar la brillante pintura, reconoció que los celos eran una emoción inútil y desechó su persistente arrepentimiento por no haber dado los pasos necesarios cuando tuvo la oportunidad. Puede que sus perspectivas inmediatas fueran mediocres, pero el futuro podría depararle interesantes posibilidades.



En la quinta semana, Anna había llegado al punto de los gritos, así que abandonó el sofocante piso después de la toma de las diez, sin importarle que Adam se quejara de que le sacaran del descanso en la cuna, considerado esencial para los bebés prematuros. Abrió los ojos cuando ella lo bajó por las escaleras y lo llevó al garaje, donde guardaba el cochecito, pero no emitió más sonido que un eructo, y pronto volvió a dormirse cuando lo arropó en la cálida ropa de cama.

El sol de finales de septiembre brillaba en un cielo despejado, levantándole el ánimo mientras caminaba junto a viejas casas de madera, observando el

brillante crecimiento primaveral en los estrechos jardines delanteros. Una barrera metálica marcaba el final de la calle. Más allá, la larga hierba y los arbustos cubiertos de maleza impedían ver el arroyo Kedron, que fluía por los suburbios del norte. Estaba a punto de darse la vuelta cuando un gran perro salió de entre la vegetación, saltó la barrera y chocó contra el cochecito. Horrorizada, apartó el cochecito del animal aturdido y echó a correr calle arriba. Gracias a Dios, había levantado la capota del cochecito para proteger la cara de Adam del sol; de lo contrario, el perro le habría caído encima.

A mitad de camino, se percató de unos gritos, pero resistió el impulso de mirar por encima del hombro. Unos pasos la alertaron de una llegada inminente. Presa del pánico, aceleró el paso, ignorando el dolor en su abdomen recién curado, el dolor de los músculos sin tonificar.

"¡Eh, señora! Quiero hablar con usted", gritó una voz de hombre.

Anna oyó una fuerte respiración no muy lejos detrás de ella. La furia maternal la impulsó a correr hacia el jardín más cercano. Inclinandose sobre el cochecito, agarró a su bebé y lo abrazó mientras subía a toda velocidad los escalones de madera que daban a un amplio porche.

Detente o te echo el maldito perro encima".

Ladró con fuerza mientras golpeaba la puerta.

Nadie respondió.

Se puso tensa, esperando que se rompieran las mandíbulas. Adam empezó a llorar y su pequeño cuerpo se estremeció contra el pecho de ella. Sus gritos se convirtieron en alaridos cuando unas manos ásperas la agarraron por los hombros y la giraron.

¿Estás sorda o qué? El hombre retiró las manos y dio un paso atrás.

Decidida a parecer imperturbable, miró fijamente al desconocido y observó que tenía la barbilla erizada y el cabello enmarañado hasta los hombros. Su

perro está molestando a mi bebé", declaró, bajando la mirada a la enorme barriga que rebosaba por encima de los escuetos pantalones cortos como un helado por el borde de un cucurucho. ¿Te importaría callarlo?

Claro que me importa. Está más que disgustado, señora, está herido. Deberías mirar por dónde vas con ese maldito cochecito".

Anna levantó la cabeza. Siento que esté herido, pero casi vuelca mi cochecito. Deberías llevarle con correa".

No me digas lo que tengo que hacer". Las mejillas rojas se encendieron. "¡Mantén las distancias en el futuro, maldita Pom de nariz de caramelo! Y con una sacudida de estómago, se acercó a los escalones. Venir aquí, quitarnos el trabajo y comprar nuestras tierras. Vuelva al lugar de donde vino, señora, aquí no necesitamos a los de su calaña". Se agarró a la barandilla y descendió lentamente, con el perro corriendo delante.

Temblorosa, Ana lo observó hasta que giró hacia la última casa de la derecha antes de moverse. Después de recoger el cochecito, siguió sujetando a Adam, cuyos gritos se habían reducido a un gemido, y se dirigió a casa.

A ambos lados de la calle, las puertas de las casas empezaron a abrirse y los vecinos, en su mayoría mujeres mayores, salieron a las verandas, deseosos de intercambiar comentarios sobre el altercado, un acontecimiento poco frecuente en la tranquila calle. Con la cabeza agachada, Anna pasó desapercibida, oyendo sólo los últimos tercios de las conversaciones que se entablaban de una casa a otra. Juntando fragmentos, dedujo que el dueño del perro respondía al nombre de Bruce y era un borracho perpetuo, mejor evitarlo. Al girar hacia la entrada del piso, tomó nota de que en el futuro giraría a la derecha. Mejor aún, esperaría unos días, pondría el cochecito en el maletero de Viv y conduciría hasta un parque o el paseo marítimo.



Aunque se sintió desconcertada por el encuentro con el perro y su dueño, trató de restarle importancia cuando le contó los detalles a Joseph, no fuera a ser que saliera corriendo a enfrentarse a Bruce el Matón. Déjalo en paz", le aconsejó cuando sugirió llamar a la policía. Sólo unas semanas más y estaremos fuera de aquí".

Eso no significa que debemos ignorar lo que pasó. Perseguirte por las escaleras y gritarte es acoso, Anna".

Lo sé, pero no quiero montar un escándalo.

Está bien, nada de policía, pero voy a advertir a Sam y Trev sobre él. No queremos que Shirl o Vi sean acosadas'.

No", murmuró ella, y casi se echó a reír al imaginarse a la menuda pero enérgica Shirley dándole una patada en las pelotas a Bruce. Tenemos que invitarlas a cenar antes de irnos", añadió, queriendo cambiar de tema.

¿Estás segura de que podrás hacerlo, teniendo que cuidar de Adam?

Con tu ayuda", respondió ella, prefiriendo una respuesta con tacto. En ese momento, cualquier distracción sería bienvenida, pero decirle a Joseph que la maternidad la aburría hasta las lágrimas podría provocar una discusión, que era algo de lo que podía prescindir después de una mañana estresante.



El Día de la Libertad amaneció apagado, con una llovizna que amenazaba con estropear el picnic previsto. Impertérrita, Anna se apresuró a realizar sus tareas matutinas, y lo único que lamentó fue tener que colgar los pañales lavados en el interior en lugar de en el elevador de la colina. Estaba deseando verlos girar al sol, brillantes cuadraditos blancos como testimonio

de su perdurable competencia maternal. La reanudación de las actividades normales significaba que podía olvidar los tediosos meses de embarazo y sus inesperadas secuelas, y centrarse en lo positivo. Su cuerpo ya había recuperado su forma habitual: vientre plano, caderas redondeadas y pechos de tamaño decente. Las medidas 34-22-35 tomadas aquella mañana tras la ducha eran tranquilizadoras. De pie frente al espejo del baño, con la cinta métrica en la mano, había conseguido ignorar las pruebas de la operación de urgencia -un trabajo chapucero según el ginecólogo al que había visitado la semana anterior para una revisión- y sonreía en cambio ante la imagen general.

Vestida para la excursión con sus pantalones favoritos de algodón suave, camisa de cuadros rojos y sandalias rojas, se detuvo frente al moisés y, observando los ojos muy abiertos, preguntó: "¿Qué te parece, hijo mío?

Unos bracitos salieron de debajo de la manta y una burbuja de leche brotó de unos labios rosados y fruncidos.

Me alegro de que te guste". Lo cogió en brazos y lo puso a la altura de su cara. Bien, nos vamos. Todo lo demás ya está en el coche, sólo te necesito a ti". Lo devolvió al moisés, lo levantó del soporte y se dirigió a la puerta.



Acurrucada en un banco de madera en un rincón del refugio de la bahía, Anna se sentía tonta, pero decidió que lo mejor sería comer la comida que había preparado antes, en lugar de llevársela a casa. A su lado, ajeno a las condiciones meteorológicas -la llovizna se había convertido en lluvia ligera desde su llegada-, Adam seguía durmiendo, acurrucado en sus mantas. No tienes mucha compañía, ¿verdad?", dijo, deseando haber llamado a Mary en lugar de perseguir su objetivo original.

La orilla de Sandgate no le inspiraba nada en un día lluvioso de marea baja, en el que el barro gris y el cielo gris se fundían en un manto monótono que rápidamente ahogaba su anterior ánimo brillante. Mudgate", murmuró, observando el lecho marino, cuya superficie ondulada estaba interrumpida por grupos de raíces negras de mangle. Incluso las gaviotas parecían adormecidas, de pie sobre el barro, mirando el mar lejano, en lugar de echar un vistazo a los bocadillos dispuestos en un plato de plástico delante de ella. No las culpaba; el queso y la lechuga no eran plato de gourmet. El primero de los sándwiches, regado con cordial de limón -no había querido perder el tiempo antes preparando una tetera-, se asentó en su estómago como un trozo de plomo. Suspirando, llevó el plato a la papelera y tiró el contenido.

Había planeado dar un paseo por el sendero de la costa, pero abandonó la idea mientras recogía sus pertenencias y regresaba al coche, que estaba aparcado en las inmediaciones. Al inclinarse sobre el asiento trasero para sujetar el capazo, sintió que la fría lluvia penetraba en su fina camisa de algodón y sus sandalias, ropa poco adecuada para un día lluvioso. ¿Por qué había sido tan inflexible? El picnic podría haberse pospuesto. El mal tiempo en Brisbane rara vez duraba mucho. Mañana y pasado y pasado se extendían ante ella como casillas en blanco de un calendario a la espera de ser anotadas. A nadie le importaba si iba de picnic, leía un libro o se pasaba el día mirando al espacio como una gaviota abandonada por la marea. Los días laborables, antes repletos de actividades laborales, se habían convertido en horas que había que aguantar hasta que José llegara a casa. No es de extrañar que se aferrara a la idea de abandonar el piso durante unas horas. Nunca se había sentido tan sola, tan invisible.

Alejándose de la orilla, decidió visitar las obras de camino a casa, un desvío que sin duda mejoraría su estado de ánimo. La casa había llegado a lo que Joseph llamaba "fase de cierre", lo que significaba que sólo los obreros pertinentes tenían acceso al interior, así que esperaba que alguien estuviera presente y accediera a su petición de echar un vistazo rápido. A mitad de camino por Sandgate Road, Adam empezó a llorar, y un vistazo a su reloj reveló que ya había pasado su hora de comer.

Aguanta, muchacho", le dijo, con la esperanza de que el sonido de su voz desviara su atención de los retortijones de hambre. No puedo parar en la carretera principal. Un semáforo más y podré girar a la derecha en nuestra calle, aparcar en el arcén y sacar tu biberón".

Dejó de llorar, como si hubiera entendido cada palabra.

Buen chico", dijo ella, aliviada de que su estrategia hubiera funcionado. No tardaré". Antes de cambiar de carril, miró por el retrovisor y, al mirar por encima del hombro, vislumbró unos deditos empujando a través de la red que cubría el moisés. Sí, ya sé que no te gusta esa red, pero es una medida de seguridad necesaria en caso de que tenga que frenar bruscamente. Rebotar y golpearte contra el techo no sería bueno para ti'.

Respondió con un gorgoteo, seguido de un hipo.

Pronto tendrás una sillita de bebé en condiciones", añadió, mientras el coche atravesaba el cruce, segundos antes de que el semáforo se pusiera en rojo.

No hubo más respuesta que un sonido de succión, tal vez una indicación para acelerar.

No aceleres en este momento", aconsejó. Me dispongo a girar". Divertida por el persistente monólogo, pensó en las madres que conoció en la clínica Materno Infantil, mujeres jóvenes que parecían incapaces de dirigirse a sus bebés con una voz normal. Anna no soportaba el lenguaje infantil. De ninguna manera volvería al vocabulario juvenil, ni a picar y arrullar como una paloma en pleno ritual de apareamiento. Ese comportamiento sería una afrenta tanto a la inteligencia de Adam como a la suya. Le enseñaría a hablar clara y correctamente, como había hecho ella; nada de "lacito" o "cerdito" para su hombrecito.

Una década más tarde, un embarazoso incidente en un restaurante haría que Anna se cuestionara su insistencia en la terminología correcta, al menos momentáneamente. La conversación fue más o menos así

Adam: "Mamá, ¿adivinas lo que he visto en una revista en casa de la tía Joan y el tío David?".

Anna: "No tengo ni idea. ¿Por qué no me lo cuentas?"

Adam: "He visto el vello púbico y la vagina de una señora".

Silencio atónito. Los demás comensales se giran para mirar al niño.

Anna: "Habla de ello más tarde. Ahora cómete la cena, cariño".

Joseph (en voz baja): ¿En qué demonios estaba pensando David al dejar una revista así tirada por ahí? Voy a hablar con él".



Aparcada en la amplia franja de césped frente a la vieja casa que ocupaba la parte delantera del bloque dividido, Anna estaba sentada en el asiento del copiloto, con Adam en brazos mamando con avidez, cuando una anciana se acercó al coche y golpeó la ventanilla. Anna bajó la ventanilla y dijo amablemente: "Buenas tardes. Espero no haber aparcado mal".

¿Qué cree que está haciendo?", respondió la mujer, con el labio inferior curvado en señal de disgusto.

Dando de comer a mi bebé".

Ya lo veo. ¿Pero en la calle?

Es biberón, no pecho".

La mujer retrocedió ante la última palabra y se tapó la boca con una mano enguantada.

No tardará mucho", continuó Anna, desconcertada por la reacción de la mujer, pero decidida a mantener la compostura. Entonces moveré el coche, si le estorba".

La mano enguantada se llevó a una mejilla arrugada. Yo no conduzco.

Anna asintió, callada por un momento al pensar que aquella mujer podía ser su nueva vecina. ¿Vives cerca de aquí?

Al principio de la calle.

Anna sonrió. Entonces pronto seremos vecinas".

¿Vecinos? Nadie vende, pero'.

¿Pero qué? dijo Anna, mirando a Adam para ocultar una sonrisa maliciosa.

He dicho que nadie vende por aquí".

Vendido, no vendiendo". Anna levantó la vista. ¿Ves la casa nueva al final de la servidumbre? Nos mudaremos pronto'.

"Una idea tonta, poner una casa en un patio trasero.

A mí me parece razonable", replicó Anna, irritada por el tono de la mujer. Ahorra mucho trabajo de jardinería".

No podría estar más de acuerdo", dijo una segunda mujer desde algún lugar detrás del coche. Mejor que trabajar hasta la tumba tratando de mantener un gran jardín. Ted y yo tenemos mejores cosas que hacer con nuestro tiempo estos días, señorita Jones".

Anna miró por el retrovisor y vio a una anciana regordeta que se acercaba a la delgada solterona por el sendero. Ignorando a la señorita Jones, la mujer se inclinó hacia la ventanilla abierta del coche. "Bueno, ¿a quién tenemos aquí?

Anna y Adam Fletcher", respondió Anna, reacia a mencionar la inminente mudanza.

La sonrisa se dibujó en un rostro sonrosado cuando la mujer se inclinó para contemplar a Adam. Qué bebé tan hermoso. ¿Qué te trae por aquí?

He venido a ver cómo va nuestra nueva casa. Esperamos mudarnos pronto".

"¡Pues yo nunca! La masa de rizos blancos temblaba de emoción. Soy la Sra. Wootton. Ted y yo vivimos enfrente. Señaló la vieja casa de madera detrás de la valla nueva. Bienvenida a la Calle Harrow, querida.

Gracias, Sra. Wootton.

Puedes llamarme Nell, querida. No hay necesidad de ceremonias cuando vamos a ser vecinos tan cercanos".

Anna sonrió. Encantada de conocerte, Nell. Estoy impaciente por mudarme. No hay mucho espacio en nuestro piso ahora que ha llegado Adam'.

Tampoco hay mucho espacio en un coche para alimentar a un bebé. ¿Por qué no entras conmigo y nos tomamos una taza de té antes de ver la casa?

"Muchas gracias, me gustaría.

LA CALLE HARROW

Antes de la llegada de los Fletcher, Ted Wootton había cultivado una selección de plantas en macetas a partir de esquejes para contribuir a la regeneración de un terreno que había cultivado durante décadas. Una retroexcavadora había arrancado necesariamente el césped para preparar el terreno, pero numerosos comerciantes habían mostrado poca consideración por el medio ambiente, tirando recortes de entramado de madera y cartón yeso encima de los arbustos y aplastando las plantas más pequeñas con sus pesadas botas de trabajo.

El día de la mudanza, Anna se horrorizó al descubrir que su nuevo hogar seguía pareciendo una obra en construcción. Había imaginado que, como mínimo, habrían retirado la basura y nivelado la tierra. Pasando por encima de las crestas de tierra secada al sol, intentando evitar los bordes afilados de los hierros abandonados del tejado y algún que otro charco, casi llora al pensar que tendría que atravesar un paisaje tan degradado con un cochecito de bebé. La visión de los escalones recién pintados le levantó el ánimo, hasta que llegó a la veranda y se dio cuenta de que el barro de sus zapatos había ensuciado la superficie. Tendría que llevar sus botas de agua hasta que pusieran un camino de cemento o césped. Tal vez su padre había tenido una premonición cuando insistió en que metiera en la maleta el par que había llevado durante años en sus paseos invernales por bosques empapados.

A pesar de sus protestas, Joseph insistió en llevarla hasta el umbral y la depositó en el centro del salón vacío, tras un largo abrazo. Nuestro primer hogar de verdad", exclamó, cogiéndola de las manos para darle vueltas. Se acabaron los caseros con sus normas mezquinas. Aquí podemos hacer lo que queramos. Colgar cuadros en las paredes, repintarlas si no nos gusta el color".

Soltándole las manos, se precipitó hacia las puertas francesas que estaban permanentemente cerradas porque no llevaban a ninguna parte. Nuestro trozo de Australia. Pronto pondré el jardín a punto y conseguiré que unos cuantos amigos me ayuden a construir un porche trasero y unos escalones". Se volvió hacia ella. Vamos, exploremos el resto de la casa".

Sus zapatos embarrados habían sido abandonados en la veranda y el serrín de las tablas del suelo sin sellar se había pegado a las plantas de sus pies descalzos, pero, animada por el optimismo de Joseph, hizo caso omiso de ello y caminó tras él para inspeccionar el resto de la casa. No había habido dinero de sobra para alfombras, ni siquiera para la brillante superficie de poliuretano conocida como Estapol que era popular en muchas casas nuevas de Brisbane; aparte de las baldosas del cuarto de baño y del retrete, todos los suelos estaban compuestos por tablas de madera en bruto.

La alfombra azul cuadrada que habían comprado meses antes para introducir un poco de color en el anodino salón del piso, pronto embelleció la zona de estar y, junto con el mueble del televisor y las dos sillas plegables, hizo que el espacio pareciera más un hogar que una casa inacabada. El nuevo frigorífico, colocado contra la pared que separa la cocina del salón, dominaba el pequeño espacio, con sus inmaculadas superficies blancas brillando a la luz del sol que entraba por la ventana sin cortinas.

Encantada con su nueva cocina, Anna se apresuró a abrir las puertas de los armarios, admirando la espaciosa despensa, los brillantes bancos y el reluciente fregadero de acero inoxidable. Por fin podré desempaquetar todos nuestros regalos de boda", declaró, señalando lo que parecía un espacio de almacenamiento ilimitado.

Desconcertado, Joseph se rascó la barbilla sin afeitarse. Creía que lo habíamos hecho hace meses".

¿Te has olvidado de las cajas de cartón que guardamos en la lavandería?

Nunca me fijé mucho en lo que había allí. Sólo usaba la bañera para lavarme las manos cuando trabajaba en el coche".

Y no limpiaba la bañera después. ¡Típico de un hombre! ¿Por qué no puedes...?

La hizo callar con otro beso prolongado y luego la condujo por el pasillo para volver a inspeccionar el dormitorio principal, ahora amueblado con la cama de matrimonio de segunda mano, pasada de moda. Todavía en su envoltorio de plástico, el colchón nuevo yacía sobre la pesada base de madera que había provocado un torrente de maldiciones por parte de dos fornidos operarios de mudanzas mientras se esforzaban por moverlo por el estrecho pasillo. Los malhumorados hombres se habían marchado en medio de un revuelo de tierra y polvo, con los neumáticos de la furgoneta resbalando en la explanada que algún día se nivelaría y se colocarían tiras de hormigón para crear un camino de entrada.

Podemos utilizar cajas de cartón cubiertas con manteles pequeños como mesillas de noche", declaró Anna, después de examinar la habitación. Y una sábana clavada en el marco de la ventana nos servirá de cortina".

Hay tiempo de sobra para preocuparse por los detalles", replicó Joseph, recostándose en el colchón. Es cómodo. Ven y Pruébalo.

¿No deberíamos quitar el plástico?

Más tarde. No queremos estropearlo antes de dormir".

Anna soltó una risita, no ante la perspectiva de hacer el amor sobre un plástico resbaladizo, sino porque recordó la petición de su madre, hecha con evidente vergüenza, una semana antes de que su barco zarpara de Southampton. Después de empaquetar sus pocas pertenencias en cajas para que las recogiera un camión y las llevara a los muelles, ella y Joseph se habían instalado con sus padres durante sus últimas semanas en Inglaterra. Una tarde, mientras ayudaba a doblar la ropa limpia en la cocina, Anna recibió una toalla pequeña. En respuesta a su mirada de desconcierto, su madre le había explicado que ciertas manchas eran difíciles de quitar de las sábanas. En la garganta de Anna había burbujeado la picardía. Quería gritar la palabra "semen", oírla rebotar por las paredes. En lugar de eso, no dispuesta a causar más molestias a su madre, se había disculpado y,

subiendo las escaleras con la toalla, se había arrojado sobre las camas gemelas que Joseph había atado con una cuerda en su primera noche. Las almohadas habían amortiguado sus risitas desenfrenadas.



En los días siguientes, vaciar cajas, forrar las estanterías de los armarios con papel antes de ordenar las pertenencias, además de ocuparse de un nuevo bebé, mantuvieron a raya el aburrimiento. Por fin, Anna sintió que volvía a ser la de antes, la joven exuberante que estaba encantada con su país de adopción y decidida a triunfar en su papel de nueva australiana. La actividad física tonificaba su cuerpo y la luz del sol bronceaba su piel expuesta mientras tendía la colada en el nuevo Hill's Hoist colocado en el centro de lo que quedaba del césped trasero, o regaba las plantas en maceta que Ted había entregado sobre la valla que dividía las dos propiedades. Planeaba crear parterres una vez terminadas las tareas de interior y pediría consejo a Ted sobre dónde plantar. Sol o sombra parecían las únicas alternativas, pero, poco acostumbrada tanto a la jardinería como a un clima subtropical, Anna no tenía ni idea de cómo organizar el jardín.

Pocos meses después de mudarse a la casa construida en lo que Ted Wootton llamaba "mi antiguo patio trasero", Anna abandonó la palabra inglesa "garden" en favor de la vernáculo australiana "yard", aunque le disgustara el término. Las coloridas muestras de arbustos en flor y el cuidado césped que rodeaban la antigua casa y las plantas embrionarias que crecían en la tierra recién removida alrededor de la nueva vivienda, no se parecían en nada a los desordenados montones de madera y ladrillos almacenados detrás de las instalaciones de los albañiles, ni a los montones de carbón que llenaban el patio de un carbonero.

Más que un nuevo intento de asimilación, la elección de vocabulario de Anna reflejaba su aprecio por la pareja de ancianos que se había desvivido por ayudarles a instalarse. Nell había cuidado de Adam mientras ellos

desempaquetaban. Había proporcionado numerosos guisos y pasteles caseros durante sus primeras semanas y se había ofrecido a enseñar a Anna a hacer cortinas, mientras que Ted, enérgico a pesar de sus setenta y cinco años, había ayudado a Joseph a limpiar los detritus del albañil.



A medida que su bebé pasaba de ser un recién nacido dormilón a un vivaracho bebé de cuatro meses, Anna pasaba largas horas al aire libre, plantando, escardando y regando. Cuando no dormía en el piso de arriba, Adam se retorció y gorjeaba sobre una alfombra de conejito, a la sombra de la sombrilla de playa que protegía su delicada piel del duro sol del verano. Vestido sólo con un pañal y una camiseta de algodón de Bond, aprendió a darse la vuelta, agarrar juguetes y arrancar puñados de hierba, que se metía en la boca, masticaba y luego escupía. El aire fresco y el movimiento constante hicieron que siguiera durmiendo bien, y rara vez se despertaba por la noche después de los cuatro meses. Aparte de un breve periodo por la noche, seguía siendo un bebé contento - Anna se negaba rotundamente a adoptar los sustantivos australianos "bub", "bubby" o "bubba" - pero los mimos de Joseph solían ayudarle a recuperar el equilibrio.

Sin embargo, a pesar de su buen apetito, Adam seguía siendo bajo de peso y pequeño para su edad, factores que hacían que las enfermeras de Maternidad e Infancia se quejaran cada vez que Anna lo llevaba a la clínica. Los bebés regordetes eran recibidos con ronroneos de aprobación, se admiraban sus redondas mejillas, se apretaban suavemente los rollitos de grasa de brazos y piernas. La satisfacción se extendía como un sarpullido por los rostros de algunas madres, mientras que otras lanzaban miradas de lástima a los delgados vástagos de Anna cuando creían que no las miraba. Sin inmutarse, Adam siguió sonriendo y riéndose de todos los presentes, bombeando sus delgados miembros como si se entrenara para una maratón.

Qué niño tan feliz", comentó una madre una mañana, mientras intentaba calmar a su díscolo peso pesado. ¿Siempre es así?

Sonrió Anna. Ah, sí. Casi nunca llora".

Tienes la mitad de suerte. El mío gimotea más a menudo". Frunció el ceño hacia el bebé que se le encrespaba en los brazos. ¿Por qué no puedes sonreír como él, Gregory?

El gruñón Gregory soltó un aullido.

Ves lo que quiero decir.

Anna asintió pero guardó silencio, reacia a dar consejos. No era de extrañar que el bebé pareciera desdichado. Cualquiera lo estaría si lo saludaran constantemente con una expresión sombría. Una sonrisa podía hacer maravillas; a los bebés les encantaba imitar. Cómo se había reído la noche anterior cuando Adam había imitado a Joseph, chasqueando los labios como si él también acabara de tomar un satisfactorio trago de cerveza fría.

"¡Señora Fletcher!", llamó la enfermera, impidiendo que continuara la contemplación.

Es hora de pesarse, muchacho", anunció Anna, colocando a Adam en su posición favorita, con la cabeza balanceándose sobre su hombro. Se levantó rápidamente y le dedicó una brillante sonrisa a Grumpy Gregory. Mientras se acercaba a la enfermera, tuvo la certeza de que los gorgoritos estaban sustituyendo a los gruñidos.

Tras el pesaje, que se llevó a cabo con los comentarios habituales sobre un aumento de peso por debajo de la media, la enfermera sugirió introducir sólidos. Pero asegúrate de diluir los cereales infantiles más de lo que aconsejan las instrucciones del paquete, ya que es bastante pequeño. Y sólo unas cucharaditas para empezar".

Sí, enfermera", respondió Anna obedientemente.

Todavía tumbado en la báscula, Adam empezó a agitar los brazos y a abrir la boca como si estuviera encantado con la perspectiva de una dieta más variada.

La enfermera lo levantó y se lo entregó. Bueno, Sra. Fletcher, algo debe estar haciendo bien. Es un alma feliz'.

Se parece a su padre", respondió Anna, y no pudo evitar añadir: "También se parece a él, delgado como un rastrillo por mucho que coma".

Los sólidos fueron aceptados con entusiasmo, Adam tragaba cada cucharada con alegría. En rápida sucesión, tres cucharaditas se convirtieron en cuatro, luego en cinco. La fina sustancia recordaba a las gachas acuosas descritas en las novelas de Dickens, el alimento habitual de los niños abandonados o huérfanos obligados a soportar los rigores de un orfanato victoriano. No es de extrañar que Oliver pidiera más, pensó Anna, mientras echaba cereales a la boca de Adam.



Pasaron las semanas y tanto el jardín delantero como el trasero empezaron a tomar forma. Viv la Viva se deslizaba por suaves franjas de hormigón en su camino hacia la carretera, con sus anchos arcones de hierba y su estrecho centro de asfalto. Joseph había alquilado una hormigonera y, con la ayuda de Roger, consiguió completar ambas franjas en un fin de semana. En el interior de la casa, los suelos pulidos brillaban bajo la intensa luz del sol de diciembre y la vista desde las puertas francesas abarcaba ahora los huesos desnudos de un balcón, que se terminaría cuando Joseph tomara vacaciones después de Navidad.

Las tres habitaciones estaban adornadas con cortinas brillantes. La tela, barata pero alegre, había sido comprada en una tienda local y cosida por Nell, ya que Anna temía utilizar la antigua Singer de su vecina por si su

ineptitud la dañaba. Como muestra de gratitud, se llevó a Nell a pasar el día y la llevó en coche al barrio costero de Sandgate, donde almorzaron pescado y patatas fritas y, tras un paseo junto a las aguas cristalinas -en esta ocasión, con la marea alta-, tomaron el té de la tarde en una pequeña cafetería situada entre unos grandes almacenes y una floristería. La compra de un gran ramo de flores completó la jornada. Nell protestó porque Anna había gastado demasiado, pero obviamente quedó encantada con el regalo.

Aunque la casa seguía estando escasamente amueblada, Anna se sentía satisfecha con los progresos realizados hasta el momento. Sólo una habitación le molestaba: el diminuto tercer dormitorio, equipado ahora con un viejo escritorio y una silla de madera encontrados abandonados en la calle. Joseph la había designado como estudio, pero en ella no había más actividad creativa que las cartas que escribía a sus padres, hermanas y tía sentado en la desvencijada silla. En las raras ocasiones en que Joseph respondía a las cartas de su madre -normalmente Anna se encargaba de esa tarea-, se encaramaba a uno de los taburetes amarillos de la barra de desayuno, una etiqueta incorrecta dado que todas las comidas se hacían allí a falta de mesa y sillas de comedor.

Anna se negaba a cenar en una bandeja delante del televisor, ya que desde pequeña le habían enseñado que esa forma de comer sólo estaba permitida en caso de enfermedad. Lo contrario es incivilizado", decía su madre. Es un comportamiento que se observa en las casas de protección oficial, no en los hogares de la educada clase media". Sabiamente, Anna no repitió las palabras de su madre a un marido criado en una sucesión de casas de protección oficial, sino que afirmó que le resultaba difícil cortar la comida cuando tenía una bandeja sobre las rodillas.

En un rincón del estudio, Anna había apilado cajas de cartón con objetos para los que aún no había encontrado un hogar permanente. Entre ellos estaba la carpeta roja, lo bastante pequeña como para guardarla en uno de los tres cajones del escritorio, pero que seguía languideciendo bajo grandes sobres marrones repletos de tarjetas de felicitación para bebés y bodas. El adagio "ojos que no ven, corazón que no siente", con sus connotaciones de

evasión deliberada, no había calado hasta entonces en el cerebro de Anna, preocupada por asuntos prácticos.

Me prometí a mí misma que escribiría poesía después de Navidad, cuando hiciera demasiado calor y humedad para dedicarme a la jardinería.



En poco tiempo, estaban celebrando su segunda Navidad australiana en el patio trasero de Mary y Roger. Esta vez, sólo había dos parejas y sus hijos, Clive y su familia habían volado "a casa" para lo que su infeliz esposa llamaba una "Navidad de verdad". Inmersa en la piscina exterior de goma Clark que Roger había construido recientemente, Anna se estremeció al recordar la escarcha o la nieve que a veces caía en el sur de Hampshire. Recordaba el largo camino hasta casa de sus tíos por las aceras llenas de montones de nieve sucia cuando les tocaba organizar la cena de Navidad, ya que su padre no quería arriesgarse a que el coche derrapara en las carreteras heladas.

Como hija mayor, Anna no había tardado mucho en conocer la verdadera razón de las peregrinaciones bianuales de su familia. Durante la comida de Navidad y por la noche, ambos padres disfrutaron de las generosas ofertas del atestado armario de bebidas del tío Edgar con un entusiasmo que no se veía en otros días del año, cuando prevalecía la adhesión a los principios metodistas. El viaje de vuelta a casa había sido mortificante para una adolescente, debido a las desafinadas interpretaciones de villancicos que hacían sus padres mientras pastoreaban a su rebaño por las oscuras calles, intercaladas con vendavales de risas y algún que otro hipo. Anna, con una hermana menor a cada lado quejándose de cansancio y frío, había mantenido la cabeza baja por si alguien conocido salía de las casas que cruzaban por el camino. El recuerdo la hizo estremecerse.

Sal si tienes frío", la llamó Joseph desde el lado opuesto de la piscina, donde sostenía en brazos a un Adam que se retorció.

No tengo frío. Era sólo un pensamiento pasajero". Nadó hacia él, observando el cabello mojado y los dedos arrugados de Adam. No parece inmutarse por el agua.

Le encanta. Lo he sumergido varias veces para comprobar su reacción. Balbucea un poco cuando sale a la superficie y luego agita los brazos como pidiendo más".

Una sonrisa empolvó los fríos labios de Anna. Llevémoslo mañana a la playa. ¿A Bribie, quizá?

Joseph negó con la cabeza. Demasiada gente. Un tipo del trabajo me habló de una playa llamada Bokarina, a medio camino entre Caloundra y Mooloolaba. Dijo que nunca está abarrotada".

Es un largo camino hasta allí.

Es cierto, pero Adam es bueno en el coche. Se queda dormido casi tan pronto como estamos fuera de la calzada.'

Sí. Qué suerte tenemos de tener un bebé tan contento'.

Joseph le acarició la mejilla. No te arrepientes, ¿eh?

Reacia a contestar, Anna se escabulló bajo la superficie.



El Boxing Day amaneció soleado, con una brisa que mantenía a raya la humedad veraniega. Con el bebé y la parafernalia de playa ocupando la mitad del asiento trasero y todo el maletero, Viv tosió y balbuceó al salir de

la entrada, pero demostró estar a la altura una vez que llegó a la autopista Bruce. El tráfico seguía siendo escaso, ya que la mayoría de los habitantes de Brisbane estaban pasando el segundo día festivo con la familia, o ya se habían instalado para las vacaciones de Navidad en tiendas de campaña y caravanas en una de las muchas zonas de acampada que salpican la costa norte.

A mitad de camino hacia Bokarina, el contento Adam se despertó y empezó a gritar pidiendo de comer, así que Joseph paró frente al almacén general de Landsborough, que habían visitado en numerosas ocasiones el año anterior con Sam y Shirley. Por aquel entonces, los cuatro amigos habían entrado en la tienda para comprar hamburguesas y luego se habían sentado fuera, en toscos bancos, devorando con avidez jugosa carne y ensalada, con la omnipresente "mayonesa" untada en las mejillas y barbillas bronceadas.

Creo que voy a comprar una hamburguesa", comenta Joseph mientras Anna saca el biberón de Adam de un recipiente de poliestireno. ¿Quieres una?

Anna negó con la cabeza. He preparado un picnic, ¿sabes?", llamó a su figura en retirada, pero Joseph no la oyó o prefirió ignorar una afirmación hecha en tono cáustico. No es que comerse una hamburguesa a media mañana le quitara el apetito a la hora de comer; eso lo sabía por experiencia. Joseph podía comer diez veces al día sin engordar.

El resto del viaje transcurrió casi en silencio, Anna mirando por la ventanilla, Joseph deleitándose con la velocidad mientras llevaba a Viv al límite por la tranquila carretera. Las plantaciones de pinos dieron paso a los cañaverales y a un puñado de casas. No tardaron en desviarse de la autopista en dirección a la pequeña ciudad costera de Caloundra. Después de serpentear por la ciudad y pasar por la playa de Dickie, se dirigieron hacia el norte por una carretera bordeada de matorrales, algunos de los cuales estaban vallados. Si se hubieran detenido a leer los carteles descoloridos fijados a la valla a intervalos regulares, habrían descubierto que la franja baja había sido utilizada por los militares como campo de tiro durante la Segunda Guerra Mundial. Veintiséis años después de la guerra, la

zona había empezado a urbanizarse y desde la carretera se veían casas en diversas fases de construcción.

Joseph aminoró la marcha cuando vio un desvío a la derecha a poca distancia. Tal vez lleve a Bokarina". Miró un camino de arena que serpenteaba entre la maleza en dirección a la playa.

Anna se encogió de hombros. No parece muy prometedor. No hay señales".

No, pero Len dijo que era un desvío a la derecha de la Vía Nicklin. Vamos a echar un vistazo.

De acuerdo. Tengo que cambiar a Adam, de todos modos.

Joseph arrugó la nariz. 'Así que eso es lo que el olor es. ¿Por qué no me dijiste que parara antes?'

Estabas demasiado empeñado en batir el récord de velocidad", replicó ella y se volvió para dirigirse a su hijo, que empezaba a retorcerse en el asiento. Pararemos pronto, Adam. Así podrás ver la playa por primera vez".

Espero que no coma arena. No le haría mucho bien a sus entrañas.

Ella se volvió hacia adelante y golpeó a Joseph en las costillas. No te preocupes tanto, no le hará ningún daño. Los bebés se lo llevan todo a la boca. Lleva semanas probando la hierba en el patio. La escupe después de un rato".

¿Seguro que no se la traga? Podría explicar el mal olor.

Si cambiaras diez o doce pañales al día, reconocerías el olor'.

"Touché", murmuró mientras giraban a la derecha.

Al final de la pista, descubrieron media docena de coches aparcados al azar, algunos metidos de narices entre los arbustos, otros abandonados en medio como si sus dueños hubieran estado desesperados por llegar a la arena y el oleaje. Viv se colocó junto a una furgoneta naranja, cuyo techo alto le

proporcionó un poco de sombra mientras Anna cambiaba a Adam en el asiento delantero.

Según Len, las furgonetas son muy populares entre los jóvenes", comentó Joseph desde su posición a sotavento. Espero que el propietario tenga un colchón ahí dentro. Len se refiere a las furgonetas como "furgonetas para follar".

Demasiado tarde para ti", dijo Anna, levantando a Adam sobre su cadera. Tres son multitud. Además, prefiero una cama doble firme'.

Joseph se rió y abrió el maletero de Viv. Dios, ¿cómo demonios vamos a llevar toda esta ropa a la playa?

No digas palabrotas delante de Adam", amonestó Anna, acercándose al maletero. Echó un vistazo al interior, observando su voluminoso contenido, que no incluía las dos bolsas que yacían en el asiento trasero. Una contenía crema bronceadora, sombreros y dos pares de ropa (bikini y bañador, en la jerga inglesa), y la otra, pañales, calzoncillos de plástico, protectores de pañales, un sonajero de plástico y un perro de tela suave que le encantaba a Adam. Puedo encargarme de la bolsa de playa y la del bebé, si tú puedes llevar el esky y la sombrilla. Afortunadamente, Adán sigue siendo un peso ligero.

“Bien pensado, 99", respondió, citando una escena de la serie de televisión Get Smart, una parodia de espionaje americano que le gustaba ver.

No metas arena en el zapatófono, 86", respondió ella, recordando el aparato oculto del torpe espía Maxwell Smart.

Ajeno a los programas de televisión de cualquier género, Adam se unió a las risas de sus padres, con sus pequeñas manos y pies tamborileando sobre la caja torácica de Anna.

CONMOCIONES DE SHANGRI-LA

Tras repartirse el equipaje, la familia se encaminó por un sendero de arena que serpenteaba entre matorrales costeros bajos hacia lo que esperaban que fuera la playa de Bokarina. Al cabo de unos minutos, llegaron a un cordón de dunas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y treparon para observar la escena. A cierta distancia de donde los pasos llevaban a la arena, sombrillas de playa de distintos tamaños creaban un tapiz multicolor bordeado a un lado por olas turquesas adornadas con encaje blanco. Los nadadores se balanceaban más allá de las rompientes, algunos agarrados a tablas de bodyboard de poliestireno, otros haciendo el vago.

Es un lugar precioso", exclamó Anna. exclama Anna. Y no está abarrotado".

Entonces, ¿a qué esperamos? Joseph levantó la pesada escafandra -se le había caído a la arena- y, con la camisa al viento, bajó a toda velocidad por el otro lado de la duna.

Las sandalias se hundieron en la arena polvorienta, así que Anna descendió con cautela, mientras Adam se aferraba a su camiseta como si él también comprendiera la necesidad de ser precavido. Ya casi hemos llegado", murmuró, entrando en la playa. Joseph miraba a lo lejos, con una mano levantada para taparse los ojos a pesar de sus nuevas gafas de sol. En cualquier sitio", dijo ella, deseando soltar su carga. Cuatro tiras del bolso y una del sujetador habían creado una zanja en su hombro izquierdo.

Joseph permaneció inmóvil, con el paraguas bajo el brazo y la escafandra a sus pies.

He dicho que en cualquier sitio", repitió ella, dando pasos lentos hacia él. Él dio un respingo cuando ella le tocó el brazo. ¿Todo bien?

Ese maldito Len", dijo él, volviéndose hacia ella. Se arriesgó a que yo no le preguntara a Rog si había estado alguna vez en Bokarina. Es una maldita playa nudista".

Anna parpadeó y se quedó boquiabierta cuando un hombre y una mujer salieron del mar, a pocos metros de donde estaban. Los cuerpos bronceados brillaban bajo el sol del verano, y la pareja parecía sentirse completamente a gusto con su desnudez, levantando las manos en señal de saludo antes de salir corriendo playa abajo.

No hay nada malo en probarlo", dijo ella, recordando a un colega inglés que la había invitado a pasar un fin de semana. Alojarse en un décimo piso con vistas a la bahía había sido una experiencia nueva para Anna, que había disfrutado tomando copas en el balcón mientras el sol del verano se ponía sobre los lejanos acantilados. La conversación de altura había abarcado temas habituales hasta que Ebba, alta, rubia y sueca, había mencionado casualmente que ella y su marido, alto, rubio y danés, pertenecían a un club nudista local. Reacia a mostrarse escandalizada, Anna había preguntado cortésmente qué instalaciones ofrecía el club, momento en el que apareció un álbum de fotografías que revelaba un cuidado refugio campestre con casa club, piscina y pista de tenis. Aparte de cuerpos desnudos de todas las formas y tamaños, nada había parecido fuera de lo normal hasta que Anna pasó a la última página y tuvo que reprimir una risita al ver a un pequeño grupo que llevaba impermeables de plástico transparentes durante las inclemencias del tiempo.

Bueno, ¿seguro que no te importa? preguntó Joseph.

Si a ti te importa, me apunto".

Joseph sonrió y se inclinó para recoger el contenedor.

Detrás de él, con los hombros doloridos y Adam pesado como el plomo, Anna miraba al frente, con los ojos fijos en la arena y no en los demás bañistas.

Joseph eligió un lugar cerca de la primera de las sombrillas, más o menos a mitad de la playa. Aquí, la arena era más firme, lo que facilitaba el anclaje de su sombrilla de rayas azules y rojas. A continuación, desplegó las grandes toallas de playa para que Anna pudiera depositar a su bebé en una zona de sombra. Ansioso por disfrutar de un entorno diferente, Adam se puso rápidamente boca abajo y se retorció hasta el borde de la toalla como una foca recién nacida que busca el pezón de su madre. Con la cabeza y los hombros levantados, observó la playa por un momento y luego levantó una mano, lo que le provocó un colapso total. Salvado por una madre atenta, no parecía haber empeorado tras su aventura, rechazando los intentos de Anna de limpiarle la cara con su pañuelo y escupiendo arena como si fuera algo cotidiano. Liberado de sus brazos, rodó inmediatamente para examinar el palo de madera de la sombrilla, perdió el interés y se dio un cabezazo con el esky antes de ejecutar varias volteretas para alcanzar de nuevo la arena.

"Lo llevaré al agua", dijo Joseph, levantando a su hijo cubierto de arena. Podrá chapotear un rato y cansarse'.

Primero déjame quitarle la ropa". Ella cogió al bebé que se retorcía, le quitó hábilmente el mono de rizo y el pañal y se lo devolvió.

Joseph lo mantuvo a distancia. ¿Y si se hace pis o algo peor?

¿Qué más da? Estás desnudo. Lávalo".

Sonriendo tímidamente, Joseph acunó a Adam en el pliegue de un brazo y se puso en pie.

Después de quitarse la ropa, Anna se tumbó en la toalla, disfrutando de la brisa marina sobre su piel calentada por el sol. Liberada de un apretado abrazo -a pesar de la floreciente liberación femenina, no había tenido el valor de quemar sus sujetadores-, sus pechos llenos se relajaron contra su pecho. Se arriesgó a echar un vistazo a su abdomen y observó con alivio que la cicatriz había empezado a desaparecer. El embarazo le había dejado un vientre ligeramente redondeado, no poco atractivo, pensó, y Joseph prefería su cuerpo menos anguloso, o eso decía él en los momentos íntimos. Siempre había admirado sus pechos y le disgustaba la tendencia actual de

una figura juvenil, los pechos de "huevo frito" de las modelos con forma de sauce.

Desviando la mirada, observó a marido e hijo jugando a la orilla del mar. Joseph, medio girado hacia ella, estaba sentado con Adam entre las piernas estiradas. Imaginó una fotografía: unas fuertes extremidades morenas protegiendo unas delicadas extremidades blancas, un padre inclinado sobre su bebé, el cabello negro hasta los hombros rozando una cabeza mullida, unos dedos desgastados por el trabajo goteando agua sobre un vientre blando. Un estudio de la paternidad contemporánea; el hombre de los setenta, cómodo con su papel, a diferencia de las generaciones anteriores con su masculinidad manifiesta. No se imaginaba a su padre cambiando pañales o empujando un cochecito. Al principio, Joseph había tenido miedo de manejar a un bebé tan diminuto, pero pronto venció sus nervios, incluso se ofreció voluntario para darle a Adam el biberón de las diez para que ella pudiera tener unas horas de sueño ininterrumpido durante los meses iniciales de tomas de tres horas.

Reflexionando sobre su buena suerte, Anna se puso en pie y se dirigió a la playa. Pensé que queríais bañaros", dijo arrodillándose junto a su familia.

Joseph negó con la cabeza. Ve tú primero. A Adam le encanta estar aquí'.

De acuerdo, pero será mejor que le traiga una camiseta y un sombrero o se quemará'.

"No te preocupes, lo estoy protegiendo del sol.

Lo haré rápido. Se precipitó al agua y se lanzó sobre una ola de espuma. Al salir a la superficie en medio de un suave oleaje, se tumbó boca arriba, saboreando la liberación corporal, sintiendo una sensual corriente de agua fría entre sus muslos y nalgas, sus pezones erectos buscando la cálida luz del sol. En lo alto, la brisa convertía las nubes en algodón, volutas blancas suspendidas en un cielo zafiro. Cerrando los ojos, se imaginó flotando para siempre, viajando adonde el viento y la marea la llevaran, libre de las onerosas responsabilidades del matrimonio y la maternidad.

Un chapoteo cercano puso fin a sus fantasías. Temerosa de los tiburones -no había salvavidas atentos en aquellas aguas-, se dio la vuelta y se dirigió hacia la playa cuando otro nadador emergió a su lado.

Pensé que estabas en apuros", declaró el joven barbudo. Las corrientes son muy fuertes".

Estoy bien, gracias".

Deberías tener más cuidado", insistió, indicando la playa con un gesto de la mano. Mira hasta dónde has llegado".

Ella miró la arena lejana. Ya veo lo que quieres decir".

¿Podrás llegar a la playa?

Soy buena nadadora", dijo, más para convencerse a sí misma que a él.

Es posible, pero nadaré a tu lado por si necesitas ayuda".

Gracias. Aumentando el ritmo, se adelantó para ocultar su creciente vergüenza. ¿Qué pensaría Joseph si saliera del agua en brazos de un extraño? ¡Un extraño desnudo!

Una vez a salvo en las aguas poco profundas, se levantó y recorrió la playa en busca de Joseph, pero no vio más que un mar de sombrillas ondeando al viento. ¿Cuál era la suya? ¿Se había desviado hacia el norte o hacia el sur? Se volvió para preguntar al joven, pero había desaparecido y por un momento se preguntó si había soñado su aparición. Un movimiento repentino a su derecha la alivió al verle ponerse en pie a unos metros de distancia. No dispuesta a perder el tiempo en más conversaciones, echó a correr, pero la arena le impedía avanzar. Se retiró a un terreno más firme y avanzó por la playa, tratando de distinguir unos cuerpos desnudos de otros sin quedarse mirando, cuando estuvo a punto de chocar con un hombre mayor.

Lo siento mucho, murmuró, apartando los ojos de sus genitales arrugados por el mar. Estoy intentando encontrar a mi marido'.

"¿Anna Fletcher?", preguntó él.

Ella dio un paso atrás, reacia a confirmar su identidad.

Ian McBride. Nos conocimos hace meses en Bribie".

Le miró a la cara. Ian, oh sí. Lo siento, no te había reconocido". El color tiñó sus mejillas; ¿cómo podía haber hecho una afirmación tan tonta?

Joe está allí. Ian señaló dos sombrillas más allá en la playa, ligeramente separadas de las demás. Nos conocimos cuando puse mi sombrilla cerca de la tuya. Bub está durmiendo ahora, así que cuando le dije que me iba a dar un baño, Joe me preguntó si podía cuidar de ti".

No sabía que había estado fuera tanto tiempo.

Sólo quería que supieras que había vuelto a la sombrilla. Dijo que no habías respondido a su saludo.

Me dejé llevar un poco por la corriente, eso es todo".

Unos amables ojos grises le sonrieron. Es mejor nadar cerca de otros en una playa sin vigilancia".

Lo recordaré en el futuro".

Sonrió. Es una playa preciosa. La descubrí hace unos meses. Shangri-La, la llaman los habituales".

Estuvo tentada de preguntar si Ian se consideraba un cliente habitual y si su mujer le acompañaba alguna vez, pero se sintió reacia a interrogar a alguien a quien apenas conocía. Será mejor que vuelva y le dé a Joseph la oportunidad de darse un baño", dijo en su lugar.

Te acompaño".

Pensé que querías nadar.

Más tarde. Debe de ser la hora de comer".

Caminaron juntos por la playa, saludando con la mano mientras se acercaban a la sombrilla roja y azul.

Durante el almuerzo, se respondieron preguntas tácitas, Ian explicó que él y Elizabeth habían sido nudistas durante años y que una vez habían asistido a lo que él llamaba una convención de naturalistas. Gente amable", les dijo, "pero el lugar era demasiado primitivo para nosotros". Tiendas y caravanas encaramadas en una ladera polvorienta cerca de un arroyo. Cuando llovió el segundo día, todo se convirtió en barro. Las instalaciones eran un poco básicas: los retretes y las duchas no eran más que cubos colgados de una polea".

Anna puso mala cara. A mí tampoco me gustaría, pero me gusta nadar y tomar el sol desnuda".

A mí también', coincidió Joseph. Siempre me ha parecido estúpido tener que ponerme ropa para nadar".

Ian sonrió al bebé dormido, envuelto en una manta de conejo. Es un buen niño.

¿Tienes nietos? preguntó Anna.

Un niño y una niña, pero viven en el sur, así que no los vemos a menudo".

Quizás vengan pronto de vacaciones'.

El año que viene. Las pasadas Navidades les tocó a los suegros, dijo mi hija. Iremos en Semana Santa, antes de que haga demasiado frío". Ian se quedó pensativo. ¿Por qué no vienes a nuestra casa un fin de semana? Tenemos sitio de sobra y a Elizabeth le encantaría ver al bebé".

Anna miró a Joseph en busca de una respuesta, pero él permaneció en silencio, sin duda debatiendo si merecía la pena cargar con tanto equipo de bebé para una estancia de dos días.

Ian pareció no darse cuenta de su deliberación. Aún tenemos la cuna portátil que compramos para los nietos, aunque ya se les ha quedado pequeña. Elizabeth debió de intuir que volveríamos a necesitarla cuando insistió en que la trajéramos de Melbourne".

Joseph levantó la vista y sonrió. Gracias, Ian. Nos encantaría aceptar tu invitación".

Bien. Tendré que hablar con Elizabeth para ver cuándo tenemos un fin de semana libre. Es nuestra secretaria social. Me dará su número de teléfono antes de irse'.

Joseph asintió. '¿No tenéis piscina, si no recuerdo mal?'

'Claro que sí. Nos encanta nadar, sobre todo al atardecer, cuando se pueden ver innumerables estrellas en lo alto, sin que la luz ambiental de la ciudad las empañe".

Suena maravilloso", murmuró Anna, preguntándose si la pareja nadaba desnuda en casa.

Y qué espectáculo cuando queman la caña en el prado de enfrente, antes de la cosecha. Las llamas se disparan hacia el cielo. Hasta se oye el crepitar de las hojas".

¿Por qué la queman? preguntó Joseph.

Para deshacerse de las hojas y otros desperdicios, y para ahuyentar a las serpientes y los ratones".

Anna se estremeció. ¿No te preocupa que entren serpientes en el jardín?

Ian negó con la cabeza. Los pájaros las cazan mucho antes de que lleguen a nuestra casa".

Anna trató de imaginarse un campo entero ardiendo y sólo vio criaturas salvajes desalojadas de sus hogares, luchando por ponerse a salvo antes de que las llamas o los pájaros las consumieran.

La conversación se volvió más mundana, con Joseph e Ian hablando de jardinería en los subtrópicos. Anna sólo escuchaba a medias, ya que estaba tratando con un bebé que, a pesar de su hambre, insistía en agitar los brazos, casi tirándole el biberón de la mano. Quédate quieto o acabaremos con arena en la leche", le advirtió.

Los ojos azul grisáceo se abrieron de par en par. La tetina resbaló de los labios flojos.

¿Qué estás haciendo?

Los pies golpearon sus pechos.

¡Ay! Para, pequeña bestia".

¿Problemas por ahí?", preguntó Ian suavemente, desde el santuario de su toalla despejada.

"Sí. El señor Wriggle cree que es divertido patear a su madre".

Joseph, que estaba sentado en el borde de la toalla vecina, de espaldas a su díscola esposa y su bebé, se abstuvo de hacer comentarios.

Tráelo aquí. A ver si le gusta mi viejo pecho huesudo".

Deseosa de librarse de Adam, Anna descartó rápidamente la suposición de que Ian le había estado mirando los pechos y se puso en pie. Todo tuyo", declaró, dejando al bebé y el biberón en los brazos del abuelo.

¿Lo ves? Todo bien", comentó Ian instantes después. Adam yacía tranquilo en sus brazos, mamando satisfecho, hipnotizado por el rostro desconocido

que le sonreía.

Gracias. Debes de tener el don. Me temo que no tengo mucha paciencia".

Ninguna", le dice Joseph a su vecino. Me voy a nadar. Tendremos que irnos pronto'.

¿Por qué no te unes a él? dijo Ian, viendo a Joseph correr por la playa.

Anna observó los desechos a su alrededor: una botella de limonada vacía, un sándwich desechado que se secaba en un plato de plástico, un paquete de patatas fritas arrugado. Será mejor que me vaya. Odia los atascos".

Recogió platos y vasos y los tiró al cubo junto con la basura. Llegó a sus oídos el sonido del mar, las olas golpeando la arena al subir la marea, el torrente de agua al retirarse. Ansiaba volver a su tranquilo lugar más allá de las rompientes, flotar bajo un cielo de verano sin preocuparse por nada en el mundo.

Todo listo", dijo una voz cercana, que la devolvió a las tareas domésticas.

Cerró la tapa del contenedor y extendió los brazos para recibir a su hijo. Muchas gracias, Ian".

De nada. Encantado de ayudar". Dio un paso hacia su paraguas, se detuvo y se volvió hacia ella. Dime que no es asunto mío, pero tengo la sensación de que te está costando adaptarte a la maternidad".

Enrojeció y miró a Adam, medio dormido. Me siento muy culpable".

¿Por qué? Nadie dijo que ser madre fuera fácil".

No, pero en general se supone que es gratificante'.

No para tí, ¿eh?

Sacudió la cabeza. Detesto estar en casa con un bebé. Es tan aburrido, nada más que tareas repetitivas todo el día. Creo que es peor que trabajar en una

cadena de montaje. Al menos en una fábrica tendría a alguien con quien hablar y me pagarían".

Elizabeth estaba que se subía por las paredes con nuestro Mark", dijo él con calma, "con las noches rotas, los llantos interminables y viviendo en un piso de mala muerte, a kilómetros de un tranvía o un tren. Cada noche, cuando volvía a casa de la base, ¡me lo echaba en los brazos antes de que apenas hubiera entrado por la puerta! Tampoco había abuelos que ayudaran. Todos en Melbourne. Entonces vivíamos en Brisbane, mi último destino en tiempos de guerra. Elizabeth se unió a mí después de unos meses, ya que habíamos pasado gran parte de nuestra vida matrimonial separados. Brisbane estaba llena de yanquis, así que era casi imposible encontrar un alojamiento decente". Hizo una pausa y le sonrió. Aun así, fue una gran mejora con respecto a las selvas de Nueva Guinea".

Anna se estremeció. ¿Cómo lo superasteis?", preguntó, sabiendo que sus problemas domésticos eran triviales comparados con la guerra de la selva.

El vicario local y su esposa vinieron un día y le hablaron a Elizabeth de un grupo de madres y bebés que se reunía semanalmente en el salón de la iglesia. Le salvó la cordura conocer a otras mujeres en su misma situación".

Me refería a Nueva Guinea.

Ian se miró los pies cubiertos de arena. Rey y patria y todo eso. No queríamos que los malditos japoneses tomaran el poder".

O los alemanes", dijo ella en voz baja, recordando comentarios escuchados en la sala de estar de sus abuelos años después del final de la guerra.

Basta de hablar del pasado. Estoy teniendo una gran jubilación y predigo un futuro brillante aquí para una pareja inteligente como Joe y tú. Sois el tipo de emigrantes que necesita este país". Se inclinó para acariciar el cabello de Adam. Tú también, hombrecito.

Eso espero. Nos encanta Australia". Anna levantó la vista y sonrió. Estoy deseando que llegue nuestro fin de semana en Bli Bli y no sólo por la

natación. Confío en que a Elizabeth no le importe que le pregunte sobre la crianza de los niños".

Ian negó con la cabeza. Le encantará conocerlos a los tres. Ninguno de los dos nos arrepentimos de habernos mudado aquí, pero ella echa de menos a su familia del sur".

Yo también echo de menos a mi familia", admitió Anna por primera vez.

Ian extendió la mano para tocarle el hombro. Es comprensible. No debe ser fácil dejar atrás a todo el mundo. No creo que yo hubiera podido hacerlo".

Te las habrías arreglado muy bien. Además, debió de ser mucho más duro cuando emigraron tus antepasados".

La abuela casi muere en el barco. Imagínate dar a luz en algún lugar del Océano Índico en medio de una tormenta. Al menos eso me contó mi padre'.

¿Seguís hablando? llamó Joseph, mientras corría hacia ellos. Pensé que ya tendrías todo empacado, Anna. Es hora de irnos si queremos evitar el tráfico".

Anna e Ian intercambiaron miradas cómplices.

No te preocupes, Joe, aquí lo tenemos todo", respondió Ian.

Una ráfaga de arena anunció su llegada. Un baño fabuloso. También he hecho un poco de body surf".

Anna se apartó de la toalla, resistiendo el impulso de recordarle que no la agitara en su dirección. Ian, ¿podrías sujetar a Adam mientras bajo la sombrilla?

¿Qué tal si lo hago yo?

Gracias. Se inclinó para recoger las dos bolsas que estaban a ambos lados del paraguas.

Déjalas también. Es hora de que este viejo se vaya a casa. Elizabeth volverá de visitar a su amiga enferma y se preguntará dónde me habré metido'.

Gracias de nuevo. Fue un poco difícil llevar todo por ese camino'.

Ian asintió y se puso a trabajar.



De vuelta en el aparcamiento improvisado, Ian dejó su propio equipo al lado de la furgoneta naranja, antes de ayudar a cargar el Vauxhall Viva.

Gracias por todo, Ian", dijo Anna, asomándose por la ventanilla mientras Joseph arrancaba el motor.

Me pondré en contacto contigo para lo del fin de semana", le contestó él y, para su sorpresa, se giró para abrir las puertas traseras de la furgoneta.

RESURGIMIENTO

Anna no tenía ni idea de lo que había desencadenado la vuelta a la poesía. Al principio, pensó que había sido la experiencia de Shangri-La la que le había permitido deshacerse del abatimiento que se había apoderado de ella desde que se enteró de su embarazo. Despojarse de la ropa, aunque sólo fuera por unas horas, le había dado una sensación de libertad que le faltaba en su vida cotidiana. Había previsto sentirse incómoda, acurrucada bajo la sombrilla de la playa, demasiado cohibida para arriesgarse a dar un paseo hasta el agua. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que ni los hombres ni las mujeres le prestaban atención, se movió con la confianza de una nudista experimentada.

Meses después, tras una tercera visita a la casa encaramada en una colina con vistas a los cañaverales, supuso que había sido la floreciente amistad con Elizabeth e Ian lo que la había impulsado a sacar la carpeta roja de su escondite de cartón y colocarla en el centro de la mesa de estudio. La pareja de jubilados había asumido con gusto el papel de abuelos australianos en ausencia de los ingleses, e incluso habían venido a Brisbane en una ocasión para que Anna y Joseph pudieran pasar un fin de semana romántico. Adam los adoraba a ambos y, como muestra de su agradecimiento, no sólo se sentó sin ayuda por primera vez bajo su sombrilla de playa, sino que también dio sus primeros pasos en su salón, tambaleándose de uno a otro, con la risa burbujeándole en los labios.

Más tarde, cuando una máquina de escribir portátil Olivetti Lettera 32 sustituyó a la pluma y el papel, Anna tuvo la certeza de que este inesperado regalo de cumpleaños de Joseph había preparado el terreno para el resurgimiento de la creatividad. Joseph no pretendía entender la poesía, especialmente las piezas de formas extrañas que ella etiquetó como "concretas", pero siempre mostraba interés por su último esfuerzo y le sugería que intentara publicar alguna.

Fuera cual fuese el motivo, la vida en el 69a de la calle Harrow adquirió un matiz diferente, más acorde con el brillante resplandor de los cielos de Brisbane. Adam, aunque mostraba los irritantes rasgos habituales de los niños pequeños, seguía durmiendo bien y se echaba de buena gana la siesta de la tarde, con lo que Anna disponía de dos horas diarias para escribir durante la semana. Anna tenía más tiempo para escribir cuando Joseph trabajaba hasta tarde o se pasaba la tarde jugando al squash, un deporte que había empezado a practicar para mantenerse en forma. Sin embargo, sigue siendo consciente de que demasiadas horas dedicadas a objetivos distintos podrían dañar el tejido de su matrimonio, por lo que la mayoría de los sábados por la mañana se reúne con Joseph en el jardín, con Adam jugando cerca en su arenero o "ayudando" a plantar y desherbar. Después de un período de jardinería particularmente enérgico, Anna bendecía el cálido clima de Brisbane.

Si la lluvia impedía las actividades al aire libre, la familia se refugiaba bajo la casa, donde Joseph estaba construyendo un taller y cerrando la lavandería. Anna hacía de aprendiz del artesano de Joseph, pasándole las herramientas y sujetando los trozos de madera dura mientras él los serraba a medida. También le servía interminables tazas de té. El restante miembro de la familia se divertía de maneras propias de su edad: volcando bandejas de clavos y tornillos, agarrando herramientas y escondiéndolas por el jardín o, lo que más le gustaba, llevando hojas y ramitas mojadas al taller como regalos para sus padres.

Los domingos se reservaban para el placer, a menos que una tarea doméstica requiriera atención inmediata. Las visitas a la playa o al monte tenían prioridad, aunque en ocasiones la familia disfrutaba de barbacoas con amigos en casa de unos y otros. Durante los cortos meses de invierno, estas comidas compartidas se celebraban en el interior: enormes trozos de carne con montañas de verduras asadas, seguidas de tarta de manzana y natillas. Anna echaba de menos las pavlovas de verano repletas de fruta y nata que se disfrutaban cuando las llamas de la barbacoa se habían convertido en brasas incandescentes, pero siempre aceptaba amablemente un trozo de tarta.

Sus antiguos vecinos, Sam y Shirley, eran visitantes frecuentes de la Calle Harrow; Sam deleitaba a Adam con juegos bruscos y desordenados, y Shirley traía consigo agradables charlas sobre estudios superiores y su mundo laboral. A veces, Anna sorprendía a Sam mirando con nostalgia a Adam, pero sabía que Shirley no tenía intención de abrazar la maternidad hasta que hubiera terminado los últimos trabajos de la biblioteca.

Una chica sensata, pensó Anna mientras recogía los juguetes cada tarde. No podía plantearse seguir estudiando hasta que Adam fuera a la escuela. Unas horas aquí y allá escribiendo poesía podrían mantenerla cuerda, pero se necesitaban largos periodos para cursar el equivalente australiano del bachillerato en el que se había negado a embarcarse a los dieciséis años; una cualificación que consideraba esencial para conseguir un empleo más satisfactorio. No tenía intención de volver a trabajar como mecanógrafa y fantaseaba con ir a la universidad y licenciarse en literatura o en arte dramático, que tanto le gustaba en el colegio. La carrera de maestra estaba descartada. Al igual que su amiga Shirley, no se imaginaba tener que ocuparse de toda una clase de niños, pero habría otras opciones.

Una noche calurosa en la que el sueño se le escapaba, pensó en carreras interesantes: editora en una editorial, periodista en el Courier-Mail, directora de teatro, productora de cine. Salvo la primera opción, ninguna parecía posible para una mujer casada y con un hijo pequeño. Puede que 1973 hubiera amanecido semanas antes, pero todavía se esperaba que las jóvenes abrazaran las carreras tradicionales de enfermería y docencia, trabajos que podían emprenderse a tiempo parcial para adaptarse a las exigencias de la familia. Cómo odiaba las palabras "adaptarse" y "exigencias", con sus connotaciones de conformidad y compromiso. ¿Por qué no podían los padres trabajar a tiempo parcial y aparcarse su carrera durante unos años?

Al día siguiente, escribió su frustración y se embarcó en un cuento titulado Cage Birds (Pájaros enjaulados), inspirado en los recuerdos de infancia de un mirlo que había entrado volando en la iglesia durante la misa y no encontraba la salida. La tía Maud lo había rescatado, ignorando las expresiones de dolor de los demás fieles, mientras se deslizaba sobre los

adoquines de piedra con zapatos de tacón alto para abrir las puertas dobles de la entrada. El pájaro necesitó varios minutos de susurros para darse cuenta de que la libertad estaba a su alcance, pero cuando pasó por encima de ella y salió a la calle, el himno había terminado y el grito de alegría de la tía Maud alborotó a los fieles que se preparaban para la oración. Adam se despertó de su sueño vespertino antes de que la salvadora de la ficción, una mujer casada de treinta años con dos hijos, lograra su objetivo, así que, con gritos de "¡Mamá!" resonando en sus oídos, Anna abandonó la autoría por un papel menos atractivo.

Durante los días siguientes, completó el primer borrador, concediendo a su protagonista una hora de liberación tras el rescate del pájaro. En lugar de salir corriendo de la iglesia para hacer la comida para su familia, la mujer se dirigió a un café de la bahía donde disfrutó de una comida solitaria regada con un vaso de vino blanco; justa recompensa por ayudar a una de las criaturas de Dios.

Anna trabajó hasta altas horas de la noche para perfeccionar su primer intento de prosa desde que escribía redacciones escolares. En lugar de arriesgarse a una reacción negativa de Joseph -el artículo expresaba fuertes opiniones feministas-, envió una copia a Shirley con la petición de una crítica sincera. La respuesta no se hizo esperar: su amiga la llamó a la salida del trabajo para animarla verbalmente.

¿Has pensado en presentarlo a un concurso de relatos? le preguntó Shirley, sentada en un taburete amarillo de la barra del desayuno mientras Anna preparaba la cena de Adam.

No. Iba a enviarlo a una revista, quizá Women's Weekly".

No es el tipo de cosa que publicarían. Yo probaría con una revista literaria. Si quieres, puedo buscar en la biblioteca".

Gracias, sería estupendo.

También buscaré concursos, por si quieres ir por ese camino".

Supongo que vale la pena intentarlo".

Hay que participar para ganar. Si te sirve de algo, creo que escribes bien".

¿En serio? ¿No lo dices sólo porque somos amigos?

No. Shirley sonrió. ¿Tienes planes de escribir más cuentos?

Tengo un par de ideas".

Entonces mi consejo es que las desarrolles. Escribir es una gran ocupación. Puedes hacerlo en cualquier momento y lugar. Quién sabe si un día escribirás una novela".

Anna esboza una sonrisa irónica. Necesitaría mucho más tiempo libre del que tengo ahora para intentar escribir un manuscrito largo".

Shirley miró a Adam, ocupado en vaciar el armario de los tupper. Irá al colegio antes de que te des cuenta".

Anna suspiró. El problema es que Joseph quiere otro".

¿No debería ser una decisión conjunta?

Estoy de acuerdo, pero él no lo ve así. No para de insistir en que los hijos únicos se sienten solos y les cuesta relacionarse con los demás".

No tiene por qué ser así. Mi prima es hija única y está perfectamente adaptada. Dawn me dijo una vez que le encantaba volver de casa de sus amigos al santuario de una habitación que no tenía que compartir'.

Nunca pregunté a mis hermanas menores si les importaba compartir. Como era la mayor, tenía una habitación para mí sola".

Yo también, gracias a Dios. Mi hermano pequeño era un incordio. Aún lo es, si te soy sincera.

"¿Es por eso que nunca lo conocí?

No. Vive en Sídney. Toca la trompeta en una banda. Nunca tuvo dinero, siempre esperando la gran oportunidad. Mamá dice que debería buscarse un trabajo de verdad".

Anna se encogió de hombros. Mientras sea feliz".

Volvió al fregadero, escurrió las verduras al vapor y las puso en un cuenco de plástico junto a la pechuga de pollo cocida, cortada en trozos pequeños y cubierta de salsa de albaricoque. Más tarde recalentaría el plato de pollo al albaricoque, añadiendo arroz al vapor y verduras para ella y Joseph. Desde muy pequeño, Adam había insistido en comer lo mismo que sus padres, un rasgo que había provocado más de una reprimenda de la enfermera materno infantil, hasta que Anna aprendió que la sinceridad no era la mejor política cuando le preguntaron qué había cenado su hijo el día anterior.

Una tarde, poco después del primer cumpleaños de Adam, la enfermera repitió: "¿Chili con carne? ¿En qué demonios estaba pensando, Sra. Fletcher?

La respuesta de Anna, que le dijo que escupía potitos, le preocupó aún más, y la enfermera le recordó que una madre no debe ceder a las exigencias de un niño. Los niños quisquillosos se crean, no nacen así, Sra. Fletcher".

Sabiamente, Anna no había señalado que las maduras papilas gustativas de Adam le hacían la vida mucho más fácil. También era más barato, ya que no había necesidad de comprar comida aparte, aparte de la lata ocasional de las natillas de chocolate Heinz que Adam adoraba.

Shirley se levantó del taburete. Será mejor que me vaya. Sam estará en casa y querrá su té. Gracias por el té y la tarta. Me pondré en contacto para hablar de las oportunidades de escribir". Se dirigió a la cocina, dio un abrazo de despedida a Anna y palmeó la cabeza de Adam. Adiós.

Hasta luego", murmuró Anna, todavía incapaz de adoptar la extraña despedida que emplean muchos habitantes de Queensland.



Llegó el otoño, señalado por la ausencia de frecuentes tormentas vespertinas, más que por la caída de las hojas en climas más templados. Anna agradeció la bajada de las temperaturas, sobre todo por la noche. El sueño profundo era raro en los momentos de alta humedad, cuando, a pesar de un ventilador de pedestal, el sudor le humedecía la cara y el cabello se le pegaba a la nuca. Las mosquiteras de las ventanas y las puertas mantenían a raya a los mosquitos la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando uno o dos invadían el dormitorio y zumbaban alrededor de su cara y sus orejas, distrayéndola. Las inevitables picaduras le producían un picor enloquecedor que la obligaba a ir al baño en busca de loción de calamina y algodón. Algunas mañanas, su cara y sus brazos parecían su vestido de sol con manchas rosas y una ducha revelaba picaduras del tamaño de una moneda de veinte céntimos, rojas como el fuego e hinchadas. Injustamente en su opinión, Joseph seguía sin sufrir picaduras de insectos, un pequeño punto rojo en su piel era la única prueba de la sed de un mosquito.

Una segunda ventaja del cambio de estación pronto se hizo evidente durante sus sesiones vespertinas de escritura. El tiempo más fresco evocaba nuevos estallidos de creatividad cuando se sentaba en el viejo escritorio, con los dedos posados sobre las teclas de la máquina de escribir. Vestida con pantalones largos hasta la pantorrilla o vaqueros, en lugar de los escuetos pantalones cortos del verano, sus muslos ya no se pegaban a la silla y las frecuentes interrupciones para ir a buscar una bebida fría podían sustituirse por una taza de té después de comer. Los poemas eran menos frecuentes y solían ser el resultado de emociones fuertes; la conducta de un gobierno estatal ultraconservador era el tema más frecuente. La prosa -cuentos cortos y algún que otro artículo- se convirtió en su forma de expresión favorita, ya que le permitía desarrollar personajes, exponer ideas, perfeccionar el diálogo y experimentar con el tiempo y la estructura.

Su confianza aumentó a medida que el otoño se convertía en un breve invierno, pero seguía sin atreverse a presentar sus trabajos a revistas o concursos, a pesar de la larga lista que le había proporcionado Shirley. Las visitas a la biblioteca local le brindaron la oportunidad de tomar prestadas colecciones de relatos cortos y antologías poéticas, pero estas obras de autores conocidos, aunque inspiradoras, sólo ponían de relieve su propio talento inferior. Shirley le sugirió que siguiera un curso de escritura que pudiera completarse en casa, con tareas enviadas a un profesor y devueltas con críticas constructivas. Desgraciadamente, Anna descubrió que estos cursos por correspondencia los impartían universidades privadas y costaban mucho dinero. Preguntando en la biblioteca descubrió un curso de expresión inglesa nocturno y asequible, y Anna se entusiasmó con la idea, hasta que descubrió que se impartía en la sucursal del centro de la ciudad. Joseph nunca sabía cuándo le pedirían que hiciera horas extras y no podía permitirse el lujo de rechazarlas, ya que su modesta casa seguía estando escasamente amueblada y Viv the Viva se estaba haciendo mayor.

La opción restante, un trabajo a tiempo parcial, sería posible una vez que Adam empezara la guardería, pero aún faltaban dieciocho meses para eso y, con tres años, sólo podía asistir cuatro horas al día dos veces por semana, tiempo insuficiente para ofrecer a la mayoría de los posibles empleadores. Decepcionada, pero resignada a esperar a que empezara la escuela -o, como mínimo, la guardería de cuatro años, como se llamaba-, Anna decidió aprender por su cuenta, con la ayuda de libros de gramática y un diccionario de sinónimos comprado de segunda mano.

Después de todo, la práctica hace al maestro", le dijo a Shirley mientras charlaban en el porche trasero, con el sol primaveral calentando su piel pálida de invierno. Un día de estos escribiré algo que merezca la pena publicar".

Shirley suspiró. Pero, ¿cómo lo sabrás si no lo intentas?

Aún no soy lo bastante buena".

¿Quién lo dice?

Anna vaciló, reacia a admitir que por el momento le convenía retrasar el proceso de presentación. Los rechazos podían minar su frágil confianza y provocar un retorno a la interminable procesión de días oscuros que la habían perseguido durante y después del embarazo. Escribir la había ayudado a recuperar el centro de la quietud... le había permitido centrarse en lo positivo. No puedo correr el riesgo", dijo, consciente de lo patético que sonaba.

¿Sabías que las hermanas Brontë tuvieron que pagar para publicar su primer libro de poesía?

No estoy a su altura".

Quizá no, pero todo el mundo tiene que empezar por algún sitio. Piensa en ello. Un concurso, por lo menos. Nadie tiene por qué saber que has participado, ni siquiera Joe o yo".

Supongo que no.

"¿Me prometes que lo considerarás?

"Oh, de acuerdo, cualquier cosa con tal de callarte. Anna se puso de pie.

"Ahora, para cambiar de tema, ¿cuándo estás libre para ir al cine?

RECHAZO

El clima dominó todas las conversaciones a principios de 1974, cuando el sudeste de Queensland vivió su enero más lluvioso en un siglo. Todo el estado estaba ya anegado por tres semanas de lluvias torrenciales continuas, cuando los restos del ciclón Wanda descargaron 642 milímetros en la zona de Brisbane en sólo tres días. La inundación resultante, que anegó el centro de la ciudad y los suburbios circundantes al desbordarse el río Brisbane, se produjo durante el fin de semana largo del Día de Australia. Dieciséis personas perdieron la vida, cientos resultaron heridas y miles de viviendas quedaron destruidas o gravemente dañadas.

Las zonas altas se convirtieron en islas, aisladas de tiendas, estaciones de tren y carreteras principales. No hubo electricidad durante días, por lo que los propietarios perdieron el contenido de neveras y congeladores en un clima caluroso y húmedo; un inconveniente menor si se compara con la pérdida de una casa entera. En el 69a de la Calle Harrow -sin inundaciones, pero con el Viva abandonado en una isla de barro bajo la casa- Anna seguía pegada a la radio de transistores, mientras Joseph, con su oficina municipal bajo el agua, obtenía información de primera mano mientras, junto con otros cientos de voluntarios, ayudaba a las autoridades en las operaciones de limpieza. Sus informes nocturnos la conmocionaban y divertían a la vez: casas arrancadas de los tocones de madera u hormigón, tumbadas de lado en jardines cubiertos de barro; todo un centro comercial sumergido; hombres remando en una balsa improvisada cargada de cartones de cerveza por una calle inundada.

Cuando las aguas retrocedieron, su amigo Sam se unió a un ejército de electricistas para volver a conectar la electricidad, un ejercicio peligroso en el que tuvo que permanecer de pie en sótanos húmedos de la ciudad, secando cuadros eléctricos que confiaba habían sido correctamente desconectados.

Las oficinas municipales, la mayoría en edificios de ladrillo u hormigón, empezaron a reabrir una vez restablecido el suministro eléctrico y terminada la limpieza, pero algunas viviendas de madera fueron declaradas irrecuperables y tuvieron que ser demolidas. Otras, construidas cerca de ríos y arroyos desbordados, se desprendieron de sus troncos y terminaron sus días como restos flotantes en la bahía de Moreton. Día tras día, la amplia cobertura de los medios de comunicación transmitía detalles gráficos e imágenes de la catástrofe, provocando una mezcla de horror y fascinación entre lectores y telespectadores. Los boletines de noticias emitidos en el extranjero, aunque más breves y menos frecuentes, alarmaron a parientes y amigos lejanos, lo que provocó la saturación de las líneas telefónicas, ya que miles de personas intentaban ponerse en contacto con sus seres queridos.

A Anna le hubiera gustado desempeñar un papel activo en las operaciones posteriores a las inundaciones, pero no podía imaginar que ninguna de las organizaciones de socorro quisiera una ayudante con un niño hiperactivo a cuestas, así que se refugió en la palabra escrita. Al principio, escribió una historia corta desde el punto de vista de un niño cuya casa había sufrido graves daños, centrándose tanto en el trauma como en la emoción del rescate en barco de una calle inundada, seguido de la reubicación en un refugio de emergencia. La conclusión planteaba problemas. ¿Debía ser positiva, con el reencuentro del niño con una bicicleta de regalo recuperada del barro una semana después? ¿O debía terminar la historia con una nota más sombría, con la constatación de que la familia no volvería a su calle porque su casa había sido declarada inhabitable y demolida?

Indecisa, Anna mecanografió ambos finales en hojas separadas y las guardó en un cajón de su escritorio, con la intención de volver a leer el artículo al cabo de una semana. En los días siguientes, planeaba escribir un artículo sobre la sensación de impotencia que se experimenta ante una catástrofe natural, junto con la comprensión de que ninguna tecnología avanzada podría haber evitado los acontecimientos del fin de semana del Día de Australia, ya que la naturaleza, y no la humanidad, había tenido el control. Al final, la historia quedó inconclusa durante meses y el artículo nunca llegó a escribirse, ya que una delicada cuestión personal primó sobre el

proceso de autoría. Al igual que las inundaciones de enero, el clima tropical jugó su papel.

Una tarde de febrero, cuando la humedad cubría la casa como una gruesa manta de lana, Anna se reunió con Joseph en el porche trasero, arriesgándose a sufrir picaduras de mosquito por el aire ligeramente más fresco del exterior. Ya tenía los nervios crispados por un niño irritable que había tardado horas en calmarse, a pesar de las ventanas abiertas de par en par y de un ventilador de techo recién instalado, así que Joseph debería haber sabido que no debía plantear un tema polémico. Su afirmación de que debían intentar tener un segundo hijo ese año provocó una erupción comparable a la del Vesubio en el año 79 d.C.

¿Estás borracho o eres un maldito insensible?", replicó ella, mirando las botellas de cerveza vacías dispuestas alrededor de su silla de lona. Acabo de dormir a Adam y ¿quieres hablar de otro? Y por si no te has dado cuenta, estamos a treinta grados con un cien por cien de humedad; no es exactamente el ambiente adecuado para una discusión racional, así que puedes coger tu afirmación y metértela por donde más te duela".

No hace falta que me muerdas la cabeza sólo porque hayas tenido una noche difícil. No quería hacerte daño".

Entonces deberías haberte callado la boca. ¿O te imaginabas que dos años y cinco meses de maternidad, la ocupación más aburrida del mundo, habrían agotado tanto mis neuronas que no me opondría a más de lo mismo?".

"Anna, te estás poniendo histérica.

Así es. Pon una etiqueta a lo que consideras un comportamiento inapropiado. Una típica reacción masculina - ¡culpa a mis hormonas!

Por el amor de Dios, cálmate. Todo lo que dije fue...

Sé lo que has dicho y no es la primera vez que sacas el tema. Hablando de que los hijos que están solos y diciendo que, si no nos ponemos en marcha, habrá demasiada diferencia de edad. ¿Y yo qué? ¿No puedo opinar?".

Joseph suspiró y bebió otro trago de cerveza.

Y ya que estamos, odio verte beber directamente de la botella. No es que no tengamos vasos".

Es una práctica habitual en Australia. No sé por qué te opones. Creía que te encantaba todo de este país".

Anna se enfadó. Me encanta vivir aquí, pero eso no significa que tenga que adoptar todas y cada una de las costumbres'.

"A veces eres una maldita snob". Se echó hacia atrás en la silla para llevarse los restos a la boca.

"¡Y estás mostrando signos de regresión!

¿Qué demonios significa eso?

Vuelve a tus raíces de clase trabajadora.

Mejor que tu estirada familia, que insiste en la mejor vajilla para la comida del domingo y servilletas de tela en todas las comidas".

¿Qué tienen de malo las servilletas de tela?

La botella de cerveza golpeó la cubierta de madera.

Un relámpago brilló en sus ojos abiertos de par en par. Recógela antes de que caiga rodando por los escalones y se estrelle contra el hormigón".

Hazlo tú misma. Pateó otra botella con el pie descalzo.

Ella saltó de la silla y cruzó la cubierta para recoger las botellas. Tienes suerte de que tenga buenos modales". Se colocó junto a él, con una botella en cada mano. De lo contrario, te golpearía en la cabeza para hacerte entrar en razón".

Podría decirte lo mismo", replicó él, poniéndose en pie. ¿Qué tal si hacemos una tregua y nos vamos a la cama?

Ella asintió con la cabeza, no dispuesta a contestar y arriesgarse a más discrepancias.



El ambiente en el 69a de la Calle Harrow siguió estando tenso durante febrero y marzo, y las altas temperaturas y la humedad continuaron contribuyendo a la tensión en el hogar. Las mañanas de los días laborables, Anna se sentía como una olla a punto de hervir hasta que Joseph se marchaba a trabajar, dejándola libre para bajar la temperatura. Entonces, se dedicaba a las tareas domésticas como si nada, tarareando canciones populares mientras barría y quitaba el polvo, lavaba y planchaba. El almuerzo de verano se tomaba a la sombra, bajo el porche trasero, con la mesa y la silla de madera de tamaño infantil de Adam colocadas sobre la base de hormigón que Joseph había colocado unos meses antes.

Anna se sentaba en una de las sillas plegables que solían llevarse a la playa. Cuando habían comido, llenaba de agua fresca la piscina hinchable de Adam, le quitaba los pantalones de toalla -la única prenda que llevaba cuando hacía calor- y le dejaba chapotear a sus anchas. Media hora de juegos acuáticos solía refrescarlo lo suficiente para que ella intentara dormir por la tarde, lo que, aunque ahora era más corto, al menos le dejaba algo de tiempo para sí misma.

Una tarde, intentó resucitar su cuento sobre la inundación, pero descubrió que todo el conflicto no resuelto había bloqueado su imaginación. Del mismo modo, los siguientes intentos de poesía acabaron en bolas de papel mecanografiado tiradas al suelo del estudio, disgustada por las estrofas mal construidas y la metáfora insatisfactoria.

Convencida de que sus primeros brotes de creatividad habían sido aberraciones, el resultado de la excitación por llegar a un nuevo país seguida de un intento de distanciarse, al menos durante una o dos horas, de la maternidad, abandonó la máquina de escribir y se refugió en mundos de ficción creados por otros. Nunca antes había leído tantos libros en la biblioteca. Nunca antes había abrazado tantas vidas imaginarias; vidas que, en la mayoría de los casos, parecían intensas y satisfactorias en comparación con la suya propia. Una parte de ella sabía que esa obsesiva huida de la realidad no era saludable, pero no podía abandonar los preciados libros. Sólo ellos preservaban su cordura.

Las noches traían consigo un aluvión de actividad física: preparar y cocinar la cena, fregar los platos, bañar a Adam y acostarlo, tareas que, por su naturaleza repetitiva, engullían el pensamiento y mantenían a raya el desasosiego. Las horas que transcurrían hasta que se retiraban a la cama pasaban en una bruma de televisión en blanco y negro, Joseph desplomado en el sofá, con botellas de cerveza vacías a sus pies, Anna despatarrada en un sillón. La conversación, que se limitaba a los intervalos entre los programas o a los anuncios en las raras ocasiones en que veían un canal comercial, seguía siendo cordial y se centraba en asuntos domésticos o en lo que planeaban para el fin de semana siguiente. Nunca surgió el tema de otro bebé, pero a veces Ana lo sentía acechar en las sombras de la mente de José, esperando la oportunidad propicia para surgir. En esas ocasiones, se sentaba enroscada en el sillón como una serpiente lista para abalanzarse, a pesar de que sus miembros retorcidos significaban piel caliente pegada a piel caliente y sudor asociado.

El acto sexual continuó como de costumbre, varias veces por semana, aunque no con la exuberancia que había experimentado durante su primer verano australiano. El nuevo ventilador de techo creaba una brisa que refrescaba sus cuerpos acalorados pero no fomentaba la unión prolongada, ya que el sudor que resbalaba por sus respectivos pechos era una decidida molestia para ambas partes. Anna suponía que se trataba de una situación normal tras cuatro años de matrimonio, y no el resultado de un conflicto subyacente, por lo que después se ponía boca arriba y se iba a dormir.

Los días en que el mercurio alcanzaba los treinta grados centígrados o más, abandonaba las tareas domésticas y se dirigía a Shorncliffe, un suburbio costero adyacente a Sandgate, donde una pequeña playa a la sombra de grandes algodoneros ofrecía a Adam horas de diversión, además de la posibilidad de conocer a otras madres jóvenes. Aunque a Anna le gustaban muchos aspectos de vivir en un barrio antiguo -tiendas y biblioteca a poca distancia, una estación de tren cercana y parques consolidados-, echaba de menos la compañía de su propia generación, ya que la mayoría de las viejas casas de madera de la zona estaban habitadas por personas mayores. Nell y Ted Wootton seguían siendo amigos y los vecinos sesentones del otro lado entablaban conversación a menudo a través de la valla, pero Anna añoraba uno o dos amigos más jóvenes con los que compartir parte de su mundo entre semana.

Shirley, bibliotecaria titulada desde mediados de 1973, trabajaba a tiempo completo en su recién adquirido puesto en la biblioteca de la Universidad de Queensland, y Mary tenía un trabajo a tiempo parcial ahora que sus dos hijos estaban en el colegio, así que ninguna de las dos estaba disponible durante la semana. Un trabajo, aunque sólo fuera unas horas a la semana, podría haber aliviado la sensación de aislamiento de Anna, pero Joseph no quería ni oír hablar de meter a Adam en una guardería, así que, sin familia cerca para cuidarlo, Anna seguía atada a tiempo completo a las tareas de la maternidad.

Las visitas a la playa de Shorncliffe resultaron ser experiencias positivas, y Anna conoció a varias madres jóvenes durante el verano mientras sus hijos jugaban juntos. Le gustaba especialmente Astrid, una rubia alta y bronceada con una hija de dos años. Un gran árbol de algodón daba sombra suficiente para que Anna y Astrid se sentaran una al lado de la otra, mientras Adam y Melinda cavaban en la arena o se acurrucaban en las toallas de playa para dormir la siesta después de comer.

Al principio, las dos mujeres hablaron de sus hijos, sus casas y las ocupaciones de sus maridos, temas seguros que ayudaron a fomentar una incipiente amistad. Astrid vivía en una vieja casa de madera a pocas calles de la playa que había pertenecido a sus abuelos noruegos. Ella y su marido

restauraban la casa los fines de semana, una tarea titánica que hizo que Anna agradeciera tener una nueva vivienda. El 69a de la Calle Harrow podía ser cutre, pero al menos las habitaciones tenían las paredes pintadas y los suelos en buen estado.

Tras varios encuentros playeros, las dos mujeres se aventuraron a salir del estrecho círculo de la domesticidad y empezaron a hablar de otros temas, como el feminismo emergente y el reformista primer ministro laborista Gough Whitlam, que había llevado a su partido al poder a finales del 72 tras veintitrés años en la oposición. A Astrid le interesaba especialmente la iniciativa de Whitlam de hacer más asequible la educación universitaria a los estudiantes de clase trabajadora, suprimiendo las tasas universitarias a los pocos meses de asumir el cargo.

Por fin un paso en la dirección correcta", comentó Astrid, "y pienso aprovecharlo dentro de poco".

Antes de que llegara Adam, soñaba con ir a la universidad", comentó Anna con nostalgia, mirando a los niños dormidos.

Un niño no me impedirá ir a la universidad. Helen Reddy tiene razón. Soy fuerte, soy invencible".

Gran canción", murmuró Anna. ¿Cuándo piensas matricularte en la universidad?

A finales de año. Quiero estudiar Filosofía y Letras. Espero poder dedicarme a la enseñanza. De secundaria, no de primaria".

Estoy impresionada. Lo tienes todo planeado'.

Lo he hablado con Rick y me apoya totalmente. Me inscribiré como estudiante madura. Hoy en día, hay plazas para mayores de veinticinco años. En ese caso, se tienen en cuenta tanto la experiencia vital como los requisitos de acceso".

¿Cómo te has enterado de todo esto?

Fue cosa de Rick. El año pasado vio un programa de televisión sobre estudios en la tercera edad y me sugirió que lo investigara, así que me puse en contacto con la Universidad de Queensland. Me enviaron un montón de documentación sobre el programa. Hacía tiempo que hablaba de seguir estudiando. Siempre me arrepiento de no haber ido a la universidad nada más salir del colegio".

¿Por qué no lo hiciste?

Primero quería viajar, descubrir mis raíces. Siempre preguntaba a mis padres por nuestros parientes noruegos y alemanes. Los abuelos de papá vinieron de Hamburgo a principios de siglo, los padres de mamá de Bergen en los años veinte. En fin, para abreviar, me propusieron ir a Europa de vacaciones por trabajo. Hablo bien noruego y mi alemán no está mal, ya que lo estudié en la escuela, así que no fue difícil encontrar trabajo".

¿Conociste a Rick allí?

Astrid asintió. Pensé que me enamoraría de un noruego o alemán alto y rubio. En cambio, conocí a un pelirrojo fornido de Brisbane con ascendencia irlandesa, que también estaba de vacaciones. Qué ironía".

Anna sonríe. El amor es un asunto extraño, eso está claro. Cuando conocí a Joseph, no lo consideraba un buen marido. Para empezar, nuestros orígenes eran demasiado diferentes". Hizo una pausa, recordando la reacción de su madre ante el nuevo hombre en la vida de su hija. Mamá no lo aprobaba al principio. Decía que se encogía cada vez que Joseph abría la boca. Pero, a pesar de su acento de Hampshire y su gramática chapucera, se lo ganó y ahora le parece maravilloso".

Así son tus madres. La mía cree que me casé demasiado joven y que no sabía lo que hacía. Ella hubiera preferido un yerno con un doctorado, así que no piensa mucho en un fontanero'.

Un oficio útil, habría pensado, especialmente con todas tus renovaciones'.

Totalmente de acuerdo. Además, le quiero un montón". Astrid se volvió para atender a Melinda, que gemía al despertarse del sueño. '¿Tienes calor, mi mascota? No te preocupes. Iremos a nadar cuando Adam se despierte'.

No hace falta que nos esperes", dijo Anna, consciente de la repentina necesidad de reflexionar sobre las noticias de Astrid. La mención de la experiencia vital como criterio para acceder a la universidad le había hecho pensar que ella también podría plantearse seguir estudiando cuando Adam empezara la escuela. Dadas las opiniones de Joseph sobre el cuidado de los niños y la falta de abuelos cerca -suponía que los padres de Astrid y Rick ayudarían a cuidar de Melinda-, no podía plantearse solicitar plaza hasta dentro de dos años. No importaba; sería la luz al final del túnel, un rayo de esperanza al que aferrarse en los días difíciles. Una mezcla de metáforas, pensó, y se acordó de los poemas inacabados tirados a la papelera. ¿Por qué se había rendido tan fácilmente, permitiendo que unas semanas de bloqueo de escritora dictaran el futuro de una actividad que disfrutaba?

La respuesta llegó al instante, abofeteándola como las olas que golpean las playas del océano. Con un cosquilleo en la piel, decidió que no habría más estancamiento, que no evitaría un asunto que amenazaba el tejido mismo de su matrimonio. Esa misma noche hablaría con Joseph y le diría que un segundo hijo era imposible. No lo pospondría hasta que se sintiera más capaz de hacer frente a las exigencias de la maternidad, él se lo había sugerido. Después de dos años y medio, la situación seguía siendo muy clara. No se adaptaría al papel. Carecía del intenso impulso maternal que experimentaban la mayoría de las mujeres y temía que un segundo hijo la llevara al límite.

Anna no dudaba de que quería a Adam, pero había momentos en que su comportamiento la exasperaba tanto que le daba más bofetadas de las necesarias. La huella de su mano en el dorso de su pierna o en sus nalgas la avergonzaba profundamente y, después, lo abrazaba y besaba hasta tal punto, que él luchaba por liberarse, como si le preocupara más su remordimiento que la bofetada. Odiaba tener que quedarse en casa con un niño pequeño, pero le aterraba la idea de que las autoridades le retiraran a Adam si Joseph o cualquier otra persona descubrían pruebas de sus abusos.

Meses antes, había estado a punto de confesarle a Elizabeth su pérdida de control -hablaban de las dificultades de criar a los hijos sin el apoyo de la familia-, pero el momento había pasado y desde entonces no había habido oportunidades para exponerse con franqueza. El miedo a perder la amistad había mantenido a Anna en silencio; disfrutaba de las visitas a Bli Bli y apreciaba especialmente el deleite de la pareja mayor ante la presencia de Adam. Recordó el día en que se encontraron con Ian en la playa de Shangri-La; su placer al amamantar a Adam; su intento de tranquilizarla mencionando las dificultades de su esposa con la nueva maternidad décadas atrás. Anna no podía imaginarse a Elizabeth descargando sus frustraciones con un niño pequeño. Siempre que se encontraban, irradiaba serenidad, sin levantar la voz cuando Ian volcaba su copa de vino -algo habitual, ya que siempre gesticulaba salvajemente al contar aventuras pasadas- o Adam derramaba cordial en el suelo. La sabiduría se gana con la edad, supuso Anna, esperando adquirir paciencia y ecuanimidad con el tiempo.

La invadió un fuerte olor que la hizo volver rápidamente a lo inmediato. Arrugando la nariz, miró a Adam, que estaba ocupado investigando su ropa.

Mira, mamá, una gran caca". Le acercó el objeto ofensivo y se rió cuando ella retrocedió. Chico listo", añadió repitiendo las palabras de su madre.

Anna resistió el impulso de reprenderlo, lo cogió en brazos y corrió por la playa hacia el agua.

LUCHA O HUYE

Los platos sucios seguían en el escurridor, pero Anna consideró más importante continuar la conversación, así que se reunió con Joseph en el porche delantero, donde se había retirado después de cenar para terminar la botella de vino que le había proporcionado aquella tarde un cliente satisfecho. En lugar de esperar al fin de semana para beberse el vino -rara vez bebía otra cosa que no fuera cerveza entre semana-, Joseph había abierto la botella en la mesa, ya que Adam se había acostado temprano. Cansado de un día de sol y natación, el niño casi se había dormido durante la cena, dando a sus padres la oportunidad de prolongar su comida.

Según mi cliente", comentó Joseph cuando Anna bebió su primer sorbo, "este vino es la primera añada de la bodega Yarra Yering de Victoria y, a pesar de su etiqueta poco inspiradora, es un vino muy bueno".

Estoy de acuerdo con él", respondió ella mirando la etiqueta. Vino tinto seco nº 1. También tenía razón con la etiqueta".

Siguieron unas risas espontáneas que aliviaron la ansiedad que sentía desde que tomó la decisión en la playa de Shorncliffe. Después de dos copas de vino, una buena comida y con la brisa del atardecer refrescando sus mejillas quemadas por el sol, se sintió lo suficientemente relajada como para plantear la segunda pregunta sobre el bebé.

Me sorprendió que me regalaran vino. Normalmente es cerveza o entradas para el rugby", comentó Joseph, mientras los labios de Anna se entreabrían para hablar. Los únicos australianos que conozco que beben vino son Ian y Elizabeth. El otro día, uno de mis colegas me llamó plonkie cuando mencioné que bebía vino con las comidas".

¡Plonkie! Eso es nuevo para mí. Pero tienes razón. Beber vino no parece formar parte de la cultura australiana de la bebida. Esperemos que la

situación cambie. Tu cliente obviamente disfruta del vino.

Es del sur de Italia. Parece un jefe de la mafia con su cabello peinado hacia atrás y sus trajes negros. Me dijo que vino de Sicilia con sus padres y dos hermanas después de la guerra. Ahora son diez. ¡Qué puñado!

Lánzate, chica, es ahora o nunca, pensó, descruzando las piernas y sentándose derecha. Sobre el tema del número de miembros de la familia, creo que es hora de resolverlo de una vez por todas".

No hay tiempo como el presente", respondió Joseph, inclinándose hacia ella, con los ojos brillantes como el vino. Vayamos a la cama y empecemos de una vez".

A ella se le oprimió el pecho, reteniendo el aliento necesario. Creo... - comenzó, con la voz tan débil como el agua que había tragado entre copas de vino. Se concentró en el proceso de respiración, inhalación-exhalación, inhalación-exhalación, cada acción un esfuerzo hasta que la banda alrededor de su pecho se aflojó. No lo entiendes", dijo, intentando mantener la calma. No puedo tener otro hijo".

Su mano libre se estiró para acariciarle el muslo desnudo. Cariño, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Está seguro el médico?

Suspiró. ¿Por qué se lo ponía tan difícil? No es un problema médico. Al menos, no en el sentido que tú le das".

¿Entonces qué?

Escúchame, por favor.

Retiró la mano y se sentó en la silla con los brazos cruzados.

Es una cuestión de salud mental", continuó ella, habiendo decidido que no tenía sentido andarse con rodeos. No podría hacer frente a otro bebé, ni el año que viene, ni el siguiente, ni en ningún momento en el futuro. Si tuviera que quedarme en casa otros cinco o seis años, me volvería loca".

Supongo que te refieres a una crisis nerviosa", murmuró él.

Ella jugueteó con el dobladillo de sus pantalones cortos, buscando en su mente las palabras adecuadas. Palabras que no hirieran demasiado profundo y destruyeran el amor entre ellos, que ella creía que seguía siendo fuerte, a pesar de su reciente animosidad. He intentado adaptarme a la maternidad, pero, como seguramente habrás notado, no lo he conseguido del todo. Un embarazo planificado podría haber ayudado, pero lo dudo. Necesito...'

"¿Y que sobre las necesidades de Adam?", interrumpió. ¿No deberían ser prioritarias?

Claro que sí. Intento ser una buena madre. Le llevo de excursión, juego con él, le leo. Es sólo que a veces..." Titubeó, sintió que entraba en acción la autopreservación, empujando la sincera revelación por la barandilla del balcón y saliendo a la cálida noche. A veces siento que la vida me pasa de largo y quiero gritar".

Estoy segura de que no eres la primera madre que se siente así. Lo que necesitas es relacionarte más con otras madres de niños pequeños. Un grupo de madres, o algo parecido. A Adam le gustaría conocer a otros niños más a menudo y podríais charlar mientras los niños juegan'.

A Anna no se le ocurría nada peor que charlar con un grupo de madres, de las que se esperaba que arrullaran a los bebés o se explayaran sobre el control de esfínteres de los niños pequeños. Su experiencia en la clínica maternoinfantil le había enseñado que la mayoría de las madres sólo tenían un tema de conversación. Se miró los pies, curtidos por ir descalza la mayor parte del año, calzado que sólo se ponía cuando salía del ámbito doméstico. No hace mucho le encantaban los zapatos: bonitas sandalias, elegantes zapatos de salón, coloridas zapatillas. Llevaba las uñas de los pies bien cortadas, esmalte al menos una vez a la semana y crema hidratante todas las noches para que la piel estuviera suave. Ahora tenía los talones agrietados, los dedos separados y las uñas sucias a pesar de frotarlas en la ducha. Lo que necesito es un trabajo a tiempo parcial que me devuelva la autoestima".

"¡Mujer egoísta! le espetó Joseph. ¿No puedes esperar a que vaya al colegio?

No me refiero a ahora. Estaba pensando en el año que viene, cuando vaya a la guardería'.

¿Cuántas horas a la semana van los niños a la guardería?

Tres medias jornadas a los tres años. Nueve hasta los dos, creo que dijo Astrid'.

¿Astrid?

La mujer que conocí en la playa de Shorncliffe hace unos meses. Estoy seguro de que te hablé de ella. Espera ir a la universidad el año que viene, cuando su hija esté en edad de ir a la guardería".

Necesitará más de quince horas a la semana para estudiar en la universidad'.

Su madre la ayudará y su marido la apoya totalmente'.

Bien por él. Joseph vació su copa de vino. Pero tu madre no está, Anna, así que la situación es completamente diferente. Además, no hay muchos trabajos que encajen con el horario de guardería. No te veo como cajera con tu acento de mamá".

Anna se encrespó, tentada de preguntar si el acento australiano era un requisito para trabajar en un supermercado. En lugar de eso, murmuró: "Al menos a las cajeras les pagan".

Así que te estoy dejando sin dinero, ¿eh? ¿Quieres más ropa? ¿Más gasolina para ir de aquí para allá?

No, y la limpieza de la casa es suficiente, gracias", dijo apretando los dientes.

Bien. Se inclinó para coger la botella de vino vacía. Admito que unos dólares más no te vendrían mal, pero tal como están las cosas, tendrás que

aguantar un par de años más. Búscate un hobby, ve a una clase nocturna si estás tan desesperado por salir de casa'. Se puso en pie. "Vamos, chica, hora de dormir.



Durante los días siguientes, Anna pasó horas pensando en su siguiente paso. Estaba segura de que a Adam le gustaría jugar con otros niños dos o tres días a la semana, pero sintió la tentación de buscar trabajo inmediatamente como represalia por las inflexibles opiniones de Joseph sobre el cuidado de los niños. Adam, un niño sociable, a menudo montaba una rabieta al salir del patio o de la playa, y ella tenía que llevárselo a rastras, con su pequeño cuerpo rígido, sus gritos lo bastante fuertes como para provocar giros de cabeza y comentarios sobre la estricta crianza de los hijos. ¿Qué dirían las madres indulgentes si supieran que se había negado a tener otro hijo?

Desde que Adam había cumplido dos años, completos desconocidos le preguntaban con frecuencia cuándo iba a tener un compañerito para su hijo, una pregunta que ella consideraba una impertinencia y a la que siempre respondía con un vago: "Nos lo estamos pensando". Por lo que sabían aquellas entrometidas, podía estar "intentando tener un bebé" -expresión que Anna aborrecía- sin éxito o tener un problema de salud que le impidiera un segundo embarazo. La próxima vez que alguien le preguntara por sus planes reproductivos, cambiaría su expresión por una de melancolía y, entre largos suspiros, describiría un grave defecto cardíaco. Hizo una nota mental para buscar las afecciones cardíacas en la enciclopedia de la biblioteca.

La oportunidad llegó antes de lo esperado, ya que varios días de fuertes lluvias impidieron las visitas a la playa o al parque infantil. Después de acomodar a Adam con un libro ilustrado de la sección infantil de la biblioteca, Anna se apresuró a ir a las estanterías de consulta y sacó el volumen H a M de una enciclopedia de los años sesenta. Arriesgándose a recibir una reprimenda de la bibliotecaria de aspecto severo sentada tras el

mostrador de préstamos, arrastró el pesado libro hasta la zona infantil y se sentó en una pequeña silla junto a Adam.

Barco, mamá", anunció él mientras ella abría la enciclopedia.

Chico listo", respondió ella, mirando un barco rojo con velas blancas que flotaba sobre un mar azul. ¿Qué más puedes ver?

Madre e hijo pasaban las páginas, estudiaban el texto y las imágenes. Adam no tardó en aburrirse y, tirando el libro al suelo, se dirigió a una mesa de tamaño infantil donde los rompecabezas de madera ofrecían una actividad más interesante. Absorta en sus defectos cardíacos congénitos, Anna no se dio cuenta de que la bibliotecaria se acercaba. Es importante enseñar a los niños a respetar los libros", comentó la mujer de mediana edad en un fuerte susurro.

Anna tardó unos instantes en levantar la cabeza. Perdone, ¿qué ha dicho?

La bibliotecaria señaló el libro ilustrado que yacía abierto boca abajo sobre el suelo pulido.

Lo siento. Creía que aún lo estaba mirando". Desplazó la pesada enciclopedia hasta el asiento que Adam había dejado libre y se agachó para coger Johnny se hace a la mar.

La bibliotecaria esbozó una pequeña sonrisa cuando Anna cogió el libro.

No volverá a ocurrir, se lo aseguro", susurró Anna, sintiendo la necesidad de una disculpa.

Dígame, ¿en qué está tan absorta?

Defectos del tabique ventricular'.

Oh, vaya. No es tu hijo, ¿verdad?

Anna negó con la cabeza. Me acabo de enterar de que un amigo tiene un agujero en el corazón. He pensado en buscar más información sobre esta

enfermedad".

La bibliotecaria asintió con la cabeza y se sentó en la silla vacía a la izquierda de Anna. Mi sobrina tenía esa enfermedad. Una chica encantadora, pero no quiso seguir los consejos del cardiólogo. Hizo caso a su marido".

Anna notó el tiempo pasado y supuso que la sobrina había muerto.

Mañana hará cinco años y todavía me enfado pensando en lo que pasó. El cardiólogo le recomendó un solo embarazo, pero su marido quería otro hijo. A Nancy le costó la vida".

Anna alargó la mano para tocar el brazo de la anciana. Qué horror. ¿Por qué no operaron a su sobrina para reparar el defecto?

Cuando le diagnosticaron la CIV a Nancy en mil novecientos sesenta, sólo tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir a la operación. No era mortal, así que los médicos aconsejaron a sus padres que no se arriesgaran a operarla. Dijeron que Nancy tendría una vida normal si respetaba algunas restricciones, como no hacer deporte, tener un solo hijo y tomar antibióticos antes de intervenciones dentales o quirúrgicas. No es mucho pedir, ¿verdad?

No. Anna quiso añadir: "Los hombres son tan egoístas", pero pensó que ese comentario sería inapropiado.

La bibliotecaria se puso en pie. Gracias por escucharme. Le deseo lo mejor a su amiga".

Anna sonrió y, pensando en Astrid, dijo en voz baja: "Oh, ella y su marido están muy contentos con su única hijita".

La bibliotecaria asintió y se apresuró a volver a su escritorio.



La próxima vez que Anna se encontró con Astrid en la playa de Shorncliffe, repitió tanto la conversación de la biblioteca como la del balcón. A Astrid le divirtió el plan de Anna para frustrar las preguntas sobre el segundo hijo y se sintió aliviada de que Joseph hubiera aceptado la decisión de no tener un segundo hijo. Sigo sin entender su objeción a las guarderías", añadió Anna, mientras Astrid se estiraba a su lado en una colorida toalla de playa. Sería mucho más feliz si tuviera un trabajo. Incluso un día a la semana me ayudaría".

Mi consejo es que busque uno. Pronto se hará a la idea".

Supongo que sí. Intentó imaginar la reacción de Joseph y se sintió consternada ante la idea de verse envuelta en una intensa discusión. No quería arriesgarse a crear una ruptura que no pudiera curarse.

He apuntado a Melinda en la guardería Sandgate para el año que viene", comentó Astrid, mirando a su hija, que estaba muy ocupada dando palmaditas al castillo de arena de Adam. Es un sitio estupendo, situado justo al lado de la guardería. De hecho, ocupa la mitad del mismo edificio. Una valla separa las dos secciones, así que los niños de kindy cuyas madres no pueden recogerlos a las dos son llevados al lado. El director me dijo que el personal los llama "los niños de la valla". Justo para Melinda, si me aceptan en la uni. Mi plan es asistir a tiempo parcial hasta que ella vaya a la escuela: dos asignaturas por semestre y clases nocturnas si es posible".

Desearía tener mi vida ordenada como tú.

No ordenada, Anna, planificada. Si no consigo entrar en la universidad, tendré que replanteármelo".

"¿Un trabajo?

Me niego a considerar un plan B en este momento.

Me parece bien. Anna se levantó. ¿Te apetece nadar?

Astrid asintió. Claro, hace un poco de calor'. Se incorporó y cogió los "flotadores" de Melinda, los brazaletes amarillos hinchables recomendados para bebés y niños pequeños. Vamos, niños, hora del agua'.

Dos cabezas despeinadas levantaron la vista y unas manos pequeñas se deshicieron de unas palas de plástico. Bien", exclamó Adam y se lanzó al mar.

Espérame", gritó Anna, corriendo tras él. Necesitas tus flotadores".

Se encontraron en aguas poco profundas, y Anna consiguió agarrar el traje de Adam mientras éste corría de cabeza por un banco de arena. Con las nalgas flacas tambaleándose, Adam se la quitó de encima y desapareció en un profundo canal. Ella se zambulló tras él, localizó el cuerpo que se retorció -él estaba haciendo un valiente intento de remo- y, agarrándole la cintura por detrás, le sacó la cabeza del agua. Ya a salvo en el banco de arena, le dio la vuelta. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Nadando", contestó él, separando los labios en una sonrisa pícara. Chico listo".

Inteligente no, travieso. Nunca debes meterte en el agua sin mí".

Le tembló el labio inferior.

Hoy no hay helado para Adam.

Empezó a lloriquear, con lágrimas saladas y agua mezclándose en sus mejillas sonrojadas.

Ella lo llevó a la orilla, tragándose su propio impulso de llorar.

ACEPTACIÓN

El verano se prolongó hasta bien entrado el mes de abril, con la incesante humedad alta creando discordia en muchos hogares suburbanos mientras los ventiladores de pedestal y de techo luchaban por enfriar las viviendas sobrecalentadas. Las vacaciones de Semana Santa proporcionaron cierto alivio, ya que muchas familias partieron hacia las costas norte y sur en coches cargados de material de acampada. A falta de fondos suficientes para alquilar una caravana o comprar una tienda de campaña, Anna y Joseph decidieron hacer excursiones de un día a cualquier lugar que ofreciera sombra y la posibilidad de sumergirse en agua fría. El éxodo masivo de los suburbios significaba playas abarrotadas, además de dificultades para encontrar aparcamiento, así que abandonaron las zonas costeras y se adentraron en el monte.

Nadar en arroyos frescos de varias zonas del interior de Sunshine Coast resultó una experiencia deliciosa. A la sombra de enormes eucaliptos, estos lugares de picnic menos populares -incluso en Semana Santa- ofrecían un bienvenido respiro de los suburbios. En algunos lugares, el agua caía sobre suaves peñascos y desembocaba en pozas poco profundas, dando a Adam la oportunidad de remar y navegar en barcas de plástico, mientras sus padres observaban desde las orillas cubiertas de hierba o desde aguas más profundas a mitad de la corriente. Con el casi desastre de Shorncliffe aún fresco en su memoria, Anna se había asegurado de atar flotadores a los brazos de su intrépido hijo en el momento en que Joseph había apagado el motor de Viv.

Los cuatro días pasados en el tranquilo monte disiparon por fin el manto de tensión que se había cernido sobre el 69a de la Calle Harrow durante meses, dando a Anna esperanzas de un futuro armonioso. Habría alguna que otra discusión, por supuesto -algo natural en cualquier relación-, pero ella creía que lo peor ya había pasado, ahora que Joseph había aceptado su decisión

de tener un bebé. Aparte de parecer más relajado por las tardes, no encendía la televisión nada más entrar por la puerta y, tras despojarse de su ropa y zapatos de trabajo para ponerse unos pantalones cortos, se metía en la cocina para charlar mientras ella preparaba la cena. También prestaba especial atención a Adam, uniéndose a su hijo antes de acostarse en la alfombra del salón para construir torres con ladrillos de madera, o construir con los nuevos ladrillos Lego Duplo diseñados para niños en edad preescolar. Adam chillaba de alegría cuando su padre lo columpiaba o fingía ser un dinosaurio y lo perseguía a cuatro patas entre los muebles. Como a muchos niños pequeños, a Adam le fascinaban esos enormes reptiles de épocas pasadas, sobre todo el Tyrannosaurus Rex, al que llamaba "dientes de seis pulgadas", ya que la clasificación en latín superaba su capacidad de dos años. Sobreestimulado, tardaba más en calmarse a la hora de acostarse, pero Anna consideraba que era un pequeño precio a pagar por una mayor participación paterna.

Su padre rara vez había jugado con sus hijas cuando eran pequeñas y ni se le habría ocurrido sentarse en el suelo o gatear alrededor de los muebles. En consonancia

con la mayoría de los padres de los años cincuenta, al volver a casa del trabajo se dirigía a su sillón favorito, para refugiarse tras el periódico de la tarde hasta que se servía la cena. En las tardes claras de verano, podía jugar a la pelota o empujar a una u otra hija en el columpio, pero por lo general se pasaba el tiempo regando las verduras o escardando, irritando a su madre al llevar su camisa blanca de oficina y sus pantalones de traje, en lugar de cambiarse a prendas más adecuadas.

A veces, mientras Anna desabrochaba las camisas de trabajo de algodón de manga corta y los pantalones cortos a medida de Joseph del Hill's Hoist tras menos de dos horas al sol, se imaginaba a su madre tendiendo las prendas húmedas en un tendedero de madera frente al fuego durante los largos meses de invierno. Luego, fuera cual fuera la temperatura, se estremecía al recordar el invierno en su primer piso: la ropa interior tendida para secar sobre radiadores tibios, la ropa pesada colgada en un tendedero colocado

sobre la bañera. Lavar la ropa en invierno en Inglaterra había sido un proceso interminable que esperaba no volver a repetir.

A finales de abril llegó un tiempo más fresco y menos húmedo y, con él, una larga carta de Inglaterra con buenas noticias. Sus padres planeaban una visita en septiembre y querían saber si quedarse seis semanas con su hija y su yerno sería demasiado. Anna se rió del lenguaje formal de su madre. La perspectiva de una compañía adulta era más un placer que una molestia. Contestó al día siguiente, asegurando a sus padres que sería un placer enseñarles su tierra adoptiva -al menos la parte sudeste de Queensland-, presentarles a sus amigos y familiarizarlos con el estilo de vida australiano. En su entusiasmo, olvidó mencionar la posibilidad de conocer a su primer nieto, así que tuvo que estropear la primera hoja de papel de correo aéreo y empezar de nuevo. Gracias a Dios, Joseph no había leído su carta, como solía hacer antes de que ella cerrara el sobre.

Desde la segunda discusión sobre el bebé, Anna había intentado parecer satisfecha con su suerte en deferencia a la comprensión de Joseph. Se había preparado para un largo debate que desembocaría en una agria discusión y se preguntaba si su insinuación de una futura enfermedad mental había sido el catalizador de su capitulación. Meses antes, viendo un documental de televisión sobre la creciente prevalencia de los trastornos psiquiátricos, Joseph había expresado horror ante el tema y había abandonado la habitación.

Cuando regresó de "dar una vuelta a la manzana para despejarme", le habló de su difunto tío Norman, un pariente que Anna no conocía ni sabía que existía. Norman Fletcher, un aviador derribado sobre Alemania y hecho prisionero durante dos años, había vuelto a casa en el 45 atormentado por sus experiencias y estuvo entrando y saliendo de hospitales psiquiátricos durante décadas. El año en que Joseph cumplió catorce años, compartió su habitación con el tío Norman durante seis meses, mientras éste, de sesenta años, declarado incapacitado para trabajar y beneficiario de una pensión de guerra del cien por cien, esperaba un piso de protección oficial. Casi todas las noches, Joseph se había despertado con gritos y alaridos de "¡Se está hundiendo!" y "¡El cabrón tiene al artillero!".

Puede que el hecho de haber sido testigo de la terrible desintegración de un tío en su adolescencia influyera en el Joseph adulto, pero cualquiera que fuera la razón de su aceptación, Anna se sintió agradecida por un marido que había reconocido sus preocupaciones como auténticas y no como los desvaríos de un ama de casa aburrida. Decidió no seguir el consejo de Astrid y aplazó toda idea de buscar trabajo hasta que Adam estuviera instalado en la guardería. La visita de sus padres la distraería de los asuntos domésticos, tanto durante su estancia como antes, mientras planeaba un itinerario de vacaciones.

Una segunda carta recibida en una lluviosa mañana de mayo confirmaba las fechas de llegada y partida, lo que dio lugar a cuestiones más prácticas. Necesitarían una segunda cama de matrimonio, almohadas y ropa de cama, además de toallas de baño nuevas para reemplazar las que estaban descoloridas y finas de tanto lavarlas; todos artículos costosos que harían mella en sus escasos ahorros. El transporte también era un problema ahora que Joseph había decidido tomarse tres semanas de permiso durante la visita de sus suegros, ya que Viv era demasiado pequeño para alojar a cuatro adultos y un niño. Aunque los sistemas de retención infantil en los vehículos aún no eran obligatorios en todos los estados, atrás quedaban los días en que los niños pequeños podían sentarse en las rodillas de los adultos. Adam llevaba un asiento elevador que le permitía ver por la ventanilla y estaba sujeto con un cinturón de seguridad, uno de los cuatro que Joseph había instalado a pesar de que la legislación vigente sólo cubría los coches nuevos.

Podríamos alquilar un coche más grande", sugirió Anna, tras una larga discusión sobre el gasto necesario para acoger a sus padres durante seis semanas.

Joseph se lo pensó, con una mano apoyada en la rodilla de ella y la otra en una copa de vino. Estaban sentados uno al lado del otro en el sofá de tres plazas, en lugar de en los sillones individuales que les gustaban cuando hacía calor. Es una pérdida de dinero. ¿Tal vez podríamos tomar prestada la camioneta de Rog?

De ninguna manera. ¿Y si tenemos un accidente?

El seguro lo cubriría.

Pero piensa en las molestias que les causaría'.

Joseph retiró la mano de su pierna y se rascó la barbilla. Tienes razón. Entonces, ¿cuál es la alternativa?

Anna se encogió de hombros. Estoy demasiado cansada para pensar, después de estar todo el día buscando otra cama en tiendas de segunda mano".

¿No ha habido suerte?

Sacudió la cabeza y bostezó. Me voy a la cama. ¿Vienes?

De repente, Joseph se dio una palmada en el muslo desnudo, expulsando gotas de vino tinto de su copa a sus pantalones cortos azul pálido. Un problema resuelto", declaró, sin reparar en las manchas que se extendían. Pondremos a tus padres en nuestra habitación y Rog y Mary nos prestarán un par de camas y sacos de dormir. Sólo los usan en Pascua y Navidad".

Chico listo", exclamó ella, inclinándose hacia él y plantándole un beso en la mejilla bronceada. Y así no abarrotaremos el estudio permanentemente".

De todos modos, a esa habitación le vendría bien algo más que un escritorio y un antiguo archivador. Sigue buscando otra cama. Vamos a recibir más visitas de Inglaterra y no es que nadie estudie allí. Además, ahora que no necesitamos el espacio para un segundo hijo, podemos amueblarla como habitación de invitados".

El color inundó sus mejillas, amenazando con traicionar un secreto bien guardado. Se levantó rápidamente, caminó por el pasillo hasta el aseo y cerró y atrancó la puerta tras de sí.



Las yemas de los dedos golpeaban las teclas de la máquina de escribir y la campana de retorno de carro reverberaba por la habitación como si un vendedor impaciente estuviera en la puerta principal. La narración estallaba en su mente, pero la falta de práctica apenas le permitía seguir el ritmo.

Le enseñaré para qué utilizo el estudio, pensó, sacando una tercera hoja de la Olivetti. Llegó a sus oídos el murmullo de los niños del segundo dormitorio. Maldita sea", dijo en voz alta, escuchando el golpeteo de unos piecitos sobre el suelo pulido. Inclined sobre la máquina de escribir, sintió la presencia de Adam en la puerta del estudio, así que se obligó a preguntar alegremente. ¿Has dormido bien, muñeca?

No he dormido nada. Se acercó al escritorio y se quedó de pie junto a ella, chupándose el dedo, con un peluche muy querido y casi raído en la mano libre.

Bebe, preguntó ella, con la frase agotada.

Él le puso el peluche en el regazo. Primero ve al baño, Adam, buen chico, declaró entre chupadas y salió a toda prisa de la habitación.

Su irritación se disipó cuando cerró la cremallera de la funda azul de la máquina de escribir, una protección necesaria contra los dedos curiosos. Adam era un buen chico, sobre todo, y su impaciencia con un niño que se encontraba en medio de los "terribles dos años" -la etiqueta de Astrid- era un defecto que debía intentar superar. La conclusión de su nueva historia corta, La ventana, podía esperar hasta mañana, ya que los detalles estaban claros en su mente.

Al día siguiente, por la tarde, se produjo una segunda oleada de creatividad, además de una inesperada llamada telefónica de Shirley en la que le daba detalles sobre un concurso de relatos cortos organizado por la Asociación

de Escritores Australianos, sección de Queensland. Después de publicar su obra, Anna seguía sin comprender por qué un concurso en particular había eliminado sus dudas, pero seguía decidida a escribir siempre que se le presentara la oportunidad.



Los meses de invierno transcurrieron en un frenesí de actividad física y cerebral. Los preparativos para la visita de sus padres avanzaban a buen ritmo, Anna lavaba cortinas, limpiaba la pintura y ordenaba los armarios como si su madre fuera a inspeccionar cada rincón de la casa. Los fines de semana, Joseph trabajaba junto a ella en el jardín, plantando, deshierbando y podando, mientras Adam hacía su parte recogiendo material desechado y cargándolo en su pequeña carretilla. A veces volcaba el contenido sobre la losa de hormigón bajo la veranda trasera, o cogía puñados de ramitas y los lanzaba hacia el cielo, riendo mientras salpicaban el césped. En estas ocasiones, era Joseph y no Anna quien se mostraba intolerante y ella tenía que recordarle que su hijo aún no había cumplido los tres años, por lo que no podía esperarse que se comportara como un jornalero adulto.

Durante todo el invierno, la oscuridad descendía poco después de las cinco, ofreciendo tiempo adicional para la poesía y la prosa. Después de bañar a Adam, Anna dejó de lado sus buenas intenciones maternas y lo sentó frente al televisor, antes de retirarse al estudio durante una hora para editar el trabajo de la tarde. La carpeta roja no tardó en abultarse, lo que obligó a comprar una segunda carpeta de anillas, pero su creatividad siguió siendo clandestina, ya que no podía arriesgarse a perturbar la armonía del hogar. Esposa y madre podían ser las etiquetas que le asignaba una sociedad todavía tradicional, pero su mundo interior favorecía una clasificación diferente, que esperaba que cambiara con el tiempo y la práctica. Sin publicar, se resistía a llamarse a sí misma Escritora y optó por el más preciso Aprendiz de Palabrera.

Llegó septiembre, que trajo calor y padres frioleros, un tercer cumpleaños celebrado en una terraza soleada, tarta y velas, además del deseo de una joven madre de que continuara la inspiración. Anna se alegró de tener la oportunidad de desfilas por su país preferido y pasó las dos primeras semanas llevando a sus padres a sus lugares favoritos a una distancia razonable en coche. Ya fuera haciendo un picnic en el pasaje de la isla de Bribie o paseando por la exuberante selva tropical de Mount Glorious, ensalzaba las delicias de vivir "allá abajo", empleando más adjetivos que un verborreico poeta del siglo XIX.

Te has tragado un diccionario de sinónimos", comentó su padre una tarde, mientras comían un helado en la playa de Sandgate, con la marea alta asegurando una agradable vista de la bahía de Moreton.

No, sólo quiero que sepáis lo mucho que me gusta vivir aquí". Emigrar ha sido la mejor decisión que Joseph y yo hemos tomado hasta la fecha".

Su madre sonríe. Me alivia ver que Australia te va bien, querida. Tengo que admitir que estaba preocupada. Mudarse a la otra punta del mundo me parecía un paso enorme a menos de un año de casados".

Queríamos aventura, explorar otro país y adoptar un modo de vida diferente. En cuanto al momento, nos pareció sensato aprovechar la oportunidad antes de dedicarnos a la paternidad y a la hipoteca".

Su padre asintió y le dio una palmada en el hombro. Has hecho bien, querida. Una casita preciosa y un jardín precioso". Se levantó del asiento y se dirigió a su nieto, que ahora estaba ocupado persiguiendo gaviotas.

Típico de tu padre. Olvidó mencionar tu logro más importante".

Anna se abstuvo de hacer comentarios y centró su atención en un velero que cruzaba la bahía.

¿Planeas tener otro hijo pronto?

Anna suspiró, una enfermedad cardíaca ficticia no le servía de nada en esta ocasión.

¿Está resultando difícil esta vez?

Reacia a arriesgarse a una respuesta verbal -su madre siempre había sabido cuándo mentía-, Anna bajó la mirada.

Cariño, lo siento mucho. No volveré a mencionar el tema".

Agradecida por el indulto, Anna levantó la cabeza y sonrió dándole las gracias.



Una inesperada visita nocturna de su vecino Ted, que rara vez salía después de ducharse a las cinco de la tarde, desterró todo recuerdo de aquella incómoda conversación junto a la bahía. Tras rechazar la oferta de una cerveza y un cómodo sillón, el anciano se sentó en una silla de comedor y se embarcó en una prolija exposición de los méritos del Holden Kingswood en comparación con los del Vauxhall Viva.

¿Estás intentando venderme tu coche? preguntó Joseph, cuando por fin Ted hizo una pausa para respirar.

De ninguna manera, amigo, no podría vivir sin el Kingswood.

Entonces, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

Ted estudió sus zapatillas gastadas. Sabía que tenía que haber traído a Nell. Es tan buena explicando'.

Joseph se inclinó hacia delante. "Lo siento Ted, no entendí eso.

"Bueno, es así. Ted levantó la cabeza y miró directamente a Joseph. He visto a tu señora salir con sus padres en el Vauxhall y le he dicho a Nell: "Creo que va a ser un infierno cuando el joven Joe se tome sus vacaciones"". Hizo una pausa para tomar aliento. Me preguntaba si querías que te prestara el Kingswood. Caben cinco adultos sin problemas y el asiento que hice para los nietos cuando eran pequeños será perfecto para los pequeños".

Anna se levantó de un salto y se apresuró a cruzar la habitación. Oh Ted, ¡eso sería maravilloso! Le plantó un beso en la mejilla, para vergüenza del viejo.

Se oyó un coro de agradecimientos, seguido de la insistencia en brindar por el magnánimo gesto de Ted. Joseph se apresuró a ir a la nevera a por cerveza y vino, con Anna detrás para asegurarse de que elegía los vasos adecuados.

Las voces inglesas se alzaron al unísono. Ted sonrió mientras los vasos tintineaban, con una botella de cerveza entre sus curtidos dedos.



El último día de la visita de sus padres, Anna estaba preparando un almuerzo ligero cuando Adam entró corriendo en la cocina con una carta en la mano. En los últimos meses, ella le había permitido recoger el correo por su cuenta, una tarea que él disfrutaba y que, hasta el momento, había realizado sin incidentes.

Ha sido el cartero", declaró, metiendo el sobre en el bolsillo de sus pantalones cortos.

Gracias, Adam. ¿Sólo la de hoy?

Él asintió y levantó dos dedos.

Sí.

Sí. Dos cartas para la abuela Nell.

Sus padres estaban haciendo la maleta en el dormitorio, al alcance del oído, así que ella se arrodilló y dijo en voz baja: "Adam, no debes vaciar los buzones de otras personas".

La abuela Nell me dejó.

¿Te ha pedido que le traigas el correo hoy?

No. Dijo que era de gran ayuda'.

Anna suspiró. Ella tendría que correr al lado para comprobar lo que Adam había hecho con el correo de los Wootton. Él no tenía ningún problema en abrir la puerta que conducía a su jardín delantero, así que esperanzadamente él lo había dejado en el umbral delantero.

La llegada de su madre retrasó su salida. "Ya he hecho las maletas", anunció. Entonces, ¿puedo ayudarte con la comida?

Anna negó con la cabeza y, poniéndose en pie, le explicó rápidamente el asunto de la central.

Correo, corrigió su madre y señaló el sobre que sobresalía de los pantalones cortos de Anna. Será mejor que dejes aquí la carta, podrías perderla corriendo hacia los vecinos".

Anna sacó el sobre y anotó la dirección del remitente. "Probablemente otra factura". Tanteó el grueso papel, con las manos húmedas de lavarse la lechuga.

Déjame abrirlo. Su madre cortó el sobre con una uña pulida. No es una factura, querida, es de AEA, sea lo que sea eso". Le entregó la carta.

"Asociación de Escritores Australianos", explicó Anna, con los ojos y la sonrisa ensanchándose a medida que leía. Cielo santo, he ganado el

concurso de relatos cortos". Agitó la carta por encima de su cabeza y giró sobre sí misma, provocando un movimiento similar en su hijo pequeño.

Su padre apareció en la puerta. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Anna ha ganado un concurso de escritura".

"¡Pues yo nunca! Entró corriendo en la cocina y abrazó a su hija, un gesto atípico que hizo que Anna casi resbalara en el suelo de vinilo. Felicidades, mi niña lista. Y pensar que ni siquiera sabíamos que te habías dedicado a escribir cuentos".

También escribo poesía", dijo Anna cuando él la soltó. Empecé poco después de llegar aquí. Respuestas al hermoso paisaje australiano". Se miró los pies descalzos, sucios como siempre de trabajar en el jardín. No me han publicado nada". Levanta la vista y sonríe a su padre. Shirley siempre me insiste para que haga algo con mi trabajo, así que al final sucumbí y me presenté al concurso de la AEA".

¿Shirley?

Te acordarás de ella, papá. Visitamos a Shirley y Sam el fin de semana pasado. Una gran barbacoa en su preciosa casa nueva'.

Ah, sí, la chica con mechas rosas en el cabello".

Anna reprimió un suspiro. ¿Por qué los hombres siempre se fijaban en el aspecto de una mujer, en lugar de escuchar lo que tenía que decir?

Su madre entró en la cocina. ¿Cuál es el premio, querida?

Cien dólares'.

Estupendo. Puedes comprarte ropa nueva".

Tal vez. Anna se alisó los pantalones. Los libros serían preferibles a la ropa. Libros sobre el arte de escribir. Su confianza se había disparado en los

pocos minutos transcurridos desde que leyó la carta. ¿Podría atreverse a esperar que la victoria fuera el comienzo de una carrera?

Su madre se adelantó y sonrió. Sigue así, cariño. Escribir es un bonito pasatiempo que encaja bien con la crianza de los hijos y las obligaciones domésticas".

Bajo la superficie de su sonrisa, Anna se enfureció.

OceanofPDF.com

CONSOLIDACIÓN

La familia Fletcher pasó diez años viviendo en la casa construida en el antiguo jardín trasero de los Wootton, pero en 1981 ya era hora de cambiar, pues el suburbio se estaba alterando ante sus ojos. Una tras otra, las pintorescas casas de tablas de madera estaban siendo demolidas y sustituidas por anodinos pisos de ladrillo que ocupaban casi toda la extensión de cada larga y estrecha manzana de terreno. Nell se había mudado años atrás, pues Ted había muerto de un ataque al corazón una tarde mientras cavaba su huerto. Una buena forma de irse para él, como decía Joseph, pero un terrible shock para Nell, que había presenciado el suceso desde los escalones de atrás.

Poco después, Joseph había comprado el Holden Kingswood -Nell no sabía conducir y no tenía intención de aprender a hacerlo a sus setenta años-, que proporcionaba el espacio tan necesario para transportar a la comitiva de visitantes de Inglaterra. A pesar de disponer de una sola plaza de coche en el garaje, Viv el Viva siguió formando parte de la familia durante varios años más, ya que Anna prefería conducir un vehículo más pequeño para su trabajo a tiempo parcial como secretaria de un abogado de Sandgate. Un segundo coche también resultaba útil cuando Joseph tenía que visitar obras lejos de su oficina en la ciudad.

A mediados del 78, Joseph cambió de trabajo para obtener un ascenso, lo que desencadenó la búsqueda del sustituto de Viv, ya que su nueva empresa estaba situada en un suburbio carente de transporte público decente. Para entonces, Anna llevaba varios meses conduciendo el Kingswood de ida y vuelta al trabajo, ya que Viv no resultaba fiable. Pasaron varios sábados por la mañana buscando en concesionarios de coches de segunda mano, lo que dio lugar a desacuerdos posteriores en la acera que recordaban una ocasión anterior, cuando Anna había querido un deportivo de dos plazas y Joseph una berlina de cuatro.

En ese momento, Anna quería un pequeño Datsun con portón trasero, mientras que Joseph prefería un Datsun ute, ya que le resultaría práctico para transportar los residuos del jardín y otros desperdicios al vertedero, así como para trabajar. El día que cambiaron a Viv, Anna se esforzó por contener las lágrimas mientras la familia se apretujaba en el asiento del ute y se alejaba del aparcamiento. Viv había sido un salvavidas durante los primeros cinco años de Adam, permitiéndole escapar del espacio constrictivo de la casa y el suburbio. Seguía convencida de que, sin esa libertad, habría huido tanto de la maternidad como del matrimonio mucho antes de que el atractivo de los mundos de ficción le proporcionara la salvación, aunque fuera a intervalos intermitentes.



A lo largo de los años, Anna había tenido un mínimo de éxito, con la publicación de relatos cortos, artículos y poesía en revistas y antologías, pero el pago recibido -veinte, treinta dólares o una suscripción gratuita- era insuficiente para marcar la diferencia en los ingresos familiares, por lo que, una vez que Adam empezó la escuela, había buscado un trabajo a tiempo parcial. Tres días a la semana satisfacían tanto su deseo de contribuir al hogar como el de Joseph de que Adam siguiera siendo su principal prioridad. Como muchos hombres de la época, seguía atrapado en una mentalidad de los años 50/60 que consideraba a la mujer como la principal cuidadora de los niños y al hombre como el principal sostén de la familia. Sin embargo, debería haber sabido que no debía calificar a Anna de "ganadora de pasteles" el día en que consiguió un trabajo a tiempo parcial. Aunque se lo dijo en tono serio, el calificativo no impresionó a Anna, que estaba decidida a ganarse el pan algún día.

El puesto de secretaria estaba bien pagado y la jornada laboral de nueve a cuatro le permitía dejar a Adam en el colegio de camino al trabajo. Una mujer con la que Anna había entablado amistad en la puerta del colegio lo

recogía a las tres en punto junto con sus tres hijos, una solución que satisfacía a todas las partes. Adam estaba encantado de poder jugar más tiempo y Narelle White estaba contenta con las notas que le entregaba al final de cada semana. Anna se imaginaba que la familia estaba pasando apuros -también había tres hijos mayores-, así que se aseguró de pagar más de lo habitual por el cuidado de los niños. Las vacaciones escolares suponían un problema si la mujer del abogado no podía ayudar -ella ya trabajaba los dos días a la semana que Anna no trabajaba-, pero por lo general se podía encontrar a alguien que cuidara de un niño al que un profesor describía como "un niño encantador con unos modales preciosos" y otro como "un angelito encantador".

Con su propia relación con Adam oscilando entre el amor intenso y la irritación frecuente por su desobediencia y su afición a las travesuras, a Anna le resultaba difícil imaginar a un colegial angelical sentado tranquilamente en su pupitre. A veces, sentada en su propio pupitre del estudio, se preguntaba si había creado un mutante, un pensamiento que acabó convirtiéndose en una breve historia de terror.

Con la llegada de la nueva década, el placer de Anna por crear ficción corta y poesía empezó a decaer y asumió que su periodo creativo había terminado, una conclusión lógica dado que ya no era una aburrida ama de casa que luchaba por sacar adelante a un niño en edad preescolar. Al principio, se sintió triste por la desaparición; a diferencia de su amiga Shirley, bibliotecaria y madre de George, de cinco años, ella no había conseguido nada importante en toda una década. Su escasa producción confirmaba la observación de su madre de que "escribir era un bonito pasatiempo".

Las horas que pasaba encorvada frente a la máquina de escribir o con la mirada perdida esperando la inspiración habían sido una terapia, ni más ni menos; un ejercicio esencial para liberar de forma segura la tensión, la frustración y el cúmulo de otras emociones negativas que había experimentado a lo largo de muchos años. Al inventar personajes que podían amar y odiar, enfurecer y apaciguar a su antojo, había mantenido a raya los pensamientos más oscuros. ¿Qué habría pasado si su tendencia a la

ira se hubiera convertido en abuso de menores? Las consecuencias eran demasiado horribles para contemplarlas. Desde que consiguió un trabajo, Anna había abandonado el autoanálisis, convencida de que conducía al abatimiento y a la falta de autoestima más que al ajuste de comportamientos y actitudes. Odiaba ser madre a tiempo completo, ésa era su verdad, y reprenderse por lo que la sociedad consideraba un completo fracaso no conseguía nada significativo.

La retirada de la autoría exigía algo más que hacer tareas domésticas adicionales o visitar la biblioteca durante sus dos días a la semana en casa, así que buscó otras actividades que prometieran interludios interesantes. La natación mantuvo su atención durante unos meses, pero subir y bajar por los carriles designados -el del medio para los nadadores competentes, el de los lados para los mediocres- se convirtió en algo tedioso, los músculos tonificados eran una escasa recompensa por tener que lavar el traje, la toalla y el cabello después de cada sesión.

Había conocido a un par de mujeres jóvenes, pero ninguna prometía ser una futura amiga, ya que las conversaciones que habían mantenido mientras tomaban el sol en los bancos de hierba que bordeaban la piscina se limitaban a los logros de los niños y a las quejas sobre la incapacidad de los maridos para arreglar las cosas de la casa. El invierno se acercaba rápidamente, así que Anna se despidió de la piscina al aire libre y se unió a un grupo de oradores que se reunía los miércoles por la tarde en la biblioteca local.

Oradores Suburbanos (Suburban Speakers) estaba abierto a hombres y mujeres de todas las edades, y su objetivo era fomentar la confianza en uno mismo y superar el nerviosismo proporcionando un entorno seguro en el que aprender. La crítica constructiva corría a cargo del Crítico del Club, un profesor de instituto recientemente jubilado. A los principiantes se les animaba a hablar durante un máximo de tres minutos sobre un tema de su elección, para pasar después a diez minutos sobre temas fijos. La máxima aspiración de muchos miembros, ya alcanzada por unos pocos, era llegar a la final de un concurso de oratoria celebrado en el marco del Festival Primavera de Warana de Brisbane.

La perspectiva de hablar en público no suponía ningún temor para Anna - había leído a menudo la lección en la asamblea de la escuela y en la iglesia-, así que avanzó rápidamente de los discursos de tres a los de diez minutos, para deleite de Joan Thursby, la crítica del club. La redacción de los discursos resultó ser una excelente disciplina, ya que los oradores debían limitar sus notas a encabezamientos en tarjetas de 3 x 5 pulgadas. Después de anotar las tarjetas, Anna ensayaba su discurso frente al espejo de la habitación antes de dar rienda suelta a sus opiniones, a menudo controvertidas, ante sus compañeros. A finales de año, Joan sugirió a Anna que se presentara al siguiente concurso de Warana, una propuesta que le causó orgullo y aprensión a la vez. Una cosa era ser una alumna estrella - opinaba Joan- y otra muy distinta representar a Suburban Speakers en un concurso prestigioso.

Tal vez el año que viene", le dijo Anna a la mujer mayor, mientras tomaban té en la cocina de la biblioteca tras la primera reunión de 1981. No quisiera molestar a nadie, sobre todo a los que tienen años de experiencia". Pensaba en Ralph, de cuarenta y tantos años, que había quedado tercero en el concurso tres años antes y se las ingeniaba para mencionar su éxito en casi todas las reuniones.

Es hora de cambiar", respondió Joan. Tenemos más que suficientes miembros de mediana edad. Tener a una mujer joven y competente como concursante haría maravillas por este club'.

No si me eliminan en la primera ronda.

Estoy segura de que no.

Anna recordó el consejo que Shirley le había dado años atrás. 'Supongo que tienes que estar en ello para ganarlo'.

Bien hecho, chica. Les enseñaremos a esos hombres'.



Joseph frunció el ceño cuando Ana repitió la declaración de Juana mientras yacían en la cama aquella noche. 'Por la forma en que la has descrito, no me había imaginado a Joan como una Liberal de Mujeres'.

Las apariencias engañan. Anna apartó la sábana para mostrar el cuerpo bronceado de Joseph. Estoy segura de que ninguno de los otros padres que asisten al concierto escolar de Adam se imaginaría que nos gusta quitarnos la ropa en la playa y retozar en las olas con otros nudistas".

Nadar y tomar el sol desnudos son actividades saludables", dijo Joseph solemnemente.

A menos -replicó Anna, pasándole los dedos por el abdomen- que uno esté desnudo en privado con una pareja deseable". Su beso impidió continuar la conversación.



La inoportuna atención de un contable de aspecto anémico asestó el primer golpe a las aspiraciones de Anna de hablar en público. Al principio, la oferta de Ralph el Finalista de prepararla para el concurso de Warana parecía bastante inofensiva -media hora después de la reunión del club, con los usuarios de la biblioteca todavía presentes al otro lado de una delgada pared-, pero la mano de él apoyada en su hombro cuando salían del edificio, seguida de un beso en ambas mejillas, pronto la alertó de un motivo oculto. Una sugerencia posterior de que se reunieran durante un largo periodo en el piso de él la convenció de que había llegado el momento de poner fin a la relación.

Joan intentó disuadirla de abandonar el club, pero Anna había decidido unirse a otro grupo de oradores más cercano a la zona donde Joseph y ella esperaban comprar una casa más grande a finales de año. Mientras tanto, se concentraría en la decoración, ya que todas las habitaciones parecían destantaladas tras más de nueve años de ocupación.

La pintura continuó durante los meses de otoño e invierno, ya que Anna estaba decidida a presentar una casa atractiva a los posibles compradores. Los fines de semana, Joseph se ocupaba del exterior, alquilando tablones y caballetes en la ferretería local cuando llegaba a la parte alta del edificio. Con casi nueve años, Adam se ofreció a preparar los almuerzos, lo que llevó a Anna a comentar que algún día sería un gran chef.

A finales de septiembre, con la pintura reluciente y el jardín en flor, decidieron poner la casa en venta. El agente inmobiliario dijo que la casa podría tardar varios meses en venderse, por ser bastante pequeña y estar escondida en una servidumbre, así que Anna se resignó a pasar semanas manteniendo la casa ordenada, una tarea difícil en lo que respecta al dormitorio de Adam. Mientras tanto, decidieron pasar los sábados por la tarde paseando en coche por las nuevas urbanizaciones que estaban surgiendo en las antiguas huertas del norte.

Anna se inclinaba por una casa más bien nueva pero bien establecida, de ladrillo de una sola planta con garaje doble y dos zonas de estar, mientras que Joseph quería estrenar, diciendo que prefería planificar él mismo la distribución del jardín. Al tercer miembro de la familia le daba igual vivir en una casa que estuviera cerca del agua, preferiblemente salada, aunque una piscina con cloro sería suficiente. Desde que empezó la escuela, Adam se había convertido en un nadador y buceador experto, y ganaba medallas en el carnaval de natación de la escuela todos los años.

Una combinación de las escasas habilidades de navegación de Anna y la incesante charla de Adam llevaron a Joseph a tomar un desvío equivocado cuando se acercaban a una nueva urbanización no lejos de Sandgate. "Cállense los dos", gritó, mientras los frenos chirriaban al doblar una esquina y detenerse frente a una montaña de tierra. Le arrebató a Anna el Refidex,

el callejero de Brisbane, y hojeó las páginas tratando de determinar su ubicación. Creo que estamos aquí", murmuró, señalando la esquina de una página en la que las líneas de puntos indicaban calles sin hacer y sin nombre. Elizabeth Park". Miró la maraña de arbustos que había enfrente. No parece un maldito parque".

Es pronto, supongo", observó Anna, con la mirada fija en la pradera arbolada a su izquierda y en las estacas pintadas de blanco que marcaban los límites de los bloques de casas recién creados.

Entonces no nos sirve de nada. Pasarán meses antes de que se construya nada". Le lanzó el Refidex a Anna antes de seleccionar la marcha atrás. Una doble mudanza sería un coñazo".

¿Vamos a comprar dos casas ahora? preguntó Adam.

No seas tonto. La grava se esparció como canicas cuando el coche dio marcha atrás.

Papá quiere decir que tendríamos que mudarnos primero a una casa alquilada, si fuéramos a construir una casa nueva".

Pero tenemos una casa.

Te lo explicaré más tarde, cariño". Anna se agarró a un lado del asiento mientras el coche se adentraba en un callejón sin salida. Una mirada a la cara de Joseph le dijo que no sería prudente mencionar su error.

"¡Mierda, asfalto fresco! Aplicó los frenos y se sentó encorvado sobre el volante. Sólo Dios sabe lo que le habrá hecho a la maldita pintura".

Anna reprimió una sonrisa, su preocupación por el coche le recordaba a un personaje fanfarrón de la comedia de televisión Kingswood Country. Desde que compró el querido Kingswood de Ted, Joseph se había unido a las filas de los hombres australianos que valoraban su Holden por encima de todo. "Voy a estirar las piernas. Se desabrochó el cinturón de seguridad. ¿Vienes, Adam?

Madre e hijo exploraron cada una de las cinco manzanas, Adam trepando por varios grandes eucaliptos, Anna serpenteando entre los árboles, la visión de una espaciosa casa de ladrillo planeando sobre la hierba cortada. Había sitio para una piscina si se lo podían permitir, además de diez minutos en coche hasta el trabajo y ella estaba segura de que habían pasado por delante de un colegio justo antes de la curva equivocada. A Adam no parecía molestarle la perspectiva de cambiar de colegio cuando se mudaran, su reacción fue indiferente: "No me importa, mamá, mientras haya piscina".

La bocina de un coche rugió en el paisaje como un toro enfurecido, poniendo fin a sus cavilaciones. Hora de irse", llamó a su hijo, que se arrodillaba en el suelo para examinar un rastro de hormigas.

Me gusta esto. ¿Podemos volver?", preguntó mientras bordeaban el suave asfalto.

Ella sonrió. Veré lo que puedo hacer".

OceanofPDF.com

CONMOCIONES SUBURBANAS

En las semanas que precedieron a la Navidad de 1981, Anna no pensaba en convencer a Joseph de que construyera una casa en Elizabeth Park ni en crear otro grupo de oradores, sino más bien en los titulares del Courier-Mail y las sombrías noticias de la radio y la televisión locales.

Lo primero que supo de lo que se convirtió casi en el único tema de conversación del vecindario durante meses, fue una llamada telefónica al trabajo de la profesora de Adam, pidiéndole que lo recogiera en la sala de profesores, ya que la Sra. White se había visto obligada a ausentarse. Narelle White había dado a luz a su séptimo hijo seis meses antes, por lo que Anna supuso que Claire estaba enferma o que había algún problema con alguno de los otros niños. Mientras se alejaba del trabajo, esperaba que esto no significara que habría que encontrar un nuevo cuidador extraescolar. A Adam le gustaba el ambiente rudo de la casa de los White. Le gustaba jugar a la pelota en el jardín, que le sirvieran sándwiches de mermelada y cordial rojo para la merienda -algo que nunca se servía en su propia casa-, el columpio inclinado y un perro peludo que le lamía los dedos pegajosos.

Por su parte, Anna consideraba importante que Adam conociera una parte de la vida de una familia distinta a la suya. Necesitaba aprender que no todos los niños tenían sus ventajas: un dormitorio para él solo, una bicicleta nueva en lugar de una de segunda mano, juguetes caros y ropa enviada desde Inglaterra por unos abuelos cariñosos. Adam era demasiado pequeño para darse cuenta de la falta de pulido en el suelo o de la escasez de muebles, durante lo que Anna llamaba en privado "los años de lucha", y en los últimos años, el ascenso de su padre y los ingresos de su madre les habían permitido pagar la hipoteca y comprar un segundo coche. En comparación con la familia White, los Fletcher vivían una existencia de lujo.

Cuando Narelle anunció que esperaba un séptimo hijo a la avanzada edad de cuarenta y cinco años, Anna se quedó tan sorprendida que no supo qué responder. Las felicitaciones le parecieron inapropiadas; seguramente nadie planearía tener un séptimo hijo, sobre todo porque los otros seis estaban todos en la escuela.

Al principio pensé que era el cambio", añadió Narelle, con expresión de resignación. Pero no ha habido suerte".

¿Qué vas a hacer? La pregunta fue formulada antes de que Anna se planteara su inutilidad. En Queensland, una mujer no podía abortar a menos que su vida corriera peligro. El aborto había sido un tema candente ese año, con el Primer Ministro ultraconservador Joh Bjelke-Petersen y su gabinete tratando de fortalecer la ley existente mediante la elaboración del Proyecto de Ley de Control de la Interrupción del Embarazo. Tras emotivas manifestaciones, que incluyeron una amenaza de asalto al Parlamento, el proyecto, descrito por una diputada como "la ley fascista más espantosa que he visto en mi vida", fue rechazado por un estrecho margen.

No puedo hacer nada más que esperar un aborto.

Anna había permanecido en silencio, con los recuerdos de sus propios pensamientos no expresados nueve años antes punzándole la conciencia como agujas al rojo vivo.

Pero desde el nacimiento de Claire, Narelle parecía contenta, el bebé regordete y plácido, los niños mayores felices de cuidarla mientras su madre preparaba la cena, así que los comentarios susurrados de la maestra, hechos mientras acompañaba a Anna y Adam a la puerta de la escuela, parecían más chismes que hechos.

¿Quemaduras de cigarrillo? exclamó Anna. Seguro que la vecina se equivoca. Además, Narelle no fuma.

Tal vez la culpa sea del Sr. White, o de alguno de los chicos mayores". La profesora aminoró la marcha para permitir que Adam se adelantara. Pero, sea como sea, cuando la vecina llamó a la escuela, dijo que una trabajadora

social le había pedido que cuidara de los niños más pequeños hasta que el Sr. White volviera a casa".

Anna miró a su hijo, que saltaba hacia la puerta. ¿Estaba Adam en casa cuando ocurrió todo esto?

No. Lo encontré merodeando por la puerta del colegio. Dijo que usted le había dicho que esperara siempre a la señora White, así que no se fue con sus hijos cuando decidieron volver a casa por su cuenta.

Anna suspiró aliviada. Gracias por cuidar de él. Será mejor que haga preparativos alternativos para mañana por la tarde'.

No se preocupe por eso, Sra. Fletcher, estaré encantada de cuidarlo. Le daré la oportunidad de organizar algo durante el fin de semana'.

Es muy generosa, Srta. Trent. Vendré tan pronto como pueda'.

No hace falta que se dé prisa. Adam leyó un libro mientras te esperaba. Era bueno como el oro.

Anna esperaba que su sonrisa fuera convincente. Era difícil imaginarse a Adam sentado durante cinco minutos, por no hablar de una hora. Los días que lo recogía de la escuela, correteaba por la casa y el jardín como un tigre recién salido del zoo.



Cuando Adam se hubo acostado, Anna le explicó a Joseph la situación del cuidado de los niños, asegurándose de recalcar que creía que la vecina había exagerado. Si Narelle hubiera fumado algún cigarrillo para calmar los nervios, podría haber quemado accidentalmente el brazo de Claire.

No puedo creer que Narelle hiciera daño deliberadamente a su bebé", concluyó. Nunca la he visto pegar a uno de los niños".

Joseph asintió. Bueno, sea lo que sea lo que haya pasado, será mejor que encuentres a otra persona que cuide de Adam. No quiero que vuelva allí. La pobre mujer ya tiene bastante con siete niños. ¿Son católicos, por casualidad?

No lo creo.

Bueno, espero que se haya hecho la vasectomía después del último.

"La vasectomía sigue siendo ilegal en Queensland, creo.

Joseph se encogió de hombros. Ni idea. No es algo en lo que haya pensado".

Anna dio un trago a su shandy para sofocar una respuesta cáustica. Aparte de utilizar preservativos en las pocas ocasiones en que habían hecho el amor antes de casarse, él siempre le había dejado a ella el control de la natalidad. Gracias a Dios por la píldora", murmuró.

Joseph levantó su botella de cerveza. Brindo por ello. No me fue muy bien con Durex y estoy seguro de que no me apetece una vasectomía".

Es menos invasiva que una ligadura de trompas. Eso es una operación mayor.

¿Cómo lo sabes?

Lo leí en alguna parte", contestó, sin querer mencionar la literatura Children by Choice que Shirley le había enseñado.

Padres de un hijo por elección, tanto Shirley como Sam apoyaban a la organización que ofrecía servicios de asesoramiento e información a mujeres con embarazos no deseados. En los tiempos que corren, todas las mujeres deberían poder elegir en materia de reproducción", había dicho

Shirley una tarde, mientras su hijo George y Adam jugaban al fútbol en el jardín. Las leyes del aborto de Queensland parecen sacadas de la Edad Media. A veces me pregunto si los votantes echarán alguna vez a este gobierno estatal regresivo".

Anna pensaba lo mismo, pero rara vez tenía la oportunidad de expresar sus opiniones, ya que la política, como la religión, era tabú a la hora de socializar. Pronto tendría que encontrar un grupo, de oradores o no, que al menos tolerara sus opiniones progresistas. ¿Qué dirías si quisiera unirme...?", empezó, y luego miró el reloj de pared. Las diez y cuarto; demasiado tarde para empezar lo que podría convertirse en una acalorada discusión.

¿Querer qué?

Nada, sólo pensaba en voz alta".

¿Sobre la esterilización?

No, sobre los derechos de la mujer", dijo rápidamente y, recogiendo su vaso vacío, se apresuró a entrar en la cocina.



Durante el fin de semana, Anna llamó por teléfono a los padres de los compañeros de Adam, pero aunque la mayoría se solidarizaron con su situación, ninguno se mostró dispuesto a cuidar de él después de clase. Preocupada por no poder cambiar su horario de trabajo -la mujer del abogado jugaba al tenis y al bridge tres días a la semana-, Anna recurrió a los vecinos con la esperanza de que alguien pudiera echarle una mano durante el resto del curso escolar. Las seis semanas de vacaciones escolares no serían un problema, ya que la familia viajaría a Inglaterra, cortesía de la

tía Maud, que sostenía que ya era hora de que su sobrino nieto viviera una Navidad como es debido.

Una adolescente vestida completamente de negro respondió a la llamada de Anna en la destartalada puerta principal de la casa situada frente a la servidumbre. "¿Sí?", preguntó la chica, con las pestañas tiesas como rímel.

Anna estaba a punto de disculparse por la interrupción -había olvidado que la casa se había vendido hacía unos meses- cuando la chica sonrió de repente. Hola. Vives en la servidumbre de paso, ¿verdad?

Sí, soy Anna Fletcher. Seguramente habrás visto a mi hijo Adam paseando en bicicleta por la calle".

Sí. Un niño muy mono. Le encanta hacer caballitos. Y se le dan bien'.

Anna no quería pensar en trucos de bicicleta en una calle que podía estar muy transitada, así que le preguntó a la niña si su madre estaba en casa.

No, sólo estamos papá y yo. Mamá se fue hace años'.

Lo siento", fue lo único que Anna consiguió responder.

No lo sientas, estamos bien'. Se apartó el cabello negro de la cara. "¿Puedo hacer algo por usted, Sra. Fletcher?

Por favor, llámame Anna.

Muy bien.

Anna le explicó rápidamente el motivo de su visita, lo que provocó otra sonrisa y una oferta que no pudo rechazar. Resulta que Cheryl estaba en un callejón sin salida, pues acababa de terminar sus estudios. No podía buscar un trabajo para las vacaciones hasta que empezara la universidad, ya que su padre y ella "se iban al norte con los amigos" por Navidad.

¿Qué piensas estudiar? preguntó Anna, reprochándose haber juzgado a la chica sólo por su aspecto. Debería haberlo sabido, teniendo una amiga

como Shirley, que ahora lucía un peinado afro, pero seguía vistiendo las faldas largas y floreadas y las blusas de estopilla de mediados de los setenta.

"Medicina".

Bien por ti. Una gran elección profesional".

Gracias. La mayoría de la gente se sorprende". Sonrió. Les resulta difícil equiparar a las góticas con los cerebros".

A Anna no le gustaba preguntar la definición de una chica gótica; obviamente no tenía nada que ver con las antiguas tribus germánicas. ¿Te gustaría venir a conocer a Adam?

Claro, Anna. Ahora es tan buen momento como cualquier otro'.



Joseph se quedó en su taller mientras Anna presentaba a Adam a su nueva cuidadora extraescolar. Fue una bendición, ya que estaba segura de que él se habría opuesto a que una adolescente muy maquillada vistiera vaqueros negros, camiseta negra y tangas negros. Cuando Cheryl se marchó, Adam no sólo declaró que era "un tío guay", sino que dijo que le gustaba el look gótico, una afirmación que hizo que Anna se preguntara cómo demonios un niño de nueve años sabía de esas cosas. Semanas después, al ver una fotografía de la familia White en el Courier-Mail, se dio cuenta de que el hijo mayor vestía de forma similar.

Los intentos de ponerse en contacto con Narelle tuvieron menos éxito, ya que su marido Frank contestó al teléfono en todas las ocasiones y se negó a que Anna hablara con su mujer. Anna decidió pasar por casa el siguiente día libre para ofrecer su ayuda, aunque sólo fuera un hombro sobre el que llorar o cuidar del bebé durante una o dos horas. Aún convencida de que la vecina

había exagerado, Anna quería que Narelle supiera que sentía empatía por ella y que no tenía intención de juzgarla, fuera cual fuera la verdad.

Cuando llegó a la casa, las cortinas estaban echadas y nadie llamó a la puerta. Sin inmutarse, bajó los escalones de la entrada y caminó hacia la parte trasera, buscando señales de vida en el jardín. Dos bicicletas de tamaño infantil estaban apoyadas contra el viejo cobertizo, un oxidado carrito de lavandería estaba bajo el viejo elevador Hills Hoist y un par de tangas rosas yacían abandonados sobre la almohadilla de hormigón rugoso de la puerta de la lavandería.

Narelle, ¿estás ahí? llamó Anna, entrando en la lavandería, que no era una habitación como la suya, construida por Joseph con medidas precisas, las planchas de fibro pintadas de azul pálido, la amplia ventana enmarcada por cortinas de cuadros azules, sino sólo unos cuantos tablones viejos y una plancha de fibro sin pintar colocada sobre tierra dura. Una lavadora antigua se balanceaba sobre el suelo irregular. Detrás de ella, viejas bañeras de hormigón se apoyaban en los listones de madera que rellenaban los huecos entre los tocones de hormigón para encerrar "debajo de la casa". Los listones parecían barrotes de prisión, y las finas franjas de luz solar que se filtraban a través de ellos no iluminaban más que el húmedo suelo. Anna se sintió como una intrusa, así que retrocedió y se apresuró a rodear la casa y salir a la calle.

Sentada en el muy pulido Kingswood, imaginó el billete de veinte dólares que había entregado al final de cada semana de trabajo, su intento de ayudar a una mujer que luchaba con una horda de niños. Un gesto simbólico, entregado con una sonrisa, seguido de una breve conversación antes de recoger a su hijo y retirarse a su pulcra y bien cuidada casa y jardín.

Durante el corto trayecto de vuelta a casa, en su mente se yuxtaponen imágenes de billetes de banco y de un oscuro vientre iluminado por retazos de sol; libertad para uno, confirmación del cautiverio para el otro. Veinte dólares podían comprar un vestido de algodón o ropa interior para los niños, pero no suponían ninguna diferencia real. Narelle seguía enfrentándose a días, semanas y años de lavar, limpiar, cuidar a los niños, alimentarlos, todo

con un presupuesto mínimo, sin saber nunca si el viernes tendría suficiente para el capricho familiar de pescado y patatas fritas de la tienda de la esquina. Su marido, Frank, le daba el dinero para las tareas domésticas por la noche, cuando volvía del pub rebosante de cerveza y buen humor.

¿Alguna vez pensó Narelle en un futuro sin preocupaciones económicas? ¿Un futuro en el que pudiera ganar dinero por sí misma y así dictar la calidad de su existencia? Anna no tenía ni idea. Nunca se lo había preguntado, temerosa de parecer una cruzada feminista decidida a mostrar a una mujer oprimida un camino para salir de la pobreza. En lugar de eso, había intercambiado algunas palabras de cortesía, había escuchado en alguna ocasión preocupaciones serias y había hecho ruidos de simpatía, mientras intentaba no mirar el reloj. El deber me llama", declaraba la mayoría de los días al cabo de unos diez minutos, pensando en las chuletas de cordero de la nevera y en los uniformes escolares que había que lavar y colgar en el garaje.

Al girar hacia la entrada de su casa, Anna se preguntó si, a pesar de las apariencias, Narelle había llegado al límite de sus fuerzas y no podía ocuparse de un séptimo bebé nacido años después del sexto. De ser así, las quemaduras de cigarrillo habían sido un grito de auxilio y el vecino había tenido la intención de observar el maltrato.

Con la cabeza inclinada sobre el volante, Anna se quedó mirando la puerta del garaje, preguntándose si debería haber esperado el regreso de Narelle, o al menos haber preguntado por el barrio para averiguar si la familia se había marchado. Las voces de la radio ronroneaban bajo el zumbido del motor y los pitidos del mediodía anunciaban un boletín de noticias. Giró el mando de plástico para subir el volumen y escuchó con atención cada breve noticia, como si esperara algo más que un comentario político, un accidente de tráfico y una previsión meteorológica inclemente.

UN MEDIO PARA LOGRAR UN FIN

Los chismorreos saludaban a Anna a la puerta del colegio; chismorreos basados en rumores, ignorancia y, sospechaba, el deseo de inyectar emoción en las monótonas vidas suburbanas. Una madre declaró con voz entrecortada: "Se han hecho cargo de los siete niños", mientras que otra dijo que Narelle White era una vergüenza para el vecindario, con su pandilla de niños desaliñados, su casa destartada y su inútil marido, que pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el bar.

A pocos pasos del grupo, Anna estaba apoyada en la alambrada, su agitación aumentaba a medida que se intensificaban las acusaciones, alimentadas por supuestas "pruebas" de comportamientos extraños, como la falta de disposición a participar en las actividades de recaudación de fondos de la escuela.

'Demasiada razón, Janice', dijo una mujer a la izquierda de Anna. A Narelle le importa un bledo la comunidad escolar. O cualquier otra cosa. Pobre niña. Gracias a Dios que han informado a las autoridades. No me importaría apostar que a veces también ha abusado de los otros niños".

Las cabezas asintieron mientras la campana anunciaba el final de otra jornada escolar.

Consternada por la falta de compasión y la condena farisaica de las mujeres, Anna se sintió incapaz de permanecer en silencio. ¿No creen que sería mejor conocer los hechos antes de emitir un juicio?

Seis cabezas se giraron hacia ella; seis pares de sandalias rozaron el sendero de hierba seca.

Conoce los hechos, ¿verdad?", preguntó la mujer llamada Janice, con sus ojos marrones y brillantes fijos en las mejillas enrojecidas de Anna.

Supongo que sí, ya que tu hija va a casa de Narelle después del colegio".

Anna decidió no mencionar sus nuevos planes extraescolares. Nunca he tenido ocasión de criticar a Narelle por cuidar de Adam. Es una mujer amable y, por lo que he visto, hace todo lo que puede para criar a una familia numerosa en circunstancias difíciles'.

"¿Pilláis el acento pijo, eh, chicas?

"Inglés del sur, en realidad", aconsejó Anna, manteniéndose firme a pesar de que tenía ganas de salir corriendo.

Como quieras. Janice se mordió los finos labios.

Llamé antes para ver a Narelle, pero no había nadie", continuó Anna, decidida a sacar algo de aquel incómodo intercambio. ¿Alguien sabe si se ha ido?

Seis cabezas se agitaron lentamente.

"Probablemente no quería dejarte entrar, eso es todo", murmuró una mujer regordeta entre caladas de cigarrillo. Un poco avergonzada, supongo".

Vaya, no había pensado en eso". Anna se acercó a tocar su mejilla sonrojada. Volveré a verla cuando haya recogido a Adam. Sus hijos deberían estar en casa entonces. Así será un poco más fácil".

¿Quieres que te acompañe alguien?", le preguntó el rollizo fumador.

Gracias, pero creo que será mejor que vayamos Adam y yo".

Seis cabezas asintieron mientras Anna escapaba.



Cuando Anna se detuvo frente a la casa, se sintió aliviada al ver que habían corrido las cortinas del salón y abierto las ventanas. Un desvío por el supermercado para comprar un bizcocho relleno había asegurado que su llegada fuera después, y no antes, de que los tres niños más pequeños regresaran del colegio. Dejó que Adam se dirigiera al jardín trasero, subió los escalones y llamó a la puerta principal. Narelle, soy Anna", llamó a través de la ventana abierta.

No obtuvo respuesta.

"Hola. Sólo llamaba para ver cómo estabas".

No hubo respuesta.

Convencida de que Narelle tenía que estar en casa -los niños pequeños probablemente no correrían las cortinas-, Anna giró el picaporte. La puerta, que no estaba cerrada, giró hacia dentro, así que entró y vio las mochilas tiradas por el suelo y un par de tangas que llevaban a la cocina como si su portadora acabara de deshacerse de ellos. Un comportamiento normal después del colegio. Probablemente los niños estaban en el jardín jugando con el perro. Un ladrido la tranquilizó y se aventuró a entrar en la cocina. Una rebanada de pan blanco se desprendía de un envoltorio de plástico; una mosca engullía mermelada untada en un cuchillo; una botella abierta de cordial rojo estaba sobre el escurridor. La merienda habitual, según Adam.

Narelle", llamó, entrando en el vestíbulo, "¿quieres una taza de té y un poco de tarta?".

Enseguida. Ahora estoy ocupada".

"Vale, pondré la jarra".

Gracias, Anna.

La voz de Narelle parecía venir de lejos; tal vez del cuarto de baño que se había añadido a los cuatro dormitorios como una idea de última hora. Anna escuchó sonidos que indicaran el paradero de la pequeña Claire y, al no

oírlos, avanzó por el pasillo, asomándose a cada habitación por la que pasaba. Literas, juguetes desparramados, pósters de estrellas de rock pegados en las paredes con tiras de cinta adhesiva, una cuna escondida en un rincón del dormitorio principal. Una cuna vacía, con una almohada pequeña, una manta rosa y la parte superior de una sábana blanca doblada. Demasiado ordenado para la hora del día en que Claire se habría despertado de su siesta vespertina.

Su ingenuidad se disolvió y ahogó un suspiro. Las cotillas habían acertado en sus suposiciones. Se habían hecho cargo del bebé. Indecisa sobre cómo proceder, huyó de nuevo a la cocina y a las tareas mundanas: llenar la jarra eléctrica, encenderla, levantar dos tazas del escurrer platos, localizar el té, el azúcar y la leche. Pequeños movimientos para distraerla, para darle espacio para reflexionar sobre preguntas posteriores como "¿Puedo ayudar?", "¿Cómo lo llevas?", "¿Qué pasa ahora?".

"Todo terminado", llamó Narelle desde el otro extremo de la casa.

Ya viene el té y la tarta". Anna lavó el cuchillo manchado de mermelada y dividió rápidamente el pastel en seis trozos. Un movimiento en el vestíbulo atrajo su atención hacia la puerta de la cocina y preparó una sonrisa para un saludo afable.

Oh, ahí estás", comenzó, incapaz de completar la frase mientras sus ojos y su cerebro se adaptaban a la visión de la ropa manchada y un cuchillo de trinchar ensangrentado sostenido por un brazo extendido.

Las imágenes pasaban ante sus ojos como escenas de una serie policíaca de televisión empleadas para amplificar la tensión dramática: cuatro niños jugando en el jardín, un teléfono fuera de su alcance, un pasillo estrecho, ningún lugar al que huir. Se sintió alejada de la realidad, como un actor que interpreta el papel de ama de casa aturdida. En sus labios se formó una pregunta, líneas aprendidas esenciales para hacer avanzar la trama. ¿Estás herida, Narelle? Deja que te ayude".

El otro actor miraba fijamente hacia delante mientras la cámara enfocaba una gota de sangre falsa suspendida de una cuchilla de acero inoxidable. En

un descenso a cámara lenta, una gota carmesí salpicó una tabla del suelo descolorida.

Una acción bien ensayada provocó una ráfaga de pies y una mano en bola golpeó con fuerza contra los huesos de la muñeca. Un cuchillo cayó al suelo, la tensión se disolvió. La respiración exhalada quedó suspendida en el aire húmedo, Anna cambió de guión cuando la adrenalina substituyó al miedo.

Bien, vuelve al baño, vamos a limpiarte. Sus manos rodearon la cintura de Narelle, impulsando a la mujer mayor hacia atrás por el pasillo. Ella no opuso resistencia, renunciando a su emoción preferida, con los ojos cansados nublados.

La puerta cerrada del cuarto de baño, con restos de sangre en la pintura que rodeaba el picaporte, constituía una barrera, pero fue superada rápidamente con un movimiento de muñeca. Empujando a Narelle hacia el interior, Anna se detuvo para respirar profundo antes de pisar el suelo de baldosas. Quítate la ropa y métete en la ducha".

Narelle obedeció dócilmente y se quedó desnuda delante de la cortina de plástico, con la carne temblorosa.

Muy bien, abriré los grifos. Sin apartar los ojos de la cara de Narelle, Anna rodeó la cortina y abrió los dos grifos. La vieja fontanería gimió, el agua salpicó y luego brotó. Bien, adentro.

La boca floja se tensó, los labios temblorosos pronunciaron un "No" desafiante, pero antes de que Anna pudiera reaccionar, Narelle había salido corriendo del cuarto de baño. El portazo y el ruido de un cerrojo indicaron que se había encerrado en el aseo contiguo.



Anna nunca sabría qué la llevó a correr la cortina de la ducha en lugar de apresurarse hacia la puerta del retrete con la esperanza de persuadir a Narelle para que saliera, pero seguía estando segura de que no tenía nada que ver con ahorrar agua cerrando los grifos. Lo único que recordaba de los instantes previos a una segunda descarga de adrenalina era un movimiento diminuto y rizos húmedos pegados a una pequeña cabellera.

La mujer policía asignada para interrogar a Anna tras la llegada de la ambulancia y los vehículos policiales, dijo que el recuerdo parcial era una bendición, de lo contrario los detalles horribles podrían haber quedado grabados en su memoria para siempre. Esta tranquilidad no le sirvió de consuelo cuando Anna se sentó en una silla de plástico agrietada junto a la barandilla de una veranda enhebrada con cinta amarilla para la escena del crimen. No podía dejar de temblar. Todo su cuerpo, por dentro y por fuera, era una masa de gelatina temblorosa. Junto a la silla, había una taza de té caliente y dulce sin tocar, ya que sus músculos y su cerebro carecían de la capacidad de coordinar el movimiento de la mano a la boca. Era un shock, una secuela inevitable, ya no eran necesarias la acción rápida y el autocontrol.

Fragmentos de los primeros auxilios que había aprendido en la escuela salieron a la superficie cuando Anna sacó a Claire del agua. La cercanía de las toallas de baño resultó ser una ventaja para contener el flujo de sangre y ocultar las heridas. Acunó al bebé bien envuelto y corrió al salón, llamó al 000 y, de alguna manera, consiguió explicar la situación de forma coherente.

¿Qué hizo después?", le preguntó la policía, inclinándose hacia ella.

Cerré la puerta trasera que da al jardín para impedir que entraran los niños y salí de casa por la puerta principal, cerrándola tras de mí. Me refugié en mi coche".

Otras personas se habían hecho cargo de los cuatro niños que participaban en los juegos extraescolares del jardín, aunque Anna no sabía si habían sido vecinos o policías, y tampoco se lo habían dicho. Están a salvo, no hay por

qué preocuparse", fue lo único que le dijo la policía cuando Anna le preguntó. Liberada de cualquier responsabilidad añadida, Anna se concentró en responder a las preguntas, con la esperanza de que un relato comprensible evitara la necesidad de más interrogatorios.

Habían llamado a un médico para que la examinara, pero aún no había llegado, lo cual era una bendición, ya que Anna había decidido rechazar cualquier oferta de ponerla en cama con un tranquilizante. En esta coyuntura, ocultar sus sentimientos no era una opción. Necesitaba expresarse con claridad tanto a la policía como a Joseph, que estaba de camino a casa en taxi, para asegurarse de que sólo los hechos permanecían en primer plano en su mente. Ya había tenido suficientes cotilleos por una tarde.

Una última pregunta, Anna, y luego podrá descansar". La policía esbozó una pequeña sonrisa. Cuando se enfrentó a Narelle White en el vestíbulo, ¿intentó hacerle daño o amenazarla?

No.

¿Pero tuvo que quitarle el cuchillo de la mano?

Como he dicho antes, fue un acto reflejo. Pensé que había intentado suicidarse".

¿Porque había hecho daño al bebé?

Una semilla de irritación se alojó en la garganta de Anna. ¿Cómo podía saber si Narelle sentía remordimientos? No le correspondía a ella especular sobre el estado mental de una mujer perturbada. Que lo resolviera un psiquiatra. Tosió para expulsar el fastidio. Como dije antes, no creí que el bebé estuviera en la casa. Lo único que me preocupaba era comprobar las heridas de Narelle y evitar que le causara más".

Gracias, Anna. La policía se sentó en su asiento, también de plástico blanco. "Eso es todo por ahora, pero necesitaremos que venga a comisaría en los próximos días".

¿Por qué?

Necesitamos una declaración por escrito.

Anna suspiró. Así que, a pesar de sus esfuerzos, los hechos tuvieron que ser retenidos para un segundo interrogatorio. No hubo fundido a negro cuando terminó el episodio y pasaron los créditos. Se agachó y tomó la taza de té.



Los días siguientes pasaron como si el tiempo hubiera absorbido la humedad de principios de verano, cada hora parecía suspendida en el cielo cubierto de nubes e incapaz de avanzar a su ritmo habitual. Personas y lugares se fundían en una sola entidad, una versión distorsionada de la Australia que promocionaban los periódicos británicos, la Australia que Anna amaba. El suburbio que había sido su hogar durante nueve años parecía desconocido, sus casas cerradas, las vallas de los jardines una barrera contra la intrusión no deseada de fuerzas malévolas. Las madres mantenían a sus hijos cerca, las calles volvían a su propósito original, el cricket o el fútbol se limitaban ahora a los patios traseros. Fuera del supermercado, las amas de casa intercambiaban breves saludos en lugar de entretenerse en cotilleos, un trasfondo de sospecha que convertía a cada mujer en una posible maltratadora de niños.

Buscada por los periodistas, Anna ya no podía seguir con su vida cotidiana en el anonimato. Se había convertido en una serie de titulares de prensa: Heroína, valiente madre de Brisbane, salvadora suburbana. Obligada a ir de compras más lejos, agachaba la cabeza cuando empujaba el carrito del supermercado y se negaba a mirar a las cajas, volviendo a su coche como si la persiguieran hordas. Llevaba gafas oscuras siempre que conducía y evitaba ir a la biblioteca, al quiosco y a la farmacia. Cheryl, la chica gótica, recogía a Adam del colegio cinco días a la semana, y Anna se sentía

incapaz de enfrentarse a las preguntas o incluso a los comentarios elogiosos del grupo de madres que se congregaba a las puertas del colegio.

Cansada del intenso escrutinio, Anna casi envidiaba a Narelle, segura en su celda, con tres comidas al día, apartada de las demás reclusas para su propia protección, según el Courier-Mail. Se había fijado la fecha del juicio para febrero. Se había designado un abogado defensor, ya que se esperaba que la acusada se declarara inocente de intento de asesinato por enajenación mental, una explicación que a Anna le resultaba difícil de aceptar. No había duda de que Narelle había estado desequilibrada aquella tarde, pero locura parecía una etiqueta demasiado potente, con su inferencia de una reclusión de por vida en una institución psiquiátrica. Anna creía que el sistema había defraudado a Narelle y que su petición inicial de ayuda sólo había recibido como respuesta una tirita: varias visitas de una trabajadora social en lugar de remitirla a un psiquiatra que hubiera podido averiguar por qué se había vuelto loca de repente.



Noviembre se convirtió en diciembre. Los periodistas pasaron a otras noticias y las conversaciones en la puerta del colegio volvieron a temas familiares, como las próximas vacaciones de Navidad. En el 69a de la Calle Harrow, Anna sacó del almacén abrigos de invierno de diez años de antigüedad y los aireó en el porche trasero, junto con la parka acolchada comprada en julio para el viaje escolar de Adam a las Montañas Nevadas. A pesar de la perspectiva de unas Navidades frías y húmedas -rara vez nevaba en el sur de Hampshire-, estaba impaciente por volar lejos del estrés suburbano. Puede que la vida en la pecera de las últimas semanas hubiera remitido, pero los vecinos, los amigos e incluso Joseph seguían tratándola como a una inválida, preguntándole a diario cómo se sentía, si dormía bien y si había pensado en acudir a terapia. La inminente reunión familiar le

devolvería el equilibrio. Hija, hermana, tía y sobrina eran papeles fáciles de representar.

OceanofPDF.com

UNA TEMPORADA LIMITADA

Una espesa niebla cubría el aeropuerto de Heathrow mientras el avión de Qantas descendía, decepcionando a un pequeño australiano que esperaba ver el Big Ben y la Torre de Londres desde su asiento de la ventanilla, a pesar de que sus padres habían dicho que no volarían sobre la ciudad. Anna se dio cuenta de que un viejo castillo y un enorme reloj le interesarían más que la perspectiva de conocer a sus parientes, a la mayoría de los cuales sólo había visto en fotografías, así que le compró a Adam un libro de Historia Infantil de Inglaterra para que lo leyera en el avión. El caso es que leyó muy poco, prefiriendo el Scrabble de viaje y la bolsa de golosinas que se entregaba a los pasajeros infantiles tras el despegue. Las comidas divididas en porciones y servidas en bandeja le encantaban, al igual que los vasos de plástico de limonada y Coca-Cola -bebidas que rara vez se permiten en casa- que se ofrecían a intervalos frecuentes.

El reencuentro en el aeropuerto le deparó una sorpresa inesperada. Los cuatro padres estaban de pie detrás de la barrera mientras Joseph introducía el equipaje en la zona de llegadas. Adam voló a los brazos de su abuela materna, para disgusto de la abuela Fletcher, que saludaba con la mano, con picos de cabello teñido de rosa dispuestos alrededor de la cara como merengue tieso.

Adam, ven a conocer a los abuelos Fletcher", llamó Anna por encima de la algarabía de saludos masivos.

En un minuto, mamá. Estoy hablando con papá.

Anna miró a Joseph, atrapado entre sus padres, con ambas manos agarrando el carrito de equipaje, su postura rígida era un signo inequívoco de incomodidad. Salgamos de este apiñamiento y volvamos a reunirnos allí", le dijo, señalando un espacio vacío junto a un pilar de hormigón.

Las ruedas del carro se ponen en movimiento.

Al final, Joseph apaciguó a su agitada madre aceptando viajar, junto con Adam, en el coche de sus padres. Mientras le entregaba el carrito a Anna - en un Mini no hay sitio para maletas grandes-, ella le besó la mejilla en un intento de esbozar una sonrisa y le susurró: "Es sólo un viaje de 160 kilómetros".

Él se inclinó hacia ella. Estar apretado en la parte trasera de un Mini durante horas no es mi idea de diversión".

No te preocupes. Tu madre se sentará atrás con Adam".

Esbozó una sonrisa irónica y se apresuró a alcanzar a sus padres, que ya se dirigían a la salida.

¿Sabíais que los Fletcher venían al aeropuerto? preguntó Anna a sus padres, mientras los dos grupos se dirigían por separado a sus coches aparcados.

No", respondió su madre. Y supongo que esperarán el almuerzo'.

Te echo una mano'.

Gracias, cariño. Su madre sonrió. Al menos no hay sitio para que se queden a dormir".

Madre e hija intercambiaron miradas conspirativas y luego se abrazaron para hacer frente común.

Sentada detrás de su padre, Anna se sentía más como una turista que como una nativa que regresaba a su tierra natal. El campo parecía extraño, las ramas desnudas le chocaban, los campos pulcros rodeados de setos presentaban un paisaje ordenado que no dejaba nada a la imaginación. La niebla matinal persistía en las alturas. La escarcha moteaba la hierba fina como el invierno y los tejados grises de pizarra de las granjas, y el débil sol no lograba disipar el aire general de penumbra. Aparte de las volutas de humo que salían de las chimeneas de ladrillo, los pueblos de la carretera

parecían abandonados, grupos de casas idénticas agazapadas en un suelo empapado. Nadie caminaba por las estrechas calles, nadie charlaba junto a una valla ni tendía la colada. A pesar del ambiente caldeado del coche, Anna se estremeció y se apartó de la ventanilla. No podía imaginarse llevar una existencia cerrada durante meses, corriendo del coche a la tienda o a la oficina, con los ojos fijos en las aceras heladas y los dedos congelados tanteando las llaves del coche.

El aumento de la velocidad en la autopista resultó ser una distracción bienvenida, y los brezales y las granjas se perdieron en la bruma matinal antes de que Anna pudiera permitirse una comparación larga y, si era sincera, tendenciosa. Tras la primera ráfaga de animada conversación, las charlas se habían vuelto esporádicas y luego cesaron por completo mientras la madre dormía la siesta y el padre se concentraba en conducir, dejando a Anna preguntándose cómo les iría a Joseph y Adam, atrapados en un coche pequeño con una madre/abuela parlanchina y un padre/abuelo taciturno y fumador de pipa.

Sin duda, los Fletcher se detendrían a tomar una taza de té y un pastel envuelto en plástico en una cafetería Little Chef, ya que Stella nunca estaba dispuesta a viajar lejos sin una pausa para el té. Sería una experiencia nueva para Adam, que estaba acostumbrado a las áreas de descanso de carretera, donde se sacaba del maletero un termo de té, una botella de zumo de naranja y un trozo de tarta casera y se llevaba a una mesa de picnic situada a la sombra de altos eucaliptos.

Enfundada en un pesado abrigo, con los tobillos hinchados por el largo vuelo, Anna ansiaba volver a vestirse como en Brisbane y sentir el aire cálido acariciando sus brazos y piernas desnudos y estirar los dedos de los pies, acalambrados por haber estado encerrados en unas botas que se había puesto por última vez una década antes. Aparte de zapatillas de deporte y un par de zapatos de salón, sólo tenía sandalias y le hacía gracia que las mujeres de Brisbane salieran a la calle con botas hasta la rodilla durante el llamado invierno.

Seis semanas en un clima frío no le resultaban atractivas; habría preferido una visita en verano, pero no podía expresar su preferencia cuando la tía Maud les había pagado los billetes. Estar atrapada en casa durante semanas sería un tormento, sobre todo para Adam, que se había criado con actividades al aire libre durante todo el año. Piensa en positivo, se dijo a sí misma, y empezó a planear paseos enérgicos por los bosques cercanos a la casa de su infancia, señalando ardillas, petirrojos y mirlos. A Adam le encantaba la vida salvaje, sobre todo los pájaros, así que le intrigarían las distintas especies. Quizá la tía Maud, que se había mudado a un piso de lujo cerca del centro de la ciudad, disfrutaría enseñándole las fotografías de aves marinas que había hecho su difunto marido. El tío Edgar, fotógrafo entusiasta, había revelado sus fotografías en blanco y negro en un cuarto oscuro construido en la parte trasera de su garaje, un proceso que Anna había observado con asombro en las raras ocasiones en que se le permitió entrar.

Ya casi estamos en casa, Anna", declaró su padre, como si ella no recordara las calles de su ciudad natal. Supongo que agradecerás una taza de té decente, querida. La variedad de las aerolíneas deja mucho que desear".

Seguro que sí, papá, pero supongo que es difícil alimentar a cientos de pasajeros con una cocina diminuta'.

Suenas como una americana, querida", comentó su madre. Parece que esas clases de elocución fueron un desperdicio'.

Australiana, madre", corrigió Anna sin pensar.

Eres inglesa, querida, vivas donde vivas".

Anna no dijo nada y pensó en la ceremonia de ciudadanía a la que había asistido el año anterior. Junto a inmigrantes de diversos países, ella y Joseph habían prometido con orgullo su lealtad a la Commonwealth de Australia y, a cambio, habían recibido certificados adornados con un escudo de armas en el que aparecían un canguro y un emú. Era la confirmación de que pertenecían a la tierra que habían elegido diez años antes como lugar adecuado para su futuro.

Nacionalidad australiana, proclamaban sus nuevos pasaportes, pero convencer a la madre de Joseph de que no tenían intención de regresar permanentemente a Inglaterra sería una tarea difícil. En casi todas las cartas y al final de cada conversación telefónica, Stella preguntaba: "¿Cuándo vuelves a casa? La pregunta había quedado sin respuesta durante una década, pero cara a cara, una confrontación parecía inevitable y era algo que Anna no tenía ningún deseo de presenciar, y mucho menos de participar.

La cobardía no era el problema. Más bien, era la necesidad de protegerse del drama de la histeria al estilo de Stella. Las emociones exacerbadas pondrían en peligro la tranquilidad que Anna intentaba cultivar durante las vacaciones. Poco después de su regreso a casa, tendría que declarar en el juicio de Narelle White, una experiencia que temía. Aparte de la angustia que le producía relatar los detalles de aquella horrible tarde, temía la intromisión de los medios de comunicación, los clics de las cámaras cuando llegaba al tribunal, los micrófonos que le ponían delante de la cara.

Por fin en casa", declaró su madre, disipando sus preocupaciones.

Estoy deseando quitarme las botas". Anna movió los dedos de los pies. ¿Tienes un par de zapatillas de repuesto que me puedas prestar?

La madre se dio la vuelta para sonreír a su hija. No, cariño, pero te he tejido un par como las que siempre llevo a la casa de vacaciones".

Anna recordaba unos patucos rosa pálido adornados con lazos, una imagen incongruente cuando se combinaban con uno de los vestidos de verano de su madre. Gracias, es genial.

También he hecho un par para Adam. Rayas rojas y blancas con pompones. Espero que le queden bien.

Seguro que sí. Sus pies no han crecido mucho desde la última vez que te envié sus medidas'.

Bien. Madre abrió la puerta del coche y pisó la grava húmeda. Voy a poner la tetera.

"Aún no hay señales de los Fletcher", comentó su padre. Espero que no se hayan averiado'.

"No te preocupes, papá, seguro que han parado en un Little Chef".

Bien, organicemos el equipaje.



Las semanas transcurrieron en un frenesí de actividad: visitas a parientes, el deleite de una pantomima, paseos por un paseo marítimo azotado por el viento, Adam corriendo delante intentando atrapar las ráfagas de espuma que lanzaban las olas de color gris hierro. Los Fletcher australianos pasaron la comida de Navidad con los padres de Anna, sus hermanas y sus familias, además de la tía Maud, y luego condujeron cincuenta kilómetros para pasar los días siguientes en casa de Stella y compañía.

Sin dejarse intimidar por las carreteras heladas y un coche desconocido -el viejo Austin Cambridge de su suegro-, Joseph llevó a su familia sana y salva a una casa sobrecalentada en la que había espumillón por todas las habitaciones y un enorme árbol de Navidad adornado con chucherías ocupaba la mayor parte del pequeño salón. En Australia no hay nada como esto", le dijo Stella a Adam, que miraba el árbol con los ojos muy abiertos y la boca abierta como un pez. Cuando hace calor, no es Navidad".

Abuela, el día de Navidad nos metemos en la piscina de Mary y Roger", respondió él, apartándose del árbol. Y hacemos carreras de ponis. Tienen cara de caballo, pero yo tengo uno con forma de plátano. La llamo Cecily".

Stella frunció el ceño. ¿Cecily+?

Una mujer con la que trabaja Joseph", explicó Anna. Adam la ha visto varias veces y le gusta bastante'.

Cecily me compró unas gafas para mi cumpleaños. Nado mucho bajo el agua, abuela".

Es un verdadero delfín", añade Joseph. Ganó el primer premio de buceo de su curso en el carnaval de natación del colegio".

Adam sonrió con orgullo y la abuela le dio una palmadita en la cabeza. Luego, mirándola, preguntó con la franqueza de un niño: "Abuela, ¿por qué tienes el cabello del mismo color que las zapatillas nuevas de mamá?".

Anna tuvo que salir precipitadamente de la habitación para evitar un ataque de risa, por lo que no llegó a oír la respuesta de Stella.

NUEVA DÉCADA, NUEVA DIRECCIÓN

El tiempo para recuperarse del jet-lag era un lujo que Anna no podía permitirse, ya que dos días después del aterrizaje se avecinaba un nuevo curso escolar. Se apresuró a comprar en las tiendas los artículos que Adam necesitaba para el quinto curso, ya que la lista proporcionada por la escuela ocupaba una página entera, ridícula en su opinión para un niño de nueve años. Se preguntaba cómo se las arreglaban las familias pobres, sobre todo si tenían que equipar a varios niños. Al menos, como Cheryl, la chica gótica, había vuelto del norte, Anna no tenía a Adam de remolque, quejándose de ir de compras cuando podría haber estado en la playa. Cheryl, que seguía buscando un trabajo a tiempo parcial que le proporcionara el dinero que tanto necesitaba durante sus estudios universitarios, había agradecido la oportunidad de ganar algo de dinero. Cuando empezara la universidad a principios de marzo, tendría que buscarse otro cuidador extraescolar, pero Anna se negaba a preocuparse por eso, ya que el inminente juicio era mucho más importante.

La visita a Inglaterra le había ayudado a relativizar los acontecimientos de aquella tarde de noviembre. Anna nunca olvidaría la traumática experiencia, pero, gracias a la rápida y perspicaz actuación de la policía, Adam y los pequeños White se habían librado de ver a un bebé herido y a una madre angustiada. En los días siguientes al incidente, la preocupación de Adam habían sido los coches de policía, las sirenas y una ambulancia corriendo calle abajo. Resultaba imposible protegerle de todas las noticias de la televisión o de los parloteos de amigos y vecinos, pero, al responder a sus preguntas, ambos padres hacían hincapié en el resultado positivo -la recuperación de Claire- más que en el crimen de Narelle.

Anna también le habló a Adam del proceso judicial, explicándole que tendría que describir lo ocurrido a un juez y a un jurado para que decidieran qué hacer. Enfatizó la importancia de decir la verdad, haciendo sólo vagas

referencias al veredicto y la sentencia. Adam pareció comprender, con expresión seria mientras asimilaba cada información, sin su habitual inquietud. No había mencionado el drama suburbano ni una sola vez durante las vacaciones, lo que llevó a Anna y Joseph a creer que no le había afectado negativamente.

La comparecencia ante el tribunal resultó menos desalentadora de lo previsto, ya que tanto los abogados de la acusación como los de la defensa hicieron preguntas razonables y se abstuvieron de adoptar la postura agresiva que se ve en los dramas policíacos de la televisión. Después, caminando por las soleadas calles de la ciudad hasta la Estación Central, Anna sintió una gran ligereza, como si hubiera dejado atrás más de la mitad de su peso corporal en el estrado del Tribunal Supremo. Confiada en que ahora podía centrarse en el futuro, especialmente en sus planes de mudarse a una nueva casa, habría subido dando saltos por la Calle Ann si no llevara tacones altos y una falda ajustada.

Sentada en el tren, Anna deseó tener algo que leer, ya que el familiar paisaje urbano no lograba disipar una imagen indeseada que se había instalado en su mente nada más entrar en el vagón. El aspecto alterado de Narelle White había sido un shock. Conducida al banquillo de los acusados por un funcionario de los servicios penitenciarios, la mujer a la que Anna seguía considerando una víctima desventurada, más que una delincuente, era ahora canosa, con las mejillas hundidas que acentuaban los profundos pliegues a ambos lados de su pequeña y puntiaguda nariz. Cuando Anna fue llamada a declarar, se preguntó si Narelle mostraría algún signo de reconocimiento, pero su delgado rostro seguía sin mostrar emoción alguna, como lo había hecho desde que comenzó el proceso. Un mecanismo de supervivencia, había decidido Anna, mientras se levantaba de su asiento y se dirigía al estrado.

A la aceleración le siguió una desaceleración y una breve parada en una estación; el patrón se repitió cuando el tren se dirigió hacia el norte. La repetición parada-arranque la tranquilizó, borrando suavemente sus recuerdos de la sala del tribunal. Sola en el vagón, Anna se concentró en el asiento de enfrente, examinando las inserciones de tela que suponían una

gran mejora respecto a los viejos y agrietados bancos de principios de los setenta. Reflexionando sobre los viejos "ratoneros", con sus asientos incómodos y sus ventanas rígidas que amenazaban con atrapar los dedos al abrirlas para salir del tren, Anna recordó la historia que había puesto en marcha su afición a escribir prosa. Como la mayoría de los principiantes, se había basado en su propia experiencia, convirtiendo los miedos irracionales de una mujer de veintitantos años a quedarse atrapada en un vagón en una historia ganadora de un premio creando un niño pequeño como protagonista. El año anterior, su flujo creativo se había ralentizado hasta convertirse en un goteo, pero ahora una pregunta se formaba en su cabeza; una pregunta que se sentía reacia a reconocer, y mucho menos a responder.

El tren entró en la estación de Woolloowin. Se apeó con cuidado y caminó lentamente por el andén lleno de baches hasta salir a la calle. Inesperadamente, la pregunta se hizo eco de sus pasos, palabras que exigían una respuesta, un sí o un no como mínimo. ¿Debería sacar partido de la tragedia de la familia White y escribir una novela centrada en la incapacidad de una madre para hacer frente a la situación y sus terribles consecuencias? No, eso no sería ético", fue la respuesta tácita y, sin embargo, vaciló, reacia a aceptar la decisión.

Pasó por delante de una hilera de tiendas familiares, con mercancías en cajas de madera expuestas en el sendero bajo toldos de chapa ondulada, y aminoró el paso. Decidida a no distraerse, apartó la mirada de las verduras frescas y las gangas del hogar. Más allá de la sombra del centro comercial, acelera el paso, consciente de que necesita desesperadamente un cuaderno y un bolígrafo. Por experiencia, sabía que los conceptos y los personajes no durarían mucho; como las burbujas que salen del tubo de plástico de un niño, pronto estallarían y su contenido se evaporaría bajo el sol del verano. Inhibida por su vestimenta formal y el resplandor de la tarde que, a pesar de las gafas de sol, la obligaba a mirarse los pies, tardó otros cinco minutos en llegar a la Calle Harrow, y varios más antes de que apareciera a la vista la servidumbre que conducía a su casa.

Buscó las llaves en el bolso mientras subía los escalones de madera del porche. El sudor le caía por la punta de la nariz y chisporroteaba en la

pintura caliente. Por fin dentro, se quitó los zapatos, dejó el bolso en una silla y se dirigió al dormitorio, bajándose la cremallera por el camino con las manos húmedas. Se quitó la falda y la blusa, que dejó en el suelo del dormitorio, y se quitó las medias y el sujetador, ignorando las cortinas abiertas en su afán por sentir el aire fresco en su piel acalorada. De mala gana, cogió un pantalón corto y una camiseta de tirantes del cajón del tocador.

De camino al estudio, Anna se desvió por el cuarto de baño para beber agua directamente del grifo, olvidando que el primer chorro estaría caliente. Luego cruzó a toda prisa el pasillo para entrar en el espacio que una vez codició a diario y descubrió, para su consternación, que el escritorio estaba lleno de libros de bolsillo, arrancados de estanterías abarrotadas, que había querido llevar a la tienda antes de las vacaciones. Extendiendo ambos brazos, barrió los libros hacia el suelo sin preocuparse por su bienestar. La bibliotecaria Shirley se horrorizaría, reflexionó, mientras abría un cajón para sacar un cuaderno y una birome. El pensamiento perduró, convirtiéndose en la carrera que su protagonista había abandonado una vez que su embarazo había empezado a notarse.

Un primer y único embarazo. Su personaje no sería madre de siete hijos y, a diferencia de Narelle White, sería inocente del cargo que se le imputaba. Esto había quedado claro durante el trayecto de la comisaría a casa, pues Anna era consciente de que, fuera cual fuera el veredicto en el caso real, Narelle no volvería a casa en muchos años.

La muerte de un hijo, un error judicial, un largo encarcelamiento... Éstas eran las semillas de las que podía surgir una novela completa. Le esperaban años de duro trabajo; sería una curva de aprendizaje empinada, pero Anna se sentía impertérrita y decidida a completar la tarea, fuera cual fuera el resultado final. Una nueva década se extendía ante ella; no permitiría que los años ochenta pasaran sin un logro.



Anna confió en Shirley meses antes de mencionar el proyecto a Joseph, temerosa de que pensara que estaba a punto de renunciar a su trabajo. A pesar de sentirse orgulloso de ser el principal sostén de la familia, reconoce que, sin la contribución de Anna al hogar, la hipoteca no se habría pagado tan pronto, ni se habría dispuesto de dinero para un segundo coche. La compra de una casa nueva, con un garaje doble, una habitación familiar y, si fuera posible, una piscina, se llevaría la mayor parte de sus ahorros, ya que ninguno de los dos quería asumir otra gran hipoteca.

Shirley se mostró encantada y se ofreció a tomar prestados de la biblioteca de la universidad libros sobre el sistema jurídico o cualquier otro tema pertinente, para ayudar a su amiga en sus investigaciones. Confío plenamente en ti", declaró levantando su copa de vino de plástico. Por Anna, la autora. Que brille como el sol australiano".

El sol de la tarde se deslizaba por debajo de la cresta de una colina cercana. Agradecida por la sombra cada vez más profunda, Anna se sonrojó. Las dos amigas estaban sentadas en sillas de mimbre a ambos lados de una mesa de cristal, bajo sus pies el patio de baldosas que Sam había construido alrededor de una piscina enterrada recién instalada. Los estudios, el trabajo duro y el cambio de carrera de Sam habían hecho que la vida de la pareja mejorara más de lo esperado. Cuando su hijo George empezó a ir a la escuela, Shirley volvió a estudiar a tiempo parcial y se embarcó en una licenciatura en Letras en la Universidad de Queensland, esencial si quería ascender en el futuro, mientras que Sam se dedicó a la ingeniería de iluminación.

A veces, a Anna le resultaba difícil gestionar su propia vida de múltiples capas, por lo que no podía imaginar cómo Shirley hacía malabarismos con un trabajo, los estudios y un niño pequeño. Escribir una novela añadiría otra

capa, una que ella preveía que podría llegar a ser absorbente, pero al menos una escritora desconocida no tendría a un editor respirándole en la nuca.

O un juez y un jurado esperando a pronunciar veredicto y sentencia.

OceanofPDF.com

CAMBIO DE ESCENARIO, CAMBIO DE RITMO

Las insistentes presiones de esposa e hijo hicieron que Joseph abandonara su preferencia por una casa nueva terminada. Seis meses después de su primera visita, un segundo viaje a Elizabeth Park convenció a Anna de que una casa construida en un tranquilo callejón sin salida entre altos eucaliptos sería muy superior a una casa de obra nueva. A Adam no le importaba mucho la casa en sí. Lo que le importaban eran los árboles trepables y una zona de arbustos sin desarrollar.

Un único constructor se encargó de desarrollar la pequeña urbanización, que obligaba a los compradores a adquirir un paquete de casa y terreno, aunque los planos expuestos en la oficina de ventas ofrecían amplias posibilidades de diseño. Tras muchas deliberaciones, los Fletcher eligieron una casa baja en forma de L, de ladrillo y tejado de tejas, con tres dormitorios, cuarto de baño, lavandería, cocina con comedor, sala de estar y salón/comedor independiente, además de un garaje para dos coches. Con un pequeño depósito se aseguraban el bloque elegido hasta que se vendiera la casa de la Calle Harrow, momento en el que pagarían la totalidad del terreno. El pago de la casa se haría en incrementos regulares a medida que avanzaran las obras.

En una visita posterior al banco consiguieron una pequeña hipoteca, y el director del banco se mostró encantado al saber que podían utilizar como depósito la totalidad del producto de la venta de su casa. Cuando salieron del banco, Anna se estremeció al recordar su primera solicitud de hipoteca, los duros comentarios del director sobre la insuficiencia de ahorros, seguidos de miradas disimuladas a su estómago hinchado y tímidos comentarios sobre el acontecimiento que se avecinaba. 'Qué diferencia hace el dinero', comentó cogiendo el brazo de Joseph. Hace nueve años, nuestra solicitud no tenía muchas posibilidades'.

Sólo un sueldo y un bebé en camino nos convertían en un riesgo tremendo. Creo que el primer director se apiadó de nosotros".

Eso seguro, pero hemos demostrado que tomó la decisión correcta. No creo que muchas parejas consigan pagar su hipoteca en nueve años".

Trabajo duro, un presupuesto sensato y la voluntad de arreglárselas con cosas de segunda mano: ése es el truco", responde Joseph con suficiencia.

Creo que hay algo más. Como emigrantes, teníamos que valernos por nosotros mismos. No podíamos volver corriendo a nuestros padres cuando las cosas iban mal. Era hundirse o nadar. Sólo teníamos una oportunidad de demostrar que podíamos salir adelante en una tierra extraña, lejos de todo lo conocido".

Difícilmente extraño. El mismo idioma, un gobierno como el de Westminster, valores occidentales".

Cierto, pero ¿no recuerdas que, unos días después de nuestra llegada, estabas en la estación de Zillmere y decías lo desalentador que era darte cuenta de que no tenías ni idea de cómo llegar a ninguna parte excepto a casa de Mary y Roger?

Joseph se encogió de hombros. No puedo decir que sí, pero no me costó mucho encontrar el camino".

No, menos mal. No querías confiar en mis escasas habilidades de navegación'.

Recordó la ansiedad que había sentido al intentar recorrer calles desconocidas cuando iba a visitar a Narelle a la División Femenina de la cárcel de Boggo Road. Su tensión había aumentado al entrar en la prisión, y la sensación de presentimiento se agudizó cuando las puertas de acero se cerraron tras ella. Aunque Narelle había accedido a verla - Anna le había escrito unas semanas después de que se dictara la sentencia de diez años, al haberse rechazado el alegato de demencia - la visita había sido un completo fracaso. Sentada en una silla detrás de una mampara de cristal, Narelle no

había mostrado ninguna emoción. Su expresión había sido vacía, sus ojos apagados, como si se hubiera retirado a un mundo alejado de su realidad actual. La conversación había sido tensa y Narelle había limitado sus respuestas a monosílabos. Consternada, Anna no había prometido volver a visitarla, prefiriendo limitar la comunicación a alguna carta ocasional.

Joseph le dio una palmadita en el brazo. No estés tan triste, cariño, no estás sola. A la mayoría de las mujeres les cuesta leer los mapas".

No es eso. De repente pensé en Narelle y su familia. A diferencia de nosotros, ellos no tienen nada que esperar'.

"Mi consejo es que te olvides de todo este sórdido asunto.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Una casa nueva en otro barrio exorcizará los fantasmas del pasado'.

Reacia a continuar la conversación, le dirigió hacia una cafetería.



Un año después de comenzar la nueva década, Anna había completado la investigación preliminar para su novela y escrito tres capítulos de un primer borrador. Satisfecha con su producción -conseguía dedicar a la creatividad dos jornadas de seis horas a la semana, más algún que otro sábado-, suspendió la escritura de la novela durante unas semanas, para preparar su inminente mudanza.

La casa se vendió en dos meses, en lugar de los cuatro o seis previstos por el agente inmobiliario. El traslado a un piso de alquiler de dos habitaciones cerca del lugar de trabajo de Anna sería temporal, ya que la nueva casa debía estar terminada en tres meses. Después de las vacaciones de Navidad,

Adam se trasladaría a la escuela más cercana a Elizabeth Park. Como ya tenía diez años y era un niño sensato, ambos padres pensaron que tenía edad suficiente para ir en bicicleta de montaña al nuevo colegio, lo que le daría cierta independencia y eliminaría la necesidad de una cuidadora después de clase, ya que Anna volvía del trabajo menos de una hora después de que terminaran las clases. Anna no podía creer que sólo quedaran dos años de escuela primaria antes de que Adam pasara al instituto. La otrora interminable infancia de su hijo se desvanecía ante sus ojos.

De vez en cuando, viendo a Adam jugar solo en el jardín, se sentía culpable por haberle negado un hermano, aunque él parecía contento y nunca pedía un hermano o una hermana. En el colegio era un niño popular y a menudo recibía invitaciones de fin de semana para ir a casa de sus amigos. Sin embargo, su único intento de proporcionarle un compañero durante unas vacaciones en Byron Bay había sido un completo fracaso, ya que Adam la había llevado aparte al cabo de dos días para preguntarle por qué había invitado al aburrido Barry.

No está bien", había añadido, tras su explicación susurrada. Siempre hemos estado los tres solos, así que, por favor, no invites a nadie más a compartir nuestras vacaciones familiares".

Ella, escarmentada, prometió que en el futuro serían sólo ellos tres.



El cambio de casa y de barrio resultó ser más beneficioso de lo que Anna había imaginado. A Adam le encantaba su nuevo colegio, sobre todo la piscina con trampolín y, en pocas semanas, se había apuntado al club de natación que se celebraba todos los viernes después de las clases. Sentada en la hierba junto a la piscina, Anna le animaba en las carreras y aplaudía sus saltos. El "pequeño delfín" se había convertido en un nadador y buceador competente, y la práctica diaria en la nueva piscina de la familia,

con forma de riñón, le ayudaba a ganar trofeos para su equipo en los eventos deportivos intercolegiales.

Para alivio de Anna, una nueva y elegante camioneta Ford pronto sustituyó al destartada camioneta Datsun que Joseph había comprado años antes, ya que un nuevo ascenso incluía un coche de empresa. El trabajo ocupaba ahora más tiempo a Joseph, ya que se esperaba que un directivo permaneciera en su mesa mucho después de que el resto del personal se hubiera marchado.

A Anna no le importaba. Las horas extra le permitían centrarse en posibles narraciones mientras quitaba el polvo de los muebles o limpiaba la ducha. Una vez terminadas las tareas domésticas, en los días calurosos se reunía con Adam en la piscina, jugaban al pilla-pilla o lanzaban una pelota. Contentos con su mutua compañía, madre e hijo preparaban juntos la cena con la ropa mojada, ignorando las gotas de agua clorada que goteaban sobre el suelo de vinilo estampado.

Las tardes de verano se pasaban en la sala de estar, tumbados en ligeros sillones de caña frente al televisor o leyendo libros de la biblioteca. En el jardín, las cigarras colgaban de los altos árboles, y su fuerte zumbido resultaba irritante hasta que uno aprendía a ignorarlas. Cuando el calor y la humedad persistían hasta bien entrada la noche, Anna y Joseph se metían en la piscina antes de acostarse, saboreando el tacto del agua sedosa sobre sus cuerpos desnudos. El zumbido de los mosquitos alrededor de sus cabezas era perjudicial para hacer el amor en el agua, así que se retiraban al dormitorio y encendían el ventilador de techo, entrelazando sus frescas extremidades bajo su agradable brisa.

El tiempo más fresco engendraba actividades menos lánguidas, como el mantenimiento de la casa y el jardín, o enérgicos paseos por los bosques con Adam a la cabeza, señalando con entusiasmo los pájaros de colores y los excrementos de las criaturas nocturnas. Sentada en una roca junto a una cascada o corriendo con su marido y su hijo por una playa desierta azotada por el viento, a Anna le resultaba imposible imaginarse viviendo en otro lugar del planeta. Australia le había dado la autonomía que ansiaba.

Liberada de las ataduras del mundo encastillado de sus padres, podía abrazar una existencia elevada; podía atreverse a soñar.

Mes a mes, su manuscrito crecía, un segundo hijo secreto alimentado por la imaginación y la persistencia. Joseph sabía que estaba escribiendo una novela, pero no tenía ni idea del tema. Puedes leerla cuando esté terminada", le dijo ella una noche, en respuesta a sus preguntas. Sólo estoy con el primer borrador, así que estarías leyendo un trabajo sin pulir".

Dame una pista. ¿Es un misterio, un romance, una novela negra?

Espera y verás. Ni siquiera yo sé cómo acabará".

¿Por qué? Creía que los autores escribían primero un esbozo".

No necesariamente. Los escritores trabajan de distintas maneras".

Entonces, mantén el misterio", dijo, sonriendo afrentado, y se volvió hacia el televisor.

No se había dicho nada más sobre el asunto, lo que convenía a una novelista principiante que no estaba segura de poseer la capacidad suficiente para producir material publicable. Terminar la tarea era su objetivo inmediato, y la búsqueda de un editor o agente de importancia secundaria. Desde que empezó la novela, Anna se había unido a la Asociación de Escritores Australianos. Leía su revista mensual con interés y de vez en cuando cogía el tren para ir a la ciudad y asistir a una reunión los sábados por la tarde.

Uno de esos días, decidió, enviaría un poema o un relato corto a la revista. Le entusiasmaría ver su nombre impreso, y además sería algo concreto que mostrar a Joseph. Mientras tanto, escuchaba a los demás hablar de sus trabajos en curso y sólo proporcionaba fragmentos de información sobre su propio proyecto cuando se le preguntaba directamente. Se esforzaba por integrarse, pero no tenía nada en común con las mujeres, en su mayoría de mediana edad, que llenaban las horas del día de creatividad ahora que sus hijos habían abandonado el nido. Los pocos hombres tímidos que se apiñaban durante la pausa para el café nunca hablaban con Anna y parecían

abrumados por las volubles mujeres canosas que hablaban de puntuación y gramática.

Anna habría preferido un grupo más joven, pero no tuvo suerte de encontrar otro grupo de escritura ni en las afueras ni en la ciudad. La mayoría de sus contemporáneas estaban ocupadas trabajando o criando a sus hijos; sólo ella tenía tiempo y energía suficientes para dedicarse a su "pequeña afición".

Mecanografiar hora tras hora podía ser productivo en un sentido e intelectualmente satisfactorio, pero de vez en cuando sentía una punzada de culpabilidad por el tiempo robado a las tareas domésticas. Joseph rara vez la criticaba, pero ella intuía, por algún que otro comentario, que él habría preferido una esposa más convencional, de las que llenan la casa con el tentador aroma de los manjares caseros en lugar de una tarta de frutas comprada en Coles. En las raras ocasiones en que ella preparaba un lote de pasteles o galletas, él la felicitaba efusivamente y luego devoraba la mitad de un plato con tal abandono que no podía probar nada. Afortunadamente, Adam se comía cualquier cosa que le pusieran delante sin preocuparse por su origen.

Cuando sonaba el temporizador del horno -lo ponía como recordatorio para preparar la comida o tender la colada-, Anna reflexionaba sobre escritores del pasado que habían sido bendecidos con criados para llevar a cabo las tediosas tareas domésticas. No se imaginaba a Virginia Woolf limpiando el retrete o fregando el suelo de la cocina. Entonces se acordaba de las modernas ayudas que le permitían realizar las tareas domésticas en un tiempo récord y se reprochaba su ingratitud. En comparación con los que la habían precedido, ella tenía una vida fácil: acceso a una variedad de alimentos sanos, excelente atención sanitaria, escolarización para su hijo, libertad para votar, decir lo que pensaba, leer lo que quisiera, limitar a su familia. Una pequeña tableta permitía a su generación de mujeres elegir si deseaban tener hijos, cuándo y cuántos, sin depender de que sus maridos practicasen el control de la natalidad. Y si una mujer no lograba concebir, el nuevo procedimiento de fecundación in vitro podía ayudar a crear el ansiado feto.

Mientras Anna pelaba patatas, una imagen de Narelle se deslizó en su mente y reflexionó sobre la razón de que tuviera tantos hijos, especialmente un séptimo, años después del sexto. ¿Un descuido, un marido exigente, la incapacidad o la reticencia a tomar la píldora? Nunca lo sabría. Narelle seguía siendo un libro cerrado.

OceanofPDF.com

PROGRESO LENTO

Alto y delgado, con una mata de cabello negro rebelde, Adam, de doce años, se había convertido en un buen compañero, su temperamento relajado era bienvenido, sobre todo los días en que Anna se sentía frustrada por su falta de progreso.

"Anímate, mamá", le decía si se mostraba abatida a su regreso del colegio. Después de lanzarle una sonrisa, se levantaba de la silla del despacho, lo seguía a la cocina, encendía la jarra y abría la caja de Tupperware que contenía tarta o galletas.

Adam, que ya había organizado su propia bebida de cordial o un vaso de leche, esperaba a que ella preparara el té antes de sacar su vaso y la caja de plástico al patio con mosquitera -los mosquitos eran voraces en Elizabeth Park incluso durante el día- y depositarlos en la mesa redonda de poliuretano del rincón. Sentados en sillas amarillas de plástico, madre e hijo pasaban media hora tomando el té de la tarde y charlando sobre sus respectivos días, antes de que Adam se retirara a hacer los deberes -que le ocupaban al menos dos horas al día, ahora que había terminado el bachillerato- y Anna se pusiera al día con las tareas domésticas.

Después de pasar el día en su estudio, Anna apreciaba la compañía de su hijo. Escribir era una actividad solitaria y a menudo se preguntaba cómo se las arreglaban los escritores profesionales, día tras día, con una existencia solitaria. Al menos, ella tenía una alternativa durante la mitad de la semana laboral; y no es que su trabajo le pareciera especialmente satisfactorio. Los clientes del abogado rara vez intercambiaban más de unas pocas palabras con ella y el mecanografiado de documentos de compraventa, testamentos y divorcios se había vuelto tedioso después de tantos años.

Tras el último ascenso de Joseph, Anna se había planteado dimitir y dedicar seis meses a su nuevo proyecto de escritura antes de buscar otro empleo,

pero el deseo de conservar sus propios ingresos la había frenado. Aunque Joseph era generoso hasta la exageración, ella había odiado pedirle algo que no fuera dinero para las tareas domésticas durante los años en que se quedó en casa. Pero es nuestro dinero, no el mío", decía él cuando ella intentaba explicar su reticencia, su sensación de ser una "mantenida".

Un periodo sin sueldo habría sido aceptable si hubiera encontrado un editor para su primera novela. Uno o dos habían elogiado sus esfuerzos, pero de momento ninguno estaba dispuesto a arriesgarse con una escritora desconocida. Había publicado algunos relatos y poemas en revistas, pero la remuneración, si la había, era escasa y, aparte de aquel primer premio, no había conseguido ganar ni ser preseleccionada en otros concursos de escritura.

A principios de año, había acariciado la idea de escribir una novela romántica. Según una mujer que había conocido en una reunión de la FAW, éstas se vendían bien, pero las consultas a las editoriales recomendadas revelaban que los autores tenían que escribir según una fórmula. Los "felices para siempre" con un héroe apuesto que rescataba a una heroína de las garras de un canalla no le gustaban, así que Anna había vuelto al realismo.

Consciente de que su primera novela había surgido de una experiencia irrepetible, para su segundo proyecto decidió centrarse en una joven que emigra sola a Australia, en contra de los deseos de sus padres y del novio que quiere dirigir su vida. Su heroína sería una mujer luchadora y decidida a abrirse camino en una nueva tierra. Superaría numerosos contratiempos antes de salir victoriosa. No será una historia de éxito, sino una historia diseñada para inspirar, para demostrar a las jóvenes que en la Australia de los años ochenta pueden alcanzar sus metas profesionales.

El país estaba cambiando y ya no se esperaba que las mujeres renunciaran a sus carreras una vez que tuvieran un hijo. Desde 1979, cualquier mujer empleada en una empresa durante más de doce meses tenía derecho a cincuenta y dos semanas de baja por maternidad no remunerada, y los sindicatos ya estaban presionando para conseguir un número limitado de

bajas remuneradas. Hoy en día, hay guarderías en casi todos los suburbios, una gran diferencia respecto a la experiencia de Anna doce años antes. Recuerda los comentarios mordaces sobre su embarazo de una supervisora chapada a la antigua, la directiva de llevar vestidos premamá en lugar de un uniforme de oficina ceñido a la barriga.

Sin duda, algunos sectores de la sociedad la tacharían de feminista rabiosa si se publicaba su nuevo libro, pero a Anna no le importaban las opiniones conservadoras. Su objetivo era proporcionar a los lectores material para la reflexión, además de una narrativa interesante.



Estaba tomando notas para un tercer capítulo cuando sonó el timbre. Molesta por la interrupción, se arrastró hasta el dormitorio delantero para ver si valía la pena abrir la puerta y vio la motocicleta del cartero aparcada en medio del camino de entrada, señal inequívoca de que tenía un paquete que entregar. Probablemente un regalo de Inglaterra, ya que el cumpleaños de Joseph era en menos de una semana.

Antes de dirigirse al vestíbulo, se detuvo frente al espejo del tocador para comprobar si tenía manchas de Milo alrededor de la boca.

Paquete para la Sra. Anna Fletcher", anunció el cartero al abrir la puerta.

Soy yo. Cogió el paquete en forma de manuscrito y trató de mantener una sonrisa. Muchas gracias.

Que tenga un buen día.

Usted también", respondió ella automáticamente, con los ojos fijos en los sellos que había pegado en el sobre semanas antes.

Una vez escondida detrás de una puerta cerrada, dejó caer el paquete sobre el felpudo y dio una patada a su indeseado contenido. No tenía sentido leer otra carta de rechazo. De vuelta a su escritorio, escribió su frustración, con los dedos y los pulgares rígidos alrededor de la birome y la boca endurecida como el hormigón. El dolor en las articulaciones y el entumecimiento de un pie -estaba sentada con una pierna metida debajo del trasero- exigieron un descanso al cabo de media hora, así que se desperezó y estiró los dedos y las extremidades hasta que recuperó la sensibilidad. Hambrienta, se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse un bocadillo, apartando los ojos del paquete abandonado mientras cruzaba el pasillo.

Mientras llevaba un plato de vuelta al estudio, olvidada su norma de no comer en el escritorio, recordó la carta de presentación que había enviado a las editoriales junto con la sinopsis y el manuscrito obligatorios. En respuesta a la pregunta: "¿En qué se inspiró para escribir su novela?", siempre escribía: "¿Nadie me escucha?" se inspiró en el abatimiento personal durante un embarazo no planificado y en las dificultades para adaptarme a la maternidad tras el nacimiento de mi hijo". Era una afirmación cierta, pero omitía la verdadera razón por la que se embarcó en su primera novela. Reacia a beneficiarse de la desgracia de otra mujer, Anna no mencionó su implicación en el caso Narelle White.

Mientras comía un sándwich de queso y tomate, se preguntaba si había llegado el momento de decir la verdad. Si no fuera por la gracia de Dios, pensó inmediatamente al enterarse de que un vecino había denunciado a Narelle por haberle causado quemaduras de cigarrillo a Claire. Darse cuenta de que, en otras circunstancias, ella también podría haber sido una madre juzgada había sido alarmante y sólo eso había desencadenado su novela de desesperación, incomprensión y error judicial.

Dejó el plato vacío a un lado y se quitó las migas de los vaqueros antes de salir al pasillo a recoger el paquete. Su carta de presentación yacía bajo un formulario de rechazo genérico; la arrancó y la llevó al estudio para corregirla, antes de volver a escribirla. Las frases fluyeron con facilidad, confirmando lo acertado de su decisión, y cuando oyó el grito de Adam

desde la entrada, sólo le quedaba encontrar otra editorial dispuesta a aceptar un manuscrito no solicitado.

"Ya voy", dijo, aunque Adam no podía haberla oído mientras corría de la casa al garaje para abrir la puerta enrollable desde dentro.

¿Has tenido un buen día, mamá? preguntó Adam, mientras entraba con su bicicleta de montaña en el garaje y la apoyaba en una pared lateral.

Bien, cariño, ¿y tú?

Aburrido. Tuvimos matemáticas dobles en vez de natación, porque la Sra. Dawson era una sinvergüenza".

¿No podía haber otro profesor en natación?

Adam se encogió de hombros y, alzándose la mochila sobre un hombro, declaró: "Tengo un hambre de mil demonios. Espero que haya mucha comida en la nevera.

No digas palabrotas", le dijo ella a su espalda, que se retiraba, pensando que en pocas semanas entraría en la adolescencia, cuando los padres se daban cuenta de que su influencia disminuía a medida que sus hijos se esforzaban por abandonar la infancia. La dulce Katy de Mary y Roger se había transformado en una chica malhumorada y revoltosa durante varios años, mientras que James, a los dieciocho, a pesar de sus buenas notas escolares, se negó a matricularse en la universidad, afirmando que prefería trabajar en McDonald's.

Anna recordó su propia adolescencia: las discusiones con su madre por el toque de queda a las diez, la insistencia de su padre en que fuera a la iglesia todos los domingos por la mañana, cuando ella hubiera preferido quedarse en la cama. ¿Se volvería Adam huraño y lleno de manchas, con su personalidad despreocupada anegada por unas hormonas desbocadas? Intentó imaginarse a su hablador hijo comunicándose con poco más que gruñidos y encerrándose en su dormitorio a escuchar rock duro y heavy metal. Semejante transformación parecía imposible. Adam siempre se

recuperaba de la enfermedad o la decepción en un tiempo récord. Incluso cuando era reprendido por Joseph -no conocido por su paciencia a la hora de tratar las fechorías de su hijo-, Adam silbaba alegremente minutos después. Sólo le quedaba esperar.

OceanofPDF.com

ÉXITO Y COMPLICACIONES

La verdad resultó ser el catalizador para que se siguiera estudiando la posibilidad de firmar un contrato varios meses después de que Anna hubiera presentado su manuscrito a una décima editorial. La familia lo celebró con champán, seguido de un fin de semana en la Costa Dorada, Adam encantado con una visita a Seaworld y la oportunidad, poco frecuente en su casa, de darse un capricho con comidas de KFC y McDonald's. La editorial, una pequeña empresa con buena reputación, informó a Anna de que su manuscrito sería sometido a varias pruebas.

La editorial, una pequeña empresa con buena reputación, informó a Anna de que su manuscrito se sometería a varios procesos de edición, el primero de los cuales podría requerir una amplia reescritura. Aun así, Anna estaba horrorizada por la cantidad de tinta roja que adornaba sus páginas, ya que el manuscrito había sido sometido a numerosos borradores antes de ser presentado. En general, la ortografía y la gramática eran correctas, pero la editora se preocupaba más por afinar la estructura, el desarrollo de los personajes y la concisión de la narración. La carta de aceptación inicial, en la que proclamaba que su libro era una lectura fascinante que destacaba entre otros del mismo género, parecía contradecir la plétora de críticas; sin embargo, Anna reconoció su inexperiencia y volvió a trabajar con diligencia.

A mediados del 85 le llegó el manuscrito para que le diera los últimos retoques, sólo pequeñas correcciones que había pasado por alto, junto con la petición de que lo terminara y devolviera en el plazo de una semana, ya que la fecha de publicación se había adelantado tres meses. Anna accedió, aunque se preguntaba por qué tanta prisa por publicar la primera novela de un autor desconocido. El temor a parecer ansiosa le impidió buscar una explicación, pero una llamada inesperada de la editorial no tardó en responder a su pregunta.

Tras agradecer a Anna la rapidez con que le había devuelto el manuscrito, la mujer - Anna la imaginaba de mediana edad, con estudios universitarios y muy bien peinada - le explicó que la empresa quería aprovechar la actualidad para generar más publicidad de la que normalmente recibía una primera novela. Sin duda, como escritora feminista, está al corriente de las recientes redadas en la Clínica de Control de la Fertilidad Greenslopes".

Por supuesto", respondió Anna, recordando la amplia cobertura mediática que siguió a la orden del primer ministro Joh Bjelke-Petersen de que la policía allanara la única clínica abortista de Brisbane. La policía confiscó los expedientes de los pacientes y el material médico, interrogó a los pacientes y detuvo a dos médicos".

Actos vergonzosos, pero ahora que el tema del derecho de la mujer al aborto ha llegado a las salas de estar de todo el país, creemos que los lectores se apresurarán a comprar una novela inspirada en las horribles secuelas del séptimo embarazo no deseado de una madre acosada.'

"Una deducción brillante".

Yo también lo pensé.

Anna esbozó una sonrisa de satisfacción. ¿Qué puedo hacer para ayudar con la publicidad?

Prepárate para responder a la pregunta del aborto. Tanto los periodistas como los lectores querrán saber su opinión. Puede que los acontecimientos en la llamada Queensland atrasada estén en boca de todos, pero no puedes arriesgarte a dejar de lado a mucha gente, especialmente a las mujeres".

Haré todo lo posible para dar una respuesta equilibrada.

Gracias. Enviaremos ejemplares de la reseña antes de la fecha de lanzamiento. Dado lo controvertido del tema, puede esperar la llamada de uno o dos periodistas. "¿Nadie me escucha?" se presentará en la librería Women's Bookshop de Highgate Hill, lo que debería generar más atención mediática".

Anna nunca había oído hablar de la librería. Su plan era organizar una pequeña reunión de amigas en la sala contigua a la biblioteca local, seguida de una merienda, y ya había reservado el espacio. Me encantaría encargarme del catering".

No hace falta. Mi secretaria se encargará del vino y el queso. Tu tarea consistirá en pronunciar un discurso de diez minutos sobre lo que te inspiró para escribir el libro, por qué te decidiste por la ficción en lugar de un relato objetivo del caso Narelle White y cualquier otra cosa que consideres relevante. ¿Puedes hacerlo?

No hay problema. Tengo experiencia en hablar en público".

Gracias a Dios. Algunos de nuestros autores son tan introvertidos que es difícil sacarles una palabra. Te presentaré. La venta y firma de libros seguirá a su charla".

Muchas gracias por organizarlo todo. Como es mi primer libro, no conocía bien el protocolo".

Es un placer. Espero que nos envíe otros manuscritos. Si, como prevemos, su primera novela es un éxito, los lectores esperarán más en la misma línea".

Tengo ideas para una segunda novela".

Segunda, tercera, cuarta... ¡Preveo una carrera brillante para nuestra nueva autora!

Sobrecogida, Anna sólo pudo murmurar: "Espero estar a la altura de sus expectativas".

Todo lo que se requiere es compromiso con la palabra escrita, Anna. Nos vemos en el lanzamiento".

Mucho después de que se cerrara la conexión, Anna se aferró a la pieza de mano como si se resistiera a volver a entrar en su estudio. Aunque se sentía

halagada por la confianza que el editor depositaba en sus habilidades, sentía un nivel de ansiedad que no había experimentado antes al pensar en una carrera como escritora. Las entrevistas con la prensa y las charlas con los autores habían estado en su mente desde que firmó el contrato, pero aparte de algunas notas garabateadas en un cuaderno de ejercicios, las páginas de su segunda novela seguían tan en blanco como la resma de papel comprada la semana anterior. El "compromiso con la palabra escrita" implicaba algo más que horas de investigación y de aporrear las teclas de la máquina de escribir. Podía significar renunciar a su trabajo a tiempo parcial; arriesgarse a que los ingresos extra de los que ella y Joseph habían llegado a depender pudieran ser sustituidos por derechos de autor. El éxito o el fracaso de un escritor dependía del voluble público lector; lo que era popular un mes podía languidecer en las estanterías de las librerías al siguiente. Las acciones de un primer ministro grandilocuente caerían en el olvido al poco tiempo, y las imágenes de mujeres asustadas quedarían relegadas a los archivos de los medios de comunicación.

Decidida a centrarse en las tareas pendientes, Anna colgó el teléfono y se dirigió a su estudio para preparar su discurso de presentación.



Varias semanas después de la publicación de la novela, las ventas no dejaban de aumentar y el Courier-Mail había publicado una reseña positiva y una breve entrevista, por lo que Anna aceptó de buen grado la petición de una entrevista de una popular revista femenina. La reportera -rubia, de piernas largas y muy maquillada- llegó con media hora de retraso, lo que aumentó los nervios de Anna antes de la entrevista, pero consiguió adoptar una expresión confiada al saludarla en la puerta principal.

Ignora a Harvey", aconsejó la periodista, indicando al fotógrafo de cabello largo que merodeaba por la entrada.

Anna asintió con la cabeza y la condujo al salón. La luz es mejor en esta habitación", comentó, en respuesta a una arruga en la nariz de la reportera, que observaba las sillas de caña descoloridas y un sofá bastante chillón que se convertía en cama.

La sala del patio sería más adecuada. Una piscina al fondo dará a nuestros lectores una idea de sus circunstancias".

Anna frunció el ceño. Había supuesto que las preguntas se centrarían en su novela, no en su situación suburbana.

Una exitosa familia de emigrantes que se beneficia de las oportunidades que ofrece Australia", continuó la periodista, con la mirada fija en el brillante vestido de verano y las relucientes sandalias de Anna. La imagen de una joven y encantadora madre de los suburbios. A nuestros lectores les encantará tu sentido del estilo".

Anna se encogió de hombros, pero la periodista pareció no darse cuenta de su cambio de expresión.

Recuérdame que te pida una foto de familia, Harvey", añadió, echándose la orden al hombro mientras sus zapatos de tacón escarlata sorteaban el desnivelado escalón de ladrillo que conducía al patio.

Sí", respondió el fotógrafo, antes silencioso.

A salvo sobre las baldosas de terracota, la reportera observó la escena con las manos en las caderas. Bien", anunció. Anna se sentará de espaldas a la piscina y yo enfrente". Hizo un gesto con el brazo hacia las sillas dispuestas alrededor de la mesa del patio.

Harvey obedeció sin más comentarios, arrastrando las sillas hasta su sitio con una mano, mientras con la otra sujetaba la cámara como si se resistiera a soltarla.

Adecuadamente posada -las manos cruzadas sobre el regazo, los hombros rectos, la cara hacia delante-, Anna esperaba una introducción similar a la

del periodista del Courier-Mail, que se había centrado en la yuxtaposición de trágico incidente suburbano y novela de debut. Sin embargo, esta periodista tenía otras ideas y se lanzó directamente a la cuestión del aborto, con un tono acerado que revelaba un conservadurismo inesperado.

La respuesta de Anna, pronunciada en tono sombrío, versó sobre los derechos de la mujer y la importancia de los procedimientos médicos seguros. También se refirió al clima de miedo generado por las redadas y detenciones policiales, y sugirió que los gobiernos deberían centrarse en abordar la creciente crisis del sida, en lugar de acosar a las mujeres embarazadas que solicitan interrupciones del embarazo. Refiriéndose a su novela, Anna también subrayó que tanto los médicos de cabecera como las autoridades de bienestar infantil deberían dar más prioridad a la salud mental de la mujer.

¿Qué hay de la responsabilidad de la mujer hacia el feto?

¿Y la responsabilidad del padre? respondió Anna rápidamente. Muchos hombres simplemente se alejan y dejan que sus novias se ocupen de lo que consideran un problema de mujeres".

Es cierto, pero debería considerarse la opción de la adopción en lugar del aborto, ¿no crees?

Seguro que hemos dejado atrás los días en que una chica que se encontraba en supuestos "problemas" era enviada lejos durante todo el embarazo y presionada para que el bebé fuera adoptado al nacer'.

Entonces, ¿estás a favor de que las mujeres solteras se queden con sus hijos y que el gobierno pague la factura?

Creo que una mujer debe poder elegir y no ser juzgada por la decisión que tome. Un embarazo no planificado puede ser devastador".

¿Estás pensando en Narelle White?

No especialmente. Me refiero a cualquier mujer que se encuentre en una situación que considere intolerable".

¿Pero su implicación en el caso White le llevó a escribir su novela?

Sí. Después me di cuenta de que el hecho de haber sido testigo de un suceso tan trágico podía servir para poner de relieve las dificultades a las que todavía se enfrentan muchas mujeres, a pesar de los avances logrados en el ámbito de los derechos de la mujer. Sin embargo, mi principal preocupación era la falta de apoyo a las mujeres vulnerables y el sesgo, intencionado o no, de un poder judicial dominado por los hombres".

La periodista enarcó unas cejas perfectamente depiladas. ¿Tiene intención de escribir más novelas sobre temas controvertidos?

Más allá de lo que pensara el director de la revista femenina, Anna respondió: "Creo que es mi deber como escritora feminista explorar temas controvertidos. Las mujeres australianas contemporáneas quieren algo más que romances felices para leer". Hizo una pausa y miró directamente a la cámara, mientras una idea con la que había jugado durante días de bloqueo como escritora surgía en su mente. Mi próxima novela tratará de la relación íntima entre dos mujeres que se desarrolla como resultado de la pérdida de sus parejas, un hombre y una mujer, en un accidente de tráfico".

Bueno, sin duda ha dado a nuestros lectores mucho en qué pensar, señora Fletcher. Gracias por su tiempo y le deseo mucho éxito con "¿Nadie me escucha?" y con las siguientes novelas".



Supongo que puedo esperar cierta hostilidad, ya que estamos en la conservadora Queensland", comentó Anna a Shirley la tarde siguiente,

sentadas en la mesa del patio, tomando bebidas frías y comentando la entrevista.

Claro, pero tenemos que pensar en positivo y celebrar las victorias, por pequeñas que sean. Los viejos santurrones que gobiernan este Estado no pueden durar eternamente".

Pensar en muchos años más es suficiente para que me vaya al sur".

¿Podrías soportar las cuatro estaciones del día en Melbourne?

Probablemente no, pero la ciudad debe tener algo a su favor. He leído en alguna parte que tiene casi tres millones de habitantes".

Shirley miró hacia la piscina, donde George y Adam se chapoteaban mutuamente. No me importaría cambiar de aires uno de estos días. Brisbane es un lugar estupendo para criar a los niños, pero los trabajos realmente buenos están en otra parte". Suspiró. El problema es que Sam nunca aceptaría mudarse".

Anna alargó la mano para tocar el brazo de su amiga. Lo mismo me pasa a mí. Joseph adora el estilo de vida de Brisbane".

Malditos hombres", murmuró Shirley, levantándose de la silla. No tienen imaginación".

Quizá no, pero al menos convencí a Joseph para que emigrara".

Shirley sonrió. Gracias a Dios. No puedo imaginarme la vida sin nuestra amistad".

Lo mismo digo. Salió al patio para ocultar el rubor. George, mamá está lista para irse.



Durante los fines de semana siguientes hubo pocas oportunidades de socializar, ya que Anna estaba ocupada firmando libros en librerías de los suburbios y dando charlas sobre la inspiración que hay detrás de sus escritos a miembros de la FAW y a diversos grupos de mujeres. Las ventas superaron las expectativas tanto de la editorial como de la autora y fue necesaria una segunda tirada seis meses después de la primera.

Anna disfrutaba bajo el sol de la celebridad, así que cuando el editor le propuso una gira prenavideña de firmas de libros y conferencias por Melbourne, Sídney y Adelaida, aceptó de buen grado, a pesar de que ello implicaba ausentarse de su trabajo. Hasta el momento, el Sr. Jephson se había mostrado muy complaciente, haciendo que su mujer cubriera las ausencias de Anna para asistir a actos que coincidían con días laborables y rechazando la sugerencia de que buscara una nueva secretaria. Aprovecha al máximo tus quince minutos de fama, querida", le había dicho, tras la alegría de un cliente al reconocer a Anna como la autora entrevistada en un reciente programa de televisión. El público perderá pronto el interés cuando se publique el próximo libro polémico".

Soy muy consciente de ello, Sr. Jephson. No quiero defraudarle".

Después de asegurarle a Anna que lo entendía, el abogado, habitualmente solemne, se rió entre dientes antes de confiarle que su mujer estaba disfrutando de su aumento de popularidad en los clubes de golf y bridge, debido, según creía, a su proximidad con el autor más popular de Brisbane. De todos modos, Anna se sintió incómoda pidiendo más tiempo libre y se ofreció a utilizar parte de sus vacaciones para cubrir la gira de diez días. El Sr. Jephson no puso objeciones.

Joseph no fue tan cooperativo y la acusó de abandonar a Adam en su búsqueda de la celebridad. Un maldito libro y crees que puedes pasearte por toda Australia sin preocuparte de nada. Tienes responsabilidades, por el amor de Dios. Primero eres esposa y madre".

Anna resistió el impulso de decir que ante todo era escritora. En lugar de eso, la tranquilizó, como han hecho las mujeres desde tiempos inmemoriales, prometiéndole unas vacaciones en el extranjero en un futuro próximo y sugiriéndole que contratara a una limpiadora.

¿Y después de clase? Adam no puede quedarse solo hasta que yo vuelva del trabajo".

Si insiste, le conseguiré un cuidador en el colegio, aunque estoy segura de que a Adam no le gustará. A los trece años, cree que ya es mayor'.

Asegúrate de pedir referencias esta vez".

A Anna le molestó la alusión a Narelle. No había manera de que pudiera haber previsto los acontecimientos del año anterior. ¿Por qué no le pido a Gloria que le eche un ojo y le dé de cenar?

'Eso resolvería el problema'. Joseph suspiró. Supongo que podría comprar comida para llevar o preparar algo cuando llegue a casa".

A Anna no le importaba lo que Joseph comiera durante su ausencia, pero sabía que no debía hacer un comentario sarcástico, ya que las comidas ocupaban un lugar destacado en su lista de prioridades. Prueba en el nuevo restaurante chino de Sandgate. Shirley y Sam fueron hace poco y dicen que la comida es deliciosa".

Joseph asintió y volvió a mirar la televisión.



Los entusiastas de los libros del Sur se mostraron más críticos que sus homólogos del Norte. Algunos comentaron que “¿Nadie me escucha??” debería haberse basado en la existencia socioeconómica baja de Narelle

White, en lugar de en una mujer ficticia de clase media cuya vida acomodada no le daba excusa para su actitud y acciones beligerantes hacia su hijo. Anna pensó que no habían entendido la cuestión -el maltrato infantil y la aversión a la maternidad no estaban determinados por el nivel económico-, pero se negó a entrar en discusiones y pasó a la siguiente persona.

En un acto literario celebrado en Melbourne, al que asistían en su mayoría mujeres mayores vestidas con trajes elegantes, una matrona con corsé sostuvo que Anna no debería beneficiarse económicamente de la desgracia de la pobre Narelle White, una afirmación que provocó aplausos y gritos de desacuerdo. La discusión estalló, muchos se levantaron de sus asientos y señalaron con sus dedos manicurados para enfatizar los puntos de vista opuestos. Alarmada por el alboroto, Anna se apartó del atril y se acercó al publicista encargado de supervisar la gira por el sur. ¿Qué diablos debo hacer ahora, Rachel?

Déjame a mí", la tranquilizó Rachel, levantándose de su asiento en primera fila y dirigiéndose al atril. Una cabeza más alta que Anna y con tacones altos, llamó al orden a la agitada audiencia, con su tono culto resonando por toda la sala.

El público se calmó rápidamente, como si fuera reprendido por una directora de rostro pétreo. Se abrieron los bolsos y se sacaron pañuelos de encaje para acariciar las mejillas húmedas.

Gracias, señoras", continuó Rachel, levantando por encima de su cabeza su ejemplar de "¿Nadie me escucha?" Para quienes aún no hayan leído este libro que invita a la reflexión, la autora firmará ejemplares en la mesa del vestíbulo. Pero, en primer lugar -señaló a Anna-, una muestra de agradecimiento a nuestra oradora invitada, la autora debutante Anna Fletcher".

Para asombro de Anna, los aplausos estallaron como truenos y numerosas mujeres se pusieron en pie, gritando "Bravo" y "Felicidades". Indecisa entre

levantarse y sonreír de gratitud, Anna permaneció sentada en el borde de la silla hasta que Rachel se acercó.

Un gran éxito", declaró la publicista, inclinándose para acariciar el brazo de Anna. Ya inició a la venta y la firma".

Anna esbozó una sonrisa, se levantó y la siguió hasta el vestíbulo.

OceanofPDF.com

CLIMA CAMBIANTE

Entre su trabajo y las tareas domésticas, Anna no dejó de escribir durante los dos años siguientes, escribiendo una segunda novela, *Compañía femenina*, y varios relatos cortos. La novela exploraba un año en la vida de dos amigas tras la repentina muerte de sus parejas de muchos años -un marido adicto al juego, la otra una respetada académica- y la homofobia que experimentaron cuando el dolor las llevó inesperadamente a una relación íntima amorosa.

Publicada a mediados de 1988, esta novela, al igual que la primera, suscitó polémica, sobre todo entre los conservadores de Queensland, convencidos de que la crisis del sida que asolaba el mundo era un castigo por lo que consideraban actos sexuales desviados. Varias iglesias reprendieron a Anna por su postura a favor de la homosexualidad, y un sacerdote pidió la quema pública del libro ofensivo. Las imágenes que mostraban a varios miembros de su congregación prendiendo fuego a los libros en la escalinata de la iglesia fueron difundidas por las noticias de la ABC, mientras que las "Cartas al director" del *Courier-Mail* revelaron diversos grados de repulsa. Como era de esperar, la carta de Shirley elogiando el libro por plantear importantes cuestiones sociales no apareció impresa.

Siguieron las entrevistas y las ventas se dispararon. Una vez más, Anna se convirtió en tema de conversación en los suburbios: algunos expresaban repulsión por el hecho de que una esposa y madre pudiera caer tan bajo, otros la elogiaban por abordar un tema tan controvertido. En el trabajo, el siempre comprensivo Sr. Jephson informaba con orgullo a sus clientes de que su secretaria era "nada menos que esa campeona de las minorías difamadas, la novelista Anna Fletcher".

Anna consideraba el epíteto una exageración. Podía emplear la ficción para explorar cuestiones sociales que le preocupaban, pero una novela no podía alterar actitudes forjadas durante décadas. Cuando se acercaban las

Navidades, el anuncio del Sr. Jephson de que había vendido la empresa y se jubilaría a finales de año fue el catalizador para la toma de decisiones.

La posibilidad de escribir a tiempo completo había surgido tras vender los derechos cinematográficos de “¿Nadie me escucha?” a una productora de Sídney. Hasta el momento, la película no se había rodado, pero Anna había recibido una suma razonable. Es ahora o nunca, pensó, convencida de que la mediana edad -había cumplido cuarenta años hacía unos meses- era el mejor momento para dedicarse a escribir. Decide concederse cinco años para demostrar su valía.

Después de tomar esa decisión, habla con Joseph, y el tema principal es su situación económica. Afortunadamente, la pequeña hipoteca contraída para construir su segunda casa se había cancelado un año antes. Esperando cierta oposición, Anna preparó lo que consideró un argumento convincente, pero Joseph apoyó su decisión de todo corazón, sosteniendo que ella se merecía algo de tiempo "para mí", ahora que su hijo había dejado la escuela.

Adam, un estudiante aplicado, esperaba que le ofrecieran una plaza en la universidad a principios de año. Su primera preferencia era la Universidad de Queensland, donde pensaba seguir los pasos de su padre y estudiar ingeniería. Los temores de Anna de una adolescencia problemática habían resultado infundados, ya que Adam había conservado su carácter relajado y su sentido del humor. Había habido los inevitables altercados por trasnochar, fumar en su habitación y decir palabrotas, pero en general, la adolescencia estaba transcurriendo sin mayores incidentes. En la única ocasión en que había llegado a casa después de una fiesta con ganas de beber, Anna había conseguido apaciguar a Joseph, señalando que, aunque Adam era menor de edad, al menos había bebido en casa de un amigo y no en un pub o una discoteca. La posterior resaca de Adam -dos días sintiéndose como una mierda, con una dieta limitada a galletas secas y limonada sin gas- le curó de las borracheras durante años.



La Universidad de Queensland ocupaba un terreno a siete kilómetros al suroeste del centro de la ciudad, en el suburbio de Santa Lucía. El campus, rodeado por una curva del río Brisbane, con parques, lagos y hermosos edificios de arenisca, ofrecía un entorno de estudio tranquilo. Sin embargo, para estudiantes como Adam, que se desplazaban en transporte público desde los suburbios, su ubicación suponía un largo viaje.

Adam rechazó la idea de vivir en una residencia universitaria durante su primer año, por lo que aprender a conducir se convirtió en una prioridad, y Anna utilizó su coche para enseñarle lo básico. Le siguieron clases en una autoescuela y, al final del primer semestre, ya había aprobado el examen. Anna no tenía inconveniente en que Adam le pidiera prestado el coche para ir a la universidad, que duraba una hora. Sin embargo, le animó a ahorrar una parte de lo que ganaba en un trabajo de fin de semana en un restaurante local para comprar un coche en el futuro.

Mientras tanto, una conversación casual con Roger llevó a Joseph a comprar un Volkswagen de veinticinco años que, en opinión de Anna, debería haber ido a parar al vertedero. Le propone guardarlo en el espacio hormigonado que hay junto al garaje.

De ninguna manera', declaró Joseph. 'Necesito el VW encubierto, para poder trabajar con cualquier tiempo. Tu coche estará bien aparcado en la entrada'. Comenzó la restauración con la eficiencia típica, desmontando el vehículo hasta que sólo quedaba un caparazón, cada pieza convenientemente etiquetada antes de guardarla en una caja de cartón. Los fines de semana y alguna que otra tarde se dedicaron al "Bertie Beetle", ya que Adam había recibido los derechos del nombre a cambio de un determinado número de horas ayudando a su padre.

Una buena formación para el trabajo", replicó Joseph cuando Anna se opuso al tiempo que Adam dedicaba a sus estudios. Mecánica, electricidad

automotriz, soldadura, pintura en aerosol. ¿Qué más puede pedir un aprendiz de ingeniero?

Empantanada en un primer borrador, Anna no podía molestarse en discutir. Una vez que Joseph se proponía una tarea, nada podía inducirle a proceder a un ritmo moderado. Se retiró a su estudio y dejó a padre e hijo trabajando, poniéndose tapones en los oídos para atenuar el ruido de los martillos y el zumbido de un taladro eléctrico. Hasta el momento, los vecinos no se habían quejado del ruido, y los miembros masculinos de las familias parecían dispuestos a ofrecer consejo y ayuda. Anna esperaba que sus esposas fueran igual de tolerantes.



Bertie, de un amarillo radiante, brilló en su inauguración a primera hora de una húmeda tarde de febrero. Vecinos y amigos se apostaron en la entrada de la casa, con vasos de vino en la mano, para brindar por el renacimiento de un vehículo que en otro tiempo había sido relegado a un cementerio lleno de maleza en la parte trasera del prado de un granjero. Inmensamente orgullosa del logro de sus chicos, Anna no hizo mención alguna de su próxima publicación durante la fiesta que siguió, corriendo de casa en casa con bandejas de comida, como una ama de casa modelo de los suburbios.

Se formaron nubarrones en el cielo a medianoche, pero no llovió sobre los juerguistas, en su mayoría hombres, que retozaban en la piscina en ropa interior o bebían cerveza en el patio como si no hubiera un mañana. En la sala de estar, Anna y otras esposas se abanicaban con platos de papel y el ventilador de techo no lograba detener el flujo de sudor que salía de cuellos y hombros cubiertos por trenzas permanentadas. La camiseta de lycra de Anna se le pegaba al cuerpo; ¿por qué se la había puesto en una noche tan húmeda?

Las temperaturas estivales habían sido más altas de lo habitual aquel año y ella ansiaba un respiro. Las noches eran las peores; tumbada desnuda bajo un ventilador que zumbaba y con un lava cabezas húmedo sobre el pecho, le costaba conciliar el sueño. Un baño antes de acostarse la ayudaba, pero si no se dormía rápidamente, el calor corporal volvía, junto con un dolor de cabeza que le duraba horas a pesar de tomar paracetamol. Cuando el sol salía poco después de las cuatro, inundando el dormitorio con la dura luz del verano, había pocas posibilidades de recuperar el sueño, así que Anna se retiraba a la sala de estar, aún en penumbra, y dormitaba hasta que Joseph la despertaba. Adam dormía como un muerto, independientemente de la temperatura, así que no tenía que preocuparse de que un hijo adolescente la encontrara desnuda en el sofá.

Ese verano, ella había sugerido dos veces comprar un aparato de aire acondicionado para su dormitorio, pero Joseph sostenía que eran demasiado ruidosos y que hacer un agujero en la pared detrás de la cama estropearía la habitación. Al igual que Adam, dormía a pierna suelta hiciera el tiempo que hiciera y sentía poca empatía por la repentina aparición del insomnio de Anna.

Ve al médico y que te dé pastillas para dormir", le aconsejó, después de que su irritable esposa volviera a quejarse del calor. Es sólo una etapa que estás atravesando. No tiene nada que ver con el clima".

Anna se preguntó si el insomnio y su estado de ánimo cada vez más decaído podrían ser signos de una menopausia inminente, aunque sus periodos seguían siendo regulares, así que pidió cita en la consulta local. Su médico habitual, una mujer joven con la que Anna tenía cierta simpatía, estaba de baja, por lo que no le quedó más remedio que visitar al veterano Dr. Platt, que no llegaba a los sesenta y cinco años. Tras escuchar sus desvelos nocturnos y su repentina incapacidad para soportar el calor y la humedad, le recetó somníferos para restablecer un ritmo de sueño normal y le hizo un análisis de sangre para determinar si era premenopáusica.

Una segunda visita, solicitada por el Dr. Platt, se prolongó más de lo que Anna había previsto, ya que el médico insistió en preguntarle por el estado

de su matrimonio y la relación con su hijo, antes de revelarle que el análisis había dado negativo. Concluyo que está sufriendo un ataque de depresión", declaró, reclinándose en la silla, con los brazos cruzados sobre su prominente estómago. Es frecuente en mujeres de su edad y situación. Piénselo así, señora Fletcher. Durante años, "madre" ha sido su principal ocupación, pero ahora que su hijo está en la universidad, su atención se centra en un futuro más allá del hogar de su infancia. Su influencia está disminuyendo y seguirá haciéndolo a medida que Adam madure. Un ciclo natural, Sra. Fletcher, pero al que a algunas mujeres les cuesta adaptarse. Mi consejo es que se dedique a un hobby o consiga un trabajo a tiempo parcial'.

La furia amenazaba con salir de la boca de Anna. ¿Cómo se atrevía aquel médico engreído a suponer que ella encajaba en su percepción de la mujer australiana contemporánea? "Escritora" había sido su principal ocupación durante años; había trabajado duro y durante mucho tiempo para perfeccionar sus habilidades y lograr su objetivo de publicar. No se quedaba en casa preocupada por su escasa influencia sobre una chica de diecisiete años. La independencia había sido su lema materno desde la primera infancia de Adam. No le gustaban los niños que se aferraban a sus madres. Le recordaban a las urracas juveniles graznando en busca de comida cuando ya eran adultas.

Soy escritora a tiempo completo", dijo apretando los dientes, decidida a mantener la calma. Hace tres meses renuncié a mi trabajo de secretaria para dedicarme a tiempo completo a producir ficción de calidad. Puede que mi lugar de trabajo sea un estudio en casa, pero, como otras mujeres de carrera, el cuidado de mi familia tiene lugar fuera del horario laboral.'

La Dra. Platt frunció el ceño. 'La depresión podría ser la respuesta de su cuerpo a una gran carga de trabajo'.

Es poco probable. Llevo años compaginando el trabajo con las tareas domésticas".

Unas vacaciones podrían devolverle el equilibrio. ¿Es una posibilidad?

Anna asintió con la cabeza mientras por su mente revoloteaban imágenes de una fresca primavera inglesa. Por primera vez en muchos años, ya no tenía que pensar en las vacaciones escolares ni en ajustarse a los horarios de la empresa. Le hablaré de las vacaciones a mi marido".

Le sugiero que lo haga cuanto antes, Sra. Fletcher. Unas vacaciones son preferibles a que le recete antidepresivos".

Estoy de acuerdo", respondió Anna y se despidió.

Mientras conducía de vuelta a casa desde la consulta, se imaginaba flores primaverales en el jardín de sus padres, paseos por un bosque rebosante de nuevos brotes, un viento marino vigorizante que le despejaba la cabeza mientras caminaba por un paseo marítimo cubierto de arena. Un bienvenido respiro tras meses de calor y humedad incesantes.

OceanofPDF.com

LAS CONSECUENCIAS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Anna viajó sola por todo el mundo, ya que Joseph no había podido pedir un permiso con poca antelación. Preocupado por su estado de ánimo -cambios constantes de humor a pesar de haber dormido mejor-, no tuvo reparos en que abandonara a la familia durante un mes. Durante el vuelo, mantuvo a raya los pensamientos oscuros sumergiéndose en las películas que proyectaban en las pantallas superiores. Entre las proyecciones y las comidas, incluso pudo dormir un poco.

En Heathrow, sus padres, hermanas y sobrinos se disputaban su atención, y su alegría por su presencia hizo que se les saltaran las lágrimas. El viaje de dos horas a su ciudad natal -Anna en la parte trasera del coche de su hermana menor, un sobrino de seis años emocionado a su lado- transcurrió borroso, con constantes preguntas que apenas daban oportunidad de observar los bosques y las aldeas con tejados de paja que antes le eran familiares.

Al despertarse en la habitación de su infancia tras una noche de sueño profundo pero intermitente, que descartó como inducido por el jet-lag, Anna se sintió cansada pero contenta. Estira los miembros, se acerca a los bordes de la estrecha cama y disfruta de la sensación de espacio vacío, del suave abrazo de las sábanas y las mantas. Su vida de múltiples facetas se había reducido a un único papel. Durante las próximas semanas, sería simplemente un miembro querido de la familia, mimada por padres y hermanos, una mujer sin responsabilidades. La libertad del matrimonio, prevista veinte años antes, se había revelado ilusoria; en dos años, había sucumbido al papel tradicional de una mujer, la gloriosa aventura de una nueva tierra reducida a un suburbio adormecedor.

Decidida a no desaprovechar el día, salió de la cama y corrió las cortinas. La luz del sol llenó la habitación de tonos pastel suaves como la seda. Nada de asperezas, nada de buscar crema solar y sombrero; estos rayos aliviaban.

Se asomó a la ventana y miró hacia el jardín, observando las cabezas de los narcisos bajo un manzano en flor. La promesa de una primavera inglesa, lluvias de abril para nutrir la flora emergente, seguidas de delicados rayos de sol que se asomaban entre nubes de algodón. La naturaleza en calma.



Tras un relajante desayuno, deja a sus padres disfrutando de su habitual segunda taza de té, se pone el chubasquero y se dirige al mar. Sus zapatillas chirriaban sobre el pavimento húmedo; las gotas de lluvia caían de las ramas de los plátanos y resbalaban silenciosamente por sus mejillas bronceadas. Recordaba las crujientes mañanas de otoño, arrastrándose entre las hojas bruñidas, con los zapatos lustrados del colegio húmedos y mugrientos antes de llegar a la parada del autobús.

Al doblar la esquina, aumentó el ritmo y subió la ligera pendiente como si entrenara para una maratón. Al doblar la esquina, aceleró el paso y subió la ligera pendiente como si estuviera entrenándose para una maratón. Llegó a una zona comercial, la conocida frutería y panadería junto al pequeño supermercado construido años después de que ella abandonara su hogar paterno y su país. Se detuvo junto al bordillo y recitó el mantra de su infancia, "mira a la derecha, mira a la izquierda, luego a la derecha otra vez", antes de cruzar la calle. Unos cientos de metros más y llegaría al camino que serpenteaba por los jardines públicos hasta una cafetería en lo alto de un acantilado.

Un par de ardillas grises cruzaron el sendero delante de ella y se rió a carcajadas cuando se persiguieron alrededor de un cubo de basura antes de trepar por el tronco nudoso de un árbol cercano. La risa le provocó el deseo de realizar acciones propias de la infancia, así que saltó hasta el final de los jardines y llegó sin aliento a la acera del acantilado. Su intención era volver sobre sus pasos en ese punto, en lugar de tomar el camino en zigzag que descendía por el acantilado hasta el paseo marítimo y la playa, pero su

animado estado de ánimo exigía más actividad. Mientras corría por el sendero, casi choca con un hombre y su perro y murmura disculpas apresuradas antes de continuar su carrera hacia el mar.

Pocos paseantes desafiaban el paseo marítimo azotado por el viento y la hilera de casetas de playa que abrazaban la base del acantilado permanecía cerrada contra el frío matutino. Calentada hasta la médula, Anna se puso de cara al viento y corrió a través del amplio paseo y bajó unas escaleras hasta la playa, una estrecha franja de arena amarillenta bañada por olas de color gris azulado. Dando un grito de alegría, se despojó de zapatos, calcetines e inhibiciones para dar volteretas, con los pies y las manos descalzos dejando un rastro desordenado en la arena fría y húmeda. Ajena a las salpicaduras, disfrutaba de su anonimato. Mujer exuberante en la playa era el único pie de foto posible, por si aparecía un fotógrafo.

De vuelta a casa de sus padres, se desplomó en una silla de la cocina, exhausta pero eufórica por el esfuerzo desacostumbrado. El letargo de los últimos meses se había disipado, dejado atrás en una tierra de calor agotador.

Su madre observó sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes. Estaba preocupada cuando te vi en Heathrow", continuó, acercándose a Anna para apartarle un rizo de la frente. Estabas tan delgada que casi no te reconocí. Intuyo que necesitas unas vacaciones por algo más que por cansancio".

Anna suspiró. Debería haber previsto esta preocupación maternal. Últimamente he estado un poco decaída. Nada grave, sólo pérdida de apetito e insomnio ocasional".

Con el ceño fruncido, su madre consideró la confesión. ¿Me dirías si hubiera algo malo entre tú y Joseph?

Sí, y no, no lo hay. Los dos estamos muy ocupados, eso es todo, igual que otras parejas de nuestra edad. Desde que Joseph es jefe de zona, rara vez llega a casa antes de las ocho. No recuerdo la última vez que cenamos los tres juntos durante la semana. Yo como sola cuando Adam está trabajando en el restaurante'.

¿Por qué no pospones la cena hasta que Joseph llegue a casa?

Comer tarde me altera la digestión y dificulta aún más el sueño'.

¿Y los fines de semana? Confío en que salgan juntos.

La mayoría de los sábados salimos a cenar con amigos o nos entretenemos en casa, contesta Anna con cuidado.

Los labios maternos se fruncieron, señal inequívoca de que pronto llegaría la censura disfrazada de consejo. Comprendo que es difícil, con las largas jornadas laborales de Joseph y Adam ocupado con la universidad y un trabajo a tiempo parcial, pero deberíais intentar reservar tiempo para ser una familia. Tomar caminos separados puede llevar a....', vaciló, '... la ruptura familiar'.

Reacia a argumentar que la vida matrimonial y familiar de los noventa no se parecía en nada al modelo de los cincuenta/sesenta, Anna cambió de tema.



Un mes despreocupado en el que se puso al día con la familia y los amigos, intercalado con paseos solitarios o caminatas con sus padres, hizo maravillas. Anna regresó a casa deseosa de reanudar la investigación y decidida a incluir el ejercicio en su rutina diaria. Aliviado al ver que su mujer volvía a ser la de antes, Joseph sugirió visitar Nueva Caledonia a finales de año, los dos solos, ya que Adam, a sus dieciocho años, no querría acompañar a sus padres. Una especie de segunda luna de miel, mi amor, sólo que en esta ocasión mucho más larga y sin necesidad de preocuparse por el coste".

"Una idea maravillosa, cariño". Anna cruzó la mesa para estrecharle la mano. Mañana pediré folletos en la agencia de viajes".

Joseph sonrió y levantó su copa de vino. "Un brindis por mi bella esposa desde hace casi veinte años. "

Chocaron las copas y el vino tinto manchó sus labios sonrientes mientras sus manos se separaban.



Anna trabajó duro durante los meses más fríos de Brisbane, completando la investigación para su tercera novela y avanzando a buen ritmo en el primer borrador. Cada mañana, salía de casa antes del desayuno para caminar durante una hora, variando su ruta para evitar el aburrimiento explorando calles más allá de la pequeña finca. A veces se aventuraba hasta la laguna de agua dulce situada en las afueras de Sandgate. A la sombra de los eucaliptos, recorría el sendero de grava junto al agua agitada por patos y otras aves acuáticas, calmada por el susurro de innumerables juncos. En paz con su mundo, volvía a casa dispuesta a emprender las tareas del día.

La primavera llegaba en un estallido de colores vibrantes, los arbustos del jardín producían flores exquisitas, las repentinas lluvias reavivaban el césped ralo de un invierno seco. Una hermosa mañana de septiembre, con el cielo despejado y una ligera brisa, Anna decidió volver a visitar el agua salada, así que condujo hasta Sandgate y aparcó junto a la franja de hierba segada salpicada de bancos frente a la bahía. Se había olvidado de llevar sombrero, pero no importaba: el aire era fresco y las gafas de sol le protegerían los ojos del resplandor.

Caminó varios centenares de metros por la acera y luego se conformó con un ritmo menos exigente. Más allá de la hierba y el malecón, las aguas poco profundas se retiraban con el cambio de la marea, dejando al descubierto marismas salpicadas de oscuras raíces de mangle. Las gaviotas llegaban en masa, dejando huellas de patas y picos mientras buscaban comida y se peleaban como niños pequeños. Sus payasadas la divertían, aunque Anna

podría haber prescindido de sus constantes graznidos. Decidida a dispersar a las estridentes gaviotas, abandonó el sendero y se dirigió a la bahía, saltando por encima del bajo malecón como una vallista olímpica.

Sus zapatillas blancas se hundieron en lodo marrón; había pasado por alto la consistencia blanda de las marismas. Consiguió quitarse los zapatos pero, con grandes extensiones de barro en suelas y empeines, le costó avanzar hacia las gaviotas que seguían discutiendo. Maldito Mudgate", refunfuñó, alejándose del agua. Una vez a salvo en el dique, se quitó las zapatillas y, manteniéndolas a distancia, intentó desprender los terrones de barro congelado. Los repetidos golpes contra el muro de piedra no sirvieron de mucho, así que se quitó los calcetines blancos manchados de barro y regresó descalza al coche.

Su alegre humor matutino disminuyó aún más al volver a casa y descubrir que le dolía la nuca por las quemaduras del sol. Como de costumbre, se había recogido los rizos que le llegaban hasta los hombros en una coleta para su paseo diario pero, en su prisa por llegar al mar, se había olvidado de ponerse crema solar. El sol primaveral debería ser suave", murmuró, recordando un paseo anterior por la orilla del mar en el que no había necesitado ni sombrero ni crema solar. Algo estaba cambiando y no le gustaba.

El clima siguió irritándola a medida que septiembre se transformaba en octubre y subían las temperaturas. Las fuertes tormentas, inusuales para la época del año, aplastaban las flores de primavera y la tierra rezumaba de los parterres de los jardines para manchar los caminos de cemento y las baldosas del patio. ¿Cuándo aprenderían los hombres a quitarse los zapatos antes de entrar en el patio con mosquitera? Joseph no ayudaba, comentando que parecía un disco rayado con sus constantes recordatorios.

Sus paseos matutinos continuaron hasta que la creciente humedad de noviembre la obligó a retirarse a la piscina del patio trasero, pero Anna nadaba con entusiasmo decreciente una vez que las rayas de sol golpeaban la superficie azul claro. A medida que los días se alargaban, se esforzaba por levantarse más temprano para hacer ejercicio con la luz tenue de antes

del amanecer. El plan funcionó bien hasta que José empezó a quejarse de su ausencia cuando se despertaba. Aunque rara vez hacían el amor durante la semana -por la noche, él caía rendido en cuanto su cabeza tocaba la almohada y las mañanas eran demasiado apresuradas-, le gustaban unos minutos de mimos antes de que el despertador chillara su inoportuna orden.

Reacia a arriesgarse a que volviera la discordia conyugal, Anna decidió volver a meterse en la cama después del baño. José parecía ajeno a su piel fresca y su cabello húmedo, así que ella se echó en sus brazos, agradecida por una solución sencilla. A veces, se sentía frustrada cuando él se iba a duchar, pero al menos podía aliviar el dolor una vez que se quedaba sola en casa. Tumbada sobre las sábanas arrugadas, evocaba a un amante imaginario -generalmente un personaje de una de sus novelas o relatos cortos-, percibía manos, labios y pene desconocidos; jadeaba mientras oleadas de deseo inundaban su cuerpo. La consecuencia de lo que se convirtió en un acontecimiento habitual aquel verano fue un relato corto, picante y fantástico, en el que la escritora-protagonista de Anna imaginaba a su héroe ficticio. Desgraciadamente, la heroína de Anna pagó el precio más alto por sucumbir a la hábil seducción del héroe, cuando éste insertó su forma en su realidad preferida, ¡el ordenador!

Anna había comprado un IBM 286 el año anterior, así que la historia le pareció apropiada. La nueva tecnología facilitaba mucho la tarea del escritor. Editar era pan comido y los disquetes le servían para hacer copias de seguridad. Ver cómo aparecía el texto en la pantalla le ponía los pelos de punta; bendijo las habilidades de mecanografía al tacto aprendidas en su juventud.

Las vacaciones prenavideñas en Nueva Caledonia tuvieron que posponerse debido a una conferencia a la que Joseph tenía que asistir. A modo de compensación, propuso a Anna que se reuniera con él en el Hotel y Casino Jupiter, y que pasara los días de compras o tomando algo junto a la piscina mientras él trabajaba. Podrían pasar las noches juntos, ya que nadie se opondría a que la mujer del director de zona asistiera a las cenas de la conferencia. A Anna no le apetecía hacer el papel de mujer de empresa ni

visitar tiendas para la brigada de los zapatos y cinturones de oro, así que se limitó a decir que prefería quedarse en casa.

Nadie en su sano juicio rechazaría una estancia de tres días en un hotel de lujo de la Costa Dorada", replicó él, con una expresión mezcla de exasperación y decepción.

No pertenezco a ese mundo, Joseph. Creía que ya te habrías dado cuenta".

Había estallado una discusión en toda regla, en la que ninguna de las partes estaba dispuesta a dar marcha atrás. La resolución llegó en forma de retirada, con Anna huyendo a su estudio, decidida a pasar la noche en la cama plegable guardada en un rincón.

A la mañana siguiente, sentada frente al ordenador con unos pantalones cortos viejos y una camiseta holgada, contempló la divergencia de sus vidas. Antes habían tenido los mismos principios, su objetivo era salir adelante en una nueva tierra donde se recompensaba el trabajo duro y a nadie le importaba a qué escuela habías asistido o qué ocupación ejercía tu padre. Ella no pertenecía al nuevo mundo de Joseph, de cenas de empresa, vuelos en clase preferente y un flamante coche de empresa nuevo cada dos años. Una conciencia social impulsó su carrera de escritora, no la búsqueda de riqueza y estatus.

En los últimos meses, Joseph había mencionado que le convendría mudarse a un barrio más lujoso, ya que su casa era demasiado pequeña para recibir a clientes de otros estados. Pensaba en una casa de dos plantas con al menos cuatro dormitorios, baño en el dormitorio principal y amplios jardines con piscina y spa. Hasta el momento, Anna había conseguido aplazar la búsqueda de propiedades, alegando los exámenes de fin de curso de Adam, luego las Navidades y después el nuevo curso universitario, pero sabía que Joseph pronto se cansaría de sus excusas.

No pertenezco fueron las palabras que sus dedos teclearon en el documento, en lugar del título proyectado para el capítulo. Letras blancas sobre un fondo azul cielo, una afirmación fácil de borrar. Pero unas simples

pulsaciones no podían borrar sus valores más arraigados ni determinar el curso futuro de su vida.

OceanofPDF.com

DESENTAÑANDO

Su depresión regresó con la llegada del invierno; una nube más profunda y oscura de lo que había experimentado anteriormente, y que envolvía cada hora de vigilia e invadía la narración de sus sueños. El médico de Anna le diagnosticó depresión clínica y le recetó una dosis baja de antidepresivos. Las pastillas le ayudaron a mejorar su estado de ánimo y su apetito, pero el insomnio siguió siendo un problema que se burlaba de sus intentos de recuperar la salud mental. Permanentemente cansada, se esforzaba por mantener su rutina diaria de trabajo, y la nueva novela avanzaba a trompicones debido a las interrupciones para conciliar el sueño. Los pequeños problemas domésticos empezaron a irritarla: botellas de cerveza vacías abandonadas junto a una silla de la sala de estar, la cama sin hacer de Adam, calcetines malolientes olvidados en los zapatos. Las molestias se convirtieron en el tema central de todas sus conversaciones, en las que su marido y su hijo intentaban animarla prometiéndole que cambiarían de actitud.

Cuando unas pastillas para dormir más fuertes no consiguieron eliminar su insomnio, Joseph tomó cartas en el asunto, insistiendo en que un cambio de aires era la receta para recuperarse, no más pastillas. Demasiado cansada para discutir, Anna se pasaba sábado tras sábado desplomada en el asiento del copiloto del flamante Ford Fairlane de Joseph mientras éste conducía a oficinas inmobiliarias de los suburbios del oeste. Las casas caras la dejaban tan fría como los relucientes azulejos de las cocinas y los baños reformados; permanecía en silencio en los elegantes salones, mientras Joseph se entusiasmaba con las gruesas alfombras y las cortinas de calidad. Los agentes inmobiliarios pronto abandonaron cualquier intento de medir su reacción, concentrándose en cambio en su animado marido.

La primavera trajo consigo el habitual despliegue de flores brillantes y clima templado, junto con un contrato de "venta sujeta a la venta de", ya

que Anna había cedido a los deseos de Joseph porque ya no le importaba dónde vivía. La casa de Chapel Hill, de veinte años de antigüedad -un diseño premiado para una casa construida en un emplazamiento difícil-, parecía imponente desde la calle, con sus ladrillos pintados de blanco, su tejado de tejas de terracota y los anchos escalones de piedra que conducían a las puertas dobles de la entrada. La ubicación también es estupenda", dijo Joseph a Roger. Cerca de la universidad para Adam y a sólo quince minutos de mi trabajo. ¿Qué más puede pedir una familia?

Suena maravilloso, amigo. ¿Hay piscina?

No, pero hay mucho espacio para una en la parte delantera. Cortada en la ladera con palmeras alrededor, una piscina quedaría impresionante".

Te lo mereces, amigo. Todos estos años trabajando duro, pasando semanas lejos de la familia y trabajando las horas que Dios quiera. Yo no podría haberlo hecho. Me gusta demasiado mi propia cama y trabajar cuarenta horas a la semana".

Cada uno a lo suyo", replica Joseph, con la satisfacción grabada en el rostro. Además, te ha ido muy bien y nunca olvidaré la ayuda que me diste cuando llegué".

Roger levantó su botella de cerveza. Al maldito mejor país del mundo".

Lo segundo.

En el rincón más alejado de la sala del patio, Anna estaba tumbada en una tumbona, recordando la caricia del agua fría sobre su piel, su desnudez protegida de la vista por el espeso follaje y las altas vallas. En Chapel Hill, tendría que llevar bañador, ya que las palmeras no serían una barrera para los vecinos entrometidos ni para los peatones. Pensó en otras posibilidades: un pequeño piso cerca del mar, una casa de campo en la periferia de una ciudad rural. ¿Tendría el valor de abrazar la libertad en todas sus formas?



Anna abandonó Elizabeth Park dos horas después de que el camión de la mudanza partiera hacia los suburbios del oeste. Empezó la limpieza final de forma sistemática, yendo de la parte trasera de la casa a la delantera, aspirando alfombras, lavando baldosas y suelos de vinilo, quitando el polvo de los lugares donde las estanterías se habían apoyado en las paredes. Las tareas domésticas terminaron en la puerta principal, que quedó abierta para que pudiera salir al porche con la aspiradora en los brazos.

Después de cargar los utensilios de limpieza en el maletero del coche, se volvió para echar un último vistazo a la casa que los tres habían llamado hogar durante casi una década. Tantas experiencias encerradas entre sus paredes, tantas palabras pronunciadas en sus habitaciones, tantas historias creadas en el pequeño estudio. Lo más probable era que Adam se fuera de casa cuando terminara la universidad y se mudara a una casa compartida o a un piso. Quedaba por ver si su madre podría echar raíces en un nuevo lugar.

Mudarse a los suburbios del oeste significaba algo más que una casa diferente en una calle distinta y tiendas desconocidas. Anna había vivido toda su vida australiana al norte del río, una línea divisoria que siempre mencionaba cuando respondía a preguntas sobre su ubicación. Los residentes de los suburbios del norte hablaban de los del sur como si el río Brisbane fuera un muro de Berlín que separara a dos tribus enfrentadas. Probablemente, los sureños pensaban lo mismo de sus vecinos del norte. El oeste no parecía ni una cosa ni la otra; sólo una serie de suburbios metidos en recodos a ambos lados del lento río marrón que serpenteaba por la ciudad hasta la bahía de Moreton.

Mientras se alejaba de Elizabeth Park, Anna trató de concentrarse en el futuro, más que en los amigos que dejaba atrás. Al menos, con cinco dormitorios y tres cuartos de baño, habría sitio para más de dos visitantes a la vez. Casi podía oír la reacción de Shirley ante las elegantes habitaciones

de invitados, divididas por un reluciente cuarto de baño con bidé rosa oscuro. Por Dios, Anna, te has vuelto muy elegante conmigo. Lo próximo que harás será presentarme a los malditos criados".

Una ligera sonrisa rozó sus labios y, por primera vez en meses, sintió un atisbo de optimismo. La nueva casa no era de su gusto, pero un entorno de trabajo diferente podría proporcionarle el impulso que necesitaba para regenerar su descuidada carrera. La habitación que había elegido como estudio -de generosas proporciones, ventanas en dos lados, ventilador de techo y aire acondicionado- sería un placer para trabajar, con sus vistas a las terrazas ajardinadas llenas de arbustos en flor. ¿Se atrevería a esperar que su persistente insomnio desapareciera cuando durmiera en un dormitorio con aire acondicionado, protegida de la luz del sol por un frondoso helecho plantado frente a un muro de contención de dos metros de altura?



Un año después de mudarse a los suburbios occidentales de Brisbane, Anna reconoció por fin la verdadera razón de su insomnio continuado, aunque menos frecuente, y de la depresión que parecía aflorar cada vez que consideraba vencida a la bestia oscura. La respuesta no estaba, como ella creía, en el deseo de huir de un matrimonio insatisfactorio, sino en un estado emocional alterado que afectaba a toda su vida.

La iluminación llegó mientras estaba sentada en su escritorio, mirando más allá de la oscura pantalla del ordenador hacia las formas sombreadas de los árboles y arbustos que moldeaban los contornos de su jardín en la ladera de la colina. Sola en casa -Adam estaba de vacaciones con unos amigos y Joseph en viaje de negocios-, había seguido trabajando más allá de la hora habitual de la cena, ignorando los ruidos de su estómago. Veloz como el crepúsculo tropical, un manto de conocimiento la envolvió, alarmante pero extrañamente reconfortante. Las frases se agitaban en su cabeza, exigiendo ser liberadas; cogió bolígrafo y cuaderno y garabateó unas líneas antes de

que pudieran disolverse. Habían pasado veinte años desde que decidió expresar su adoración por Australia en un lenguaje más propio de los sonetos para un amante humano. Los restos de su exuberancia juvenil yacían ocultos en una carpeta roja; sus estrofas setenteras quedarían eclipsadas por la elegía antes de que acabara aquella noche.

A sus espaldas se extendían largas hebras de verano: brisas que soplaban pétalos perfumados en lo alto de cielos azules, puestas de sol escarlata que se deslizaban por el borde mientras ella se sentaba a tomar un shandy helado en un amplio porche. El paso del tiempo ensombrecía sus imágenes de profunda satisfacción. Un retrato actual revelaría un rostro febril manchado de motas de polvo y manchas marrones en la piel dañada por el sol. Tumbada en una silla de jardín empapada en sudor, tragando vasos de agua helada, carecía de energía para aplastar a los insectos que se acercaban como zepelines a sus miembros indefensos. E incluso cuando se había retirado a la cama, salvajes tormentas se abrieron paso a través de la calma vespertina y sólidas láminas de lluvia perturbaron su breve sueño, que había sido un agradable interludio de sueños templados.

Más allá de las costas australianas, acontecimientos más trascendentales estaban dando forma al fin de los días del milenio. Un odiado muro se había derrumbado; el poder del pueblo había eliminado regímenes represivos en Europa central y oriental. Eran motivos de celebración, pero Anna seguía encerrada en su pequeña vida, impermeable al cambio global. Interminables hilos de verano se extendían ante ella, obligándola a regresar rápidamente a una realidad preferida en la que sólo ella controlaba la trama.

Corrientes de aire frío rodeaban la habitación. Se le puso la piel de gallina en los brazos desnudos; un bolígrafo cayó de sus dedos rígidos y rodó sobre un papel blanco grabado con un lenguaje melancólico. Una última estrofa y luego debía ir a la cocina a buscar algo de comer. Ella no era Thomas Chatterton, muriéndose de hambre en una buhardilla.

Enamorándome, desenamorándome

De mi tierra adoptiva

Ardiendo a través de la atmósfera

Como una estrella destrozada

Una historia de amor se volvió amarga.

OceanofPDF.com

RETIRADA

Terminó una década, junto con un siglo y el milenio. Se escriben novelas, se publican, se revisan. Un hijo cruzó el Pacífico para ocupar un puesto de ingeniero en la Columbia Británica; el marido ascendió en la escala empresarial, disfrutando de frecuentes viajes de negocios a Europa y Asia.

Acurrucada en un espacio con aire acondicionado, Anna permaneció indiferente a un mundo de atentados terroristas, crisis financiera mundial, creciente número de refugiados y las funestas predicciones de los científicos del clima. La tecnología le ayudó a alejarse de la realidad. Su página web y su blog estaban a disposición de los lectores 24 horas al día, 7 días a la semana, y era fácil contactar con sus amigos de Facebook diaria o semanalmente. Los mensajes de texto breves sustituyeron a las largas conversaciones telefónicas, mientras que la llegada de FaceTime no sólo le permitió ver el magnífico paisaje canadiense visible desde la casa de Adam en Banff, sino que también redujo la necesidad de largos almuerzos en cafeterías ruidosas y abarrotadas. Estaba segura de que Shirley prefería sus fines de semana bianuales solo para chicas en casas de campo reformadas a las reuniones mensuales en casa de la otra, donde los maridos se excedían y pasaban el domingo durmiendo la resaca.

Pasar más horas sola también le facilitó un cambio de rumbo que no podía haber imaginado durante sus años de conciencia social y temas controvertidos. Escribir novelas de fantasía para el mercado juvenil surgió casi por accidente, después de que Adam le enviara un libro de ese género como regalo por el Día de la Madre. Al leer la novela por obligación, Anna se sorprendió al descubrir que disfrutaba con las hazañas de personajes juveniles en un mundo fantástico y decidió intentar escribir una ella misma.

Cinco años más tarde, su cambio de género había merecido la pena, pues los lectores estaban ávidos de fantasía ambientada en un paisaje australiano pseudomedieval. Unos ingresos más regulares -conseguía producir una

novela fantástica al año- le facilitaban unas vacaciones anuales en su entorno preferido, Europa. Desde la muerte de sus padres en 2012, pasaba la mayor parte de sus vacaciones en Francia o Italia.

A veces Joseph se unía a ella y pasaban agradables días explorando pueblos pintorescos y zonas rurales que no se parecían en nada a su hogar del sudeste de Queensland. Ahora había poca animosidad entre ellos. En general, ambos se contentaban con llevar vidas separadas. Sabiamente, Anna había dejado de lado su aversión a las cenas de empresa, habiendo decidido que llevar vestidos de diseño y tacones altos de vez en cuando era un pequeño precio a pagar por la felicidad de su marido. Joseph siempre admiraba su atuendo, pero ignoraba su procedencia, una tienda de óptica de lujo que había descubierto en un barrio de las afueras. También aprobaba que donara sus trajes a una organización benéfica que proporcionaba ropa elegante a mujeres desfavorecidas que buscaban empleo.

Aliviada por una relación tranquila y una carrera que satisfacía la mayor parte de sus necesidades, Anna se deslizaba por sus días como un buceador entre corales de colores. El insomnio que había dominado y casi arruinado su vida durante una década había sido curado años antes por un joven psiquiatra especializado en trastornos del sueño. Le había aconsejado tomar antidepresivos en dosis bajas de por vida para corregir el desequilibrio químico de su cerebro. Anna no tuvo reparos en aceptar su consejo. Ya tomaba medicación para controlar la hipertensión, así que añadir otra pastilla no suponía ninguna diferencia en su régimen de salud. Aliviado por su actitud ilustrada -el estigma asociado a los trastornos neurológicos seguía existiendo, a pesar de los intentos del gobierno y la profesión médica por erradicarlo-, el psiquiatra le había dicho que no necesitaba más terapia y le había dicho que se fuera y disfrutara del resto de su vida.

Al principio, el final de su historia de amor con Australia le había provocado un deseo irrefrenable de volver a Inglaterra, pero con el tiempo Anna estableció una relación emocionalmente distante con la tierra. Ya no le fascinaban ni la playa ni los arbustos, sino que pasaba los días rodeada de suburbios, contenta de que la calificaran de escritora urbana. Aprendió a manejar las condiciones climáticas reduciendo las actividades al aire libre

cuando hacía calor. La natación seguía siendo la excepción; su chapuzón diario en una piscina a la sombra de palmeras era siempre una delicia.

Las visitas anuales a lo que Anna consideraba su mundo "real" ayudaron a eliminar la aguda sensación de atrapamiento que había experimentado tras el shock de la desaparición del amor. Había pasado más de la mitad de su vida en Australia, pero pertenecía a tierras donde la historia significaba agujas elevadas y calzadas romanas, en lugar de rocas antiguas cubiertas de huellas de manos. Los cuentos de los sueños no le fascinaban. Eran simplemente una forma de que los primeros australianos dieran sentido a su mundo.

Del mismo modo, no sentía ninguna conexión con las historias bíblicas que había asimilado de niña, ni con las oraciones entonadas junto a sus padres y hermanos en una iglesia de ladrillos construida para los creyentes de antes de la Guerra Mundial. La suya era una vida guiada por una serie de principios personales, no por mandamientos entregados a israelitas itinerantes. Sin embargo, a pesar de sus mejores intenciones, el fracaso afloraba con regular monotonía, quizá para recordarle una debilidad fundamental.

A los sesenta y nueve años, había renunciado a preguntarse por qué la maternidad le había resultado tan difícil e insatisfactoria, o por qué había desarrollado una depresión cuando no había antecedentes familiares de enfermedad mental. El pasado era otro país. Se había trasladado a un lugar tranquilo y podía disfrutar de los años del crepúsculo. La jubilación, esa etapa de la vida bienvenida por algunos y temida por otros, no figuraba en sus pensamientos. Una escritora puede emplear sus habilidades en cualquier momento y lugar, sin límite de edad. Sólo una enfermedad grave o la muerte podían poner fin a la creatividad.

Joseph aún no tenía intención de jubilarse. Su salud era excelente y su motivación no había disminuido. Habló de comprar una propiedad en el norte de Nueva Gales del Sur para su jubilación, pero aparte de mirar una serie de casas frente al mar en Internet, no hizo nada para avanzar en el asunto. En los momentos de bloqueo, Anna se planteaba restaurar una vieja

casa en un pueblo francés o una cabaña en Cornualles, ideas que se desvanecían en cuanto volvía la musa. La reubicación permanente podría ser factible para una persona soltera, pero ella no tenía ningún deseo de disolver un matrimonio de larga data, a pesar de sus defectos.

OceanofPDF.com

INTRUSIÓN

Una siesta a media tarde frente al televisor era algo previsible cuando Joseph estaba en casa para cenar durante la semana laboral. Cómoda en su sofá separado, Anna no prestaba atención a los ronquidos ocasionales que salían de su boca entreabierta. Una copa de vino casi vacía estaba a su alcance en la pequeña mesa antigua que había heredado de su madre. A Joseph le gustaba el vino tinto con la cena, aunque Anna estaba segura de que un tercer vaso bebido durante las últimas noticias contribuía al ataque de estornudos que siempre seguía a su siesta. Había leído en Internet que el vino tinto desencadenaba los síntomas de la fiebre del heno, sobre todo en primavera, pero sus sugerencias de que cambiara a la cerveza durante unas semanas habían caído en saco roto.

El golpeteo de los pies descalzos sobre el suelo de madera la alertó de explosiones inminentes -Joseph nunca conseguía alcanzar los pañuelos a tiempo- y giró la cabeza para evitar una salpicadura inoportuna.

'¡Dios, ése casi me vuela la cabeza!', exclamó, después de sonarse la nariz.

La mía también, quiso añadir, pero no dijo nada.

Voy a por la botella", anunció Joseph, dirigiéndose a la cocina.

Así que puedo esperar ronquidos toda la noche, pensó Anna, preguntándose si dormir en otro dormitorio.

A una salva de estornudos siguió el ruido de cristales rompiéndose contra las baldosas y de improperios que parecían resonar por toda la casa. Anna saltó del sofá y corrió a la cocina. ¿Estás bien?

Lo siento", murmuró él, mirando el desastre de vidrio y vino que se acumulaba alrededor de sus pies. Se me ha resbalado de la mano".

No te muevas. Voy a por un trapo y un cubo".



Anna se sorprendió al ver que Joseph no se había puesto el pijama. En su lugar, llevaba unos pantalones cortos y una camiseta limpios. Voy a por otra botella", dijo, deteniéndose en la puerta del salón.

¿Para qué? Son más de las diez".

¿Y?

Seguro que puedes esperar hasta mañana.

Quiero otra copa esta noche.

"No conduzcas", le dijo tras su figura en retirada.

"No soy tan estúpido".

Bien. Disfruta del paseo". Volvió a la televisión y no tardó en enfrascarse en su serie policíaca favorita de la BBC.

Salió a las once, todavía sola. Llamó a Joseph, pensando que tal vez no había oído abrirse la puerta principal y él se había tomado un último vaso de vino en el salón.

No obtuvo respuesta.

Bostezando, cogió el mando a distancia para apagar la televisión. Lo más probable era que hubiera ido a la taberna cercana al centro comercial de la zona en lugar de al botellón, se hubiera encontrado con un amigo y hubiera decidido beber allí. Después de cerrar las ventanas y comprobar que las puertas estaban cerradas, caminó por el pasillo hasta el dormitorio principal.



La despertó el timbre y lo primero que pensó fue que Joseph se había dejado las llaves, pero un vistazo al reloj de la mesilla la confundió al ver que los números rojos marcaban las doce y media. De la taberna a casa había diez minutos andando; quizá cinco minutos más si estaba un poco borracho. Debía plantearle el tema de la bebida. Su falta de voluntad para pasar sin una tercera copa de vino durante una sola noche implicaba adicción.

Irritada por la interrupción de su sueño y la suposición de que Joseph se había ido a casa con un amigo para seguir bebiendo, dio un pisotón cruzado por el pasillo y bajó los tres escalones hasta la puerta principal.

En el último escalón había un policía de mediana edad. En la calle, las luces de los coches parpadeaban en rojo y azul. "¿Señora Fletcher?

Sí", murmuró ella con los dientes apretados, furiosa al pensar que habían descubierto a Joseph borracho en la acera. ¿Tendría que ayudar al policía a subirlo a cuestas por veinte empinados escalones hasta la casa?

"Sargento mayor Keith Dodman, y esta es mi colega, la agente Glenda Schmidt". Señaló a la joven que subía los escalones detrás de él, antes de sacar su carné de identidad de un bolsillo lateral.

Anna no se había fijado antes en la mujer. Miró fijamente el documento de identidad y comprendió la verdad. ¿Mi marido ha tenido un accidente? De repente sintió frío y tembló un poco.

¿Podemos pasar?

Ella asintió y les hizo pasar al salón. Los agentes tardaron una eternidad en elegir asiento.

Sra. Fletcher, me temo que le traemos malas noticias -comenzó el sargento mayor Dodman, moviéndose con torpeza en el sillón de felpa-. Su marido se ha visto implicado en un incidente esta noche en la taberna Kenmore".

Anna frunció el ceño. ¿Una pelea?

No. Un testigo dijo que había sido agredido por dos jóvenes cuando salía del Bar".

Podía imaginárselo: una cartera robada... un charco de sangre roja en el pavimento gris. "Dios mío, ¿está en el hospital?

El sargento asintió. "Los atraparemos, Sra. Fletcher, hay cámaras de seguridad por allí.

¿Puede llevarme al hospital? Se levantó temblorosa y dio un paso hacia la puerta, sabiendo que tenía que vestirse.

Dodman y Schmidt intercambiaron miradas. Los paramédicos y los médicos de Urgencias hicieron todo lo que pudieron, señora Fletcher, pero me temo que su marido falleció hace media hora. Lo sentimos mucho.

La agente Schmidt se levantó de la silla y corrió hacia Anna, a quien le temblaban las rodillas. "¿Hay alguien a quien podamos llamar?", preguntó suavemente, dirigiéndola hacia el sofá.

Shirley Brown.

¿Su hija?

Anna negó con la cabeza. Una amiga. Mi hijo vive en Canadá".

La policía sacó su móvil. ¿Puede darme su número?

Por supuesto que sí", espetó Anna. Somos amigos desde hace más de cuarenta años.



Anna se quedó con Shirley y Sam hasta que Adam llegó de Banff. Estaba agradecida por sus cuidados y su amabilidad, por su capacidad para anticipar correctamente su necesidad de soledad o compañía. El funeral, celebrado una semana después de la agresión, pareció surrealista. El celebrante soltó frases sacarina que no se parecían en nada al hombre José y las lecturas bíblicas eran irrelevantes para la vida en 2017 a. C. Sólo el panegírico le llegó al corazón, y la sincera representación que hizo Adam de un padre cariñoso y comprensivo le hizo derramar lágrimas.

Después de la misa, Anna permaneció de pie junto a Adam, estrechando la mano de docenas de personas que ninguno de los dos conocía, deseando poder volver a la casa y perderse en un mundo de fantasía en el que la heroína o el héroe salían con cicatrices pero intactos de escaramuzas con enemigos o bestias que escupían fuego.

Pasaron los días y las semanas, con la pena arrinconada mientras Anna se ocupaba de montones de papeleo, decenas de llamadas telefónicas, visitas al abogado y a los bancos; todas ellas tareas necesarias para los recién enviudados. Entre medias, aceptaba invitaciones de amigos íntimos, consciente de que debía hacer un esfuerzo por participar en la vida ordinaria. Internet había demostrado ser una herramienta útil para aprender sobre las distintas fases del duelo, pero nada podía sustituir al contacto humano.



Un húmedo día de abril, Anna estaba tomando el té con Shirley cuando surgió el tema de mudarse a una propiedad más pequeña, más como un

pensamiento en voz alta que como un tema de conversación deliberado. He estado buscando en realestate.com", admitió, tras el comentario de Shirley de que quizá era demasiado pronto para plantearse una mudanza. El problema es que no sé lo que quiero ni dónde vivir".

Entonces quédate aquí un tiempo. Tienes un casero y un jardinero de confianza, así que no tienes problemas para cuidar de la casa".

Lo sé, pero una sola persona dando vueltas en una casa enorme parece decadente'.

¿Por qué? ¡Está pagada!

No me lo merezco'.

¿Por qué no? Joe y tú trabajasteis duro para conseguir vuestros objetivos'.

Anna bajó la mirada hacia el plato que estaba en precario equilibrio sobre sus rodillas. 'Yo tampoco me merecía a Joseph'.

¿Cómo puedes decir eso? Fuiste una esposa leal que le apoyó en su carrera y no se quejó de todo el tiempo que pasaba fuera de casa".

Fui una decepción para él.

Mentira, Anna. Joe estaba orgulloso de ti".

Como escritora, sí, pero no como madre o esposa. Quería más hijos, una esposa que disfrutara criando niños, no...

No siempre podemos tener lo que queremos", interrumpió Shirley. Si hubiera sido tan importante para él, se habría marchado, habría encontrado a una mujer que le diera media docena de hijos".

Anna levantó la cabeza. ¿De verdad lo crees?

Sí. Shirley se removi6 en su asiento. Y no creo que tenga mucho sentido que te sientas culpable. ¿O el desprecio de uno mismo es una de las fases

del duelo de las que me hablabas el otro día?

Anna meditó la pregunta con una mano apoyada en la barbilla. Supongo que podría incluirse en el epígrafe "Negociación".

No puedes creerte todos los artículos que lees en Internet, Anna. Además, estoy seguro de que nadie sufre de acuerdo con un patrón establecido. Claro, entiendo por qué te enfadaste tanto porque Joe salió a comprar otra botella de vino, cuando podría haberse quedado en casa y tomar una taza de té o algo así. Yo habría sentido lo mismo si hubiera sido Sam quien insistiera en comprar un paquete de cigarrillos. Pero no puedes cambiar lo que pasó, ni hacerte preguntas del tipo "y si...". Concéntrate en lo que es mejor para ti en este momento y si eso significa mudarte a un lugar más pequeño, adelante". Shirley respiró profundo. Un poco de sermón. Lo siento.

Era necesario. Me he centrado demasiado en hacer lo correcto según los supuestos expertos, en lugar de seguir mi propio ritmo". Anna probó un bocado de tarta de chocolate. Está buenísimo'.

Gracias. Es el favorito de George. Viene mañana'.

"¿Cómo va su última relación?

"Está hablando de mudarse con Gemma, así que supongo que va bien. Shirley se inclinó hacia delante. Dime que soy anticuada, pero me gustaría que George sentara la cabeza. Un año aquí, dos años allá no es una receta para el éxito de una relación en mi libro. Hoy en día nadie está en esto a largo plazo".

Adam es igual. Justo cuando creo que está listo para comprometerse, hay una pelea y se acabó'.

Al menos ha comprado una casa. Sigo diciéndole a George que si no se sube a la escalera de la vivienda pronto, su padre será demasiado viejo para ayudar con el mantenimiento o la renovación.

Anna asintió y pensó en la moderna cabaña de madera con sótano de piedra, construida en la ladera de una montaña, con grandes abetos a sus espaldas y una vista de Banff al frente. Ella y Joseph habían visitado a Adam en las Navidades de 2013, un bienvenido respiro tras dos visitas a Inglaterra el año anterior para asistir a los funerales de sus padres. Sentada frente a la chimenea de leña, Anna había imaginado futuras Navidades allí, con vino caliente y castañas asadas en una cesta de alambre, tal vez un nieto jugando en la nieve. Sabía que era una ilusión, al menos en cuanto a lo del nieto, pero nada le impedía pasar una temporada en Canadá. Un mes, tres meses, un año, para siempre... ¿qué importaba? No estaba en deuda con nadie.

"¡Solución!", declaró, para sorpresa de Shirley. Voy a seguir tu consejo de centrarme en lo que me conviene ahora. Voy a alquilar la casa durante un año, para ir a explorar Canadá".



Conduciendo de vuelta a casa por calles conocidas, con los limpiaparabrisas a toda máquina contra el aguacero de la tarde, Anna hizo planes que veinticuatro horas antes habrían sido impensables. Superaría el proceso de duelo a su debido tiempo, ayudada por nuevas experiencias en una tierra dotada de vastas cadenas montañosas y extensas praderas. Aprendería a aceptar lo que el destino le había deparado, sin mirar por encima del hombro ni lamentarse.

La euforia del entusiasmo la sostuvo durante días mientras estudiaba detenidamente folletos de viajes y visitaba a agentes inmobiliarios para hablar del alquiler de su casa. A Adam le encantó saber que iba a visitar su tierra adoptiva y no expresó ninguna preocupación cuando se enteró de que pensaba recorrerla a lo largo y ancho sola en una casa rodante.

Sólo una pregunta amenazaba con minar su optimismo. ¿Podría arriesgarse a entablar una relación profunda con otro país?

OceanofPDF.com

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo Una Cuestión de País. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Sue Parritt y el equipo de Next Chapter

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Miika Hannila y al equipo de Next Chapter por confiar en mis escritos.

OceanofPDF.com

ACERCA DE LA AUTORA



Nacida en Inglaterra, Sue trabajó en bibliotecas universitarias hasta que se jubiló anticipadamente en 2008 para concentrarse en la escritura creativa. Desde entonces, ha escrito relatos, artículos, poesía, un breve guión para televisión y siete novelas:

Sannah and the Pilgrim, Libros Odyssey, 2014, primera de una trilogía de una Australia distópica del futuro centrada en el cambio climático y el duro trato a los refugiados de las islas del Pacífico ahogadas. Mención de honor en el Premio FAW Christina Stead, 2014.

Pia y el Hombre del Cielo, Libros Odyssey, 2016. Mención de honor en el Premio FAW Christina Stead, 2016.

La Alianza de las Líneas del Cielo, Libros Odyssey, 2016.

Chrysalis, la historia de una niña perspicaz que crece en una familia cuáquera en la Gran Bretaña de los Swinging Sixties. Morning Star Press, 2017

Re-Navigation narra una vida que da un vuelco cuando Julia, de cuarenta años, viaja desde el santuario de los suburbios australianos de clase media para emprender un retiro en un colegio situado en una isla aislada de Gales. Editorial Creativia, 2019.

Feed Thy Enemy, basada en las experiencias del padre de Sue en la Segunda Guerra Mundial, es un relato de coraje y compasión frente al trauma cuando un aviador británico se embarca en un plan que lo arriesga todo para alimentar a una familia hambrienta y azotada por la guerra. Editorial Creativia, 2019.

Una Cuestión de País explora la experiencia del emigrante a través de la búsqueda de toda una vida por parte del protagonista de una identidad con sentido. Next Chapter (antes Creativia), 2020.

El proyecto actual de Sue, de título provisional Twenty-eight Days, primero de la serie The Doorkeeper, está ambientado en el sur de Australia en 2100. Trata de la superpoblación y la prolongación de la esperanza de vida en un mundo cada vez más afectado por el cambio climático, y de las soluciones inhumanas adoptadas por un gobierno decidido a librar a Australia de ciudadanos improductivos.

Apasionada sobre los temas relacionados con la paz y la justicia social, el objetivo de Sue como escritora de ficción es seguir escribiendo novelas que aborden temas como el cambio climático, los efectos de la guerra, el trato a los refugiados, el feminismo y el racismo. Sue tiene intención de seguir escribiendo el mayor tiempo posible, pues cree que las amplias experiencias vitales de los escritores mayores pueden servir para enganchar a lectores de todas las edades.

OceanofPDF.com